

REBELDIA

POR
L. A. BORJA

AUTOR DE
"REENCARNACION DE DON QUIJOTE
y CYRANO DE BERGERAC"

GUAYAQUIL—1931
ARTES GRAFICAS "SENEFELDER"
Boulevard Nueve de Octubre 709—713

REENCARNACIÓN DE DON QUIJOTE y CYRANO DE BERGERAC

Por L. A. BORJA

Casa Editorial Maucci.—Barcelona

He leído esta obra, y, por la multitud de temas que admirablemente se desarrolla en ella, me ha parecido un vistoso mosaico, al cual lo desmorona el autor a cada instante para arrojar guijaros contra ciertos prejuicios sociales, que fatalmente se hallan bastante arraigados entre nosotros.

El fin que se propone no puede ser más plausible; pero no se debe olvidar que "todo redentor muere crucificado". Y tengo no sé qué barruntos de que este jóven escritor ha de ser crucificado sin conseguir la reforma de nuestra irridenta sociedad.

¿Y eso qué importa?—me parece escucharle a él.—Exacto. La bondad de su propósito ennoblece su labor. "El piloto guía su buque por la estrella polar, aunque jamás espere alcanzarla".

Viva, viva él, mi grande amigo, acariciando sus bellas utopías, que no faltaremos algunos soñadores para aplaudir sus laudables intenciones y sus frases castizas y luminosas.

Los prejuicios que trata de combatir están muy arraigados en la sangre de los que creen que la tienen azul; y por desgracia parece que la naturaleza les castiga esta vanidad haciéndoles menos razonables que los que no pueden ostentar amarillentos pergaminos de afortunados abolenos. Yo no sé si Lutero hizo gala de razón al expresar que la mejor sangre es la del cerdo, porque sirve siquiera... para hacer morcillas; pero sí estoy convencido de que la mejor nobleza es la del mérito propio. Y el autor trabaja precisamente con el empeño de que prevalezca este gran principio de justicia, lo cual da a su obra un valor inestimable.

Me complace en manifestarle que estoy en un corazón respecto de su juicio acerca de algunos países sudamericanos y en asuntos internacionales. Desearía que todas las verdades que expresa se grabaran en el alma de nuestro pueblo, a fin de evitar que caiga en ridículo haciendo carantoñas a quienes nos miran por encima del hombro.

Querría extenderme en consideraciones de otro género, mas su libro contiene tantas y tantas cosas, que para hablar de ellas sería necesario escribir otro volumen igual al suyo.

ALEJANDRO LEMOS R.

(Quito, 12 de Junio de 1914).

A Guisa de Preámbulo

LUIS ALBERTO BORJA

Nacido en la altiva y libérrima Riobamba, este ágil y viril escritor, vuela con la idea en alas de sus sinceras y seductoras rebeldías. Habitado a contemplar la soberbia grandeza del gigante andino, que sirve de atalaya eterno a la ciudad natal, su espíritu desprecia las ruindades y pequeñeces de los convencionalismos, fraguados en los antros del egoísmo político y social.

Alma templada al calor de novísimos y avanzados ideales, se cierne en las inmensas regiones en donde imperan la Verdad, la Belleza y el Arte.

¿Quién no se siente acariciado por auras de reforma y de libertad, de mejoramiento y de progreso, al recorrer las bien recortadas líneas que traza la diestra pluma de este tallador de pensamientos? Simpatizadores leales con los caracteres que rechazan los antiguos moldes y prejuicios para forjar en las alturas, en las cuales moran las almas libres, las nuevas turquesas de las modalidades sociales, hemos aceptado, plenos de entusiasmo, los altivos y vibrantes artículos de Luis Alberto Borja, acreditado desde esta fecha en la capital del Chimborazo como Redactor de "El Universo".

Al engalanar esta página con su retrato, aplaudimos su elevada actuación, al mismo tiempo que estrechamos la mano del amigo y del compañero de labor.

(De "El Universo", de Guayaquil, del sábado 16 de Setiembre de 1922).

BATALIA DE RIOBAMBA

En Quito ha sido lujosamente editado, con profusión de grabados conmemorativos y un croquis de la batalla de Riobamba, este folleto, en cuya portada aparece el monumento a los héroes de la magna fecha: el 21 de Abril de 1822.

Contiene elogios a la jornada gloriosa y artículos históricos pertenecientes a varios escritores de la provincia del Chimborazo, además de una interesante reproducción de la revista argentina "Derecho, Historia y Letras".

Podemos señalar las plumas de los señores Luis A. Borja, del que se insertan algunos trabajos, Luis Chiriboga Moreno, Francisco Mancero V., Segundo Martínez D. y otros que, si no tocan a Riobamba por el nacimiento, seguramente le pertenecen por el afecto, como los de los señores Carlos Romero Gálvez y Angel T. Barrera.

Nos complace esta clase de ilustrados homenajes que honran a los pueblos y dejan constancia de sus triunfos. Con razón, pues, se dice en el preámbulo, que de nada servirían las colosales pirámides de Egipto, "sin la leyenda que las circuye".

La patria se fundamenta con la conmemoración de las hazañas de sus hijos.

La batalla de Riobamba fué, según la opinión de algunos historiadores, precursora de la del Pichincha. Se la ha comparado también a la brillante acción de las Queseras, que tuvo por protagonista al General Páez. Fué sangrienta la jornada. Las calles de Riobamba, muchos testigos del valor americano, vieron desfilas las figuras de los Generales Juan Lavalle y Diego Ibarra, entre otros célebres combatientes, como el inmortal Abdón Calderón, de la tercera Compañía del Yaguachi.

Desde el Cuartel General de Riobamba, el 23 de Abril de 1822, el invicto Sucre, daba el parte de esas proezas al Comandante General de Guayaquil.

(De "El Comercio", de Quito, Febrero 20 de 1924).

LUIS A. BORJA EN "EL UNIVERSO"

El joven y fogoso escritor riobumbeño, asiduo y lento colaborador de "El Universo", estuvo a visitarnos ayer en esta casa donde su contribución intelectual por el liberalismo y por la patria en forma levantada y enérgica, es bien recibida, por estar en un todo de acuerdo con la orientación de este diario, defensor de la Democracia, la Verdad y la República.

Charlamos agradablemente con el inteligente y sincero amigo, y al despedirse, le ofrecimos una vez más nuestra pequeña casa, igual que estas páginas, gran parte de cuyo prestigio se lo dieron sus buenos, inteligentes y patriotas colaboradores.

(De "El Universo", de Guayaquil, del sábado 5 de Agosto de 1922).

"¡FATALIDAD!"

Vertida directamente del idioma italiano, por el escritor ecuatoriano señor Luis A. Borja, va a publicarse, por vez primera en español, la notable novela "¡Fatalidad!", de Humberto Bajone, en las columnas de "El Universo" y en forma de folletín, para que los asiduos lectores de este diario puedan disfrutar de hondas emociones y de nuevas formas y conceptos del arte y de la belleza.

"¡Fatalidad!" se editó en Florencia en el año de 1908, en un volumen de 16º, de cerca de 300 páginas.

Durante el viaje de nuestro compatriota don Luis A. Borja por Italia, en 1911, hizo amistad con el fogoso publicista Bajone, quien, sumamente complacido, le dedicó algunas de sus obras y le autorizó para que cualesquiera de ellas la tradujese al castellano.

En seguida el señor Borja emprendió en tan ardua labor, en su afán de estudiar y aprender así todas las orientaciones y sutilezas de la literatura italiana, y para

luego ofrecernos, al alcance de todos los que hablamos en lenguaje de Cervantes, una obra primorosa, concebida en el idioma del Dante, por una pluma original, vigorosa y fecunda.

Esta novela no obstante de haber sido traducido hace muchos años, ha permanecido inédita la versión castellana, y sólo ahora, por especiales deferencias del traductor y dueño de la propiedad literaria para con "El Universo", va a salir a luz en las columnas de este diario.

(De "El Universo", de Guayaquil, del lunes 7 de Abril de 1924).

LUIS A. BORJA

LITERATO RIOBAMBEÑO Y GESTOR DE LA EFEMERIDES DEL "21 DE ABRIL"

En "El Telégrafo", de Guayaquil, del 16 de febrero de 1916, apareció por vez primera un artículo de Luis A. Borja, que despertó la atención de todos los aficionados a estudios históricos, por su originalidad y valentía. Se intitulaba: "¿21 de Abril de 1822?" "La Fecha Magna de la Independencia de la República del Ecuador". El autor lanzaba al público el feliz resultado de sus investigaciones, probando la importancia de la batalla de Riobamba, la cual hasta entonces había permanecido olvidada en la noche de los tiempos.

Desde aquel año—1916—el señor Borja ha luchado tenazmente hasta obtener la apoteosis del 21 de Abril, en contra de la oposición sistemática de los enemigos de innovaciones, iniciativas y progresos.

Según escribió el mismo señor Borja en su opúsculo intitulado "21 de abril y 11 de noviembre": "toda idea rara y nueva es combatida y discutida, no obstante que sea sensata, y todo iniciador es blanco de la protervia de los espíritus incultos y depravados".

A más de muchos artículos periodísticos y de varias polémicas de importancia, el señor Borja ha publicado otro opúsculo sobre el mismo tema, denominado "21 de Abril", en el año de 1919.

(De "La Nación", de Guayaquil, del lunes 4 de Julio de 1927).

LUIS A. BORJA

REELEGIDO EN LOS ULTIMOS DIAS PARA PRESIDENTE DEL
MUY ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE RIOBAMBA

Ha combatido desde niño en el estadio luminoso de la prensa, delirante por glorificar a su patria y a su ciudad natal, al Ecuador y a la excelsa Riobamba. Es irreductible cuando se propone alcanzar lo bueno, lo grande, lo sublime. Es de los que pasan por la tierra cruzando espinas y sinsabores; mas, fijas las pupilas en el astro Patriotismo, que roba las miradas, que se adueña de los anhelos, pero tan sólo de las almas grandes.

REX NON VERBA, es el lema que con buril diamantino grabó en su corazón noble y generoso, el regenerador del mundo, el Carácter.

Oficia en los altares de la Abnegación mientras entonan salmos al Mérito las vírgenes del porvenir: la Fama, la Justicia y la Historia, sonriente, esta última, con gratitud divina, al contemplar sus páginas inundadas con luz de ciencia y de patriotismo, nacida del cerebro de Luis A. Borja, que a la vanguardia va de la juventud altísima.

(De un periódico de Quito, del viernes 6 de Julio de 1923).

LUIS A. BORJA

Y LA ADMINISTRACION PROVINCIAL

La gran mayoría de los habitantes del Chimborazo recibimos alborozados la fausta nueva de que la Junta Suprema de Gobierno, en su afán de organizar la administración de las diversas secciones de la república, en una forma que garantice la prosperidad y adelanto de cada una de ellas, ha propuesto a Luis Alberto Borja tome a su cargo la Gobernación de esta provincia.

No puede ser más acertada ni meritoria la elección; es un joven por mil títulos honorable, patriota y desinte-

resado, poseedor de grandes cualidades cívicas, y sobre todo de entrañable afecto a su tierra natal; es el más capacitado para regir ventajosamente y con acierto los destinos de su terruño.

Conocemos al señor Borja, y su labor altamente benéfica cuando, al frente del Concejo Municipal, propendió, por todos los medios posibles, al mejoramiento y adelanto de esta ciudad; entusiastamente, con la energía y patriotismo que son sus características, abordó los problemas municipales e inició obras de indiscutible mejoramiento urbano, que hoy y más tarde hablarán a la posteridad del afán y patriotismo del joven edil. Desgraciadamente, la nefanda política de círculos, invadiendo la prensa local y "boicoteándola", había sentado sus reales en el seno del Concejo; por envidia, por mezquindad principiaron a obstaculizar los trabajos del señor Borja, hasta que él comprendiendo que no es posible una labor honrada en donde existen maquiavelos y se alza el egoísmo, se retiró sin dar forma y realidad a muchos proyectos redentores.

Intelectualmente, el señor Borja ha descollado y sobresalido entre los buenos elementos, y su mejor trabajo, como historiador, y del que justamente debe enorgullecerse, es haber dado a su Riobamba una fecha propia y clásica en la historia de la Independencia. Polemista culto, ahí están sus artículos publicados en toda la prensa nacional, rebosantes de patriotismo, indicando normas, señalando rumbos y firmados por sus conocidos pseudónimos.

Hoy la vieja y carcomida política, desfalleciente ya, entre los hipos de su impotencia, se alza aún para impedir que la inteligencia, la honradez y la juventud personificadas en Luis Alberto Borja, no vengan a encauzar por los senderos del bien y la prosperidad la administración de esta provincia.

Claro: él no ha pertenecido a círculo ninguno; menospreciando siempre el arribismo degradante, ha preferido, a la humillación de su carácter cívico a cambio de un privilegio, el ignorado olvido en su pegujal, en donde ha vivido como un rebelde, haciendo historia y borroncando cuartillas y proyectos que algún día se implantarán como doctrina en nuestra patria.

De allá ha salido él; no a buscar un destino, sino llamado por quienes aquilataron sus méritos y le juzgaron el hombre con carácter, energías y dotes suficientes para dirigir los destinos de su tierra natal.

Vayan hasta el joven amigo, hasta el inmejorable ciudadano, estas líneas, brote espontáneo de nuestro afecto; testimonio que rendimos a sus grandes cualidades de patriota, y a todos y cada uno de sus merecimientos.

Riobamba, Julio 25 de 1925.

UNOS RIOBAMBEÑOS.

(De una hoja suelta).

VOTO DE GRATITUD

El Comité Patriótico "VEINTIUNO DE ABRIL", en sesión de ayer, resolvió publicar un voto de gratitud y reconocimiento, que le debíamos los vecinos de esta sección de Riobamba al distinguido y entusiasta joven señor don Luis A. Borja.

Pocos son los hombres que como el señor Borja se han preocupado del engrandecimiento de su suelo natal. Casi un niño salió de su patria; y lejos de entregarse a los placeres que brindan las grandes capitales, apenas llegó a Buenos Aires, con su avidez por la ilustración, se entusiasmó al ver en esa urbe una avenida, un teatro y un sector con el nombre de Riobamba; entonces acudió a los archivos, hojeó legajos y desempolvó papeles, hasta sacar en limpio la bella página de nuestra historia, dando lustre con su cálida pluma a la famosa jornada del Ejército Libertador, y legando el nombre de su "21 de Abril" a esta sección, que desde entonces florece con la perspectiva de formar una parte importante y hermosa de esta ciudad.

Al señor Borja queremos manifestarle públicamente nuestra gratitud en estos momentos supremos de evolución ecuatoriana, en que el elemento joven, lleno de grandes propósitos, acaba de echar abajo las tiranías y los círculos que formando argollas se empeñaban por el

desacreditado del país; y hoy que la Junta Suprema, de acuerdo con los autores de la gloriosa jornada del 9 de Julio, han tenido el acierto de elegirte primera autoridad de esta provincia, no tenemos por menos que felicitarnos por tan atinado nombramiento, ya que el señor Borja, hombre de lucha y de acción eficaz y serena, laborará por el engrandecimiento de su patria con todas sus energías y aptitudes.

Cuando presidente del M. I. Concejo Municipal, el señor Borja manifestó su grande preparación. Pocas veces se ve una labor práctica y una honradez tan acrisolada en el manejo de los intereses públicos; y si él hubiera continuado en ese cargo, hasta hoy ya hubiéramos tenido una plaza de mercado, nuestro parque y avenida "21 de Abril", y tantas otras mejoras que abrigaban su mente, a despecho de las mediocridades cuyo oficio es hacer una oposición eterna a los hombres capaces de practicar el bien positivo.

Mal hacen los pusilánimes de temblar por el ascenso al puesto que le corresponde al señor Luis A. Borja. Un hombre de temperamento ecuaníme y enérgico, es una garantía para todos en estos momentos de regeneración.

Aplaudimos a la Junta Suprema de Gobierno Provisional por habernos dado un Gobernador que llena las aspiraciones del pueblo.

(De "Los Andes", de Riobamba, del 25 de Julio de 1925).

Auto-Confesión

Como no he sido acomodaticio y transigente, no he podido ser un político, y sólo por corto tiempo he ocupado cargos públicos, que han sido de importancia, obligado por el deber y las épocas, en días de revolución y de lucha.

Desde temprana edad adopté la postura de batallador y rebelde que cuadraba con mi temperamento. Y con este mismo gesto, con igual decisión, he atravesado, hasta hoy, mi vida, sin abandonar el campo.

Si algún mérito se encontrara en esta recopilación de escritos míos de estos últimos años, ya sean publicados o inéditos, juzgo que el primero sería la integridad de acción y pensamiento, la contienda tenaz y constante, exenta de claudicaciones y cobardías, reparando agravios y enderezando entuertos, proclamando mis ideas—ideas propias e individuales,—en pugna con la rutina y en un ambiente hostil, sólo por mi afición a manejar la pluma y por sustentar mi criterio por encima de vetustas normas y prejuicios.

He colaborado o sido redactor en la revista CARICATURA y en los periódicos EL UNIVERSO, EL DIARIO, EL MERCURIO, EL INTRANSIGENTE, LA NACION y LOS ANDES, de diferentes ciudades de esta república; y he usado los pseudónimos EL DUENDE DEL PURUHA, OSVALDO EL REBELDE, DON DIEGO, DON JAIME y DON RODRIGO.

Abrid el libro, leed sus páginas, y éllas os dirán, mejor que un prólogo, mis frases, opiniones y sentimientos.

El Autor.

REBELDIA

¿EGOISMO O INCONSCIENCIA?

La nieve no solamente cubre las cimas de las cordilleras, sino también que hiela, petrifica a las multitudes, tornándolas apáticas e indolentes.

Será sin duda porque tienen congelados, insensibles el alma y el corazón, que nada de lo bueno y de lo bello entusiasma a los habitantes de algunas regiones.

Ó será tal vez porque demasiado torpes no alcanzan a comprender lo que los ojos ven y los sentidos palpan.

El gusto—don supremo de los sibaritas—hállase estragado al ancestral contacto con lo insípido, lo tosco y lo villano.

La propia insuficiencia rechaza a cuanto traspasa el límite de lo usual, pretendiendo, para reinar, el velo de la ignorancia, el endeble músculo del pigmeo, el odio irreflexivo del cretino y toda petulancia inherente a cerebros oscuros y nimios.

En un ambiente sin cultura artística, perdidos entre bramidos de fieras humanas, corrompidos por el contacto con lo infecto, perseguidos a sol y sombra, rechazados, heridos, moribundos, la mayoría sucumbe; y los pocos campeones que sobreviven, quejumbrosos y maldicientes, con el desdén a flor de labios, hablan o escriben, ya sea con la lengua candente y áspera o con la péñola que destila hiel.

Entonces nace, cual espada flamígera, el estilo vengador, el verbo estridente, las sentencias luminosas y fulminantes que parecen rayos, los párrafos sueltos, ágiles, expresivos, que tienen del vuelo del águila, de la garra del tigre y del fulgor de cumbres y estrellas.

¿Se puede hablar con otro acento y escribir con diferente armonía?

Es la canción épica, la cadencia de la borrasca, la poesía de la hecatombe, el himno del combate, una nueva Marsellesa, la que resuena con ímpetu de mil corceles, hendiendo el espacio y señalando ideales y horizontes.

El anatema brota fluido, espontáneo, cuando se presencia la indiferencia general; cuando, en un teatro, a excelentes artistas no se los aplaude, ni se encomia el mérito del autor de la pieza literaria o musical; cuando en un campo deportivo no se lanza hurra, levantando el ánimo de los contendores, loando la proeza o la victoria; y cuando alguien, en

cualquier ramo del saber humano, descuella, recibiendo como premio—¡oh, ironía!—la censura, el rencor, la maledicencia, y, en un solo vocablo, la envidia.

¿Alguien vence? Pues que calle, que rompa su pluma, que envaine su espada, que debilite su brazo y su inteligencia, y a la postre, que se humille, que apronda la clave del "saber vivir", confundiendo entre las masas anónimas y vulgares.

Eso, eso buscan, eso anhelan, para que se aumente la cartera de scros despreciables; para no ser solos en medio de la insensatez; para que se les acompañe en la tarea de vejar al compatriota; para descuartizar el germen de toda sanción; y para, finalmente, enturbiar lo hermoso y ennegrecer lo cristalino.

No hay entusiasmo.

Parecen muchedumbres inconscientes, heladas por el frío de las crestas volcánicas, heladas hasta las últimas fibras, sin sangre, sin corazón, como legiones de espectros o cuerpos inanimados.

Y así, en el centro de abrumadora apatía, que no se advina si proviene de egoísmo o inconsciencia, se entrelazan las palabras, surge la frase precisa, estalla el verbo de fuego, y se describe, en forma original, la psicología de los pueblos, en campaña de reparación y equidad, haciendo que renazca, como el ave Fénix, el aplauso, estentóreo e infinito que, según se infiere, pereció hace muchos siglos, congelado por las nieves de las cordilleras y las nieves de las almas.

*
*
*

LOS MEJORES PATRIOTAS

Del vocablo patria se ha abusado tanto que ya va amenguándose y perdiendo su sagrado significado de otros tiempos.

Al presente, casi no háblase de patria, sino de país, nación, república o estado: términos que expresan más propiamente el actual concepto de la nacionalidad, o sea, de algo semejante a una empresa o agrupamiento de negocios; y por eso, para su administración, alegan que se precisa de expertos en sus diferentes ramos, aunque, en la práctica, se maneje con profanos y al capricho de mandatarios, que son, en verdad, sólo expertos en la habilidad de gobernar que es conocida por política.

PATRIA, la sonora y expresiva voz de patria, sólo queda de recuerdo lingüístico en los diccionarios del idioma. Hasta en las escuelas se suprime su enseñanza en la forma preferente de antes.

Y si alguna ocasión se escucha pronunciar la palabra patria, no repercute en los corazones, encendiendo un fuego inextinguible y santo; y ahora nos refleja la idea de patriotismo o poliquería, y su eco, su dulce y vívido eco de otras épocas, suena y repercute con retintín metálico, como de onzas de oro que ruedan, se reparten y se pierden.

Antiguamente se batallaba y moría por un relazo o parcela del suelo nacional; luego, no ya por un simple fragmento, sino en defensa de una provincia o territorio, de muchas leguas de terreno y de miles de habitantes; y, en los días en que vivimos, no se pelea por poco, para que la línea limítrofe esté más acá o más allá, cerca o lejos. Sólo grandes intereses y rivalidades comerciales o económicas, pueden despertar los instintos brutales y primitivos y conducir a los pueblos hacia la lucha y aniquilamiento.

Ya no hay un hogar, una patria, puesto que se han vuelto términos genéricos, y todos son hogares y patrias del hombre, en todas partes y bajo todos los cielos. El radio, la aviación, acortan distancias y borran fronteras.

Pero así como el tigre se encariña y defiende su cubil y el águila su nido, el hombre cuando se arraiga en un lugar, destroza sus alas, quebranta sus ímpetus errantes, y no corre ni vuela, y como la fiera afila sus garras, otea y sucumbe en la contienda, defendiendo su cubil o nido, y por él, su terruño, —¡ahora sí, su patria!— en donde moran sus hermanos y amigos, en donde vió la luz por vez primera o a donde le condujo el amor, la necesidad o la aventura.

En un instante dado, repentinamente, surge una bandera, una palabra olvidada—¡patria!—y terminan los egoísmos, brotan nuevos sentimientos, y se marcan con sangre fronteras borradas y pasiones muertas.

Cosas del mundo y del hombre. En el horizonte todavía no se vislumbra el abrazo supremo, el beso entre hermanos, el consejo de Cristo y el perfeccionamiento humano...

Mientras tanto, el vocablo política, ruin y despreciable, sustituye al noble y olvidado de patria; y si hay patriotas, no son ciertamente los mejores los que manejan las riendas de un gobierno, enriqueciéndose, oprimiendo a los pueblos, sino los otros, los que se alejan y se aíslan, los que labran la tierra, los que comen con el sudor de la frente en fábricas y talleres, los que forman una fortuna independiente aumentando la riqueza nacional... los que, compasivos, orgullosos y quijotes, rehúsan participar en el banquete del crario público, en donde el vocablo patria repercute con un retintín metálico y adullerado, en donde se lo ha cambiado por términos, al presente, más modernos, como nación, estado o república, empresas casi comerciales y propiamente políticas de administración y gobierno.

Los verdaderos patriotas no abusan de la palabra patria,

y si es verdad que está casi olvidada, no se la encuentra sólo en los diccionarios, sino también—como un tesoro—en el fondo de los corazones, predestinada a resurgir cual lava y catarrata, arrollándolo todo en pos de la victoria y del martirio.

* * *

EL EMBLEMA NACIONAL

Enorme es el peso con que domina y abate el destino sobre nuestras razas.

Me refiero a las razas de origen americano puro o mezcladas con algún glóbulo de la sangre de don Quijote y de Sancho.

Aquellas razas que pululan por campos y aldeas, que no se han pulido todavía en el crisol de una intensa vida ciudadana, en las plateas de los teatros, en los clubs y en los salones.

Las éstirpes rústicas, danzadoras del pasillo y sanjaán, y gemidoras de yaravies y melopeas.

Música sencilla y melancólica; canciones pasionales, de dolor y tragedia.

Oscilaciones de almas desesperadas y cuerpos macilentos; suspiros de saudades y nostalgias, o gritos de furor y venganza.

La guitarra, el alpa y el violín, son los instrumentos de cuerda; y de sople, son el "rondador" y la flauta.

A veces se hinchan los fuelles de un acordeón; a veces vibran las dulces cadencias de un rondín.

Se ríe, se baila, se canta y se llora ante un Cristo crucificado o una Virgen esplendorosa.

Oropel, caucán y alegría.

Alegría que termina en llanto.

Oropel, que encubre la miseria.

Caucán, que arranca una gota de sudor más en el sudor cotidiano.

Y el párroco predica en el púlpito, anunciando la próxima fiesta.

Y el tabernero surte su bodega.

La beata salmodia un trisagio, y, luego, acude a la cita, a las vísperas y al velorio.

Todos danzan, comen y beben; y todos pecan con el pensamiento o con la obra.

En la jarana se diluye el espíritu de Huáscar y Atahualpa, descoronados, engañados y vencidos; y, súbitamente, cual relámpago, vislumbra un hálito rebelde y aventurero, que nos rememora a Pizarro y Hernán Cortés.

Sangre de conquistadores y sangre de víctimas, unidas en el espasmo del amor, al son del pasillo, en las cuencas de los Andes.

Un viejo cóndor vuela en la altura, contemplando la escena, de frente a las nieves de un volcán, de cola a las aguas de un océano.

La musiquilla, la copa, el Cristo, el cura y el cóndor, símbolos y motivos del alma popular, son alegres o tristes, según el estado de ánimo, el color del prisma que sirva de lentes.

El pasillo en París, como fruta exótica, será aristocrático y voluptuoso, con nuevas reformas y apéndices.

El pasillo entre nosotros, sin horrones ni recovecos, es toda la grandiosidad y toda la pequeñez de una patria, compendiada en una nota, una cadencia y un canto: es el emblema nacional.

*
* *

FLORES DE ESTIO

Mirad: viento, polvo y sol.

Sol, que marchita los tallos, seca las hojas y riega el polen.

Polvo, que opaca la vista, irritando la pupila; que se yuxtaponen a la carne, rememorándola de donde proviene y a donde irá.

Viento, que sacude y vuela; que destroza y pasa; que al recuerdo lo traslada al olvido; que descubre la herida y oculta el puñal; que a veces palpa y besa, y a veces descuaja, gime, canta y asesina.

La voz del viento entona la canción de la borrasca, bajo un sol canicular, empolvando la atmósfera con el hálito de la tierra.

En las serranías, el trigo se dora y se tuestan las frentes; los pensamientos se enturbian y las pasiones desfogan; la rosa se enrojece, el álamo se inclina y la amapola empalidece.

En las orillas del mar, las olas azotan las playas; el yodo inunda los pechos; los corazones aceleran el compás y las ideas se afinan; los mariscos fortalecen los cerebros, que entregan su jugo y su savia al amor; la hortensia se vuelve pomposa, el jazmín, perfumado y retozón, y el cocotero brinda su fruto y su sombra.

Sólo los espíritus mediocres y vulgares, yacen impávidos, a semejanza de las cosas: son rocas, guijarros y humo.

Piden moderación y tolerancia, porque jamás la rebelión les conmovió los nervios: cuerdas destempladas de guitarras rotas.

Imploran benignidad para con los culpables, ya que el pasado les aterra.

Anhelan la bruma del invierno, que aplaca el remordimiento y estrecha las manos y las conciencias, al calor de la lumbre, en la macabra confusión de virtudes y pecados.

Por eso, exhalan alaridos de dolor cuando se esgrime la péñola a manera de espada, enderezando entuetos, levantando desvalidos, predicando razones, aboliendo paradojas y condenando sofismas.

Para tales criaturas, quemadoras de incienso ante los ídolos de barro, no se debe satirizar la farsa y terminar el pasillo: aspiran a danzar perennemente en el tinglado del ensueño, con divas y polichinelas, con bufones y mandrines.

Las dulces sinfonías no se hicieron para los profanos; el verbo sonoro y viril no es para la inconsciencia; y los timoratos y los esclavos, los embaucadores y los arribistas, no admiran la embestida del valor, ni el gesto de independencia, ni el emblema de la libertad.

Flores de espino, macilentas y mustias, que se las lleva el viento del estío, manchadas de polvo, reverberantes de sol, calcinadas por los fulgores del Astro-Rey.

Sin un suspiro, sin una lágrima, sin una queja, desoladamente.

* * *

DEL DESTINO DEL HOMBRE

Con Adán y Eva se alza el telón y comienza una comedia irrisoria y enigmática.

Victorias y derrotas, risas y lágrimas, que duran un instante en el implacable cronómetro del tiempo.

Sólo queda un puñado de polvo, que se confunde con la tierra.

Hubieron un Buda, un Mahoma y un Cristo, cuyas rancias religiones originan, al presente, danzas profanas, salmodias voluptuosas y funciones psicalópticas.

Tres ciclos, prehistórico, antiguo y medioeval, son breves páginas de un libro inconcluso y misterioso.

Civilizaciones de arte, ciencia y poderío, asiática, griega y romana, pasaron, como pasa una ráfaga de viento.

Grandezas humanas, son penachos de vanidad y delirio; brillan como relámpagos, repentina y fugazmente.

El hombre mismo se empeña en destruir la celebridad de sus semejantes.

Colón, obsesionado, descubrió un nuevo mundo; después, se le encerró en una cárcel, calificándole de loco.

Napoleón se eclipsó en Santa Elena; Bolívar, en Santa Marta.

Vino un Káiser, emperador de un país rico, próspero y poderoso, que, en su demencia, se creyó omnipotente, y, enseñada la experiencia, amarga y cruel, le enseñó lo contrario, reduciéndolo a impotente, pequeño e inofensivo.

Los cañones de Krupp y la espada de Hindenburg relumbraron un día para enmohecerse en el siguiente.

Los hombres sólo dejan, tras ellos, un recuerdo inexacto y fantástico, cada vez más pálido y desleído.

La tierra es el mudo teatro de estas escenas.

Naciones que suben y naciones que bajan; pueblos que se improvisan y pueblos que desaparecen.

Razas vigorosas, castas humildes o estirpes enfermas, están en perpetua pugna y contienda.

El rico domina al pobre; el fuerte, al débil.

Pero, todo pasa.

Quedan los hijos, padres de otros hijos; que, como sus abuelos, nacen, florecen y mueren.

Es una película monótona y trágica.

La sangre de Caín primero fué una gota, una simple mancha; luego, una laguna; y un océano finalmente.

Nuestra planeta marcha camino del enfriamiento y esterilidad.

El hombre es un simple detalle en la vida de los astros.

Su destino, es obscuro como una noche, insondable como un abismo, rápido como una detonación.

*
* *

DEL PARAMO

Un hombre, un caballo y paja, mucha paja.

Paja parámina, espesa y fina, que cubre valles, colinas y roquedos; sirve de forraje y de lumbre; es techumbre de la choza, colchón y abrigo; es madre amorosa, que todo lo da y que para todo es útil.

El caballo, es de valiosa arqueada, ojo avizor y casco firme, remoto descendiente de yegua andaluza, fiel y valiosa compañera de los conquistadores.

El hombre, se adereza con bufanda, poncho y sombrero alón; bota rodillera, polainas o calzón de piel de tigre o de loro; espuelas y foete.

Caballo y hombre que casi forman un centauro, amalgamados en el cuerpo y en el alma.

Este individuo o ente se halla siempre dispuesto a correr,

ya sea persiguiendo a un lobo o a una liebre; con el lazo, juntando la boyada; con el rifle, para incorporarse a la primera revolución.

Es símbolo de pendencia, espanto del pueblo y terror de las mujeres.

Fornido adalid de la soledad, altanero y gallardo, sombrío y meditabundo.

Al son de la guitarra, entona quejumbrosa serenata.

En la noche de luna, contempla y admira el firmamento; en la oscura, rapta a la doncella.

De repente, rompe el silencio con un silbido agudo, prolongado y medroso.

Se precipita en la ladera, rasbala y rueda, y tranquilo, incólume, se asoma en el próximo picacho, escudriñando el horizonte.

En su pajonal, se cree un semi-dios.

No comprende la ley ni respeta la justicia.

Se gobierna por sus propios instintos.

Generalmente, no nace en el páramo, pero, en sus anhelos de libertad, lo adopta por regazo y sepultura, abandonando el poblado o la ciudad, o sea, la autoridad y la vigilancia.

Prescinde del libro y del periódico; no quiere saber nada; sólo las estrellas le indican y señalan.

Con el grito manda y con el revólver impera.

Héroes hasta hoy ignotos, que esculpirán sus nombres en el mármol y en el bronce, si algún día les reclama la patria y salen del páramo en defensa de la frontera.

*
*
*

EL HIMNO

Hay síntomas que delatan la decadencia de los hombres y las extravagantes tendencias de los pueblos y de las épocas.

Hubo un poeta de encumbrado nombre que, en un feliz instante de sacrosanto patriotismo y sublime inspiración, produjo unas estrofas de fuego, sonoras, vibrantes y únicas, que ostentan un título de gloria: "Himno Nacional del Ecuador".

Composición diáfana y primorosa, suficiente por sí sola para consagrar el nombre de su autor entre los pocos elegidos de las divinas musas.

Sólo una vez—¿lo oyen?—una sola vez, pudo escribirse la "Mursellesa", obra que perdurará siglos de siglos, pregonando la fama de Rouget de L'Isle y encendiendo, por el mundo entero, la chispa de rebelión y heroísmo.

¿Sería posible y lógico modificar su letra con un pretexto cualquiera, porque excita a la guerra, por ejemplo?

¡Jamás!

Así mismo, nunca se podrá—sin destruir el mérito—desfigurar los versos de Juan León Mera, amenguando al genio, despreciando el arte e hiriendo las fibras más delicadas del alma nacional.

Al lado del Chimborazo imaginad una colina desolada y amorfa, y entonces comprenderéis la diferencia de lo inmensamente grande a lo pequeño, destacándose con centuplicada hermosura la majestuosidad del Rey de los Andes.

Colocad un pigmeo junto a un gigante, si queréis resaltar el tamaño de las opuestas estaturas.

Parangonad el agua de los mares con el escaso caudal de un arroyo.

Por eso ahora, cual nunca, se yergue excelsa la silueta de León Mera, cuya producción no acepta pobres retoques artificiales, porque es perfecta.

Se juzga erróneamente que contiene impropiedades y denuestos contra la madre España, interpretando mal sus castizos vocablos, brote espontáneo de un cerebro privilegiado.

En su letra no hay agravio, sino amor y belleza, la sabia interpretación de los íntimos sentimientos de los habitantes de este jirón de tierra americana.

España se sentirá orgullosa de ser genitora de países que hayan nutrido a vates de tanto vuelo, aventajados y sempiternos cantores del poema de la libertad.

España, la angusta señora del arte y de la poesía, no pretenderá poner trabas al pensamiento y romper las liras robustas y fecundas, con vanas susceptibilidades y exagerados resentimientos.

Únicamente un genio excepcional, un estro poético como el de León Mera, producirá un himno comparable al suyo, pero éste triunfará siempre, exaltando nuestro patriotismo, por haber penetrado ya en el fondo del corazón ecuatoriano.

Sólo en nuevas generaciones pudiérase cultivar el cariño a otros emblemas y a otros ideales.

Se pretende que la polémica o defensa de nuestro himno deba ser tolerante y endeble, cuando, al contrario, se requiere que estalle la protesta rotunda y categórica, que los escritores y periodistas defiendan, sin vanas consideraciones, el verdadero arte y el mérito.

El buen gusto, el patriotismo y la cordura que salgan, con lanza en ristre, por los fueros de la inimitable letra de nuestro himno, armónico y magnífico, bello entre los bellos, y, con equidad y gratitud, que reclamen un monumento para su esclarecido autor, cuyas leyendas sean las cadencias de sus versos, que son perfectos e inmortales.

CASA DE LA CULTURA

1127

LA TRISTEZA DE LAS CIUDADES MUERTAS

Hay ciudades que semejan cementerios.

Carecen de alma e ilusión.

Sus casas son sepulcros: sus habitantes, condenados están al castigo de existir.

Colmenas que piensan lentamente, que caminan con parsimonia, que trabajan con pereza, que vejetan sin brújula ni esperanza, sin distracciones ni alegrías.

Ambiciones que les anima, son ambiciones escasas y primitivas.

Sólo las pasiones los ofusca y les conmueve, acelerándoles el pulso y entorpeciéndoles la razón.

Aman, víctimas de la atracción de los sexos; odian, por ignorancia y atavismo.

El progreso les llega tarde o nunca.

Ciudades, muchos de cuyos habitantes se juzgan políticos sagaces, que adivinan los secretos y descubren o fraguan las intrigas, cuando, en realidad, nada saben, nada pueden, nada significan.

Van camino de la muerte, dejando tras de ellos lo poco que heredaron, pobreza y vanidad.

Se engañaron a sí mismos, creyendo residir en una metrópoli de cultura y promisión, porque se encariñan con cuanto les rodea, como el recluso que, impotente y despechado, adora los muros de su cárcel, aunque esté privado de luz y de albedrío.

Otros—los raros—fruncen el ceño, se envejecen prematuramente, heridos por la nostalgia de ciudades mejores—más grandes y más hospitalarias,—deplorando la crueldad del destino, que les obliga a permanecer descentrados, rabiosos y perdidos, en donde nadie les escucha ni les comprende.

Espíritus superiores y errantes, nacidos para la lucha y el martirio.

Faros que alumbran los desiertos; estrellas que fulguran en las tinieblas; antenas que reciben la potencia de los rayos; témpanos flotantes sobre la superficie de los mares.

Ciudades en donde se yergue el confesonario y la cruz, por un lado; por el otro, el pendón rojo, de los oprimidos y de los libres; por doquiera, semblantes hoscos, diatriba y estancamiento... combate de nimiedades, sin olvido ni perdón.

Ciudades muertas, con hombres que son un cero a la izquierda en la historia terrenal.

*
**

VANIDAD DE VANIDADES

La lanza y el yelmo del hidalgo manchego, nuestro señor don Quijote, como le recordaba Rubén Darío, emigraron a la América Hispánica, en querencia de un campo más amplio para emprender en descomunales hazañas.

Y con el yelmo y la lanza llegó el quijotismo, la sangre azul, las prerrogativas, los ensimismamientos y la fatuidad.

Allí están los "pelucones", de mirada turbia, boca engreída, empaque orgulloso, gesto displicente.

Allí los nuevos nobles, cuyos pergaminos son los billetes de banco.

Allí las noblezas sin abolengo o árbol genealógico.

Allí todos en fila, jactanciosos y fanfarrones, espadachines y tenorios, bombas de jabón y remolinos de humo.

Miradlos: labriegos disfrazados de petimetres; plebeyos con pujos de aristócratas; payasos con aire de filósofos; intransigentes, que reprenden y aconsejan a quien no ha menester; patanes con traza de árbitros de elegancia y refinamiento; feos que se miran hermosos; tartamudos que se proclaman oradores; enclenques, con alarde de valor; petardistas, con seblantes esponjados y despectivos; reyes sin trono; profagonistas de opereta; moscardones hipnotizados por la luz...

Hay pobres que se creen ricos; hay ricos que viven como pobres; los unos y los otros, con ínfulas de señores feudales.

La plebe se trunca en aristocracia, merced a fortunas improvisadas; la aristocracia, a su vez, no abandona sus antiguas primacías, y, aunque su hacienda venga a menos, conserva intactos los pujos de grandeza pretérita; luego, se cruzan las sangres, hinchando el globo de la preponderancia.

Prenda bella es la modestia, que por estos lares no abunda, que no fecunda en ciertos climas, que no campea en algunas sociedades.

Pero, en cambio, descollan lozanos los cardos que aparentan ser jazmines; los flamantes "dandys", de ropa cepillada y conciencia opaca, razón oscura y palabra toupe.

Satíricones anacrónicos del ajeno vivir; castillos requetrajados de orgullo y vanidad; bóvedas depositarias de los despojos del hidalgo de la Triste Figura.

*
* *
*

LAS AÑORANZAS QUE MATAN

h
Viajad, respirando el aire yodado y salobre de los mares; cruzando tierras exóticas y panoramas diferentes; apurando el licor de los placeres; admirando extáticos las obras de arte producidas por los genios; buscando aventuras al azar; corriendo como faunos tras del amor; libando néctares; perdidos en medio de muchedumbres y algazaras desconocidas; dejando lejos, muy lejos, las miserias del terruño; viajad, viajad, por el vasto mundo, conservando por centro París, y, luego, regresad al solitario solar de vuestro origen, para que comprendáis cuán amargo es el recuerdo de días mejores que se fueron para no volver.

Es preferible, para ser feliz, no abandonar nunca el pueblo natal; disfrutar de comodidades medianas; no tener ambiciones ni anhelos; ser, en fin, un ente vulgar, cuyo dilema consista en satisfacer el estómago, para no desmentir que se pertenece al reino animal, y dormir, para no ver y no pensar.

Pero viajar, es gozar, para después sufrir y perecer, volviendo a un ambiente que ya no es propio, sin alas para volar, enfermos de nostalgia, si no es de neurastenia, y atormentados por los crueles espejismos de tantas cosas amadas, que, a la distancia, nos parecen más bellas y adorables.

Mujeres hechiceras, que ya no tomarán; ciclos, ciudades, mares y continentes, que un sueño sólo son; paisajes diáfanos, que son más tarde paisajes de cuento, siempre más confusos e imprecisos.

Es que la vida es triste.

La filosofía es eterna fuente de dolor.

Por eso, es mejor fallecer antes de tocar, en plena decadencia, el ocaso, el punto final, la tumba, la nada, impregnados con el signo de la angustia, invocando otras horas, otros climas, otras razas, placeres y amores, ensueños y quimeras, riquezas que no son nuestras, alegrías que son ajenas...

*
* *

MÁS ALEVOSA QUE LA COPA DE BELEÑO

¿Lloras?

Parece mentira, llorando, atribulado, demente, el hombre que fué, por su robustez, un roble; por su valor, un héroe; el justo orgullo de su casta, por su talento extraordinario; cuan-

do estudiante, el aventajado de los colegios; después, el preferido del sexo femenino, por su trato y su nobleza.

Ahora, eres una mera ruina, escambros, desastre.

La impetuosidad y desesperación, empujándote al abismo, en vez de colocar en tus manos el arma rápida del suicida, puso en tus febriles labios algo peor, la copa del alcohol que, presentado en diferentes formas, va gradualmente corrompiendo tu sangre, excitando y agotando, tus sentidos y pasiones, degenerándote, para matarte también, pero con sana y perfidia, clavándote dardos de angustia, garras extrangu-ladoras y asesinas.

En los momentos de lucidez, derraman tus ojos lágrimas copiosas, ante el cuadro desolador de la tragedia de tu mísera existencia.

No hace mucho, brindabas, rebosante de alegría, promé-tus bellas: eras fecundo, florido, pomposo y lozano como un arbusto en mayo.

Al presente, semejas una planta quemada, mustia, seca.

Eres la víctima de ciezos y de heladas, de la opresión de una atmósfera asfixiante.

Lloras, cual un niño, porque comprendes que, siguiendo otro derrotero, hubieras sido útil a la sociedad y a tu familia; pero, ya no tienes remedio, ya es demasiado tarde.

Debilitaste tu voluntad, aboliendo tu albedrío; eres un difunto entre los vivos; un detestable remedo del pasado; un estorbo, un obstáculo, un apéndice.

Llevas contigo el estigma de la fatalidad, con los surcos del desprecio, que humillan y consumen, y que son las brechas abiertas por un destino maldito e implacable.

Y sabiendo que tu mal es incurable, apuras más y más, con una sed insaciable, incontenible, el líquido que confunde la razón, el tóxico que te anonada y extermina.

Náufrago sin aliento ni esperanza.

A la hora de la prueba, no desafiaste a los vientos y a las iras del infortunio.

Rodaste cual piedra lanzada en la pendiente, acelerando la caída.

Roto esquife, juguete de las olas, después de la borrasca.

Inspiras pena y compasión, en los corazones que mesu-ran la profundidad de tu desgracia.

Eselavo irredimible, ejemplo de perdición, que apartas de tu sendero a quienes te miran y cavilan, y, al borde del precipicio, rompen en mil pedazos la copa que contiene alcohol, más nefanda y alevosa que la copa de beleño.

*
* *

CIUDADES QUE INVENTAN SU HISTORIA

¡Ingeniosa invención!

Ciudades modernas que carecen de tradiciones magníficas, dignas de parangonarse con las de las principales capitales del globo, pretenden, intempestivamente, enmendar el descuido de antiguos cronistas, pregonando desconocidas y brillantes páginas de gesta y la nómina de sus hombres preclaros.

Así, se hilyana el abolengo, los episodios de la Independencia y las jornadas de victoria.

Así, se resucita nombres olvidados, oscuros e inéditos, para exhibirlos—como de próceres y prohombres—a la posteridad.

Se discute apasionada y locamente la trascendencia de las efemérides que se las cree memorables, y, sin lógica ni erudición, se resuelve la supremacía por la más insignificante.

¿Qué importa?

Es indispensable poseer la vanagloria de una fecha "magna" y se acoge plazeramente a la que venga, sea de cualquier magnitud y categoría, con tal que proceda del "descubrimiento" de algún togado o religioso de campanillas, de aquellos que se dan pisto de sabios, y, de veras, lo son, ante las muchedumbres desprevenidas e ignoras.

Por otro lado, colegios, academias literarias y corporaciones diversas ostentan por distintivo el nombre de quienes se suponen, sin fundamento alguno, que habrán sido eminencias científicas y literarias, por las obras que quizá imaginaron legar a las generaciones actuales y venideras, pero que, por varios motivos, "se perdieron", o, lo que es evidente, nunca las produjeron.

Examinadas las diminutas y caprichosas biografías, cubiertas de paráholas grandilocuentes, son geógrafos sin geografía ni mapas; literatos, autores de alguna detestable novellita pornográfica, de lectura prohibida para mujeres y niños; poetas, porque soñaron serlo.

La celebridad, así, es fácilmente accesible: basta llegar a tiempo, en la fiebre de improvisación de la monografía ciudadana; basta nacer en pueblos sin hombres importantes, ávidos de preponderancia y enconbramiento; basta morir en países lejanos, allende los mares, para que se piense que somos seres mitológicos, cerebros de fama mundial, escritores fecundos y de elevado nimen, científicos de muchos quilates, como si fuera una proeza incomparable abandonar el suelo natal, y que en consecuencia, debe centuplicarse la virtud y el talento, cuando, con frecuencia, sucede todo lo contrario.

Lo sensible consiste en que, en aquellas mismas ciudades, existieron gente de valía y días de legítima gloria; pero, por la pobreza de magín, y por el error que predomina en los ac-

tos humanos, en las épocas en que las multitudes están dirigidas por bastardos del pensamiento y de las letras, se equalitece a la vulgaridad, despreciando el mérito, y se cubre de rosas a la primer vacante que les sonríe.

Las pasiones, yerros e injusticias de algunos individuos, se extienden a las colectividades, que, de manera más visible, desbarran, perpetrando desafueros, prevalidas de arranques patrioteros, y porque se intenta, a toda costa, aparecer infladas de pujanza y grandeza, aunque falsas, para que el vil orgullo se sienta satisfecho.

Y se va forjando la historia... y se forman las galerías municipales de retratos de hombres célebres... y se arriba a la inmortalidad, sin saber cuándo, cómo, la razón, el porqué...

La suerte, puesto que es femenina, es veleidosa, y, muchas veces, póstuma y extravagante.

*
* *

DE LA QUIMERA ESPIRITUAL

¡Infeliz bohemio!

Eres un pobre monomaniático, que persigues el nombre de escritor en un ambiente adverso y estéril.

¿Acaso eres un niño, sin reflexión ni experiencia?

¿No te arredra fracaso e infortunio?

Pues de nada te sirve el recuerdo de años de miseria, sin hogar y sin holgura, aplacando tu sed en la hiel de la indiferencia, y tu hambre con el veneno que te regularon en consumo con un mendrugo de pan.

Porque una ocusión redactaste un periodiquillo cualquiera, o contemplaste en letra de molde tu pasajera elucubración, hubiste de suponer que poseías la pluma de literato, y, desde entonces, sueñas con papel de imprenta y obras remuneradoras e inmortales.

Pero el tiempo, destructor y renovador, transcurre rápidamente: ya eres un adulto y pronto serás un anciano.

Ninguna de tus ilusiones se han efectuado; tus prosas y tus versos no se mojaron en tinta ni se estamparon en papel; no les infundiste forma ni vida, novedad ni duración; fueron proyectos, fantasías, locura; palacios delineados por una mente enferma, en sus anhelos de realidad.

Y sí, casualmente, mediante un esfuerzo supremo, algo produjiste rara vez, fueron estrofas frías y métricas, sin fuego ni hermosura, o párrafos monótonos y ordinarios, que no te levantaron por encima de la vulgaridad y medianía.

No obstante, sigues adorando el mérito invisible de tu arte, y mañana, cuando te sorprenda la gnadaña cegadora de existencias, expirarás convencido de tu vocación esplendorosa, truncada por falta de tiempo, lugar y espacio, y conducirás a la tumba, junto con el polvo de tu cuerpo, el polvo de tus artículos, de tus endechas y de tus libros.

Viajero empedernido por los zarzales y los médanos de la desgracia y la indigencia.

Tu esfuerzo no marca la huella de un carácter; tu conformidad te acerca a la resignación de Job; tu modestia, es una claudicación; tu estoicismo es a guisa de impotencia; y tu ambición es un ideal esquivo e intangible.

La dignidad y delicadeza de tu estirpe, te obligan a callar, por no pedir e imponerse, cuando la materia necesita combustible para florecer, cuando el alma se siente adolorida en una armazón desvencijada, cuando, por inverosímil, te vuelves etéreo, inarmónico, insustancial.

Bohemio que no gastas capa salamanqueña, que no fumas en pipa, que no exhibes luenga melena despeinada.

Sin embargo, bohemio desastroso, cuya efigie es la de un santo mártir, cuyas vicisitudes son fragmentos de un calvario.

Pero, ventajosamente, te ciega la visión portentosa—para tí, incomprendida—del arte, y, aunque derrotado e infeliz, deliras en ser un superhombre.

Cerrarás los ojos para siempre, vislumbrando la fantasía de tus obras increadas, de tus rimas inéditas, de tus divagaciones insípidas, para tí, insuperables.

Y, finalmente, hallarás en el spoliarium—fosa común—el descanso igualitario y salvador.

*
**

EL PUNTO VULNERABLE

A la hora suprema e inevitable de la muerte, los valientes se vuelven cobardes, visionarios o recelosos.

Para ser sereno, es indispensable que el ánimo esté templado en el yunque de una filosofía real y tangible.

Que haya fortaleza y rebeldía.

Que durante algún tiempo se estudie y se investigue, y que luego se deduzca y se resuelva.

El ambiente debe ser propicio si se quiere vencer sin dificultad; de no ser así, es preciso sostener una contienda de titanes.

A la postre, claudican hasta los más audaces: pocos fallan con impavidez y estoicismo.

Los fetiches inculcados en la niñez perduran, más o menos triunfales, a través de las múltiples etapas, tornando violentamente a perturbar la calma en los años seniles; al tocar en las puertas de lo incognoscible.

Los indiferentes en religión son los seres menos afectados por las humanas supersticiones.

Los crédulos, son perseguidos siempre por cosas inverosímiles.

Duendes, gnomos, fantasmas, vestiglos, almas y espíritus producto son de las fantasías de ultratumba.

La ignorancia es campo adecuado para sembrar terrores.

La gente débil y nerviosa habita en un mundo utópico, irreal y anodino.

Predicando suposiciones ultraterrenas se avasalla las conciencias y se juega con la humanidad.

Los mitos constituyen la clave de las religiones, las cuales no existirían sin estas estratagemas de subyugar.

La moral y la verdad repudian y rechazan estas invenciones de error, pasión, venganza, odios o interés.

El hombre que sale del ergástulo de las abusiones religiosas o sobrenaturales, es un libre.

Es un liberto del alma: hombre entero y completo.

Los demás, llevan su inferioridad hasta la muerte, que continuamente les infunde pavor.

*
* *

EL "POETA" RIBAS

No sabemos si por derecho, antonomasia, bondad o ironía se antepone el altísimo calificativo de poeta al apellido de Ribas.

¿Quién es él? ¿Cómo se llama? Su nombre bautismal se lo ignora y a nadie le interesa. Sólo se sabe su apelativo—Ribas,—y su desconocido nombre ha sido sustituido por la egregia denominación de poeta, siempre unida a su apellido, y, así, todos le distinguen y conocen por "el poeta Ribas", o por "Ribas, el poeta".

Figura singular y extraña que ambula por calles y plazas de esta ciudad, digna del estudio de un psicólogo y que podría servir de protagonista en un sainete. Sería modelo de botón o pícaro redomado; sería prototipo de retórico, criticastro y predicador. Complejo e indefinido, no se acierta a deslindar cuanto posee de loco y cuanto de cuerdo; no se comprende si principia su sarcasmo o si termina su ingenuidad. Mefistófeles metido a místico; con trazas de profeta. Y utiliza su ver-

bosidad para trabar disputas y polémicas, cantar a la mujer utópica y soñada, y luego, en especial, para disertar sobre cualquier materia y tema literario. En sus diversas faces, pregona su preeminencia, su egoísmo, y se juzga un superhombre, un genio, un héroe, y mira con cierta compasión y a veces con desprecio a los demás mortales, quienes, a su lado, cobran el aspecto de seres insignificantes y pigmeos.

Asiste puntualmente a los atrios de los templos, para contemplar a las diosas bellas y rezadoras, las cuales, según él supone, se privan por su gallarda silueta de bardo excelso. Se detiene en una esquina en postura de enamorado y mira a la ventana de una aristocrática mansión, mira de soslayo, mira con desdén, como dignándose conceder una limosna de amor a la pobre apasionada que, tras las rejas, suspira por conquistarle, por obtener una estrofa de su lira inmortal o por admirar su arrogancia y gentileza.

Cansado de seguir a dioses y ninfas, convierte una acera en tribuna, y difunde, obsesionado, las semillas de su pensamiento entre el coro de sus "discípulos" y oyentes.

Una muchedumbre juvenil asedia a todas horas al "poeta", y aplaude sus elucubraciones y ríe, ríe siempre, de sus palabrerías, ínfulas y grandezas. Ríe de los telegramas de presidentes y epístolas de reyes, que le felicitan por sus rimas, mejores que las de Rubén Darío, y le reconocen como el primer trovador de América. Ríe de sus amores, de que se niega a contraer matrimonio con duquesas y princesas de sangre real. Ríe de sus duelos de revólver sin proyectil...

Pero, al mismo tiempo, él desliza su vida en alegre algarabía, riéndose, también él, de los que se hurlan de su mérito y no dan crédito a sus versos sublimes y eternos. Y si alguna vez llora, llorará alejado, escondido, para que sus admiradores no adviertan esta debilidad que le igualaría a los otros hombres, haciéndole vulgar.

Si el sol no se ocultara tras del Amulú, y si al Chimboraço no se le contemplase al abrir los ojos, es evidente que no estaríamos en Riohumba. Así mismo, creyéramos que estamos fuera de aquí, muy lejos, si dejásemos de verle algún día al "poeta Ribas", algo propio, algo típico de este suelo, que simboliza al Quijote de las almas y al Tenorio de los corazones. ¡Salud, invicto "poeta"!...

*
* *

DE LOS MENTORES

Comenzaré por decir que esta es una época excepcional y curiosa, en que el mejor honor consiste en no figurar como candidato a la presidencia, en donde todo el mundo lo es.

Luego, en todo tiempo, en todas partes, mucha audacia se requiere para aconsejar a quien no ha menester.

Hay escritores—desgraciadamente muy raros—que son el orgullo del hombre, puesto que, a más de una péñola castiza y hábil, poseen lo que más vale: el carácter.

Y en el camino de estos apóstoles y videntes, se presentan, para entorpecer su cometido, individuos que merecen se les describa.

Ellos son: escolásticos refractarios al progreso, y algunas veces, académicos; conservadores de pura cepa; lugados con diploma de pillaje; protectores impertinentes, que no saben de caridad; caciques sin tribu ni poderío; fatuos, que se estiman grandes siendo pigmeos; anatematizadores del desierto; predicadores sin oyentes; intérpretes equivocados de lo que no les incumbe ni entienden; raquíticos del cuerpo y del alma; receptáculos de antropofobia y de bilis; insectos perniciosos y nocivos; talentos desorientados y venenosos; patias de las civilizaciones; luces que oscurecen; gritos que hacen los tímpanos; émulos de la envidia y de la impotencia; defensores ciegos de las malas causas; satélites de Nerón, con máscara de puritanos; enarboladores del estandarte de Cristo, para preparar un campo de Agramante; sicarios y fariseos...

Encastillados en infulas vanas, juzgan que sus opiniones son decisivas; que sus escritos son irreprochables; que sus vidas en el hogar son imaculadas; que sus conversaciones son sutiles y graciosas; que sus crímenes son virtudes; que son aciertos sus errores; que es verdad la mentira; que lo blanco es negro y que el día es noche...

Valientes leguleyos y tinterillos, que no satisfechos con una clientela de idiotas, salen en busca de aventuras, entre otras gentes y por otros trigos, para regresar a sus guaridas maltrechos y malferidos, pero nunca avergonzados, ya que jamás conocieron de vergüenza.

Bien está que indiquen y reprendan a pajes y a hijos, mas no a quienes profesan opuestos credos, y son, por cualquier concepto, superiores en categoría a la que ellos pertenecen.

Cuando hay hidalguía, a la prensa se combate con la prensa, a las ideas con ideas.

No son las pasiones absurdas las que enderezan una senda ni las que conquistan un laurel.

Son la lógica, el vigor bien comprendido, la razón bien alimentada, las cualidades que adornan la polémica.

Por eso, estos sujetos ofuscados, sólo obtienen el justo pago a su intransigencia sin cultura ni fundamento: carcajadas de desprecio.

Para ellos vaya, pues, sinceramente, la mencionada carcajada estridente y una interjección rotunda.

DEL AMBIENTE

Hay climas adecuados para el cultivo de patatas; los hay para el banano y el cuco; y los hay también para el de la inteligencia y el arte.

Se requiere un invernadero, abnegación y química para que prospere la caña de azúcar, como algo exótico, en las alturas andinas, y lo mismo el jazmín del Cabo y otras plantas de tierra baja.

En cambio, el trigo, la cebada, no fructifican en lugares cálidos, al lado del arroz y del café.

Pero cuando el sitio es favorable, los productos son geminos y exuberantes.

El hombre, a su vez, está sujeto al imperioso ambiente.

En país de agricultores, todos entienden de la materia; en donde hay minas, todos son mineros.

Las excepciones confirman la regla.

Cuando alguien no sigue el rumbo de la mayoría, es un excéntrico, casi un intruso, la víctima propiciatoria de una jauría de rutinarios, esclavos de costumbres viejas y defectos ancestrales.

Si hay mérito en una labor intelectual e independiente, lo es doblemente mayor si el medio es antagónico y hostil.

Es un milagro que el hilo de una cometa no se arranque a la embestida de torbellinos y tempestades de viento.

Un herido puede salvar de un balazo, de dos, de tres, más no de una lluvia de granadas y gases asfixiantes.

Indiferencia, frialdad, asedian al varón que traspasa el lindero de lo común, cuando no una oposición sistemática y rastrera.

Para marchar, se necesita una coraza para el alma y otra para el cuerpo: desprecio a la vida, seto a las fieras, una inclinación ciega, un talento extraordinario.

Logrando evadirse del medio adverso y trasladarse al medio propicio, el triunfo es inefable, puesto que ya no existen las trabas al pensamiento y las barreras a las aspiraciones.

Al contrario, una palabra de encomio, una inclinación de asentimiento, un aplauso, aumentan bríos para arceciar en la contienda.

Y más aún si el trabajo intelectual es bien remunerado, en donde se cotiza en oro los grados de un cerebro.

Pero en un centro de medianos, la iniciativa es perseguida y aplastada.

Brillan sólo unos astros pálidos, cantores pedantes del terruño, que todo lo ven santo y bueno, que se dejan arrastrar por la corriente, con ambiciones pobres y un caudal de vaporesos alardes patrioteros.

Ellos son los consagrados.

Plantas raquíticas de una arena estéril, sin sol, sin aire, sin color ni transparencia.

Parásitos de la ciencia y de las letras, que nacen del pan-lano, y viven y mueren en él.

*
**

DESCONSUELO

EN EL 10 DE AGOSTO DE 1922

Bolívar, al expirar, derramó una lágrima, convencido de "haber arado en el mar"; Sucre, el immaculado, fué cobardemente asesinado en la montaña de Berruccos.

No os llame la atención; así es la ingratitud humana; son cosas del mundo y de la vida.

Los redentores mueren vilipendiados, como Eloy Alfaro, defensor del liberalismo, la figura más egregia y atractiva en la horrascosa política ecuatoriana.

Es indispensable que largo tiempo transcurra, que sancione la historia, para que se reconozca y deplora el valor, el mérito y las virtudes que se extinguieron.

Países emancipados de la férula española, ingresaron, dentro de sus propios territorios, en extorsiones y vericuetos.

En esta prócera tierra, de Mejía, Montúfar y Olmedo, estallaron, después de la gloriosa independencia, rivalidades y crímenes, épocas de terror y sangre, de aniquilamiento del solar de la raza, de retroceso, desesperación y abatimiento.

No vinieron hacia nosotros emigraciones sanas, robustas y numerosas, fundadoras de naciones nuevas, grandes y prósperas.

Nuestros gobernantes han atendido preferentemente a mezquinos personalismos, sin vislumbrar amplios horizontes.

García Moreno, que podía haber sido un adalid extraordinario, fué simplemente un tirano, ofuscado por el fanatismo escolástico; sus cualidades se empañaron al lado de sus defectos y errores.

Otros presidentes no resaltan, en el brío, empuje y carácter, tanto como Alfaro y García Moreno, jefes de opuestos partidos, enarboladores de banderas enemigas, origen y causa de lucha cruenta y fratricida.

Hay también hombres de buena voluntad, que poco o nada hicieron, en un ambiente agresivo e inadecuado, con una oposición tenaz y sistemática, y por la absoluta carencia de medios, preparación y aptitud.

Revoluciones, cuartelazos, claudicaciones, emboscadas,

peculados; ocupan la mayor parte de nuestra existencia republicana.

No es inquina o agravio el bosquejar la realidad una vez siquiera.

Es conveniente auscultar al paciente para diagnosticar y recetar el remedio.

Los congresos, de donde debía brotar la clave del bien y la justicia, son tenidos, por ser factorías de arbitrariedades y equivocaciones.

El solio presidencial es ocupado por personas que no encarnan el voto de la mayoría, ya que son designados por el antecesor, impuestos por la fuerza militar, al servicio de menospreciadores de la Constitución.

Es una vituperable liga o alianza de favores mutuos y compadrazgos.

Se enriquecen parientes, amigos y cómplices.

El pueblo, eternamente oprimido, clama y protesta; nadie le escucha ni le compadece.

Llegan cada año leyes, tributos y gabelas, y, en medio de estertores, se progresa paulatinamente, amenazados por las garras de la fatalidad.

Se intenta engañarnos mutuamente: creemos ser grandes sin ver nuestra pequeñez; poderosos, sin comprender nuestra miseria y debilidad.

Otros países nos dejan atrás: la civilización tarda en llegarnos; en cambio, pronto se imita la táctica de los crimenes de Centro América y los vicios y degeneramientos de París; todas las decadencias latinas.

Washington, desde su inmortalidad, contempla la apoteosis que constituye su tierra libertada.

San Martín, en su obra, encuentra un sol de esperanza.

Simón Bolívar, sin embargo, lamenta que su estupenda hazaña haya terminado casi en tragedias: Venezuela es víctima de una dictadura; Colombia, no se desprende de un régimen conservador y retrógrado; el Ecuador, empobrecido, es manejado por pilotos que no aciertan formas de regeneración y adelanto; el Perú, se estremece bajo el despotismo; y Bolivia se siente anonadada en su aislamiento.

Y de la tumba del Libertador nace un hábito de desconsuelo, presenciando la suerte de los pueblos independizados con su genio y con su espada.

Años que se eclipsaron, dejando una estela de dolor.

*
*
*

UN AÑO MAS

EN EL 1° DE ENERO DE 1923

Y la vida se pasa, corre, vuela: es una película cinematográfica, más o menos emocionante, más o menos duradera.

¡La vida! ¡La vida! ¡Siempre enigmática e incomprensible! ¡Siempre nebulosa y bullanguera!

La niñez, una inconsciencia; la juventud, una locura; después, la realidad: dolor, lágrimas, puñaladas, estertores, derrotas, triunfos, risas, goces, ráfagas de tragedia o de felicidad, comedia, drama o sainete.

Cada hombre escribe su propia historia, mojado la pluma en sudor, en sangre, en congojas y en contrariedades.

Sin embargo, hay algunos a quienes les envuelve la dicha, la fortuna, sin apercibirse de nada: son los herederos de la suerte; los seres que no saborean la hiel del sufrimiento; los cosecheros de ajenas luchas y privaciones, o de ajenos fraudes y crímenes, cuantiosas fortunas y sonoros apellidos.

Un año más...

Y las naciones como los hombres tienen su sino, su historia.

La república aparenta tranquilidad, progreso y riqueza; no obstante, algunos de sus hijos salieron proscritos, por el camino del infortunio; bajo una calma superficial, hay zozobra y hay tormenta; y las cajas de caudales de los ricos están repletas de billetes desvalorizados, sin destellos de resurgimiento.

¿Para qué engañarnos?

Espectadores serenos, arrancamos de las cosas el secreto, la sustancia, la verdad.

Las verdades amargan las existencias de los magnates y carcomen los pedestales de los ídolos; estremecen a los tiranos y fortalecen a los débiles.

De las ruinas surgen nuevas ciudades y nuevos ideales.

Este es verbo de reconciliación, y nunca de amenaza, puesto que, laborando por el engrandecimiento nacional, quisiéramos el abrazo de las almas que comulgan al pie del majestuoso Chimborazo, entonando el himno de León Mera y cubiertas con el tricolor estandarte.

Que venga un nuevo año, en horabuena, a disipar las brumas del pasado, retornando la libertad, rechazando el miedo, evocando el valor, fomentando la paz, borrando quimeras, endureciendo leyes, renovando conciencias, haciéndonos dignos.

Cada año que muere es una esperanza menos; cada año que nace, es una ilusión más.

Esperanzas e ilusiones son llamas que se extinguen con los vientos y las brisas.

Todo sucumbe con el tiempo, eterno destructor y eterno creador.

¡Unos fallecen para que otros vivan!

¡Qué irrisoria es la comedia!

¡Sorprendente y vulgar repetición de las épocas!

¡Un puñado de paradojas que representan un universo!

¡Nacer, vivir, morir!

¡Lo mismo los hombres como las naciones y como los mundos!

¡La creación, un misterio; el destino, un abismo; el más allá, una interrogación; y en tantos siglos, el hombre nada sabe y nada comprende!

Sin embargo, en las cosas materiales y pequeñas, hay castas, gerarquías, desigualdades, habilidades y torpezas.

La tumba es igualitaria y reparadora: el grande y el chico se acoplan, se amalgaman, se confunden: idéntico es el polvo de los muertos y el misterio de las tumbas.

Un año más...

El carnaval de la vida se envejece con el año que se va y rejuvenece con el año que viene.

Un nuevo rollo en la irrisoria película de la tierra, con polichinelas y bufones, con tiranos, verdugos y víctimas, todos marchando hacia el mismo punto: la muerte.

Pero, por un momento, olvidemos la realidad, seamos niños, inconscientes, visionarios y supersticiosos, y festejemos al recién llegado, engañándonos con la consabida frase de **año nuevo, vida nueva**, como los párvulos se engañan con un juguete flamante y original que pronto se vuelve desvencijado y común.

Las frivolidades que nos ofusquen; que nos revolucione la locura; música, flores, versos, vino...

¡Bebámonos nuestras lágrimas en una copa de champán!

*
*
*

LOS GIGANTES DEL ESPACIO

Y el martirio fué.

El horizonte se tiñó de sangre.

Los chacales arrancaron el corazón de sus víctimas indefensas.

Los cuervos revolotearon al olfato del calvario.

Se tocó en el cenit de una época de crueldades y venganzas.

Hubo el apogeo de la emboscada y de la traición.

La fama colocó su corona de espinas en las testas ilustres.

Las piras de fuego que incineraban la carne humana, exhalaban un olor macabro, agradable para los autores de la tragedia.

Penachos de humo inquietante ascendían a las nubes y a la gloria.

En la ciudad de Quito se perpetró el crimen, y desde su Ejido se propagó la mancha de vergüenza sobre todo el Ecuador.

Aquellas sagradas cenizas del grande hombre, llamado en la historia Eloy Alfaro, se confundieron con las venerandas cenizas de sus compañeros, unidos en la vida y en la muerte, en un último ósculo de despedida de la tierra y de ingreso en la eternidad.

Son eternos, como lo es otra víctima, Julio Andrade, porque sirvieron con denuedo, amor y éxito a una patria, difundiendo ideas de libertad, y porque desde la tumba se yerguen magestuosos, clamando sanción y justicia.

Los verdugos se arrastran cual culebras.

Desde sus escondites, en la sombra, disfrutaban de un triunfo que es derrota, alardeando de un valor que es miedo y es terror.

Se lavan las manos como Pilatos, después de haber contribuido o dispuesto para la hecatombe.

Pero los turba la permanente visión de cuerpos profanados y destrozados, de miembros mutilados, arrastrados impudicamente por calles y plazas, y luego apilados y quemados, para realizar el siniestro plan concebido por mentes raquílicas y asquerosas.

Son difuntos que viven con diafanidad y transparencia.

De aquellas cenizas brotará el Ave Fénix de las reparaciones y desagravios.

El germen del honor va creciendo.

Hijos de esos guerreros tendrán el temple de sus genitores.

Nadie ignora quienes son los asesinos de su padre.

Eloy Alfaro fué el precursor de un engambre de espíritus rebeldes y libres.

Es un símbolo.

El tiempo pasa y a la distancia se agiganta su figura.

Hay hombres que no sucumben.

Hay muertos que son lábaros que conducen al combate.

Están en el espacio, sembrando pavora en sus victimarios.

Por encima de todo, se extiende una visión de sangre.

Y esa sangre pide, frecuentemente, una plumada de recuerdo, anunciando el día de las liquidaciones, porque "quien a hierro mata a hierro muere", aunque se esconda en el centro del planeta.

*
* *

LA REVANCHA

Es el humo de la pólvora que se levanta de la tierra, enlutando el capuz de los cielos.

No son fieras que se arrojan con denuedo y temeridad; no son las fieras de la selva, pero sí lo son las de las ciudades: son los hombres, es decir, los animales más sanguinarios de la creación.

Son los hombres: los hermanos cobijados por una misma bandera, los habitantes de una misma patria, aquellos que, por una quimera, por un odio, por un simple antagonismo, por un mero prejuicio, se precipitan en medio de las balas, se apostrofan, se aniquilan, sin percatarse del valor de sus vidas y del fruto de sus holocaustos.

¿Será patriotismo?

Parece que estos seres hubiesen perdido la razón.

¿Por qué ese encarnizado campo de Agramante?

Porque los unos pretenden que vaya al solio un caudillo, y porque los otros piden que no sea éste, sino aquél.

Por eso, se aborrecen, se calumnian, se desafían, se matan.

¿Lástima grande que las madres sufran tanto para concebir hijos que expiren en las malditas contiendas fratricidas, sin ideales, sin victorias decisivas, sin variar los sistemas de los gobiernos!

Después de un presidente malo, sucede otro pésimo, y, aunque fuera igual al anterior, ¿compensa la caída, bajo la metralla, de tantos valientes?

Y el humo de la pólvora, cada momento, era más denso; el fuego de la fusilería relampagueaba entre los bosques; por laderas y pendientes, por breñas y abismos, saltaban los combatientes y botcaban los cadáveres; y las aguas del río, testigo de la tragedia, se teñían de rojo con la sangre humana, derramada sin piedad ni medida.

Un general tras otro, un coronel tras un comandante, un teniente tras un capitán, un sargento tras otro sargento, un soldado tras otro soldado, un civil tras un recluta, todos, todos los luchadores iban sucumbiendo, iracundos, alienados, ciegos, torva la mirada, palpitante el cerebro, temblorosos los labios, inseñibles, heroicamente.

Pocos se salvaron después de la batalla, y estos pocos, según transeurrían las horas, se multiplicaban, puesto que los cobardes, los prudentes, los traidores, los rezagados, los ausentes, iban ahora llegando en busca del botín, en requerimiento de laureles y galardones.

¡Pobre triunfo, sirviendo de pedestal para el ascenso de

mercenarios, y de baluarte de las ambiciones de mercaderes, instigadores y perjuros!

Desde lejos, muy distante de la pelea, un hombre, embocado en luenga capa, apuraba una botella de coñac y tiraba los dados sobre un poncho colocado a manera de tapete; bebía y jugaba, esperando el fallo del cañón para avanzar o retroceder.

¿Quién era aquel tahir con trazas de militar?

¿Por qué no concurrió a la batalla al lado de los suyos?

No le convenía.

Era jefe de alta graduación, pero sus grados no fueron conquistados en la guerra, sino en plena paz, merced a la incondicionalidad, a la impostura, a la política, base de tanto desafuero y de tanta improvisación.

Y él, viejo en las lides del engaño, conocía la táctica de surgir.

El peligro, conforme su criterio, era bueno para los imbeciles, y los imbeciles morían para brindar la palma, la corona, el cetro, a los lincees, a los sabios, a los dichosos, quienes son, en cualquier idioma, los intrusos, los miserables, los canallas.

Y, en efecto, este hombre, el menos pensado, el último de los combatientes pero el primero de los audaces, este hombre se hizo presente en el instante de la incertidumbre para todos no para él—y fué aclamado por la nación entera como único pacificador, como único dios.

Se sentó en el solio, asumiendo un aire de emperador, asesinó, desterró, persiguió y humilló a los legítimos dueños de la victoria; y juzgó eterno su dominio sobre un país "de esclavos y de idiotas", en donde el imperialismo había tendido sus alas y sus garras de sangre, de terror y de vergüenza.

Pero en la tierra, muchas veces, hay sanción y hay justicia.

Se pasaron los años y vinieron otros tiempos; los niños de ayer eran los hombres de hoy; y el vástago de una de las lamentables víctimas, en recuerdo de su padre, en honor de su patria, levantó la bandera de la revancha, la cual flamea sobre las cordilleras andinas.

El usurpador del solio no ha sentido todavía el golpe de la hula vengadora, pero su vida es un calvario y un continuo sobresalto, y no duerme, porque en las noches se le aparecen las visiones de los muertos, que le señalan la fosa, y sólo se esfuerza para que les sustituya el fantasma de la revancha, que, poco a poco, le consume, pálido, tembloroso, amedrantado, esperando, en la aurora de todos los días, la llegada de la hora de la expiación, pendiente, como la espada de Damocles, sobre su cabeza de energúmeno.

*
* *

EL REBELDE

La ciudad dormía, y su sueño hubiera sido uniforme, inalterado, profundo, si en una de sus esquinas no se asesinaba a un hombre, al propio tiempo que en la casa adjunta nacía una criatura, predestinada a grandes luchas intelectuales y físicas.

¡Qué coincidencia!

¡En un mismo lugar, una vida que se va y otra que viene!

Fué el inmediato reemplazo del árbol prematuramente talado por el hacha homicida; la simiente regada con la savia de una planta; el cirio que se enciende en la pavezca que se extingue; la sangre que se derrama cuando aparece el manantial de otra sangre; el individuo que abandona su puesto para que otro lo ocupe; la eterna renovación, sumida en el misterio.

Y aquel niño, cuyos ojos se abrieron por vez primera cuando otro ser de su especie cerraba los suyos por última vez, llamóse Osvaldo.

De genio irascible, más tarde, ya joven, no perdonó y castigó hasta una leve injuria; tanto amar, acabó con su corazón, *endurándolo*; llorando, se le agotaron las lágrimas; riendo dulce y alegremente, su risa llegó a trocarse en un rictus de orgullo, desprecio y sarcasmo.

Junto a los manantiales, por praderas, páramos y selvas, arrancó de la naturaleza el secreto de su hermosura, refinando, puliendo su gusto, para trazar, con pluma maestra, un cuento, una historia, para fastigar a los adveedizos y a los tiranos, abriendo ronchas en sus cuerpos, rompiendo en mil pedazos los ídolos de barro, rasgando las bandas presidenciales y moviendo la fortaleza de los solios.

Con su péñola, cobraba la apostura de un gigante, y lo que escribía, y lo que hablaba, lo mantenía con la violencia de sus puños y con el estoicismo de su alma.

Esquivo, hurafío, a las gentes se les torcía su criterio, juzgándole equivocadamente: le suponían un mediano, y era un excepcional; le consideraban un preponderante, un *fatuo*, un *hosco*, y era simplemente un rebelde, desligado de rutinas, libre de sugerencias, independiente, dueño exclusivo de su albedrío.

Por eso, le odiaba la mayoría; por eso, le adoraban los pocos que, sin prejuicios, estrecharon su mano leal y oyeron de sus labios la parábola vindicadora y justiciera.

Los gobernantes, recelosos, a su lado le llamaban en demanda de apoyo y de conciliación, pero él, Osvaldo, seguía impertérrito por su senda de indomables altiveces.

De su riqueza y de su nombre aprovechaba para humillar a los que, prevalidos del dinero, de la política o de la audacia, alardeaban de grandeza, a los improvisados dirigentes de

la alta sociedad, que confunden la virtud con la hipocresía, el entendimiento con la intriga; el honor con la cobardía, y el mérito con el artificio, la apariencia y el engaño.

Con los pobres, con los humildes, con los obreros, con los desheredados de la fortuna, era el hermano, el compañero, el conductor.

Así, consolaba al afligido, iba con el pueblo a reivindicar sus derechos, increpaba a los déspotas, vagaba con los menesterosos, bebía con los bohemios, burlándose del señorío, de la llamante nobleza, de las ínfulas, de los ardides para entorpecer la legalidad y profanar el santuario de la justicia.

Renunció al éxito, por juzgarlo vano y pasajero, y, luego, renunció a su existencia en un gesto último de reparación.

¡Cómo!

¿Murió Osvaldo?

Sí, sucumbiendo heroicamente, ornando con letras doradas la última página de su vida.

Desaparecían, en el fragor del combate, al estampido del cañón, al canto macabro de la metralla, al silbido de las balas, a los gritos de furor, miles de compatriotas suyos, envueltos en una guerra civil, pretendiendo los patriotas derrocar al tirano, quien convirtió el país en su feudo, quien era dueño de vidas y haciendas, quien escarneció la bandera y dilapidó el crédito nacional.

Y el tirano ya triunfaba, defendido por la fuerza bruta, por la ciega fidelidad de su ejército, por sus sayones y esbirros.

Ya triunfaba, cuando Osvaldo, el rebelde, hizo de la derrota una victoria, por obra de su iniciativa y resolución.

Había marchado en previsión de un fracaso, en busca del origen, de la causa, del centro, del único responsable del derramamiento de tanta sangre y de tanta desgracia, y atravesó con un balda vengador el corazón del tirano.

En seguida, la guardia del capitolio acribilló a puñaladas el cuerpo de Osvaldo, inscribiendo su nombre en el martirologio de los benefactores de la humanidad.

Desde entonces, surgió en aquel país una era de progreso, concordia, fraternidad y paz.

El tiranicidio salvó a la patria de la ruina y del infortunio.

Y allá, al pie de un colosal volcán, se destaca un cementerio, que contiene una tumba con este epitafio:

OSVALDO EL REBELDE: CABALLERO DE LA PLUMA, DE LA PALABRA Y DE LA POLVORA, HONRA Y PREZ DE SU PUEBLO.

Mientras más tiempo pasa, su recuerdo es evocado con más cariño y respeto, y los peregrinos del ideal depositan siempre flores frescas en su camposanto, do impera, como reina, nuestra señora la Muerte.

LOS SUICIDAS

Todo es verdad.

La fecundidad que brota de la tierra, el murmullo de las selvas, la caricia de las olas, la borrasca, el cataclismo, la erupción, el rayo, la zozobra, las nebruras, las auroras, todo, absolutamente todo, es verdad.

El universo es una constante afirmación; nada sorprende, ni conmueve, ni impresiona.

Las pasiones se aplacan; los sentidos se atrofian o se cansan; los días se vuelven uniformes, monótonos, tristes.

La novedad, se perdió; la curiosidad, se disipó; y, en el ánimo del hombre, invadió la serenidad, el estoicismo.

Luchar, ¿para qué?

¿Para qué, si todo es igual, lo mismo, repetición física y espiritual, panoramas normales, fenómenos idénticos?

Los descubrimientos, las invenciones, no sorprenden: son esperados como lógica consecuencia de los tiempos.

Nada hay estable, pero nada estremece, ni aterra, ni repercute, ni vibra.

Es el libro de la vida, cuyas páginas, aunque cambien de número, son de parecido papel, de análogo tipo, de un solo significado, paralelas, unilaterales.

Unos hombres marchan de prisa, otros lentamente; unos cantan y otros lloran.

¿Dó van?

Hacia el propio destino; la muerte.

Así como los arroyos que, a veces, serpentean, y, a veces, toman la línea recta, buscando, pronto o después, el ingreso en los mares, para confundirse y desaparecer, de igual modo las criaturas humanas, despacio o con velocidad, directa, oblicua o circunferencialmente, ingresan en la región de las tinieblas, bajo la guadaña de la Parca, volviendo al polvo de donde emanaron, cuya materia atrae, asimila, se mezcla.

Ilusiones más o menos duraderas, grandes o pequeñas, generalmente alientan las existencias.

Cariños hay que subyugan, hay esperanzas que animan, hay placeres, por fugaces que sean, que dejan una estela de dulzura.

Odios hay que sublevan, venganzas que apasionan, y aspiraciones, buenas o malas, que, aunque no se cumplan, agitan, fortalecen y empujan.

Y vamos viviendo: ricos y pobres, desgraciados y felices, alegres y tristes, la humanidad entera.

¿Entera?

No; no, porque de la cohorte humana se separan algunos filósofos, algunos locos, algunos valientes y no pocos cobardes, y dan el paso culminante, decisivo, arrancándose la

vida con sus manos, pragonando la libertad de su albedrío, restando a la suerte y, no cabe duda, despreciando el mundo de sus semejantes.

Entre los diferentes suicidas, los hay que merecen admiración, puesto que sólo los fanáticos en religión y los mercaderes de la iglesia suponen que todo suicidio es ignominioso, humillante, protervo.

Hay, en efecto, suicidas admirables, austeros, sublimes.

Aquellos que, serenamente, con una sonrisa de reflexión en el rostro inteligente, consumen el acto supremo y final, dejando, tras de ellos, una huella de resolución, de carácter, un gesto de heroísmo, una pincelada de luz, un reguero de fuerza y de voluntad.

Entran en la tumba porque nada les impulsa, ni les arredra, ni les atrae, ni les domina.

Libres, libres como el aire, el viento y las olas.

Vieron todo, lo sintieron, lo palparon.

Nada les seduce, ni les agita, ni les maravilla.

¿Para qué la vida, si élla nada enseña y nada significa?

Placeres vanos; versos que no deleitan; espasmos que ya son vulgares; arte que no esclaviza; proezas que son juego de niños; nimiedades, bagatelas, simplezas.

Suicidas que penetran el secreto de las cosas, que descubren, que adivinan, que reservan su mejor sonrisa para el momento culminante en que buscan el descanso, el polvo, la nada.

Soldados del valor, filósofos de la realidad, pirámides de granito, castillos de estoicismo.

Nadie, hasta hoy, os comprende, os estudia, os define.

Superhombres, Luzbeles, arcángeles, ciegos o abisimos de la humanidad.

Suicidas que ya formáis una formidable legión de hermanos.

*
*
*

DE LA PENOLA Y DE LA ESPADA

Es preciso trenzar la cadena del destino.

Es conveniente urdir la epopeya y la tragedia de las vidas.

Es oportuno estampar, con donaire y sutileza, el prisma de la realidad, equidistante, como el día de la noche, del tablado de la fantasía.

Con Nicolás Augusto González murió, entre nosotros, la fecundidad literaria.

Con el arzobispo González Suárez, desapareció la historia.

Con Manuel J. Calle, emudeció el panfleto y la diatriba.
El verso sucumbió con Medardo Angel Silva.

La espada, triunfadora por doquiera, veterana en la lid,
fue rota y envainada con el holocausto de Eloy Alfaro y sus
tenientes.

La medianía jamás resulta en ningún campo.

La luz artificial no se iguala a la luz del sol.

Sólo un gigante reemplaza a otro gigante.

Ya no suena el clarín de batalla; ya las plumas no des-
criben las inquietudes de las almas y la marcha de los tiem-
pos.

El reloj se paró.

Aquellos que pudieran ser esperanza de claridad, se ha-
llan en pleno crepúsculo o en medio esplendor, opacos o semi-
oscuros.

Gonzalo Zaldumbide no pasa de su "evolución de Gabriel
D' Annunzio".

En las acotaciones periodísticas, háuse anonadado los in-
telectuales.

En la prehistoria, se contenta y amortigua con levas polé-
micas Jijón y Caamaño.

El libro está desechado y olvidado; la lira, no es robusta,
sonora y varonil; el arte, la novedad, están agobiados por la
prosa acerba, amorfa y vulgar.

De allende el Azuay, de la cuna de religiosos, místicos y
bardos, la Cuenca que es comparada con Atenas, sólo llega,
de cuando en cuando, alguna rima melancólica, alguna endea-
cha con el obligado sabor del terruño, y raro opúsculo con re-
miniscencias del pasado y fragmentos de gesta.

En el nido de tres cumbres, Montalvo, Cevallos y León
Mera, la rebelde Ambato, los astros se han ocultado, y hay es-
terilidad y desaliento.

Por los cuatro puntos cardinales, la mediocridad ha erigi-
do su altar, en donde celebra su misa negra, a la ronca cadu-
cia de un armonium de egoísmo y de odiosidad.

Se destierra, se apoca, se acanalla o se incinera a todo lo
que luce, a todo cuanto promete y a todo cuanto vale.

Se prefiere el oropel al oro de diez y ocho quilates.

Así la humanidad, va sepultando las espadas, las liras y
las péñolas, la iniciativa y el talento, el mérito y la libertad.

*
* *

PERIODISMO

Atravesamos una época de efervescencia pe-
riodística. Con frecuencia aparecen nuevos voceros, pe-
ro no de la opinión pública, de acuerdo con normas y
máximas iniciales, sino del sentir y cavilar de personas y gru-

pos determinados. Raro, excepcional, es un diario de criterio amplio, que dé cabida a ideas fecundas y libertadoras, al verbo sonoro y viril, divorciado de la adulación, intriga, medro, ambiciones y, más aún, intereses creados y mezquinos.

El público paga. El público es víctima siempre. La mayoría no distingue o no le importa lo bueno de lo malo, lo pulcro de lo maculado, lo cristalino de lo turbio. Se le brinda veneno y acibar en bandeja argentina, papel satinado y tipos flamantes, para propagar sandeces y autobombos. Y los pensamientos luminosos son estampados con abandono y negligencia. ¿Para qué colocarlos en columna preferente? ¿Para qué, si no reportan dineros, empleos, amistades, agradecimiento y servidumbre?...

A las péñolas doctas e indomables se las relega a la inferioridad. Un escritor idóneo camina sobre cardos y abrojos, sujeto a la imposición del dueño de la empresa, a la menguada índole de la publicación, a los estrechos límites de compromisos y consignas. Las péñolas egregias deben sufrir la odiosidad de las muchedumbres, el martirio que luego les corona de fama, cuando se fueron para no volver.

El diario moderno se halla, con pocas excepciones, en poder de comerciantes, especuladores y arribistas; de quienes ayer no tuvieron notoriedad, orgullo y fortuna; de los que supieron extraer el mimen de la ajena inspiración; de los mercaderes de la política; de los que adoptaron este negocio para saciar venganzas, ascender alturas y rellenar la bolsa.

¿Cuándo un gesto admirable? ¿En dónde un canto sublime? Sólo hay las vibraciones del cable, los telegramas de correos rutinarios, la maledicencia politiquera, los avisos mercantiles, la monotonía de una hora tras la anterior, una noche de tinieblas, una infinita pausa, un profundo letargo, desilusión, desaliento, desesperanza. ¡Nada!...

Los periódicos de Yanquilandia, por ejemplo, son más interesantes: catástrofes, velocidades, colmos, enormidades, millones de millones, oro, acero y pujanza.

Los franceses: revancha, novedad, feminismo, modas, galanteo, literatura, arte.

Pero los nuestros—¡oh desconsuelo!—son rezagados centinelas del mundo de la litografía y de las letras, son humildes exponentes de nuestra joven y pequeña nacionalidad.

Al lado de los formidables rotativos, nuestras hojas periódicas son un detalle, una fracción, un remedo.

Sin embargo, si hay amor, fe, sinceridad, si hay alma, lo nimio se torna inmenso, como un símbolo, un emblema, como la bandera que representa una patria.

Un brillante irradia más fulgores entre el fuego que lo muerde; una estrella más seduce cuando está solitaria en el lóbrego capuz de los cielos; un periódico, cual faro luminoso, alumbra con más voltios cuando está en medio de escombros

sociales, y se pisotea la Constitución, y se vulnera el derecho, y se derrumba la república. Cuando se encuentra solo en la lid, afrontando la tormenta. Entonces un periódico, aunque no se edite en rotativos y en prensas de última invención, cobra la apostura de un gigante, y es voz que grita, pólvora que estalla, trueno y rayo. Es nada menos que la honda de David contra Goliat: ¡el arma noble de los pensadores en contra de los déspotas!

Uno solo de estos paladines de la vox pópuli, vale más que una docena de torcedores del criterio unánime.

¡Qué banales y despreciables son las máquinas de emitir falsedades! ¡Cómo se burlan del país! ¡Cómo se exalta lo amorfo, lo vacío, lo simple! ¡Cómo se rechaza cuanto es en detrimento, aunque somero y vago, de los egos o individualismos adictos a la causa de un cacique, o de una familia, o de un círculo de enfatuados y embusteros!

De aquellas redacciones salen malhumorados y quejumbrosos los periodistas activos, que se sacuden del yugo de las imposiciones, bagatelas y vilezas; que no aceptan por amos a los que son inferiores; que relan al destino, sin venderse por una irrisoria soldada; que no abdican su libre albedrío hasta convertirse en instrumentos, en secuaces, en animales de carga.

Y nuestros gobiernos se muestran complacidos de la canallasca labor de la prensa servil. Perpetran desafueros, infieren ofensas, atropellan códigos y usurpan privilegios, seguros de escuchar el aplauso de los impulsores al mal y al error, de los que odian la humanidad, por haberles la naturaleza privado de sus dones.

Son los eunucos del cuerpo y espíritu, que elevan al poder a sus congéneres, para todos ellos marchar en consuno a la conquista de las masas ignaras y de las veleidosas bayonetas, que son los vergonzosos pedestales de estos fetiches o ídolos de barro. Y, no obstante, ellos mandan, dominan y triunfan; ellos son los conductores y los maestros, los mentores y los incitadores.

Así han sido y son las sociedades: surgen los audaces, los líneos, los zalameros y los bufones. Se fraguan reputaciones, y hay individuos, por cuadrúpedos que sean, que yérguense imprescindibles y únicos. Desaparecen un instante; luego resurgen más avesados en el cinismo, los embrollos, la perdición de los rivales, el apogeo de sus métodos y de sus nombres. Y imneren como protectores y padres de la patria, y según costumbre, una banda militar planea marchas fúnebres acompañándoles a la última morada, o, al menos, los juglares pulsán las liras entuadas y melancólicas, y los oradores, que no rehuyen una oportunidad, recuentan sus virtudes y prorrumpan en dolorosas y apagadas congojas.

Se fué el prohombre. Y al propio tiempo, por

coincidencia, se le sepulta a un individuo probo, ecuánime, patriota, y nadie se apercebe, y sólo sus deudos le echan de menos, y la prensa apenas recoge el dato de crónica.

No nos sorprende. Así es el orden de las cosas. Y todos fallecen para que otros vivan: plumarios y arlequines; sabios e ignorantes; eruditos y mercaderes; magnates y esclavos. Y continúa el desfile. Y sigue el sainete. Y el público siempre paga. Paga diez centavos por un diario, para leer verdades o mentiras...

Preferible es el diario culto, serio, parco y noticioso, que peca sólo de metalizado, persiguiendo, a todo trance, el aumento de sus ingresos, gracias al incremento del número de ejemplares y al alto precio de sus avisos. Estas empresas son netamente comerciales. En ellas flamea, como divisa, la especulación. Carecen de ideales, principios y partido. Agradan, se afeitan y pintan el rostro, esconden los escrúpulos, se venden como meretrices.

Y no terminaremos sin obsequiarles una palabra de piedad a los que, visionarios y quijotescos, sufren del mal del **periodismo**, tan peligroso como el vicio del alcohol o de la morfina. Enfermos, neurasténicos e incurables, que sueñan en cuartillas y en papel impreso; que jamás escribieron las obras proyectadas; que cruzaron por todas las redacciones y adoptaron todas las escuelas literarias; que agotaron sus existencias en forjar quimeras y servir de espejos para los demás. Bohemios desventurados, que presurosos e inverosímiles os encamináis hacia la fosa común, sin un suspiro amante, sin una lágrima amiga. Vosotros representáis la falange fracasada y errante del periodismo. Vosotros sois los únicos plumarios dignos de compasión. La fama no coronará de laureles vuestras frentes carcomidas por el dolor. ¡Infelices compañeros de la tinta de imprenta!

* *

AÑORANDO ANTIGUOS TIEMPOS

No afirmo que todo lo pretérito sea mejor que lo presente. Hay cosas buenas y malas en cualquier época. Y lo digno, lo meritorio, se lo aprecia, y cuando se lo pierde y desaparece, se deplora y compara con lo pobre y pésimo de los días en que vivimos.

¿A quién no le sorprende la diferencia entre el periodismo de hace algunos años y el actual? ¿Quién no siente nostalgia de tiempos mejores?

Ahora la prensa de primera categoría—teniendo en

cuenta la importancia de las empresas editoras de periódicos—carece en absoluto de nobles ideales; sólo persigue el lucro económico; aumentar sus ingresos monetarios a toda costa, valiéndose de todo medio, sacrificando, para ello, honor, prestigio y libertad.

¡Qué insignificancia de sentimientos! ¡A qué punto hemos llegado!

Ya ni las religiones ni los credos políticos alientan y enardecen: atravesamos por un período de tolerancia y resignación. Tal vez la humanidad, cruelmente decepcionada, háse vuelto escéptica o pesimista.

Lo que es más, la prensa—esta prensa nuestra—olvida la elegancia del lenguaje, las normas del buen escribir, y en sus columnas no da cabida a la galanura del estilo, al verbo castizo y sonoro, al pensamiento encumbrado y batallador. ¿Para qué? ¿Para qué una labor difícil y brillante cuando no reporta un chorro de dinero? ¿Cuando quizá el público no responde, acogiendo con entusiasmo, a la frase bella, al grito rebelde y al sacudimiento de los libros? ¿O es que, fatalmente, la cultura de hoy es inferior a la de ayer? Esto no puede ser, no es posible. No podemos retrogradar, sino ir adelante, hacia la meta. Lo contrario sería aniquilamiento y vergüenza... sería marchar a la retguardia de los pueblos.

Callaron y desaparecieron las últimas péñolas egregias de nuestra prensa: la de Manuel J. Calle, la de Ricardo Cornejo y la de Nicolás Augusto González. No importa el ideal político de cada uno de ellos; tampoco hace mella sus vidas, odios y pasiones, propios del hombre. Lo que nos apena, lo que aterra es el silencio que brota de sus tumbas.

Antes, una buena firma valía por todo un periódico: se lo adquiría, se lo apreciaba sólo porque en él escribía su tino o mengano. Al presente, casi todo el material de la prensa es anónimo, igual y vulgar; es lo mismo que un artículo sea escrito por este o por aquel.

De entre los escombros literarios y periodísticos, sea dicha la verdad aunque nos ruborice, no hay una pluma que levante curiosidad, que conmueva corazones, que enardecza muchedumbres. No hay un nombre que resuene como trompeta, deleitando a miles de lectores y pregonando la fama de un diario.

Para sustituir esta carencia de proclaros autores, la prensa, en su ambición y egoísmo, apela a nuevos recursos y se torna comercial e informativa. No quiere el arte y rehusa la contienda. Cobarde, se humilla ante los déspotas; plebeyo, no engalana su frase y pisotea el orden, la forma y el estilo.

Obsesionadas por una ganancia rápida y momentánea, las empresas no comprenden que están cavando su propia sepultura. No es halagüeño merecer el calificativo de mercaderes sin conciencia, ocultadores de la verdad o entorpecedores de

las masas. A la postre, el público, juez supremo e inexorable, darás cabal idea de semejante explotación y acudirá, sediento, a calmar sus ansias de ilustración y estética en fuentes puras de alimento cotidiano.

Sólo a falta de una hoja que enarbole ideales y acometa la contienda, puede surgir la gaceta mercantilista, sin bandera y sin belleza, que no siquiera dispone de un escritor importante, y que como única divinidad, se postra ante el dinero.

Por eso, añoramos viejos tiempos y antiguos hombres.

*
* *

LOS REBELDES

Un diario guayaquileño juzga haber colocado una pica en Flandes al embestir, ciegame, a quienes odiamos la empuñanza y procuramos ser libres, mediante una labor tenaz e independiente... A los que no podemos ser resignados o serviles, para convertirnos en sanguijuelas del crario público... A los que, de vez en cuando, esgrimimos la péñola para proclamar alguna verdad, corregir un yerro, combatir por una causa que la creemos justa, o simplemente para ejercitar la afición y el pensamiento en un entretenimiento—como es el de escribir—meritorio y noble.

¡Pero cómo se exasperan algunos hombres ante las palabras desinteresadas y altivas!

Acostumbrados a que todos les rindan homenaje, ya que manejan la poderosa arma de una prensa, se encuentran encumbrados y envaneidos, y ni por un momento aceptan la reflexión imparcial o el consejo conveniente.

¿Para qué observaciones de nadie si ellos con ser dueños de un periódico, saben más que Salomón y son más ricos que Creso?

¡Dichosos mortales, que así viven ensimismados y presuntuosos, admirando siempre su fortuna y su grandeza!

Extraños dolores y quebrantos, no les conviene, y miran con indiferencia, casi con desprecio, a sus semejantes, considerándose los dueños de una pobre nación.

Para ellos, las luchas que no son propias, nada valen. Sólo ellos son rebeldes, perfectos, inmaculados.

Todos incurrimos en faltas, en errores: menos ellos—omnipotentes—que se aprecian por encima de las humanas flaquezas.

Hasta los presidentes de una pequeña república como la nuestra, no obstante el habitual despotismo, son menos pre-

ponderantes, más cultos y acaquibles que algunos señores propietarios de empresas periodísticas.

Se usa términos generales para señalar un vicio o un mal de la época, pero ni esta forma sirve, porque alguno de ellos, demasiado susceptible, se siente ofendido y arremete con pasión y furia.

Obsesionados, suponen que el que escribe en un diario sólo lo hace con el fin de obtener alguna prebenda y medrar del erario. Nunca pueden imaginarse que existen ideales que enaltecen al hombre; que hay inclinaciones que desmenuhecen una pluma; o que sea posible existir con el trabajo independiente, lejos de las arcas fiscales. ¿Qué país fuera el nuestro al aspirar todos a cargos públicos? ¿No hay otras maneras de abrirse paso en la vida?

Si alguno de los que colaboramos en la prensa, en cierta ocasión, por corto tiempo, hemos aceptado "una gobernación provincial o un ministerio", ha sido por prestar aquel pequeño contingente a la patria, o por una mera novelería, o sea, por carecer de experiencia, sin darse cuenta que la tal política sólo brinda odiosidades y decepciones.

Al no ser rebeldes, es natural que, como tantos, hubiéramos abdicado nuestro carácter. Y cobardes para buscar obras fútiles de subsistencia o impotentes para ello, fuéramos las víctimas del destino—ser empleado público es ser víctima—y nuestras personalidades estarían agotadas y muertas.

Aunque parece que una observación poco o nada valiera, produce buenos resultados cuando es acertada y precisa. Así, verbigracia, el haber virilmente comentado que nuestra prensa—la más importante—tiende a volverse comercial e informativa, prescindiendo de ideales y belleza, es posible que haya influido para que en estos días se halle más interesante, más patriótica, y en ella se dé cabida a artículos ardientes y combativos, pletóricos de entusiasmo, que redundan en beneficio de los lectores y en provecho de los dueños de los diarios. Si así fuera, estaríamos complacidos, no obstante que, para conseguir este propósito, hemos sido el blanco de la arremetida de quienes, a la postre, reciben las positivas ganancias del negocio.

Especialmente hubo una época—la de la Dictadura—en que la prensa enmudeció por completo. Sólo se adquiría un diario para conocer alguna noticia del exterior. Es evidente que el gobierno la atemorizaba y que, al callar, las empresas defendían su económico porvenir. Pero, ¡qué hermoso hubiese sido leer entonces lo que se escribe ahora!

No hay razón para resentirse, señores de la prensa, por tan sencillos comentarios.

*
* * *

LA POETISA INOLVIDABLE (I)

Hemos sido informados que dentro de poco tiempo se terminará de imprimir la obra de Luz Elisa Borja Martínez: la artista fecunda y múltiple; la prematura víctima de la soledad y del destino; la niña dulce y modesta que atravesó por este suelo cual un meteoro, dejando, eso sí, una estela luminosa de amor, cadencia y armonía.

Su **Cofre Romántico**—ensueño de su juventud—debía haber salido a luz hace ya algunos años, cuando ella vivía aún; pero, desgraciadamente, el trabajo de impresión ha sido tarde, lento, aniquilador, desesperante, y su libro, al presente, va a ser póstumo, y no reposará cual mariposa sobre su regazo, acelerando las palpitaciones de su sensible corazón.

Siendo un volúmen exento de mérito literario o algún tomo de versos académicos, pesados y jactanciosos, es evidente que hubieranse editado con el apoyo oficial, tal vez en los talleres tipográficos del gobierno...

Cofre Romántico será un precioso estuche que guardará alhajas de inestimable valor: más de trescientas páginas de endechas fáciles, lloradas y sentidas; rimas puras y cristalinas, como las cascadas y deshielos de las montañas que rodean a este valle rico y esplendoroso; prosas poéticas, llenas de vida, matizadas con el fulgor de una alma joven que vibraba a impulsos de la esperanza y de la ilusión, para luego sumirse en el abismo de la fatalidad que marca su destino. Sus estrofas vislumbran el prematuro desenlace de su existencia. Nació, cantó, murió. Y tan bello poema, tan sublime tragedia, encierra este **Cofre Romántico**, arca santa de palo de sándalo.

Hasta hoy el retrato de esta eximia poetisa no ha sido colocado en la galería de elígies de **personas célebres** que forma y conserva el Cabildo de Riobamba, cuando juzga que alguno de los hijos de esta tierra ha sobresalido por su talento o virtudes, legando a la posteridad una grata memoria de grandeza.

Pero, en la mayoría de los casos, mal ha juzgado o elegido el Ayuntamiento Cantonal: muchos de sus retratos nada nos recuerdan de legendario o memorable, al no ser que háyase fundado la tal colección para perpetuar la fisonomía de individuos que tienen únicamente como mérito—si mérito puede llamarse—el ser miembros del partido político liberal o radical; u otros, porque fueron empleados públicos o jefes de familia, sin que tampoco sepamos si fueron elogiosas o reprochables sus vidas privadas e íntimas.

O nos hace suponer, semejante pobreza de grandes hombres, que una ciudad tan preclara como Riobamba ha carecido de ellos.

Mas no. Nos basta y sobra con dos colosos de la humanidad: el padre Juan de Velasco, historiador de valor indiscutible, y don José Antonio Lizaraburu, aquel por mil títulos ilustre fundador de esta bella ciudad.

A don Pedro Maldonado no es posible colocarle al lado de los dos prohombres anteriores. No se los ignala ni se acerca a la talla de ellos. Su monumento es demasiado grande para él, quien está abatido bajo su altura y su peso; pero, en análogo pedestal, resaltarían bien los primeros. Para una efigie en el salón municipal, si tiene merecimientos el abolengo y distinguido porte de don Pedro, por ser gentil remembranza de tiempos idos y edades muertas: caballería y romanticismo.

Es lógico que una celebridad—no mundial, sino simplemente nacional o provincial—se respalde en algunas obras de importancia. Un pintor, deja tras sí sus cuadros; un geógrafo, su geografía o sus mapas; un filántropo, sus muscos, hospitales o bibliotecas, algún vestigio de desprendimiento y beneficencia; y un poeta, sus versos, siempre que sean de poeta y no de poetasro... Un escritor, legará a la posteridad sus libros...

Un simple político, ¿qué puede dejar? Tal vez su retrato para el salón familiar: ¡nunca para una galería de eminencias!...

Sin embargo, allí están ellos, como grandes entre los grandes, y allí se hallan otros, quienes no fueron políticos ni nada.

Pero Luz Elisa ha sido repudiada. Ella, según los cabildos pasados, no merece ingresar en el santuario de semejantes notabilidades, que tantas obras desconocidas nos han legado. Ella es demasiado pequeña, humilde, insignificante: sus piuturas, nada valen; y valen menos sus estrofas y párrafos. El célebre cabildo de la época en que ella falleció, no brindo siquiera una corona de flores sobre su féretro, tal vez creyendo que con esta noble ofrenda se desprestigiaba. ¡Ah, ella, la Buena, la Dulce, la autora del armonioso **Cofre Romántico**, no era acreedora a penetrar en el recinto de tan excelsos personajes! Así lo habrán decretado los cabildantes de Riobamba, su cuna, por la cual, siempre, derramó sus lágrimas, dedicó sus rimas y exhaló los efluvios de su corazón.

¿Serán tales jueces capaces de aquilatar su obra? ¡No, mil veces no! Es, pues, preferible que la hayan repudiado, despreciándola, porque ello significa que es valiosa, sublime, ya que por serlo ha despertado la emulación, la envidia, que muerde lo grande sin conseguir romperlo, para atestiguar su solidez y, luego, para preparar el camino de abrojos por donde sube el mérito al sitio que le corresponda.

Ya llegará, impreso y nítido, el libro de la inolvidable riobambeña; ya vendrá, desde lejos, el homenaje de reparación y justicia; otras gentes, otros hombres, no serán iguales

a los contemporáneos de ella: la poetisa-niña, la artista genial y múltiple, gloria de la tierra de Velasco.



EL ARGUMENTO SUPREMO (II)

Como un tributo de justicia a los merecimientos de la poeta riobambeña Luz Elisa Borja Martínez, hilvanamos, hace pocos días, una crónica dedicada a su memoria y a anunciar su libro—**Cofre Romántico**—próximo a aparecer.

Con santa indignación, hubimos de advertir que nuestros anteriores cabildos fueron impulsivos y apasionados, y que no ofendieron siquiera un puñado de flores sobre su tumba, un recuerdo cabelleroso y galaute, y mucho menos resolvieron colocar su retrato en la "galería" municipal, fundada con el propósito de perpetuar la efígie de quienes hayan sobresalido en este fragmento de la patria, legándonos un vestigio de grandeza, alguna obra que inmortalice sus nombres y que sea digna de pasar a la posteridad.

Al leer nuestro razonamiento no han faltado espíritus pobres que lanzaran este comentario:

—¡Bastante audacia la de este sujeto que se juzga periodista! ¡Pobre diablo enfatuado que cree saber más que los conejales de estos tiempos! ¡Qué osadía la suya, que aspira a que con el retrato de una **hija adúltera** se profane el recinto del Ayuntamiento, en donde moran personajes de nuestra mejor sociedad, la flor de la estirpe y del abolengo! ¡Semejante pretensión, es temeraria e inaudita!

No nos sorprenden estos desplantes y exclamaciones. Acostumbrados estamos a escuchar la paradoja y la invectiva; ya sabemos, sin que nos lo repitan, que por estas tierras se ostentan muchos pergaminos... pergaminos que se exfolian y diseminan de tanta polilla.

Atrincheros ciertos hombres en un orgullo infundado o en un egoísmo satánico, reflexionan como seres primitivos y viven ofuscados y ciegos, reducidos a una estrecha órbita de prejuicios ancestrales.

Pero se da el caso curioso y conocido que quienes más desbarrajan y pregonan distinción, virtudes y nobleza, no son los verdaderos nobles, que sí los hay, o los capacitados para discernir con acierto y razón, que también se encuentran en estas hermosas alturas andinas. No son, generalmente, los propios habitantes de esta ciudad rectilínea y espaciosa, sino los que llegan de lugares pequeños y distantes, y olvidando su pasado, sientense grandes y fuertes al vivir su presente, ocu-

pando puestos ajenos, respirando las frescas brisas del Chimborazo bajo una dilatada bóveda celeste, entre eucaliptos y altos montes, siempre encofados de blanco con nieve perenne, y que por ser soberbias atalayas del espacio, no se abaten con la tempestad ni sucumben en la borrasca; no envidian, no odian, porque son grandes y no les ahruña la libertad de la mariposa que vuela y los destellos de las estrellas que abundan.

Nuestro cabildo no se considerará denigrado al ostentar entre sus mejores hijos a Domingo Carrillo, apodado Caspicara—o sca, Cara de Palo—, indio de Yarquies, indio nativo y legítimo—¡qué vergüenza para algunos!—, que fué un escultor admirable de la época colonial y que, entre sus obras maravillosas, tiene un Cristo famoso en el Vaticano. Y el indio de rostro cobrizo y achatado, de ojos oblicuos y pelo hirsuto, allí está felizmente, para honra nuestra, en medio de las efigies de varias personas que talvez habrán sido descendientes de españoles, pero que no le igualan en dotes indispensables para ingresar al santuario de la celebridad.

Discurrir y figurarse que contribuye el origen de un individuo para amenguar su obra literaria y artística, es algo irrisorio, algo repugnante en pleno siglo XX, cuando se trata de igualar, ante la ley, los derechos de los hijos ilegítimos y de investigar la paternidad.

Si de alguna manera puede intervenir el origen espurio en el análisis de una vida, sería acrecentando su mérito—nunca reduciéndolo—, puesto que significa mayor esfuerzo, mejor predisposición, el del artista que lucha y vence solo, sin el apoyo directo de un padre y en pugna con las prerrogativas sociales, que el del hijo legítimo que dispone de un nombre que le honra, de un genitor que lo encamina y de una sociedad que fácilmente lo acepta, aprecia y reconoce.

No es un suceso único y aislado el de Luz Elisa Borja Martínez, que siendo una poetisa de prestigio no figure su retrato en el salón municipal. Tampoco se encuentra en él los de don José Antonio Lizarzaburn, fundador de esta ciudad, talvez éste por no haberse conseguido; pero sin duda por desidia o antipatía, también faltan los del padre Lobato—otro yarunqueño ilustre—, autor de un diccionario en varios idiomas y a quien pretenden erigirle los chinos un monumento en el Perú, por el profundo conocimiento del idioma asiático de ellos y por sus obras pías, virtudes y talento; no hemos visto la efigie de don Andrés Novoa, ni hemos sabido que el cabildo se haya preocupado de imprimir sus libros inéditos; los retratos de los publicistas padres Peñafiel, de los filántropos Veloz y Urquiza, del talentoso Solórzano, tampoco existen, juntos con otros de personas que, en verdad, en justicia, fueron notables y que, para atestiguarlo, han dejado obras imperecederas.

O nos hace creer, por un momento, que sea fundada la antipatía del cachazudo galeno doctor Leopoldo Ormaza, quien al contemplar la colección de esfigies de la galería municipal, se expresó así:

—Para figurar aquí, es menester morir sin confesión. Por fortuna, cuando surjan los conservadores, casi todos estos cuadros irán a parar en la cocina.

De manera que, según nuestros mordaz galeno, se precisa ser réprobo para pasar a la posteridad.

Lo que sí ignoramos es si un señor Delgado, oriundo de no sabemos dónde, rindió la jornada de su vida con sacramentos religiosos o prescindiendo de estos requisitos, en atención a que su fisonomía se destaca en primera fila, en el sitio más prominente. Cuéntase de él que fué autor de un proyecto de ciudad circular y convergente, de unos cuantos círculos, con ruyas concéntricas que eran las calles, y todo esto borroneado en un pedazo de cartón. Realizándose tamaño fantasía, en esta población se hubiera terminado el horizonte o perspectiva a veinte varas de distancia y fuéramos los moradores de un laberinto. Pero la intención le ha valido al portentoso Delgado, y allí está su faz para que se la admire de generación en generación.

Curioso resultaría publicar el origen de muchos de nuestros grandes hombres nacionales, que ni siquiera fueron hijos espurios o adulterinos—prueba de una intensa pasión—, sino que fueron sencillamente hijos de fraile. Por hoy callo sus nombres, pero, si me lo exigen, se los diré, aunque no por esta causa se amengua sus reputaciones.

Adrede, no he apelado, para resaltar el mérito de la poetisa Borja Martínez, a su feminidad. Ante todo, era mujer y mujer "femenina"—nada de machona—, dulce y creyente. Sus versos, algunos de los mejores, tienen motivos místicos y ensalzan a Dios. Pero no he defendido su calidad de miembro del sexo débil, porque no fué débil su cerebro, que produjo obras robustas que abisiman al hombre.

En cuanto al bondadoso comentario de que el autor de estas líneas tenga ínfulas de periodista y sepa o no escribir, poco nos interesa. Contestamos con una nueva crónica, más extensa que la primera, lo mismo que solía hacer Vicente Blasco Ibáñez cuando maldecían de él, de sus ideas y de sus escritos, que publicaba un nuevo libro, sumándolo al anterior, como única respuesta.

*
*
*

EL PRINCIPIO DE LA REPARACION (III)

En el último número de la "Revista Municipal" hemos visto reproducida la efigie de la poetisa Luz Elisa Borja Martínez, y publicado un artículo, encomiando su personalidad, de Francisco Mancero V.

No sabemos si por su propia iniciativa, o acatando alguna resolución del concejo, el director de la "Revista..." ha reparado, siquiera así, la indiferencia, el menosprecio del ayuntamiento para honrar la memoria de la eximia riobambeña.

Cruel ha sido el rechazo irrogado de parte de sus propios conciudadanos a esta bella alondra del parnaso cuatoriano. A aquella niña que vivió en un continuo calvario, sufriendo sin motivo, por la intransigencia de las almas que no la comprendían, por la estrechez del ambiente en que milagrosamente se desarrollaron sus facultades.

Murió dentro del mismo vacío, entre zarzas y abrojos, y camino del cementerio fué casi sola, abandonada, con la exigua compañía de cuatro familiares y corazones humanitarios, abrumados por el dolor y heridos por el aislamiento.

¡Mezquino cortejo funeral! Hasta después de muerta, la envidia, la impotencia, el desdén, clavaban en la víctima las garras destructoras. Echaban paladas de tierra y apisonaban su tumba, para sepultar más hondo su cuerpo y su obra.

No obstante, no lograron el intento profanador e impío. Ni una montaña podía borrar su nombre. ¿Acaso habían pulverizado sus versos y sus prosas? ¿No quedaba, como estela luminosa, su libro, su **Cofre Romántico**?

Y este volumen de ilusiones, amor y lágrimas, en cuyas páginas palpita el mérito de una verdadera artista, va ya a circular en estos días, para disipar el olvido y reparar una injusticia.

Un puñado de flores reclama la cosa de su sepulcro, de aquellas flores que rehusaron depositarlas sobre su féretro. Y qué hermoso fuera que en una mañana de sol, despejado el horizonte, brillando las nieves del Chimborazo, un grupo de varones sanos y nobles, representantes de su ciudad natal, llamados ediles, llevaran en sus manos estas flores, flores de nuestros campos, a depositarlas en la lápida de su hóveda, en prueba de un homenaje tardío, pero elocuente, capaz de atenuar pasados errores, sembrando buenas acciones en vez de espinas.

Nuestra tierra, la patria chica, se enorgullece de muchas cualidades que distinguen a sus habitantes; mas, como en todo el orbe, hay defectos que se debe corregirlos y enmendarlos, buscando el perfeccionamiento a que el hombre aspira.

Aquel ensimismamiento, el egoísmo, el vegetar intransigentes y apartados, odiándose mutuamente, aplaudiendo lo malo, censurando lo bueno, testimonio es de vano orgullo y sistemática testarudez, que debilita y aniquila la organización social y hace detestable e imposible la vida.

Seamos humanos. Grábese en los corazones la máxima sublime: "Amamos los unos a los otros".

Cuando el riobambeño abandona la concha en que se halla incrustado, alejándose del ambiente que le asfixia, parece un hombre nuevo, rejuvenece, entusiásmase, tórnase expansivo, amable y generoso; mas en cuanto vuelve a sus lares, desde que pisa la arena de su pródigo y dilatado valle, una oleada de frío le hiela el cerebro y le arranca el alma. Es algo, hasta hoy, fatal, inevitable. Pero como todo mal, se lo puede remediar, y llegará el día, no lejano, en que se estampe el ósculo de fraternal amor. Y entonces nuestra ciudad se sentirá realmente fuerte y grande: renacerá el orgullo de ser hombres y de ser riobambeños.

Hay crisis que son largas, desesperantes y salvadoras. Son amargas lecciones que producen sabias enseñanzas.

Y cuando ya no se congelen los nobles sentimientos, también irreanos, libres de vacilación, serenos y contentos, a depositar unas flores sobre las tumbas queridas de nuestros muertos. No será menester que sólo inánimes, hechos cadáveres, forzosamente nos unamos en el cementerio. También en vida podemos allá ir, mirar nuestras manos, cantar victoria y sellar la paz.

De aquellas flores, las más fragantes, las más vistosas, ante la tumba de Luz Elisa, depositarán. Y sus estrofas, dulces y bellas, cual himno fraterno, resonarán. Paz entre hermanos. Paz en la tierra.

*
* *

UNAS CUANTAS FLORES (IV)

Han transcurrido ya tres años desde el día en que ella se fué.

Su libro ha circulado; su alma, en sus versos, háse difundido; sus estrofas, cristalinas y diáfanas, han sido repasadas por muchos corazones femeniles, gemelos del suyo.

Según el tiempo va corriendo, el nombre de la poetisa—Luz Elisa Borja Martínez—adquiere relieves más precisos, y bella, en la constelación de nuestros vates; entre los mejores y primeros.

Se refiere que una dama intelectual que visitaba Riobamba acudió a la biblioteca municipal, deseando conocer a los escritores nacionales, en sus obras publicadas, que son raras y escasas.

La bibliotecaria, en caso tan apurado, considerando la deficiencia de sus colecciones, echó mano del volumen **Cofre Romántico** y se lo presentó a la solícita y competente lectora.

Ella lo recibió con complacencia, lo hojeó y se entusiasmó con su contenido.

Y después de haber estudiado y admirado varias composiciones, hubo de exclamar:

— Pero ustedes, los riobambeños, no saben lo que poseen! ¡Esta autora es de un mérito incalculable! ¡Este libro enorgullece a una ciudad! ¡Jamás esperaba encontrar un tesoro semejante!

Y no hay duda, lo que también la habrá sorprendido es hallar un libro de trescientas páginas, en una república incipiente en materia literaria, en donde sus poetas, los más aventajados, han producido únicamente pequeños e insignificantes opúsculos, libracos en miniatura, poemas dispersos, prosas fragmentarias e interrumpidas.

Sólo el doctor Remigio Crespo Toral puede ostentar una recopilación abundante y voluminosa de sus versos académicos y antiguos, de un parnaso clásico y pesado, soporífero y anaerónico.

Talvez existan gruesos infolios de bardos coronados y diplomáticos y políticos, editados en la imprenta nacional, adecuados para llenar los anaqueles de colegios, academias y bibliotecas, para que ocupen el espacio, y que no los lean jamás, ni los más aficionados a descubrimientos filológicos.

Ni siquiera esto, porque algún recuerdo tuviéramos de aquella literatura.

Un Olmedo, un Numa Pompilio Llona y un Nicolás Augusto González, sí que nos legaron algo de importancia, junto con el estro jocoso y fecundo de don Luis Cordero.

Pero al lado estos insignes representantes de las bellas letras ecuatorianas, no desdice la personalidad de nuestra sentimental abondra, ni en la cantidad de su producción ni en su valía, sin contar con que ella expiró en temprana edad, cuando apenas comenzaba a volar en las regiones del arte y de la hermosura.

Disipados y abatidos los escollos del ambiente, ya triunfa la obra de la artista precoz, y esto nos causa íntimo placer, puesto que desde el principio, cuando vivía aún, aplaudimos su inclinación, y, desapasionados, regamos un ápice de dulzura en la hiel que sus conciudadanos la hacían apurar, enturbiando su faena de amor y armonía, de sonoridad y sentimiento.

Su victoria es nuestra, porque siempre estuvimos, según nuestro criterio, de parte de la justicia, de la virtud y de la

inteligencia; desenvainamos la espada y esgrimimos la péñola; y después de la disputa, contra follones y malandrines, obtuvimos la palma y el laurel.

Su libro perdurará en los anales del terruño, mientras sucumban, en desfile maldecido, uno tras de otro, los seres apocados, egoístas y vulgares que han opuesto una valla a la expansión de su renombre.

Ya morirán, merced al destino implacable, aquellos que negaron el ingreso de la inspirada cantora en el santuario de los "inmortales", como si ellos—¡insignificantes criaturas!—fuesen suficientes para aquilatar una obra extraordinaria y premiar la excelencia ajena; y en tanto que ellos desaparezcan, confundiendo sus incipientes acciones con el polvo de sus cuerpos, se acrecenta la nombradía de la suave y melodiosa poetisa.

A un eminente profesor de literatura un alumno le preguntó en qué consistía ser un escritor notable, y la contestación fué la siguiente:

—Es un escritor notable quien no escribe parecido ni igual a los demás.

Nuestra aludida intelectual, Luz Elisa, no era imitadora, ya que no hubo quien la sirviera de maestra o de modelo; antes de ella, ninguna otra mujer, en nuestro suelo, produjo un folleto, y menos aún un libro; y ella pudo ser la iniciadora, el ejemplo, el estímulo, y nunca la continuadora de huellas inexistentes; y sus rimas y sus versos son espontáneos y propios, brote de sus aptitudes y manera de concebir la vida.

No copió escuelas y tendencias extrañas, porque era sencilla e ingenua; y los equívocos de los bardos modernistas, contemporáneos suyos, no penetraron en sus endechas, que son claras como un rayo de luna, y sentidas y lloradas, cual fiel espejo y emanación de su alma, sensitiva y buena.

Por pequeño que sea su mérito literario—que lo es muy grande,—nadie puede amenguarle su fecundidad, su exuberancia, su naturalidad.

Y ser fecundo, natural y pródigo, es ser un verdadero artista.

Dicen ciertos escritores modernistas y "futuristas", que la habilidad de manejar la pluma es una función "cerebral", es decir, el resultado, casi científico y matemático, de una combinación de vocablos, con giros rumbosos y estrambóticos, que semejan encajes y arabescos, de artífices sublimes.

¡Bah! ¡Bueno es para cuento! ¡Así estarán de repujadas las divinas cábalas que ellos exhiben!...

El don de producir una obra de arte, es una facultad innata, que luego se la cultiva y pule con el estudio y la constancia.

La afición encamina y conduce; lucha contra el ambiente

y la pereza, que son las causas primordiales para el fracaso de las mejores aptitudes.

Pero hay una diferencia notoria entre el arte que emana del esfuerzo y de los cálculos cerebrales, y el que proviene de la inspiración y facilidad, del individuo privilegiado que nació esteta, ungido por el destino para sacerdote de lo bello.

En la tierra nativa, en donde el arte todavía no ha sido consagrado como la expresión más alta de la humanidad, nuestros intelectuales no viven con el producto de su genio, y se rinden, ensimismados y satisfechos, en el enjambre de la burocracia, en que fenecen los alardes de pundonor e independencia; y luego ellos se atrofian en un vegetar sedentario, y se dejan cortar las alas del pensamiento, mediante una irrisoria soldada.

De escritores noveles, talvez de panfletos y opúsculos, que prometían ser los autores de algún libro, degeneran en periodistas políticos o en mantenedores de revistas literarias, que requieren menos laboriosidad y preparación, y en donde se continúa dentro de la marcha burocrática y bajo la tutela del régimen administrativo.

Envejecidos, habiendo contemplado sus nombres estampados, alguna vez, con tipo y tinta de imprenta, no abandonan, en el resto de sus existencias, las ínfulas de poetas y filósofos, y son los censores que demuelen, los críticos obligados y los exponentes de la cultura ciudadana.

En aquella atmósfera asfixiante, se congelan las mentes y las almas, y brotan los redentores, que llevan en sus frentes la señal del martirio.

Tal fué el aire que respiró la poetisa; y sus plantas hollaron cardos y abrojos; los zarzales se tupian a su paso; y, sin embargo, ella avanzaba, cumpliendo su cometido de alondra y de hada.

La sociedad, endurecida por prejuicios e hipocresías, le cerraba sus puertas, y ella, con sus manos de ángel, merced a sus versos, las abría de par en par, para colocarse, sobrada de derecho, a la vanguardia de su generación, y ser, más tarde, blasón y orgullo del suelo y del cielo que la vieron nacer.

¡Así se surge; así, se escalan las alturas; así, se lega un nombre y una obra a la posteridad!...

*
* *

EL ALMA DE LAS UNIVERSIDADES

En los Estados Unidos la cultura y desarrollo universitario ha alcanzado un grado superlativo.

El alma-mater, amor de madre, cuidado maternal o espí-

rito gentil, es la delicada y dulce expresión que define el regazo que sirve de plantel, digno de los mejores recuerdos.

Allí se esfumaron las horas de las anoras de las vidas.

Horas que, más tarde, parecen sueños dorados, llenos de vigor, ilusiones y esperanzas.

En ellas se destacan algunas "girls", damitas arrogantes, altísimas y bellas, de una belleza extrahumana, exagerada por la fantasía, que son el resumen de los idilios primeros.

En las Pascuas, en Año Nuevo, a fin del curso lectivo, se iluminan los "halls", espaciosos salones, y se danza algunas noches, mezclando con el "love", amor, y el "flirt", galauteo, las facetas estudiantiles.

En el otoño, se ponen en auge los desafíos de "foot-ball"; en el invierno, los de "basket-ball" y patinaje; en la primavera, los de "base-ball"; en el verano, período de vacaciones, vuelve la moda del tenis, la natación y las excursiones; y, en todo tiempo, hay carreras pedestres, saltos y box.

El deporte, o cultivo de psiquis, constituye la norma central de las juventudes, que desean valer por la agilidad, la destreza y el músculo tanto como por la ilustración y el talento.

De esos centros salen los atletas, que ascienden a campeones mundiales, héroes de las guerras, en pro de la bandera estrellada.

Salen también los sutiles y originales escritores de "magazines" y los famosos inventores, hijos predilectos de la ciencia.

Salen los "gentlemen", caballeros por el porte y por el trato; las "lady's", señoras del mundo y del hogar.

Pero no son las universidades de Columbia, Nueva York o Pensilvania, en los Estados Unidos, o la Sorbonne, en Francia, las que engendran el más arraigado sentimiento del alma, sino las universidades alejadas de las grandes metrópolis, en donde la vida universitaria es intensa y única, como en las de Virginia, Yale, Harvard y Cornell, adyacentes a pequeñas villas, célebres por la vecindad y proezas de los estudiantes, y consagradas casi por entero al "boarding-house", negocio de alojamientos; "dancing-halls", salones de baile; cinematógrafos, refresquerías, librerías y bibliotecas.

Durante toda la existencia, en los ex-alumnos perdura, más o menos profundo, el espejismo de los años de estudio y deporte, a la sombra de las rotondas, y a la vez del alma-mate, que es la voz del afecto, de la evocación y de la felicidad.

* * *

LA BANDEROLA UNIVERSITARIA

Cada universidad de los Estados Unidos se distingue y se vanagloria en los colores de su banderola, en las iniciales o monogramas de las mismas, en el himno y en los hurras, gritos característicos, acompasados y cadenciosos, de entusiasmo, alegría y satisfacción.

En toda universidad hay fraternidades, con sus respectivos estatutos, denominadas con dos o tres letras del alfabeto griego, compuestas de educandos de los diferentes cursos y carreras.

En los desafíos de deporte, los alumnos de cada universidad ocupan opuestos costados del campo de contienda; y flamean las graciosas banderolas, se entonan los cánticos olímpicos y vibran los vítores estridentes.

Los atletas son ídolos universitarios: llegan al pináculo de la gloria, como en los tiempos de la grandeza de Grecia y de Roma.

Hoy poetas, entre los estudiantes, que componen los versos de moda; hay músicos que, en el pentágono, trazan la nota; y los más enérgicos y de voz detonadora, dirigen la batuta, ordenando aplausos y disponiendo hurras con la bocina de un fonógrafo.

Cada universidad procura sobresalir en algún ramo del saber humano o en algún deporte.

Los alumnos se sienten orgullosos, siempre, de pertenecer a tal o cual universidad, y, si es preciso, la defienden apasionadamente, ponderando sus méritos y cualidades.

Algunos de los profesores son eminencias científicas o literarias, autores de los libros de texto en que dictan sus clases, a manera de amenas e interesantes conferencias.

Los estudiantes adornan sus habitaciones con las insustituibles banderolas, con almohadones de idénticos colores, los colores de la universidad, que son los predilectos, y con raquetas de tenis, con balones de "foot-ball", con guantes de "base-ball" y de box, con pipas de fumar, con las condecoraciones obtenidas alguna vez, y con dibujos, acuarelas y caricaturas de "sportmen", de jovencuelos y de damitas esbeltas y ágiles.

Es tan acendrado el cariño que infunde la universidad, que se la adopta por madre espiritual, madre adorada que dura toda la vida, con la cual se mantiene correspondencia epistolar, para recibir sus consejos y saber de sus éxitos y anhelos.

Cuando llega el momento del honor, una guerra por ejemplo, los ex-alumnos se reúnen al ímán de la banderola querida y cantan el viejo himno de la universidad, formando regimientos y ofreciéndose a la patria, con el objeto de desplegar y suscentes triunfantes a los colores e insignias del alma-mater.

ENMENDANDO UNA INJUSTICIA *

Expectador imparcial de mi patria, desde extranjeras tierras vislumbré su progreso y desarrollo, magüer la pólvora que humeaba en las trincheras de las guerras civiles, en las oprobiosas épocas en que imperaron la bayoneta y el fusil.

En el centro de un lago de sangre hermana, surgieron numerosas páginas de nuestra historia.

Leal para con esta gallarda república, anhelé su grandeza, lamentando la sonoridad del beso de Judas y la brillantez del acero que relucía en la fronda.

Ausente de sus glaucas riberas, añoré la dulzura de su regazo. Vine hacia élla. Y hiéme consagrado a la labor independiente, lejos de nuestra ingrata política, porque para medrar de nuestro exhausto erario sobran hombres, que faltan para darle salud y prosperidad.

La existencia de los riobambeños deslizábase monótona y tranquila. . .

El Tungurahua, luego de haber sembrado el pánico, nos acostumbró a contemplarlo serenos y resiguados. Sus roncós bramidos y torbellinos de humo, nos hicieron más admiradores de esta prodigiosa demostración de la naturaleza. En Italia el Vesubio enorgullece a Nápoles, por la activa combustión de sus ígneas entrañas; y en Riobamba, donde nos rodean hieráticos y silenciosos nevados, también nos deleitan los penachos de fuego que hienden el espacio y enrojecen los cielos. . .

Así, la vida transcurría. Ya se aproximaba el estío, con el polvo y el viento. Se iba a emigrar al campo en pos de las coquechas, en querencia de las brisas que refrescan las praderas y de los arroyos que tonifican los agobiados cuerpos. . .

Pero de súbito se acabó la calma. ¡Sonó un trompetazo! ¿Estalló el entusiasmo! ¿Qué acontecía? ¿Por qué el pueblo se exaltaba y el patriotismo celebraba su misa? . . . La razón era justa; la noticia había llegado y volaba de un lado a otro: el doctor Alfredo Baquerizo Moreno, cumpliendo su deber y promesas, inauguraría los trabajos de la rectificación de la línea férrea.

Figurans a un hombre sin arterias; una turbina hidráulica, sin agua; sin enamorados, una soltera hermosa. . . Riobamba, sin una entrada directa, sin esta suprema aspiración de sus

* Hubo un ramal ferrocarrilero que colocaba a la ciudad de Riobamba al margen del progreso. Merced al tesonero empeño de sus habitantes, consiguió-se una parcial rectificación de la línea férrea; y al doctor Alfredo Baquerizo Moreno, durante su presidencia, le cupo la suerte de inaugurar los trabajos respectivos. Con tal motivo, el cabildo le agasajó con un banquete, en el cual, como simple ciudadano, el autor hizo uso de la palabra en términos iguales a los que constan aquí.

bijos, era una población anormal, que difícilmente contenía su rabia, su impetuosidad y su despecho.

Dadle de comer al hambriento; curad al enfermo; confortad, al desvalido; procurad, aunque sea imposible, llenar las aspiraciones de estas ciudades jóvenes, cuya gestación o desarrollo no debe paralizarse, para que pronto lleguen a ser columnas de civilización y fuerza.

No soy amigo de la alabanza, señor Presidente, pero sí sé hacer justicia y rendir mi tributo al mérito. Sin que Riobamba haya vertido su valerosa sangre en vuestra defensa, como lo hizo en otras ocasiones en ofrenda a embusteros e inconsecuentes, vos—respetador de la ley y amante de los pueblos de vuestra patria—habéis salvado obstáculos que a otros parecieron insuperables; y, dándonos la línea directa, os hacéis merecedor de la estimación de muchos ecuatorianos honrados y dignos, quienes, exentos de recelos y embajes, apreciarán vuestro nombre y vuestros actos.

Nuestra gente, lo mismo que las demás gentes de este planeta, achacan de todos los males al gobierno. Si se enferma el cacao; si hiela y se pierden las sementeras; si llueve y crecen los ríos, llevándose los puentes; si hay un deslave y se suspende el tráfico ferroviario; si invade la peste una región; si erupciona un volcán y cubre de ceniza los campos, y hay hambre y hay pobreza. . . ¿de todo es responsable el gobierno! Es una manía general. Fuese por ignorancia de las masas, faltas de ilustración, o fuese simplemente por idiosincracia, por no investigar el origen de los acontecimientos, el gobierno es el blanco de toda censura y crítica.

Por tanto, el buen proceder y tino de un gobierno sólo es comprendido por los espíritus cultivados y libres, por el parangón de un período con otro, por el imparcial estudio de la historia y de las necesidades de un país.

Y siendo así, vuestro gobierno no es responsable de tantas calamidades que afligen a la patria: es el tiempo, es el orden de las cosas. . .

Vuestra política, tendiente a conseguir y mantener la paz, es digna de encomio; y gracias a ella la república sacudirá el peso de tantas miserias, vuestro gobierno será respetado, y vuestro nombre enaltecido ocupará su puesto de honor en las columnas de nuestros anales nacionales y políticos.

Tenéis adversarios. Mas, ¿quiénes son? Aquellos precisamente que os deben favores y mercedes; aquellos que extraídos por vos de sus soledades y del olvido, han obtenido elevados cargos; los habituados a sangrar el tesoro patrio, y que, por sus ineptitudes o ya sea porque la mensual propina no alcanza para tantos, están separados de vuestra administración; aquellos que se llaman **dignos**, confundiendo la dignidad con la venalidad y el hambre, y luego hablan quijotesicamente de fracasados caudillos y pisoteadas handeras. . .

Este séquito de descontentos son vuestros enemigos, porque vos, ilustre adalid del pacifismo, todavía no mancháis vuestras manos en nefandos crímenes, ni llenáis la bolsa con las onzas de impuestos, gabelas y latrocinios.

¿Cuándo llegará la hora del beso entre ecuatorianos de opuestos credos e idénticas aspiraciones? ¿Cuándo en vez de devorarnos mutuamente, relegando al aislamiento a los hombres de moderno ingenio, saber y ciencia, aprovecharemos de las mejores energías y voluntades? ¿Cuándo, con mano implacable, cortaremos en sus cimientos al arraigado y vetusto error, a los códigos de desacierto, basados en viles egotismos, intereses creados e intereses en german?

No será posible extirpar entuertos y desafueros de un solo tajo. Somos un país en estado de pubertad. Antes de arribar a nuestra futura grandeza, pasarán muchos días, muchos hombres, muchas cosas. . .

Pero vos dejad con generosidad y honradez vuestra valioso óbolo en el santuario de la patria.

Entonces, en la opinión de los impocriales, en el fallo de la historia, obtendréis el premio a vuestros sanos procedimientos de sagaz mandatario y patriota excelente.

*
* *

ACOTACIONES SOBRE LA VIDA NACIONAL

La política de un pequeño y joven país como el nuestro gira velosamente alrededor de un solo astro: el presidente de la república.

Hay tanto poder en su solio que, cual único amo, señor de la humanidad, dispone a su arbitrio quien debe sucederle en su cargo.

Los hijos suelen heredarle al padre; el amigo predilecto le sucede al mandatario.

El candidato oficial ha sido siempre el ungido, sin disputa, sin incertidumbre y sin batalla; son vencedores en el destino y en la suerte, como el jugador, como el príncipe que nace dueño de un trono.

Pero los príncipes se educan especialmente para regir un pueblo, aquí, se improvisan presidentes.

Solo una revolución transforma la costumbre establecida, sumergiendo la patria en la anarquía, el retroceso y el descrédito.

¿Habrá un hombre que rompa la rutina?

¿Llegará el día en que triunfe el elegido por la voluntad de la mayoría?

En el dudo; la costumbre forma ley; el partido político que

domina no cederá el puesto a sus rivales, perdonando ofensas, olvidando rencores y secando fontanas de sangre, que impiden la concordia; las ideas religiosas serán un pretexto; y las negras ambiciones, en vez de aminorarse, aumentarán permanentemente.

La extemporánea amalgama de elementos antagónicos pretende constituir el nacionalismo, fundiendo la heterogénea alma de las muchedumbres, y, de este modo, la acción del gobierno no es conjunta; estalla la pugna o el hibridismo, y prevalece la apariencia y la desconfianza, la incorrección y la anomalía.

Es vano e ilusorio unir corazones que se odian y cerebros que discrepan.

Así como hay videntes que marchan veloces por el sendero del progreso, existen seres que yacen paralizados, tímidos y cobardes; no sacuden el yugo de las creencias ancestrales, y, pobres de espíritu, inclinan la frente y doblan la rodilla.

Un gobierno ha de ser una máquina uniforme, que funcione espontáneamente, exenta de ejes carcomidos y radios desvencijados; *caso contrario, la irregularidad invade todo*, desde el capitolio hasta la gobernación de una provincia, por legaciones y consulados, por las altas esferas administrativas y por las insignificantes oficinas públicas.

Un gobierno indefinido e impreciso — una pésima tentativa de gobierno nacionalista — no es el legítimo gobierno de un partido, y no puede ser el gobierno de acercamiento y fraternidad, del beso entre hermanos, porque, en lugar de armonizar, desdice y obstaculiza.

Hasta la estética de un edificio se afecta con un detalle impropio en su estilo; un piano desafina con una nota desacorde; y un verso sin rima no es verso ni es rima.

*
**

¿POR QUÉ SE MANTIENE EL EMBUSTE?

No veo la razón para defender la ridícula tramoya que, entre nosotros, se llama pomposamente la libertad de sufragio.

Se supone que sólo los conservadores, o sea, los fanáticos en religión, pueden censurar esta farsa, por ser ellos los más perjudicados.

Se cree que un liberal traiciona sus principios cuando se ocupa de estos fraudes.

La prensa independiente, cuando llega un comicio electoral, se contenta con cuatro frases paliativas, condenando la

hílica del partido clerical, justificando así tan mezquino procedimiento.

Los mismos liberales no ven, o no quieren ver, que también son defraudados y engañados, porque, de la imposición gubernativa, sólo se obtiene el triunfo de los candidatos oficiales, buscados, por lo general, entre personas vulgares, las más adictas al régimen dominante.

En esta forma se constituyen los congresos nacionales.

Para las elecciones presidenciales también se sigue igual camino, y siempre surge el favorecido con el apoyo oficial.

Todos estos arbitrarios procedimientos se denominan: República.

Como si una república fuera el compendio de constituciones inservibles y relegadas al olvido.

Los derechos del hombre sólo existen en los libros de literatura y en la mente de los soñadores.

Los preceptos son de una manera; la práctica es diametralmente opuesta.

¿Por qué, por lo menos, no se le infunde un colorido menos repugnante y más eficaz a la trañoaya?

Pudírase—aunque parezca difícil—formar juntas o asambleas sólo de liberales prominentes, para que éstos, conscientemente, elijan los representantes al congreso, y luego, que estos congresistas nombren el sucesor a la presidencia de la república.

De este modo se evitaría, parcialmente siquiera, la maldita significación del sufragio; la soldadesca no tuviera para qué intervenir; y los representantes del partido serían más genuinos, más ilustrados y mejores.

En la forma acostumbrada o en la nueva, el bando conservador es menospreciado; pero siquiera en esta última hubiera un principio de verdad, franqueza, valentía y seriedad en los actos trascendentales de una república.

Si los clericales escalan algún día al poder, relegarán a los liberales, de idéntico modo, al aniquilamiento y al desprecio.

Sin embargo, tanto los unos como los otros, los colorados como los azules, deben rehusar el envilecimiento y la hipocresía, para que sus resoluciones, siempre enérgicas y viriles, sean útiles al hombre.

*
**

LA GENUINA EVOLUCION DEL LIBERALISMO

Conspicuos escritores, graves políticos y prematuros candidatos a la presidencia, argumentan, explican y declaman, autotitulando arrogantemente que el liberalismo ha evolucionado.

Pero, según ellos, ha evolucionado de la manera más su género y peregrina...

Repiten, con diferente retórica, lo que dijo Belisario Quevedo en un congreso: que es preciso erigir un panteón nacional para los viejos y antiguos liberales. El equívoco consistió en referirse a los muertos y a los vivos liberales históricos.

Citando a filósofos y estadistas, discuten y afirman que hay constante mudanza; que el partido político que no se transforma, se descompone y desaparece. Si fuera así, el partido conservador habría fallecido, cuando ahora, cual nunca, está dando señales de habilidad y fortaleza.

Que el liberalismo es otro, es el supremo corolario del apasionado y erudito discernir.

¿Y en qué consiste? En que aquellos que dieran pruebas de ser liberales deben estar descartados, puesto que ya han cumplido, bien o mal, su misión o cometido, o sea, porque los novelos necesitan y claman ocupar sus puestos; en que los únicos herederos de las glorias y privilegios del liberalismo—los flamantes liberales—no se parecen en nada a sus antecesores, ni profesan igual escuela, ni poseen las mismas aspiraciones y credos, confesando consiguientemente que son liberales sin serlo, sin reconocer ni practicar el fundamento o el espíritu del liberalismo, que, conforme mi opinión, es idéntico en todos los tiempos y en todos los países.

Y luego, entre paréntesis, asoma esta deducción: que es indispensable conseguir y aceptar la cooperación de "todos los buenos hijos de la patria"—de los conservadores—para laborar por nuestro progreso y engrandecimiento.

¿No comprendo cómo se haya infiltrado en nuestra república este raro concepto de la doctrina liberal! ¡Hermosas patadojas! ¡Ingeniosos sofismas! ¡Pintoresca fraseología! ¡Pero un fondo erróneo y maquiavélico!

No pretendo asegurar que el liberalismo esté paralizado, estancado y rígido, eso no.

El liberalismo ha evolucionado, y ha evolucionado demasiado, ascendiendo a radicalismo, socialismo y anarquismo; pero jamás trocándose en un liberalismo meticuloso, pálido, tolerante, mezquino y medroso, como el que se le proclama en todos los estilos.

Esto no puede ser liberalismo de ninguna manera y bajo ningún concepto; los novísimos liberales no tienen del viejo y heroico partido más que el nombre, usurpado metódicamente.

Son nacionalistas, conservadores, indefinidos o nada.

¿Sería original esta "evolución" de un partido político! ¿Evolución en orden inverso, en retroceso, degenerándose, con el incondicional aplauso de la gente de sotana!

En esta época de mayor cultura y enseñanza laica, habrán liberales más doctrinarios y convencidos que los antiguos, y,

con una evolución lógica y razonable, pueden ser radicales por lo menos, si no han llegado a un grado más avanzado.

Pero de ningún modo el liberalismo es factible de metamorfosearse, evolucionando o progresando—sin dejar de ser liberalismo—en un credo impreciso y tímido, confundido y aliado con el conservador, porque entonces esta mudanza sería, en cualquier idioma, una claudicación y un degeneramiento. ¡Nunca una evolución!

El verdadero liberalismo pide que terminen los sofismas, las paradojas y la literatura, y anhela, con el arma al brazo, salir por los fueros de sus principios.

*
*
*

EL FUTURO PRESIDENTE

Se requiere un hombre excepcional, el cual, por ahora, no ascenderá al solio, presto que el ambiente, las tendencias y las ambiciones lo impiden.

Un varón joven y fantástico, producto del ingenio, de la lucha y del destino.

Un hombre todo vigor y todo talento, intransigente y batallador, anticlerical hasta la médula de los huesos.

Un fornido escritor, como Montalvo, para que con su péndula sostenga sus ideas, que retumben cual disparos de cañón; como Napoleón y Bolívar, para que sus proclamas exasperen a sus soldados, con el fuego del valor y patriotismo; artista como D'Annunzio, para que sea grande en medio de sus errores y quimeras.

El clero y la frailería han adquirido demasiada expansión y fortaleza: constituyen un eminente peligro.

Murió el **Cóndor Americano**, Eloy Alfaro, libertador de pueblos y conciencias, derrocador de conventos y obispados: después de él, sobre sus despojos horriblemente profanados e hebrajados, se yerguen, más solapados que nunca, los espíritus de las tinieblas, dioses del terror, de la farsa y de la traición.

Se cree que con Alfaro, Montalvo y Juan Borja ha fallado el liberalismo ecuatoriano, alegando que este partido ya ha cumplido su misión, que la amenaza goda fué momentánea y que el fanatismo cesó de ser un mal.

¡Se supone que del seno del liberalismo surgirá el monumento a García Moreno!

Que las épocas no son las mismas, es el preferido argumento de los unos y de los otros, y, para disimular, se pondera la necesidad de un hombre entendido en finanzas y en núme-

ros—quieren decir, un hacendista—para que encauce la república.

No hay razón parcialmente: debe también ser hacendista el futuro presidente; pero, además, reunirá las condiciones enunciadas y otras a la vez.

Un hombre que, luego del incremento y mejoramiento de la enseñanza laica, adopte como dilema el fomento de la emigración.

Para nuestra prosperidad, es indispensable una avalancha emigratoria, de individuos emprendedores y de otras razas, que aporten ideas, fuerza, renovación, que sacudan la letal idiosincrasia en que vegetan las muchedumbres y las cosas.

Un hombre que militarice al país a tal extremo que hagamos respetar las fronteras, no por la vana intervención de la diplomacia, sino merced al contundente mandato de la fuerza bruta.

Estadistas, prohombres y genios no nacen con frecuencia.

El actual presidente, según costumbre inveterada, designará el sucesor, o sea, el infalible heredero de su vara.

¡Irrisorios procedimientos de nuestras democracias! ¡Democracias, porque eluden pronunciar el vocablo oligarquías!

Vivimos en plena tolerancia, disfrutando de la paz, y, en tanto, sepultando inclementes nuestras pasadas grandezas.

Vamos por el pacífico sendero de donde brota el oscurantismo, que evoluciona en inquisición.

Paz sin combate; paz sin ideales; paz de inercia y de vergüenza; paz de abatimiento y de desilución; paz, surgida del remordimiento por el holocausto de Eloy Alfaro; paz, ominosa, bajo la tiranía de la Ley de Moratoria.

*
* *

LA HORA DEL APLANAMIENTO

Que disfrutamos de paz, no hay duda.

Es paz brotada de los campos de combate y de ruina: Huigra, Naranjito y Yaguachi.

El árbol de la paz, regado con sangre hermana, dentro de la propia patria.

Paz de agotamiento, proveniente de las selvas de Esmeraldas, en testimonio de duelo ante los túmulos de Eloy Alfaro y Julio Andrade.

Paz que apagó unas ambiciones, despertando otras; que asesinó al liberalismo histórico, a despecho de varones ilustres, fundando un partido híbrido, con tendencias conciliadoras; paz que ha levantado la losa que abrumaba al venusto clericalismo; y paz que aisló a los antiguos y recios luchadores,

creando políticos indefinidos, apocadores de la memoria de sus genitores, a quienes, ingratamente, se les niega mérito y virtud, valor y patriotismo.

El remordimiento y la vergüenza prohíben remover las "cenizas del Egido", porque muy raras son las almas limpias de culpa, que no danzan embriagadas, como Salomé, alrededor de la cabeza del Bautista, la víctima propiciatoria, en un refinamiento de perversidad y venganza.

Se desea borrar y olvidar la historia.

Sin historia y sin ideales, aspirase ascender al solio presidencial.

Las ideas son mitos; son infructuosos los programas administrativos.

Candidatos, como las arenas del desierto y las aguas de la mar.

Se aprecia en poco o en nada lo que vale una república.

Candidaturas basadas en amistades, simpatías y abrazos; o candidaturas ignotas y privilegiadas, impuestas por el mandato de la fuerza bruta, que son las candidaturas triunfadoras.

¿En dónde los proyectos y las reformas?

¿Quién nos recuerda ferrocarriles, carreteras, navegación, militarismo, inmigración, irrigación, laicismo, agricultura, comercio o fronteras?

Nadie traiza un programa: los hombres todos inspiran desesperanza y desilusión.

El voto libre sólo existe para adornar la carta fundamental.

El grito de rebelión está ahogado en el pecho de los patriotas, azotados por la experiencia, dominados por la realidad, vencidos por el dolor...

EL FRACASO DE LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

Desde el principio del mundo hasta el presente día, la única ley, el dilema irrefutable, la verdad contundente, el axioma máximo o supremo, ha sido, en materia internacional, el imperio del más fuerte.

La reciente guerra europea confirma ampliamente cuanto afirmo. Tratados, pactos, convenios, alianzas, juramentos, todo se pisoteó y todo se corrompió. Italia hizo alarde de quebrantar su palabra. Bélgica fué hollada junto con sus códigos de derecho de gentes y derecho internacional. Rusia signó la paz antes que Alemania. Inglaterra, los Estados Unidos y Francia improvisaron fraternidades y alianzas para conquistar el mercado del mundo entero, envidiando la riqueza y el po-

derío del Káiser. Un juego de niños elevado a la categoría de gran conflicto continental.

Por otro lado, los yanquis se apoderaron de la Zona del Canal de Panamá, proclaman la Doctrina de Monroe e inventan un protectorado para Costa Rica y una fiscalización de los actos de las Repúblicas Hispánicas. Los países europeos—sin otra ley que la fuerza armada—se dividen el África en colonias, invaden la India y poblan la Oceanía.

La hipocresía del mundo mantiene de pie un castillo de humo que se denomina: la Diplomacia Internacional.

Cuando suena un disparo, los pacifistas son los primeros en defender la patria, y con los códigos, sentencias y tratados se lanzan las proclamas de combate y las aclamas de conquista y de dominio.

Los arbitrajes son treguas momentáneas, en espera del fallo del cañón. Las conferencias son hogueras para encender más la discordia y la ambición. Tentativas onerosas, insustanciales y quiméricas.

Y Chile y el Perú se encuentran airados y vengativos, como regresaron de España el Ecuador y el Perú, hace algunos años, cuando se fueron al Viejo Mundo en pos de arbitraje, en busca de ensueños y fantasías.

La humanidad es siempre la misma. La pelea se evita sólo cuando dos personas o dos países se temen mutuamente. Cuando el uno es fuerte y el otro débil, éste sucumbe ante la ambición del primero, y siempre vence la abrumadora ley de la fuerza bruta, que debe figurar en el primer artículo de todos los códigos en materia internacional.

*
* * *

LA VOZ DEL PATRIOTISMO

Así como hubo en Europa un Canciller de Hierro, honra y prez de su nación, al Ecuador le cupo, infortunadamente, un Canciller de Barro, floración del bando ultramontano, el reverso del canciller europeo, es decir, como los ídolos incaicos, de arcilla y polvo, adorados sólo por pequeñas y primitivas inteligencias.

Una sola palabra: Fracaso, simboliza su gestión ministerial.

Desde el principio, la prensa y la opinión popular censuró sus actos, desatinados, entorpecedores y tardíos; no obstante, ni él, patrióticamente, elevó su renuncia, ni el primer magistrado destituyó al personaje que amenguaba su gobierno.

En pugna con todo el país, se mantuvo aferrado a su alto cargo.

Pronto sucedieron las pronosticadas y fatales consecuencias: el tratado colombo-peruano; el aislamiento ecuatoriano; la vana y extemporánea intervención de la diplomacia: y, en resumen, habernos formado una situación endeble, anodina y nebulosa.

La legendaria hermana y compañera, Colombia, unida a nuestra suerte desde tiempos inmemoriales, nos abandona, empero que más de una vez nos prometió fidelidad, increpando y desafiando la astucia e inquina del enemigo común y tenaz. . .

Internacionalmente considerando, estamos desamparados, según lo manifiesta el colombiano General Cicerón Castillo, con cariño, sinceridad y cultura.

Sólo nos resta Chile: y Chile se fué a Washington en pos de un arreglo con el Perú, a insinuación de Mr. Hughes, para, en el caso de que lleguen a un acuerdo, abandonarnos también.

Aquello de terminar conjuntamente las desavenencias con un tercero en discordia, no pasa de ser un mero pacto diplomático e internacional, que, conforme la historia y la experiencia, significa oferta ilusoria, momentánea y quimérica, realizable sólo en la guerra, cuando se asemejan y confunden las aspiraciones y rivalidades.

Al presente, nuestra soledad es casi igual a la de Bolivia, que grita, gime y clama, y nadie le atiende, porque sólo se escucha la protesta del más fuerte.

En parte, la política del secretismo nos ha conducido a este desenlace: sin saberlo, perdimos inmensos territorios a raíz del tratado con Colombia, como lo quiso probar el geógrafo Tufiño; sin precautelarnos, se sella la paz, aboliendo divergencias, entre Perú y Colombia, atentando, sin duda, contra la integridad ecuatoriana.

Mientras tanto, se prohibió que resonara la voz patriótica del doctor Peralta, nuestro ex-Ministro en Lima, imponiéndole silencio en sesiones secretas del congreso y con leyes ad-hoc.

Luego, el Coronel Nicolás López anunció pomposamente una importante conferencia, dictada en la altiva Guayaquil, que debía versar sobre cuestiones internacionales, y fracasó en su noble empeño, alegando que el momento no era oportuno, cuando, en verdad, fué por la temeraria imposición del secretismo.

El Ministro Aguirre Aparicio, el hermético, opositorista del doctor Peralta, arribó a Bogotá a destiempo, para ser humillado y vencido, para presenciar de cerca el hundimiento de su péstima táctica diplomática.

Se deduce, que el secretismo revela timidez e ineptitud; en cambio, la publicidad, es valor, luz, nobleza y carácter.

Colombia ha triunfado, entrando ya en una era definitiva de tranquilidad: ha terminado satisfactoriamente sus litigios

con los Estados Unidos, por Panamá; obtuvo el favor del fallo arbitral suizo, por el este, sobre Venezuela; y, por el sur, liquidó con el Ecuador y el Perú.

Por otro lado, nuestros vecinos los peruanos se defienden airosamente de Chile, eliminando a un poderoso enemigo, a Colombia, y, de este modo, preparando el sacrificio del más débil, el Ecuador, cuyos destinos los administra, además, un canciller desprestigiado e inadecuado en esta época de peligros y asechanzas.

Y luego se pretenderá que todos los ecuatorianos callen y enmudezcan, siendo cómplices de los desaciertos de un ministro de Relaciones Exteriores: del aislamiento de la patria; de la quiebra de la diplomacia; del aplazamiento indefinido de los asuntos más trascendentales; y de la obcecación del gobierno por conservar en su seno al responsable de estos males, quien es perseguido talvez por la fatalidad y el destino.

*
**

EL PAIS PIDE UN VOTO DE CENSURA

Un alto personaje de la política imperante, en un momento de ingenuidad, me manifestó que era conveniente la permanencia de un caudillo conservador en el ministerio de Relaciones Exteriores, por cuanto la situación internacional era grave, difícil y peligrosa, y que, siendo así, la sagacidad del partido liberal aconsejaba lanzar la vergüenza de un fracaso sobre el bando conservador.

Estos son los sofismas de la ineptitud y de la traición.

Ineptos son aquellos que no se creen competentes para afrontar los arduos problemas nacionales.

Y son traidores y miserables quienes buscan la hecatombe de la patria para saciar venganzas individuales.

Ni los unos ni los otros se muestran capaces de conducirnos hacia la tranquilidad o hacia la guerra.

La tranquilidad es consecuencia de la paz, y no habrá paz en tanto se ponga trabas al progreso.

La guerra es propia del valor, cuando las multitudes se entusiasman ante la fuerza de las espadas, pero no cuando se confía en fútiles argumentaciones diplomáticas.

Es verdad que los congresos son integrados con representantes no elegidos por la mayoría, sino por el Ejecutivo, que de este modo legisla y ejecuta; pero no por eso en los actuales congresistas habrá desaparecido todo sentimiento de patriotismo, que por viles conveniencias les impida el destituir, previo un voto de censura, al encargado de velar por la inté-

gritud del territorio ecuatoriano, y que no haya cumplido con su sagrada misión, ya sea por malevolencia sectaria, ya por carencia de las aptitudes que se requiera para desempeñar un cargo de tanta trascendencia.

*
* *

SIGNOS DE TIEMPOS PRETERITOS

(I)

En pleno verano. Un sol canicular, un viento arrasador y un polvo asfixiante. Parece que un lago de tristeza se abluionan los hombres y las cosas.

Hay semblantes acongojados y medrosos, de aquellos que deploran la **fuga del general**, la fuga en su verdadero sentido y no en el de grippe, que aquí la tal grippe, por fuerte que sea, es una nimiedad en comparación de la ausencia del ex-mitibaco Delfín Treviño, protector, pariente y amigo de casi todos los empleados públicos y autoridades civiles y militares de la provincia del Chimborazo.

Al general Treviño, se halle presente o ausente, no se le puede negar una vasta ilustración y un claro talento. Así mismo, es preciso reconocer que, como todo hombre, tiene defectos y comete errores. Y en Riobamba es en donde más se expande su influencia, buena o mala, provechosa o nociva. En otros lugares se le ve con leute de aumento. Aquí, sus secuencias le perjudican.

Allá, en Italia, será más libre, y su inteligencia dará mejores frutos. El país hace bien de confiar en él; entre tantas cualidades políticas, es una excepción. Es un digno exponente de cultura americana. Perdonémosle las faltas, ya que son inherentes al ambiente mezquino, aplanador y hostil.

(II)

Entre los numerosos progresos que nos ha llegado, desmolla el periodismo, y con tal exageración que si tan a prisa vamos, pronto habrán de pagar al bondadoso y paciente público para que hojee la prensa local, ya que ni gratuitamente se puede soportar tanto exabrupto, brotado en el afán de aparecer como periodistas expertos, innovadores y portentosos.

Al presente contamos con **Los Andes, El Observador, La Nación, El Chimborazo, El Patriota**. Lo mismo que hace poco o contamos una sola oficina bancaria, y de súbito se instala-

ron la Sociedad Bancaria del Chimborazo, el Banco de los Andes y la sucursal del Banco Comercial y Agrícola. La competencia. La envidia. La imitación, cual los orangutanos."

Es menester un paseo a la estación ferroviaria y esperar los trenes, para zafar de curiosidad adquiriendo gacetas de Quito y Guayaquil, y darnos idea cabal de la marcha del país y de alguna noticia de fuera, trasmilida por el cable.

Al día siguiente, el extracto de estas nuevas—¡bonitas nuevas!—se reproduce en la prensa ciudadana, pero con comentarios y conceptos raros, con deducciones estrambóticas y apéndices espeluznantes.

Que no desmayen los noveles **ratones** de imprenta. No es imposible que de entre ellos asome algún notable escritor, un segundo Montalvo, que dé honra y prez al suelo del historiador Juan de Velasco.

La lucha, la actividad, producen frutos opíparos; la inercia, el descuido, atrofian las inteligencias y anonadan las incipientes reputaciones. ¡A laborar, muchachos, que el mundo es vuestro! Pero dejad a un lado, por favor, aquellas brutales intransigencias, las creencias ancestrales y retrógradas, las repugnantes preponderancias, los autobombos, las bajas intrigas, los denigrantes servilismos, los incondicionales aplausos, los chismecillos lugareños... Unid vuestros esfuerzos al pie del Chimborazo. Sed los avanzados paladines de la patria.

(III)

¡Con qué facilidad se perpetran despojos y violencias! Sólo se requiere la complicidad de la fuerza pública.

Hay abogados que especulan de esta manera. Ellos buscan e investigan títulos de adquisiciones explotables. La propiedad jamás está segura. En toda compra, según ellos, hay trafalacia y engaño. No admiten un intercambio de valores en que ellos no intervengan. Y si intervienen, dejan algún resquicio vulnerable para futuros pleitos. Medran como consejeros, iniciadores y componedores. Este es el oficio, ya que optaron de profesión la ruina del prójimo.

Y lo que es increíble, en estos enjagues encuentran la aquiescencia de Gobernadores, Jefes de Zona, Intendentes de Policía y de la prensa. ¡Lo que puede la astucia y los billetes de banco! ¡Y decir que los tales billetes están desvalorizados, que no sirven para nada, que no importan un chavo! ¡No, señor! ¡Estos papeluchos son onnipotentes, todo lo compran, todo lo pueden! Es decir, dentro de nuestras fronteras.

Estas usurpaciones no eran frecuentes en nuestra provincia. Desde hace poco tiempo se han vuelto comunes, porque ya

se han introducido en la sociedad los leguleyos de nuevo cuño, que rebuscan en los códigos sólo la clave del latrocinio. Jurisconsultos que, con la ley en la mano, abren heridas cicatrizadas y vierten lágrimas de inocentes.

¿Los veis? Ahí están, hipócritas y solapados. Bulos que rondan las moradas pacíficas y tranquilas, precursora de desdichas, sangre y miseria. Rebuscadores de los archivos de escribanías, para interpretar a su antojo los ajenos expedientes. Sembradores de cizaña; impulsadores al erimen; escoria del foro; parásitos de la humanidad.

En otras ciudades ya son demasiado conocidas estas aves de rapiña, y no son temidas, porque descubriose el antídoto para el veneno que inoculan. Quien a hierro mata a hierro muere, ordena el refrán. Y todo hombre, por manso que sea, se convierte en una fiera cuando le precipitan al infortunio, arrancándole su peculio, lanzándolo a la contienda, infiriéndole dolores.

Aquellos que maquinan la desgracia de sus semejantes, están expuestos á que el mal redunde en sus propias personas. Y a toda hora buscan nada menos que la muerte, puesto que sólo la muerte puede equilibrar los daños, extinguir el veneno y saciar la sed de justa venganza. Por eso, corre inminente peligro quien navega en una laguna de llanto y sobre una barca de desesperación.

(IV)

¿Que sólo son liberales los unos y los otros no? Hay para veír un rato. Por lo visto, sólo algunos individuos pueden ostentar tal calificativo. ¿Por qué? Tal vez porque saben granjearse las preferencias de los mandatarios, o porque nunca pertenecieron a la oposición. ¡Bah! Son egoísmos infundados. Nosotros que poseemos un criterio amplio y sereno, juzgamos que tanto valen éstos que aquéllos, y que los delegados riohumbecños a la Asamblea liberal de Quito fueron elegidos con acierto, y que se crearon resistencias ya que no resultaron favorecidos los de cajón, los de siempre, los inevitables, los únicos que se figuran haber adquirido en pública subasta los cargos, los empleos, las representaciones.

Las horas corren lentas. Se anhela las brisas invernales, que vienen unidas a la alegría: el teatro, el flirteo, la actividad. Que varíe el panorama. Que tornen las palomas a sus nidos. Que recobre la ciudad su aspecto risueño.

EL MISMO COMPAS

A la administración del señor Tamayo nada le debe la provincia del Chimborazo, al no ser males de toda especie. No exageramos un ápice, puesto que probaremos el fundamento que nos asiste.

La rectificación de la línea férrea, allí está inconclusa, tal cual la dejó el entusiasmo de los riobambeños, en terraplén; el proyecto de plaza de mercado, aprobado por la Municipalidad de Riobamba, se estrelló en la oposición del Consejo de Estado, en donde perecen las buenas iniciativas y propósitos; en la carretera de Riobamba a Baños no se ha dado una barretada ni un azadonazo; se ha relegado al abandono las entradas al Oriente por Puela, Guamboya y Lutillo; al Colegio Maldonado se le dotó de un profesorado *sui generis*, compuesto de varios jovencitos imberbes, en remplazo de los antiguos e idóneos pedagogos; la obra del edificio del Colegio Maldonado ha consumido enormes sumas de dinero, cuya inversión es discutida y comentada desfavorablemente, por los mismos ex-profesores del plantel; en fin, el gobierno actual sólo se ha preocupado de esta provincia para el cobro de impuestos y gabelas, que hacen odiosa e imposible la existencia.

Y en la anterior enumeración no hemos dicho un término respecto a la desidia del señor Tamayo al no exigir a la Compañía ferrocarrilera que cumpla su compromiso de levantar una nueva estación en Riobamba; y de la absoluta carencia de tino administrativo, por cuyo motivo el Jefe de Zona ha sido el director de la batuta, el señor de vidus y haciendas, la Corte Suprema de toda disputa, el árbitro de la elegancia, el prototipo de la fuerza y el regenerador de lo militar, lo civil y eclesiástico; y todavía, intencionalmente, dejemos en el tintero muchas ineptitudes, entuercas, bravatas y, en especial, las maneras de lucupletarse los bolsillos de algunos panegiristas del híbrido régimen que padecemos, del señor Tamayo, del señor Ponce y del célebre Congreso que ocupa el escenario del Capitolio.

¿Hemos hablado del Congreso? Tocár este tópico es perder el tiempo. ¿Qué de bueno se puede esperar, si adolece de vicio y nulidad no desde su instalación en este año, sino desde la elección de sus miembros, impuestos por el mandato oficial y por las sumisas bayonetas?

¿Las bayonetas? ¡El baluarte y galardón de la patria rodando por los suelos! En manos mercenarias, la fuerza es cons-

habe amenaza. Y lo peor consiste en que los jefes de Zona— volviéndose a Riobamba—han sido los dioses omnipotentes de nuestros destinos. Los gobernadores parecen sólo figuras decorativas, sujetas al comando militar. Aquí, hasta el propio presidente es un cero a la izquierda al lado de estos califas de regiones misteriosas y encantadas. Ellos son los únicos responsables, según a todo el mundo le consta, del desbarajuste público y privado, hasta de la fiebre tifóidea, de la bubónica y de la gripe.

¡Mirad el Congreso, invictos jefes de Zona! ¡Ahí está palpitando vuestra obra! ¡Mirad la administración provincial! ¡Ahí está el testimonio de vuestra soberanía y omnipotencia! ¡Infud, poderosos magnates!

*
* *

SONOROS VOCABLOS

Mirad... Cuatro pobres diablos vagando indolentemente por calles y plazas: aquellos que estamos pegados al terruño, más por obligación y necesidad que por cariño. El resto de los habitantes han emigrado a sus fincas y dehesas, huyendo del tedio y de las intrigas, en pos de las cosechas, que significan salud, descanso, bienestar económico y olvido. Olvido del mundo y de sus pompas y vanidades. Renunciamiento de clubs, teatros, colegios y tertulias. En cambio, los desheredados de la fortuna continuamos bregando tras del mostrador, en el bufete, en el yunque, siempre nostálgicos y pesarosos, agobiados por el ambiente, el pauperismo y el despecho. Algunos todavía juzgamos protestar y maldecir; otros, han perdido toda energía y pundonor, nada quieren, nada importan. Son los parias y los fracasados; aquellos que nacieron para adular y obedecer; los sempiternos galeotes del ergástulo de la vida.

Háase agitado la Sociedad Liberal Radical del Chimborazo, en su empeño de nombrar delegados para la Asamblea de Quito.

Juntas, sociedades y asambleas son palabras vanas que nada prometen y emocionan. Tuvieron su valor y resonancia en tiempos pretéritos. Ahora, semejan pedestales para ascender, y por ellos trepan los rezagados en los puestos públicos y que carecen muchas ambiciones y pocos sentimientos. Apariencias para sentirse en el banquete de la política. Ofertas redentoras que luego se desvanecen, porque son de viento y de humo.

Los liberales que conocemos el país, nos burlamos estrepitosamente de embustes y artimañas que ya sabemos a donde

conducen. Pero, en parte, cuentan con razón los pretendientes a los cargos gubernamentales, en detrimento y menoscabo de los actuales favorecidos del régimen imperante. ¡Claro está! ¡Para eso moramos en república! ¡Que suban los unos y bajen los otros! Es la eterna historia de nuestra desorganización social y política. Aquí no hay hombres de escuela, consagrados a la cosa pública; aquí, todos somos aficionados y empíricos. *Los conocimientos, la abnegación y el estudio, poco sirven; al mérito se lo desprecia; la politiquería, el favoritismo y los compadrazgos, ostentan su triunfo y predominio. Son hombres grandes los pequeños, y son hombres pequeños los grandes. Verdades que parecen paradojas. ¡Para eso somos republicanos! ¡Vivan los unos! ¡Mueran los otros! ¡Bonita tierra es ésta, del señor del Buen Suceso y de la insignia roja; del machete de Rayo, por un lado, y por el otro, de las piras humanas incineradas en el Ejido!*

Hay algunos que deploran la falta de espíritu cívico, la escasa asistencia a estas reuniones. Mejor que así sea. Nos pierde la preponderancia y el personalismo. Estamos cansados de servir de escala para que otros surjan. La decepción de estos procedimientos nos vuelve escépticos. No deseamos contribuir al encumbramiento de nulidades. Y no por esta causa cesamos de ser liberales y patriotas de verdad, leales y sinceros. Si el caso lo requiere, con el arma al brazo defenderemos el partido de Montalvo y Alfaro; y si la patria lo exige, acudiremos a morir heroicamente en sus fronteras.

Siendo, pues, liberales y patriotas, anhelamos la grandeza de la nación, con nuevos hombres y nuevos métodos. Y siendo pesimistas, por temperamento y convicción, desconfiamos de los bellos vocablos—verbigracia, sociedades, juntas, asambleas—que sólo expresan holgazanería, miedo y caudillaje. La libertad vale mucho y no se la cambia con una vanagloria cualquiera. Buscad a vuestros congéneres para apoyaros mutuamente. Buscad también a la gente de inteligencia cuadrúpeda. Pero jamás pretendáis el asentimiento de los conscientes y de los libres, que quedamos al margen de vuestra pantomima, en calidad de espectadores de primera fila.

*
*
*

LOS EXPERTOS

Sin la más leve protesta, es decir, con el beneplácito general, ha llegado al suelo ecuatoriano, para intervenir en el manejo de nuestra hacienda pública, Mr. Ford, que se introduce con el original calificativo de **experto americano**.

En la hora actual, criminal sería el silencio de parte de quienes conocemos de la ambición anglosajona sobre el continente latinoamericano.

¿No nos amedrenta la suerte de Cuba, Panamá, Costa Rica, Nuevo México y México mismo, con ser un país populoso, rico y extenso? ¿No nos es dable comprender la farsa del panamericanismo, de aquel anzuelo tendido por las garras del aguija estadounidense para estrangular a la América hispana?

Parece que entre nosotros no fructificara el verbo sincero de Manuel Ugarte y José Ingenieros.

Ya estamos enredados en la red del dominio comercial de la poderosa nación del norte. A este paso, pronto séremos meros esclavos de la raza que étnicamente ostenta su superioridad, ya sea en los puños de Dempsey, ya en sus acorazados, ya, más aún, en sus dólares omnipotentes, con los cuales busean un Judas en cada frontera, que venda a su patria y que renuncie a su historia y a su libertad.

¿No se adivina una mano fatídica que mantiene irresolubles nuestras querellas de hermanos? ¿El arbitraje yanqui acaso no es un dogal alrededor de países incantos?

¡Desgraciadas tentativas de democracias, nacidas prematuramente, que marchan cual corderos al sacrificio! ¡Inútiles banderas de Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, Hidalgo, Miranda, Nariño!

Hasta en las comarcas que por ser distantes se juzgaban impenetrables, va difundiéndose la cruel amenaza del oro que todo lo corrompe y de la fuerza que todo lo avasalla.

Nosotros, los más modestos descendientes de España, pecheros amantes de nuestra autonomía y del porvenir de la raza latinoamericana, anhelamos cuanto antes la confederación de este continente, único baluarte contra el peligro que nos amenaza.

Y en Mr. Hord, como en cada uno de los emisarios del Sr. Samuel, nos vemos sino un diplomático timado, un jesuita giganteo, una nube preñada de tempestad, que pondrá su empeño en la empresa de dominio que ha fraguado el imperialisismo yanqui con los tentáculos de la arbitraria y tenebrosa doctrina de Monroe.

*
* *
*

DE PIE ANTE CUALQUIER SUCESO

Después de algunos meses de ausencia de esta diamantina ciudad del 21 de Abril, tornamos a ella y también a la patria, reguida la frente, activo el corazón, con la péñola justificada para trazar con rasgos firmes y serenos el croquis de la

marcha implacable del tiempo, salpicada de sabios y bufones, capataces y polichinelas, audaces y timoratos, con su legión de quijotescos paladines y sanchescos filósofos...

Sin duda por la hambruna que nos amenaza, brotarían como por casualidad una inmensa multitud de **triunfadores**, luego de una descomunal e imaginaria pelea con los molinos de viento, convertidos en montones indefensos de gente indígena y pueblerina, a quienes sin piedad atacó el furor de las escoltas arañadas hasta los dientes, juzgándoles gigantes, para labrar hazañas y méritos ante el futuro primer magistrado.

¡Los **lasistas!** ¡Los conservadores! ¡Los **intriaguistas!** ¡La farsa electoral con sus escenas de sainete y tragedia! Total: ¡las facultades extraordinarias!...

Y estas célebres facultades rigen sólo para las provincias serraniegas, claro está, para eludir la vigorosa y acerba censura de la prensa costeña, y porque allá ya se derramó abundante sangre durante el movimiento obrero, y ahora les toca el turno a los hermanos interioranos, y así el país entero tendrá su recuerdo de hecatombe de parte del señor Tamayo.

Algunos gritos subversivos se habrán lanzado, provenientes de la ingenua credulidad de libertad de sufragio, ofrecida y reiterada por el presidente. Los engañados estaban en el caso de rechazar aquel cínico embuste, y más aún si sobre el engaño se los aguijoncaba para que pasen de la mansedumbre a la exasperación. Ilusta a un cordero cuando se lo asedia, encorrala y asusta, salta, corre, huye, acomete involuntaria y desesperadamente a sus perseguidores.

Pero se requería un pretexto, una causa, un algo que sirviera para dar pábulo al desahogo de los turbulentos y apasionados defensores de la imposición oficial, la cual ha fortalecido al gobierno, en detrimento de la república y del candidato de la Asamblea, quien, por esta razón, se halla ligado a los que han desacreditado el presente régimen; y, si desea desprenderse de ellos, como sería lógico, encontrará dificultades y protestas.

Serán protestas emanadas de empedernidos politiqueros, cuyo único modus operandi y vivendi consiste en extraer el jugo de las arcas públicas hasta que queden exhaustas, y en enfatuarse como si fueran superiores a los demás mortales, cuando en realidad nada inventan, nada fundan, ya que en nuestras prematuras democracias el presidente es el amo omnipotente, el astro a cuyo contorno giran leyes, contratos, decretos, senadores, diputados, una absurda y admitida y soportada constelación de hombres y de cosas.

Y se estrechan las filas, sin embargo. Hay quienes se suponen con mayor derecho a las primicias y trofeos. Gobiernistas, por un lado; por el otro, los héroes de la pasada campaña... aérea. Todos, se miran entre sí con recelo y envi-

da. Nadie se cree inferior a otro; cada uno se considera superior a los demás.

Concluida la contienda partidarística, sucede la contienda más terrible y peligrosa: la personalista.

Ya suenan las primeras detonaciones. A prominentes **cordovistas**, a liberales genuinos y prestigiosos, se los descalifica. "Este no es el de los nuestros —comentan— éste es **intriaguista**, porque guarda relaciones de cortesía con Intriago; aquél no puede ser **cordovista**, porque es independiente". Y así, por este orden, se alegan sandeces y nimiedades, en el loco empeño de ser únicos ante el triunfo, para cosechar la simiente sembrada y cultivada por los demás.

¿El liberalismo? ¿Los ideales? ¿La bandera? Bueno fueron para combatir al enemigo. Una vez vencido, no hay bandera, ni ideales, ni liberalismo, sino vanas hojas de servicio que claman y exigen recompensas. Hojas de servicio fantásticas, obtenidas sin vacilaciones, temores o talento, a la sombra protectora de cañones y metralhas, en contra de labriegos amedrentados y fugitivos.

¿Por qué tanta pobreza de espíritu?

Felizmente, un **prestigio** ciudadano se halla en la cumbre de la nación, y en él confiamos y de él esperamos mucho. Que dignifique a los hombres y a los procedimientos. Qué sublime el emblema liberal, arrancándolo del mercantilismo político. Que una a los liberales en un solo abrazo, eligiendo de entre ellos a los más capacitados para exaltar al partido y a la patria. Y, luego, que acerque, que acople, a la familia ecuatoriana, exento de venganzas, fraternalmente, para todos juntos empujar de diamantes la corona del progreso, haciéndonos fuertes ante los verdaderos enemigos, los que usurpan nuestras fronteras. Paz. Paz y trabajo: he ahí las grandiosas aspiraciones de los países conscientes y libres.

Y, a favor de la paz, que vengan la educación y reformas liberales, preparando el campo en donde, más tarde, se ejercitará con menos vergüenza el sufragio popular.

*
**

PASIONES POLITICAS

No comprendemos por qué haya cruentas luchas políticas en territorio ecuatoriano.

Generalmente, se pelea por un nombre cualquiera, por una simple personalidad.

Los unos son amigos de éste; los otros, de aquél; los de más allá, son azules o colorados.

A nuestro modo de ver, lo mismo valen éstos que aquéllos, dentro de los mismos partidos.

Nadie lanza un programa, nadie significa una esperanza real y tangible.

¿Por qué no van de ciudad en ciudad pregonando programas administrativos, con proyectos, reformas y medios de gobernar?

Sólo se necesita de la venia oficial para surgir.

¡Qué pobreza de espíritu y qué prescindencia de todo!

¡El solio, el solio, el solio!

Tras él va la turba impía, sin títulos, méritos, aptitudes, ni nada.

¡Caramba!

No sabemos por qué el candidato tál valga más que el candidato enál.

¡Adelante!

¿Pero a dónde?

A continuar bregando por la vida, cargando de rumbo e ilusión, por la senda trillada, merced a la suerte, sujeto al azar.

¡No, señor!

Más sustancia, menos frivolidad, menos personalismo.

Si los candidatos conocen la situación del país, que lo digan; si saben el remedio, que lo expongan; si son elocuentes, que hablen; si escriben con galanura, que vengan los manifiestos y las razones.

Pero nada, nada y nada.

Un mundo fofo, vacío y simple.

—¿Por quién te defines—pregunta un amigo.

¿Por quién?

¡Por nadie!

No somos parientes de ninguno de ellos, ni padrinos, ni ahijados.

Las figuras físicas no son causa de decisión en pro de sus candidaturas; las morales son de varios géneros, pero sin importancia pública que realce un nombre sobreponiéndolo entre la turbanulta patriotera.

Basta ya de ridículos personalismos: otras son las normas de las contiendas políticas.

¿Por qué no se expone las promesas de los aspirantes en una forma clara y precisa?

¿Es o no es partidario o enemigo de pagar la deuda a los Bancos para derogar la moratoria, le agradan los ferrocarriles, le repugna la navegación, pretende un convenio con el Perú, desca la guerra, cree en el "sancamiento" de los billetes de Banco, abriga o no esperanzas, realidades o quimeras?

El silencio se extiende del Carchi al Macará; nadie contesta a nuestro interrogatorio, y, por eso, nosotros mismos lo hacemos: **el programa político consiste en ser candidato oficial,**

no saber por qué, o en hacer la revolución, sin tampoco saber por qué.

Puro personalismo, nimiedades, miserias.

Sólo un hombre excepcional puede romper la monotonía de los procedimientos, jugándose la vida; pero, como hemos dicho muchas veces, ese hombre no irá al poder, porque se pide rutina, paz, garantías para todos, y aquel hombre, para triunfar, no puede ofrecer otra cosa que un cambio total, sacudiendo la letal idiosincrasia, invirtiendo los sistemas, conjurando los temores.

Mientras tanto, estemos contemplando los retratos de los candidatos, para paraaonarlos el tamaño de los ojos, de los labios, de las pestañas.

Retratos que nada prometen y nada dicen, y, no obstante, que son el motivo de tragedias, persecuciones, calamidades, ulteriores y venganzas.

Estas son las pasiones políticas, negras, sangrantes y despreciables.

* *

AL EJERCITO *

Verdad es que el ejército está constituido con elementos seleccionados por el gobierno, con el objeto de contar con su decidido apoyo si hay algún peligro.

Sin embargo, en nuestro ejército se encuentra jefes y oficiales de mérito.

Así como hay militares retirados de prestigio, también entre los que se hallan al servicio de la actual administración, lo repito, existen hijos de Marte pundonorosos, inteligentes y patriotas.

Y, siendo así, ya es llegada la hora en que el ejército deje de ser lo que ha sido hasta hoy: un instrumento de conquistar ambiciones.

Otra es su misión.

¿Por qué va a esenchar humilde y satisfecho la consigna de un presidente cualquiera?

¿Acaso no tiene opinión?

¿Sus factores principales no pueden escoger, por cuenta propia, un candidato a la presidencia?

* Muertas las esperanzas de reacción en contra de un régimen viciado y estancado, surgido después de la locatumba del general Eloy Alfaro y sus tenientes, hubo que recurrir al único medio que restaba, exaltando el espíritu cívico y patriótico de la clase militar, por peligroso y perjudicial que es, en todas partes, el despotismo de la fuerza armada, enemigo irreconciliable de la democracia y de la libertad. Y, así, se preparaba la revolución del 9 de Julio de 1911.

El ejército, según los principios republicanos, debe abstenerse de terciar en estos asuntos; pero ya que no es posible esta reforma, por lo menos hemos de indicar que se menoscaba su dignidad sirviendo de escala a muchos advenedizos.

No sea el presidente quien elija su sucesor, no sea el pueblo soberano, como debiera ser, pero siquiera sea el ejército, consciente de sus resoluciones y de su fuerza, la entidad que nos salve de esta liga política, en virtud de la cual no sale el solio del manejo de cuatro personajes, sin aptitudes y sin carácter, que no imprimen un nuevo rumbo, una nueva era a la república.

El noble ejército ecuatoriano no puede ser eternamente el brazo de pocos individuos favorecidos por la fortuna y el destino.

No puede obedecer ciegamente la orden de los amos y de los déspotas.

Conviene que el ejército, ya que no permite que el pueblo deposite su voto, lo haga directamente, por su supremo y acertado propósito, sin aceptar indicaciones interesadas y malignas de los que se creen dueños de la nación.

No importa que ensayemos esta forma de elección, que no es tan onerosa como la acostumbrada, en la que un solo hombre señala su heredero de lo que no le pertenece.

Que sean miles de ecuatorianos, respaldados por la palabra ejército, los que pongan en el solio al presidente.

Que sea este el paso precursor del sufragio popular.

Ya es el momento en que el ejército, valeroso centinela de la patria, marche por otro sendero, despreciando las infuflas y pactos de los gobernantes de oligarquías, que no comprenden el significado del vocablo república, pueblo o democracia.

*
* *

EJERCITO SOBERANO

(Segunda amonestación).

Tú, que haz contribuido para la entronización de hombres desconocidos e ingratos, sé el redentor.

Tú, arma poderosa de viles ambiciones, levanta la frente, para ser el castigador de pérfidos conductores, y para borrar tu actuación pasada, acercándote reflexivamente a las mesas de sufragio.

Si tú no respondes a esta voz de sacrosanto patriotismo, ya no habrá, en este momento de angustia, esperanza de salvación.

Los mandatarios intentarán que nuevamente sirvas de pedáneo para imponer, ante el país deprimido, otro candidato oficial.

¿Hasta cuándo te estimarán en tan poco los continuadores de una política errónea y enferma?

Tú, que acudes presuroso a sacrificar la sangre y la vida en los campos de batalla, ¿no puedes devolver airado la condecoración de la deshonra?

¡Basta ya, aguerrido Ejército de las libertades, de ser el Ejército de las esclavitudes!

Todos los buenos ecuatorianos te acompañamos en estos días de prueba; todos te contemplamos como el sol de un ciclo de reformas, iniciativa y progreso.

Tú puedes deliberar libremente, y encontrar el hombre que ocupará el solio presidencial.

Es preciso que cese de funcionar la máquina desvenecjada de antiguas tácticas y moldes; que evolucionemos; que desaparezcán personajes enclenques del cerebro y del alma, responsables de muchas ignominias o privados de independencia y carácter, para entonces adoptar medidas radicales, colocando a la república en el rol de las naciones prósperas.

¿Acaso no hay hombres?

¿Acaso todos nos hemos creado situaciones difíciles, que exterminan voluntad y albedrío?

¿No es posible deslabonar la cadena de caudillajes infundados y convenios mezquinos?

¿Acaso es un consejo sincero la insidia de "tutores" desmordidos y falaces?

¡Lanza, denodado Ejército, tus pávidos corceles, vislumbra otros horizontes, señala otras auroras!

Modorra, quietud, inercia, desaliento, abandono, nos consume y aniquila.

Nuestros países vecinos, de parecida historia, nos dejan atrás, relegados al olvido y estancamiento.

Necesitamos que nos dirija un adalid vigoroso, perspicaz e inteligente, que corte la cizaña; que, especialmente, no siga por la senda trillada de las decadencias.

Solo tú, Ejército invencible, eres capaz de algo trascendental y positivo.

Tú irás, si quieres ser digno, a depositar tu voto premeditado y libre, convencido de tu importante misión, que engrandecerá tu nombre, fortificando a la pobre patria.

*
* * *

UNA SILUETA

Hay tipos raros, estrambóticos y ofensivos que en todo interviene y que para nada bueno sirven.

Ninguno más estrafalario que el del politicastro de conveniencia.

Un polichinela aderezado a lo caballero, imitando exageradamente lo exótico y la última moda.

Habla hasta por los codos: la verba es a veces amena, pero, al tratarse de asuntos complejos, es siempre inverosímil e insustancial.

Tiene una táctica para surgir: la osadía; un ardid: la intriga.

Se figura ser indispensable, y, en efecto, lo es, cuando se urde embosecadas, peculados y venganzas.

Siendo incondicional, es desleal; por eso, se le desprecia; sin embargo, es buscado y solicitado por los arribistas, menesterosos de torcidos procedimientos y falsas apariencias.

En cuanto recibe algún desaire, agita la lengua viperina y clava el puñal por la espalda.

El crario público y la subvención es el supremo umbelo; cree que, fuera de él, no hay otras fuentes de vida, habituado a medrar sin esfuerzo ni trabajo.

La honradez es un mito; la verdad, un absurdo; la equanimidad, una negación.

Quien no sea penetrante fisonomista y psicólogo, se equivoca, juzgándole un eminente ciudadano: es preciso escudriñar sus negros antecedentes para formarse una idea cabal.

Generalmente, viaja en ajenos trenes y carros expresos; despliega habilidad para introducirse en todas partes; simula ser acompañante y consejero, amigo y confidente.

Enamora a cualquier mujer, casada o soltera, aunque consiga sólo desdenes, los cuales no hieren su rostro hipócrita y endurecido.

Es voluble por atavismo; por temperamento, es pérfido.

Cuenta historias prodigiosas, suponiéndose protagonista o testigo presencial.

Aspira ocupar los más altos puestos en la república, vendiendo al hermano y condenando al maestro.

En los congresos y asambleas, su fácil, vana e irrisoria elocuencia se vuelve proverbial; sostiene intereses creados y causas injustas; habla y habla, habla sin cesar, sin base ni argumento, sin recato ni medida, sin pauta, rumbo ni cordura, disipando el tiempo y hurtando las dictas a la nación.

En todo gobierno interviene, si no es especulando en primera fila, por lo menos recogiendo sus limosnas, en algún cargo secundario o como senador o diputado, y entonces protesta y conspira, pretendiendo mejor acomodo y sueldo elevado y permanente.

Pulero, aliento y decididor, aparenta un cumplido galán, y es un bellaco; arrogante, altanero y osado, y es un cobarde; estadista y parlamentario, y es un inconsciente; obsequioso, y es un tacaño; adulón, y es un traicionero: parece un prohombre, y es un sinvergüenza.

Es la paradoja personificada en un hombre: la carcoma y la víbora de la sociedad y de la política.

Sembrador de resentimientos y calumnias: cosechador de odiosidades y maldiciones.

*
* *

EL AUTOBOMBO

Mediante la inmodesta y tenaz propaganda de sí mismo, obtiéndose ascender rápidamente por los peldaños de la notoriedad.

Ya no es el mérito conquistado con la inteligencia, el estudio y el saber, lo que constituye la fama, como en tiempos mejores y más justicieros: ahora, la audacia, la astucia y el servilismo—alianza poderosa—forman la estratagema para surgir.

Se principia por adueñarse de la corresponsalia de algún periódico, y, luego, se envía, sin tregua, recalo ni recelo, noticias tendientes a ensalzar la propia personalidad.

Así lo han practicado, énicamente, a la faz del público ultrajado, casi todos los corresponsales de los diarios de Guayaquil y Quito, desde ciertas ciudades interandinas, víctimas de la maledicencia informativa.

Por este sendero, llegan a endiosarse nulidades y mediocridades, desfigurando la verdad y amenguando la reputación de quienes, siendo superiores, valen más y tienen la nombradía bien cimentada.

Se fundan periodiquillos insignificantes y egoístas, destinados a idéntico fin, de conquistar sus reductores la celebridad, para ser conductores de los pueblos, árbitros de los destinos, sanguijuelas del erario y únicos representantes del vivir ciudadano.

Predomina en ellos la envidia y la conveniencia, puesto que callan cuanto puede redundar en provecho ajeno; todo lo quieren para sí; para los demás, nada.

A esos vulgares profanadores de la prensa, no se les conoce como son en realidad, sino como se presentan en apariencia.

Con engaños y mentiras, sólo los plumarios son hombres de valía; el resto, no se lo toma en cuenta; sólo ellos, según las crónicas sociales y los partes telegráficos, se mueven, viajan, hablan, protestan, denuncian, celchran onomásticos, se enferman, mejoran, convalecen y sanan.

Con una péñola indocta, con una corresponsalia cualquiera, se pisotea las honras, se cambia autoridades, se elige em-

plcos, se apoca virtudes, se empaña renombres, se lanza de-nuestrs, se forja especies insidiosas y nocivas.

Esta labor consiste en hundir y aplastar a todo lo que es bueno y resplandeciente, para que sobresalgan, en un campo de ruinas, los autores de tamaña iniquidad.

Gradualmente, van haciéndose fuertes, con un aire de mando y supremacía; se hacen temer, con el arma de la publicidad, que es omnipotente.

Son los "prohombres" contemporáneos, de fama irrisoria y pasajera; *enemigos del bien, del talento y del honor; falsos apóstoles; caudillos de la ignorancia y del interés.*

Sus nombres se repiten frecuentemente, como si fuesen las únicas personas notables que existieran en cada ciudad.

"Es indispensable perder la vergüenza para ser feliz".

*
* *

LOS FAVORITOS

Una aureola de fama circunda la testa de algunos mortales.

¿Qué hazañas realizaron? ¿Son eminencias literarias o científicas? Nada de eso. Pertenecen a la categoría de los medianos, pero que, merced a la suerte, gracias a argumentaciones ególatras y confusas, explotan la humillación ajena y encuentran parías que les rinden pleito homenaje.

Son las fichas obligadas del tablero administrativo. Se las mueve de aquí para allá. Con frecuencia, ocupan varios puestos; desempeñan diversos cargos. Son insustituibles. Seres privilegiados que sin saber por qué, descuellan sobre sus semejantes. Figuras extravagantes que decoran, como mascarones chinos, los solios, las cátedras y las vitrinas de los bazares.

Todo gobierno les ocupa y agradece los servicios prestados al régimen. Son la rueda inamovible, monótona, de la máquina política. Nunca desarmonizan del conjunto. Se amoldan, como gelatina y como yeso, a las claves y consignas. Jamás protestan. Siguen la rutina. Sólo diablan para aportar alegatos a la causa que domina e impera. Saben introducirse y mantenerse de pie. Se introducen como culcebras, rascando. Están de pie como los mástiles de un buque, sujetos por cables y pernos, o sea por senaces y protegidos, por aquellos que vergonzosamente desquitan los sueldos o reciben las miasmas de parcerías y confidencias.

Todo es para ellos: honores y premios, talento y virtudes.

La naturaleza les privó de sus dones, pero, en cambio, el destino, los gobernantes, el vulgo, les adornó de una ficticia

aureola, de un incomprensible renombre, que les acompaña por doquiera, constituyendo el pedestal inverosímil de una fama irreal y absurda.

Sin embargo, ellos hieren, mandan y ordenan. ¡Salud, hermosos exponentes del error humano y del público desatino!...

*
* *

LOS HIBRIDOS

Mirad aquel individuo que por la urbe transita; miradlo detenidamente.

Es elocuente y atento; con todos saluda y es afable; conoce hasta la más leve vibración política.

Entre dos personas o bandos antagónicos, él parece un lazo de unión, porque adula y congeneria con los diversos caracteres.

Pero él es, en verdad, la cizaña que ahonda los ajenos sentimientos; le conviene triunfar en un campo de enemistades y desolación.

Siempre, se presenta como el compañero fiel y oportuno; el buen consejero; el que sabe aquilatar y reconoce los merecimientos del que le escucha y le tiende la mano.

Sin embargo, nadie más ingrato e inconsciente; es el primero en celebrar la caída del protector; es el prototipo de Judas, que imprime el ósculo de la traición, que hunde el puñal por la espalda.

Un sér tacaño y mezquino: cree que los demás tienen obligación de obsequiarle y servirle; llega a suponer que es indispensable, sagaz y oportuno.

Algunas veces, cuando comprende que le conocen, desconfía, se intimida, pero jamás se sustrae de inmiscuirse en los círculos de quienes discuten lo que a él le interesa, para orientarse y no caer, para plegar sus esperanzas hacia el nuevo sol que va a alumbrar en su vida.

El primero en felicitar y el primero en deshonrar; el correveidile; el intrigante; el político.

A la postre, se lo desprecia. Antes, no obstante, ha ocupado cargos importantes y misiones de confianza. Con frecuencia, aprovecha de su repentina posición, obtenida por medio del engaño, y surge y se enriquece.

Examinadlo bien.

Individuo común en el vaivén cotidiano; que nos sale al paso por doquiera; que nos sonrío y nos saluda.

Es híbrido, indefinido, incoloro. Conservador, con el clero; liberal, con el régimen que impera; socialista, radical, católico, masón y ateo; es todo a la vez, y a la vez no es nada.

Varía de parecer y de ideología a cada momento, según el lugar en donde esté y con quien se encuentre.

Estos son los adulterados discípulos de Maquiavelo: aquellos que desaparecen en la derrota y vitorcean en la victoria, confundidos entre los ciudadanos de buena fe, los valerosos y los sinceros.

El sitio de preferencia, para él; para él, los mejores puestos, en pago a la constancia y al "refinado don de gentes".

"Amigo del alma"; confidente de las ajenas vicisitudes y sufrimientos; participe de las alegrías extrañas... Siempre cerca y adelante; diligente para apoderarse del premio de los otros; listo a vender el secreto y pisotear la honra; acanallado, y pulco; altanero, y cobarde; rebelde, y servil; honesto y vicioso... Explotador de la política; traicionero del hermano; vendedor del maestro.

Hélo allí. En los sitios de prestancia. En el gobierno. En la administración.

En las juntas de los partidos políticos, en calidad de espía; cuando goza de privanza, enfatuado; y cuando ha venido a menos, lisonajeando al que está arriba, hasta el instante de perderlo.

¿Un signo de altivez? ¿Un gesto de independencia? ¡Jamás!

Va rastreando por el suelo, imitando a la sierpe; va sembrando el oprobio; a su paso, huye la gacela; y a su llamada, se aglomera el ejército de comparsas, que se apoyan y se ayudan, si no es llegada la hora de devorarse entre ellos mismos.

Pero—¡oh fatalidad!—todavía están amalgamados, y ellos, unidos, imperan, dominan, son fuertes e invencibles.

Por encima de todas las ideologías, han proclamado el triunfo de su hipocresía, de la mentira, de la farsa...

Con orgullo, se denominan "políticos"; y el vocablo "político", con la interpretación de perfidia, define cuanto son y cuanto aspiran.

Político raro, sin patria, puesto que comercia con ella y la empuja a la ruina.

Es enemigo irreconciliable del ciudadano independiente o de ideas definidas, porque éste es su víctima y marcha por rutas opuestas.

Seguid reinando mientras la ventura os sea propicia; pero procurad no caer, ya que vuestra caída es dolorosa y vuestra resignación es difícil y amarga.

Vuestra conciencia es el mejor juez, y os condena a ocupar el patíbulo de vuestros remordimientos, o a recibir el desprecio de la mayoría de vuestros conterráneos.

Séres amorfos, que cantan victoria; séres híbridos, sin color político, y, no obstante, los mejores políticos; séres absurdos, indefinidos, que os habéis unido en la república de la farsa...

EL SEUDO-VALIENTE

Escuchadme.

Describo vuestra silueta, caballeros de **rompe y rasga**, que habéis dilapidado la vida divagando de política, criticando al prójimo, medrando del erario, adulando al gobierno, apurando copas entre comparsas, y siempre altaneros y desafiantes, con ínfulas de árbitros y supremos jnces, con arranques de visionarios y profetas.

Comandantes, coroncles y generales; oficiales retirados y fracasados, de toda graduación; palpitantes residuos de guerras civiles; exponentes de fuerza bruta e impetuosidad salvaje; recuerdos de una época reciente, que cimentaba la república con pólvora y denuestos, combatiendo despiadadamente por principios religiosos y odios personales.

Es de suponer que aqúeste individuo un día, durante su juventud, concurreó a algunas escaramuzas y emboscadas, para ostentar un grado militar y preciarse de valiente. ¡Pero qué lejanos están aquellos tiempos! ¡Parecen soñados o ficticios!...

Sí, parecen ficticios, porque de un revolucionario, de un guerrero, sólo queda—lo contrario—un incondicional servidor del oficialismo, sea éste cual fuere, negro o rojo, güelfo o gibelino.

Cuando le respalda el poder del gobierno, hallándose de empleado público, es temible: tórnase despótico y cruel; olvida al compañero y al amigo y las horas de abatimiento y desgracia; nada respeta ni le arredra; si se le presenta una oportunidad, manda acribillar al pueblo a balazos; y denuncia al camarada, quien un poco antes le confiara sus secretos; y persigue ciegameute, dando pábulo a antipatías y venganzas; y se muestra hoscó, impertérrito, varonil, heroico; hace gala de acometividad y audacia, sin comprender la villanía de su comportamiento de sayón y de sus muecas de payaso.

Cuando los vaivenes políticos le son adversos y, momentáneamente, es separado del mando, conspira, vocifera, pero huye, huye como el mayor cobarde, de comprometerse con el arma al brazo, con la espada desenvainada, en el campo de los rebeldes y al fragor de la contienda.

El sacrificio, que sea para los románticos, patriotas y bobos; basta y sobra con la pólvora que olió en fecha distante, por compromiso o por casualidad, irreflexivamente.

Ahora, por algo guarda experiencia; ahora puede matar, asesinar, cometer atropellos y abusos, ser, más que nadie, audaz y valiente, pero a condición de encontrarse al lado del orden, de la ley, del gobierno, de la fuerza avasalladora y permanente.

Si habla y conspira, si censura y critica, es por hallarse cesante, en espera de la más ligera insinuación del poder constituido, para imponerse moderación y silencio, y dar pruebas de lealtad y competencia, y sostener al amo con denuedo, mejor que todos los demás.

Los gobiernos no prescinden en el presupuesto nacional las partidas de enormes gastos para montepíos y retiros, en cuyo escalafón figura el pseudo-valiente, que representa la pieza indispensable de la máquina administrativa.

Por eso, siempre explota al estado, ya sea que le ocupe o que le rechace. Y el estado, o, con más exactitud, los gobiernos, le buscan, sabedores que está obligado a sostenerlos por la pensión que cobra de las arcas fiscales.

Y si no se le emplea en cargos de primera importancia, por lo menos desempeña un puesto honorífico, de consejero provincial o de concejal cantonal, de presidente o vocal de juntas y sociedades, de director de la política y de intérprete de la voluntad omnímoda de los dioses del capitolio.

¡Salud, mi general!

¡Salud, mi coronel!

¡Salud, mi comandante!

¡Salud, salud, Napoleones de trapo y mariscales de bombas de jabón!

Han habido ilusos que han creído en vuestro valor o en vuestra bravura y temeridad. En una temeridad legendaria e inverosímil, que a nadie le consta, y que, no obstante, os niñaba las listas y os vuelve feroces y fantásticos.

Y los pobres ilusos han fraguado revoluciones, asaltos de cuarteles, volteretas de batallones, para que os pongáis al frente y lancéis la voz de mando; ignoraban de vuestro servilismo y cobardía; no conocían la falsedad de vuestros vocablos y promesas; no descubrieron la clave de vuestras existencias de matachines y farfarrones.

¡Rebeldía auténtica? ¡Jamás! ¡No puede florecer en cuerpos viejos y en almas de esclavos!

El sendo-valiente hizo profesión de espadachín y matachete, bien remunerada en nuestra tierra, y con ella se sustentó, dejando, además, una estela de gloria después de sus días.

Una escolta militar y una banda de músicos honran sus funerales y le acompañan al cementerio.

Se deplora el fallecimiento del grande hombre, del valiente insuperable, del defensor de la patria.

La muchedumbre se consterna; la prensa enluta sus columnas; el gobierno planea al compás de los deudos.

Con frecuencia, su catafaleo ha reposado en el salón municipal, y su efigie pasa a la galería de personajes célebres.

La farsa ha tocado a su apogeo.

Así se premia al incondicional, al sayón, al "sagaz" político, al caballero de industria, al bravucón, al integérrimo comecuras, al "ciudadano probo y luchador sempiterno".

¿Acaso ha muerto un cualquiera? ¿Acaso puede parangonarse con el industrial, el comerciante, el agricultor, oscuros contribuyentes del erario nacional? ¿Acaso ha sido un astro poeta, un vulgar periodista, un vil literato?

No; este es un prohombre, un valiente, un ídolo de las multitudes.

Nació para engañar y engañó hasta después de muerto.

Es una época que se va... se va junto con él. Nosotros hemos asistido a su imperio y a su entierro, y, piadosos, colocamos nuestro responso sobre su tumba, pero anhelamos que no resurja y que se pierda en la noche de los tiempos.

*
*
*

LOS INCOMPRESIBLES

Personajes ficticios; individuos con aspecto de sibilondos; escritorzuelos incompredidos e incompresibles...

Un profundo lexicógrafo existe por acá y por allá, en todas partes, que alardea de pulverizar idiomas y desmenuzar vocablos, pero que no es entendido en absoluto por el resto de la humanidad. Sólo él sabe o descifra su estilo raro y soporífero.

Hay un poeta, un bardo que parece sublime, aquí y acullá, que posee un lenguaje misterioso y extraño, de otros planetas, ultramodernista, de "vanguardia", como él lo califica, y que, para su desgracia, nadie lo habla ni lo interpreta.

¡Oh! ¡Qué prosa tan rebuscada, qué palabrería tan arcaica, la de este sabio escritor!

¡Oh! ¡Qué estrofas tan inverosímiles, qué consonancias tan estrofalarias, las de aquel trovador ensimismado, gloria de las nuevas y futuras generaciones!

Escribir y hablar para no ser comprendido, es cosa muy fácil y sencilla: así habla y escribe cualquiera.

Lo que vale, lo meritorio es hacerse entender hasta en el último detalle, penetrar en el pensamiento ajeno, absorberlo, cautivarlo. Y esto no se consigue con inusitados términos de voluminosos diccionarios, con voces difíciles y científicas, sino con la frase pulcra, limpia y clara, y, muchas veces, en una región, con sus propios modismos, con una jerga vulgar y pueblerina, pero expresiva y honda, que llega al alma, que toca al corazón.

Y por eso, con una péñola robusta y decente, sincera y verídica, se combate y se triunfa sobre los maestros y los doctos, los inventores y los anormales.

Una corta y burilada sentencia es capaz de desprestigiar a un hombre y servir de divisa en una guerra civil. Y una columna entera de un periódico, un folleto, un infolio, cuando son producidos por mentes vagas y estrambóticas, sólo provocan cansancio, fastidio y repulsión; malgastan tiempo y papel; llenan, infructuosamente, los anaqueles de bibliotecas; y atrofian, enturbian y desorientan a quienes, ingenuos o inexpertos, acuden a sus arcaños en busca de recreo e ilustración.

Ellos, sin embargo, creen, en medio de sus egotismos y ceguera, que los demás son ignorantes y de nulos alcances, porque no penetran el sentido de sus preciosas filigranas; no festejan la sutileza y gracia de sus sátiras, y no apelan, en fin, a la enciclopedia, en auxilio de cerebros obtusos y de imaginaciones atrofiadas.

Ellos, son los únicos, los escritores de muchos quilates, aspirantes a las academias, los que transforman y aumentan el vocabulario del idioma; o ellos, los "liridas", son los supremos cantores, el orgullo de la raza, los que descubren los metros caprichosos, las rimas desusadas y los pensamientos entreverados e inexpugnables, propios de los genios y prohombres.

Los actuales habitantes de la tierra no están aún capacitados para penetrar la hermosura, diafanidad y sentido de tales elucubraciones literarias; es menester que la humanidad se renueve, que nazcan seres de superior intelecto, para que descubran los tesoros ocultos y revelen las maravillas que no alcanzaron a ver los insignificantes contemporáneos de tan admirables talentos.

Con la petulancia a flor de labios, se compadecen de los demás mortales, y recorren esas calles y parques como entes sobrenaturales y mitológicos.

Lo malo para ellos consiste en que el artículo, el opúsculo o el libraco publicado no tuvo buena acogida y fué recibido con ironía y desdén, sin duda por envidia o ignorancia de las presentes generaciones; y sólo un cenáculo reducido de intelectuales privilegiados apreció la labor titánica y futurista, digna de cerebros complejos y eminentes.

Y así, perdidos y aislados entre la general indiferencia, es imposible bregar, y abandónase la pluma, se atrofia la imaginación, se anonadan los genios.

¿Por qué haber nacido prematuramente? ¿Por qué haber vivido en un país de idiotas e ingratos? Es la suerte adversa que persigue, que rompe las alas del águila y que agobia la cresta de empinados montes.

No obstante, les queda el amor propio, la vanidad de vanidades, y no ceden el cetro jamás; y aunque perezosos e improductivos, vedlos, no rehusan, jaclanciosos, a los aires de grandeza.

El escritor ilustrado e intenso, que define toda voz rebuscada, y el bardo de pobre vocabulario, pero de rima y com-

plexión anodinas, se unen en el vaivén de la vida y en las vicisitudes del fracaso.

Aunque en diferentes derroteros, sus ideales no son admitidos, y no conocen el arte de la sencillez y de la naturalidad, único que seduce y entusiasma, vibra y apasiona.

Tocar las fibras más delicadas del espíritu, hé ahí la clave. Y para ser dueños de semejante don, los verdaderos sabios adoptaron un lenguaje accesible, simple, elegante y humano.

*
* *

LOS CABALLEROS DE LA EMBOSCADA

Es increíble lo que acontece en un jirón de la república, en la zona más pródiga y fértil, en donde madura el banano y el cacao, y hay selvas seculares y sabanas extensas, de hierba que nutre y engorda numerosas vacadas. . .

Una parcela de tierra inculta, un supuesto agravio o un tradicional resentimiento, son motivos, más que poderosos, para que germine el rencor y fermente la venganza, que luego culmina en un villano y repugnante asesinato.

Odio, odio a muerte, entre colegas, parientes y vecinos. Un propietario o patrón quiere ser absoluto; siente envidia de una plantación que prospera cercana a la suya; tiene celos incontentibles, por las veleidades de una mujer que por otros amores abandonó su dehesa y sirve y halaga a nuevos amos y señores; es audaz, temerario y deshonesto, y juzga que el crimen es el único medio de conquistar fortuna.

Y para ellos háse fundado, desde mucho tiempo há, una escuela y sistema de delincuencia, que compendia toda la depravación y cobardía del hombre: consiste en buscar un tipo lombrosiano, una conciencia pervertida, un brazo asalariado, y comprarlo, corromperlo más aún, para que ejecute la consigna, eliminando al rival, asediando a la víctima, con el proyectil, el veneno o el puñal, en cualquiera forma, por cruel o inhumana que sea.

Y estos seres, frecuentemente, son miembros de la alta sociedad, van al club, dirigen como gerentes sus negocios, son políticos y hasta parlamentarios. El dinero les abra las puertas en todas partes, y sus nombres, de arbitraria aristocracia americana, sella la presentación y la prestancia.

Don Fulano y don Zutano; el señor tal y el señor cual. . .

Son ricos desvergonzados, que desprestigian al oro y pisotean la virtud. Para ellos los caudales representan fuerza y poderío, atropello y despojo, respaldados siempre por la impunidad.

Compran el honor de las mujeres; colizan la vara de la

justicia; tuercen la vindicta pública; repudian el derecho y esperecen el deshonor.

Como son forjadores de testamentos, destructores de escrituras sagradas y usurpadores de bienes ajenos; como son resueltos y capaces de recurrir al crimen en cualquier circunstancia, cual arma eficaz y habitual de acometividad y defensa... ellos, los flamantes nobles, los recientes ricos, precávense, tomando medidas para resguardar sus existencias, y libranse de las traiciones y embestidas mortales que conocen y acarician, persuadidos, merced a la cobardía que les anima, que todos son parecidos, iguales a ellos, torvos y sanguinarios, viles y perversos.

Si no llevan a donde van una cocinera adicta, no pueden alimentarse, del temor de ser envenenados; si enferman, no ocupan a un médico por probo que aqueste sea, al no estar próximo el de las íntimas confidencias y confianzas, aquel que sabe de aventuras pretéritas y recónditos secretos, y que es más que profesional un compañero y un amigo.

Es el peso de las culpas y la panta de los actos individuales, lo que les desorienta en el juicio erróneo sobre sus congéneres, que se les semeja individuos desequilibrados, rastroeros y bajos, de idénticos y nefandos sentimientos como ellos, nacidos y amamantados en la holganza y en la delincuencia.

Pasilámines y miedosos, no acometen de frente; buscan la fronda y la emboscada; lanzan improperios, calumnias y denuestos por detrás; y, a la postre, pagan al verdugo, al matachín, al mercenario, para que hiera, apalee o mate.

La vergonzosa hazaña les enorgullece; siéntense vigorosos y temibles; han ganado prestigio entre la gente poderosa y maleante, los ladrones de levita.

El asalto, el crimen, la infamia, es la comidilla del público por pocos días; la prensa grita o atenúa, pero, pronto, también emudece; el hecho se ha consumado, ya no tiene remedio; la justicia es lenta y se la entorpece; y los delinquentes se pavonean, háuse vengado, han arrechutado los bienes del prójimo, están tranquilos y satisfechos.

Hay abogados expertos en estas defensas; ilustran y azuzan a sus clientes, enseñando la manera de burlar la ley; sostienen lo vicioso y lo incorrecto; fomentan atentados y crean situaciones escandalosas, para medrar de las consecuencias; complácense en perseguir y ultimar a sus víctimas, sin tregua ni piedad; hilvanan expedientes expoliadores; despotizan a los juriconsultos honorables y menosprecian los procedimientos honrados; vivaces, expeditos y activos; crueles con los adversarios y con los vencidos, y crueles también con sus defendidos, quienes imploraron tan peligrosa ayuda; cosechadores de la siembra de cizaña, trocándola en agradecimiento y billetes de banco, y no en onzas de oro porque en esta época sólo por referencia sábese que existe este precioso metal, aunque ellos,

los togados y leguleyos de que me ocupo, son mejores que buzos, y pueden extraerlas del fondo del mar o de las arcas de un avaro.

Nunca obran compasiva y desinteresadamente estos explotadores del foro y de la jurisprudencia; cuando no señalan y exigen un erecido honorario, es peor, ya que, más tarde, cobran el doble de lo que hubieran pedido al principio, o, en su reemplazo, pretenden entroncarse con la familia que ha recibido sus favores y mercedes, y ser los árbitros, los imprescindibles, los poseedores de secretos, los famosos y esclarecidos protectores de la aristocracia, el capitalismo y la nobleza.

Y el crimen, en un ambiente tan propicio, sienta sus reales y se entroniza.

Caballeros acicalados, matronas directoras de beneficencia y fiestas encantadoras, ya no recuerdan el embrollo de ayer; al público, mal juez, olvidadizo y benevolente, nada le importa, a no ser la postrera novedad; y todos son lo mismo y se confunden, buenos y malos; el malferido, el difunto, descansan en paz; el tiempo, la distancia. . .

En este momento quisiéramos aceptar una justicia ultraterrena, porque, sin élla, ningún castigo habrá para la delincuencia.

Y esto se sobrentiende en el caso que allá, en la otra vida, no ejerzan la profesión el abogado Mengano o el Perencejo. . .

*
* *

LOS SEÑORONES DE PONCHO Y REBENQUE

Jinetes en briosos corceles, galopan al pueblo, por ser día festivo, de jolgorio, o porque intentan realizar una venta anticipada, menesterosos, como siempre, de dinero.

Ofrecen, en ventajosas condiciones para el comprador, papas, trigo y cebada; bueyes, vacas y carneros: todos los productos de las altiplanicies; de las fincas serranas que son propias, arrendadas o de sus padres, que enfermos o cansados habitan la ciudad; de las dehesas que administran, acompañando a los propietarios o representándolos; de las mesetas andinas, en donde suele caer la escarcha, neva y azota las ventiscas.

De aquellas abruptas cimas, y de las laderas, y de las hondonadas; de las tierras en declive, desfiladeros de los Andes, que no forman casi nunca mas hectáreas de llano, y que exigen a sus moradores que sepan subir y bajar, y que sean recios y fornidos.

Hombres de tórax prominente, ágiles; nacieron y se edu-

caron en la ciudad, pero se aclimataron en el campo: fueron en pos del aire libre, el negocio, la aventura y la soledad.

Se creen agricultores: se juzgan trabajadores y activos; se imaginan, porque engañan a los zonzos, que han inventado la pólvora; y se vanaglorian entre los paisanos que les adulan por las copas que escancian y que brindan, por la verbosidad que gastan y la astucia que les caracteriza.

Y, en verdad, de agricultura saben menos que un indio, cultivador del suelo desde antes de la travesía de Colón y los Pinzones; y son viciosos e indolentes; y cuando inteligentes e ilustrados, atrofian y degeneran las facultades en un ambiente rústico; y como todá la gente que les circunda, beben, beben sin medida, licores fuertes, vinos de varias marcas y colores, auténticos y falsificados, y cerveza negra y rubia, y, además, chicha, fermento genuino de esta porción de América, y que es un néctar delicioso para gazuates acostumbrados.

Estos centauros—los califico así ya que viven pegados al caballo—nada temen ni les amilana; no hay justicia que respeten; corriendo por sus páramos inclementes, siéntense varoniles, temerarios, unos semidioses, dueños de vidas y haciendas, dictadores de hábitos y leyes.

Como el jaguar, rastrean, descubren y asedian, y como toros salvajes, acometen.

Son alegres, desprendidos y generosos, dignos descendientes de españoles.

Traban amistad con el párroco pueblero, y con él bromean de mujeres, discuten de religión y política, y de vez en cuando aligeran unas docenas de botellas.

Se jactan de irreligiosos y hasta de atcos, puesto que las aficiones que les domina están reñidas con los principios de moral y teosofía, pero asisten a ceremonias místicas, y son padrinos de confirmaciones y bautizos, y contribuyen a la erección o compostura del templo, y en trance de muerte confiesanse en vía de precaución, que nada cuesta, por lo que pueda haber más allá, aunque ellos, lo aseguran, nada existe y todo es farsa de los frailes y curas, necesitados de ganarse el pan y el vino de alguna manera, y por eso han adoptado la profesión eclesiástica, la más fácil y cómoda de todas.

Y las monjas, para ellos, los descreídos, ¿qué son? Unas pobres románticas, infortunadas en amores, sedientas de pasión, que se cuclaustran para entregarse a los éxtasis divinos y sentimentales, en espera constante del don Juan que, algún día, arrebatará a la doña Inés.

Y los centauros se endulzan en estos tópicos, cuando no lanzan apuestas, y forjan revoluciones, derrocando a todo gobierno, o no pronuncian el último veredicto sobre gallos y potros, o cuentan una patraña, una proeza, en que son los héroes y protagonistas, entre brindises elocuentes y aplausos de los adláteres y colegas.

Pendencieros, buscan camorra, detractan y pelean; recogen el poncho sobre los hombros y rompe el aire el chasquido del rebenque; relucen los revólveres y estallan los disparos; y esparcen el terror y el pánico en niños y mujeres. Los hombres ya se percatan de lo que sucede: una simple algazara, una riña, unas cuantas salvas; resultado de los humos del alcohol. Los señores se divierten. . .

Y viene el baile como remate del disgusto, o celebrando un santo o un buen negocio, y con cualquier cábula o pretexto, basta que hayan monedas, y que se descorchien botellas y que menudeen las copas.

Las muchachas, o señoritas de la fiesta, beben y saborean tanto como los hombres; y se enorgullecen con la presencia del hacendado o del administrador, de los cuales pueden obtener algún privilegio, alguna ganancia.

Rasguean las guitarras, pulsan el arpa y girien las cuerdas; es la música triste y cadenciosa de la sierra, que entenece las almas, que arranca el corazón; brotan las lágrimas, renacen las penas y dolores, que luego, al mismo imán de la melodía, se los olvida, y explota el gusto y la alegría, y corre el tiempo, se deslizan las horas sin sentir.

Los centauros renuevan los enredos amorosos; las doncellas conquistadas ya son una legión, y las acompañan "fémimas" de toda condición y estado, todas burladas y abandonadas.

Y se van esfumando los años. ¡Qué lástima que la juventud no dure eternamente! Aquellos mozos que ayer, no más, alardeaban de salud y guapeza, hoy son insignificantes vestigios de lo que fueron,

La tormenta de la vida hizo zozobrar a los centauros; ya se los ve abatidos y marchitos, sin ánimo ni valor para desprenderse del vicio del alcohol que lo adquirieron entre vítores y placeres, y que, ahora, los consume y los domina.

Ebrios, borrachos repugnantes, que asolan sus hogares, formados tardíamente: solteros ajados y empobrecidos, que dilapidaron la robustez y la fortuna; postreros escalones de la degeneración humana, que sólo anhelan la muerte como inevitable y único refugio.

Cual un naufrago que salva, o un islote en medio del océano, se destaca el centauro de carácter altivo y pundonoroso, que logró, en un momento de lucimiento, separarse de sus aparceros y camaradas, de las guaridas de follones, de las encrucijadas de perdición, para recuperar, paulatinamente, gracias a la reforma, su aspecto de hidalgo, su caballerosidad y gentileza, y, en especial, la claridad de su inteligencia y la ecuanimidad de sus actos.

Fué quizá un alma delicada y femenina, una mano misericordiosa, que consiguió librarle del precipicio, desafiando las furias del vendabal. . .

Fué talvez un gesto de rebeldía, propio del hombre extraordinario...

Pero es lo cierto que hay centauros, de aquello que fueron de poncho y rebenque, que, con igual donaire, alejados del vicio, asisten al festival social, al pulcro banquete de la vida, y sus mentes, despejadas, irradian ideas sublimes, y sus brazos, vigorizados en la contienda con los elementos, no desmayan y laboran con provecho.

Las épocas desfilan; el hombre evoluciona, cuando pretende vencer; el hombre rueda, sin un breque que lo domine, cuando en él no late el orgullo, la dignidad y el deber.

El aire puro y gélido de los pastizales, en las cúspides andinas, y el horizonte límpido y dilatado de los campos, son bellos, son pródigos, cuando se ha roto, convertida en añicos, la copa de licor que un día se apuró hasta las heces: es potente el varón que arrojó el lazo, que resistió la escaraba, que domó al potro y que lloró al son de la tonada incaica.

*
*
*

EL EXODO DE LAS MUCHEDUMBRES

Una tras otra, han emigrado de Riobamba las familias. Tres años de incesante éxodo hacia la capital de la república.

Junto con la liquidación de la "Sociedad Bancaria del Chimborazo", o sea, con la crisis económica, y con la falta de garantías para habitar una ciudad abandonada por el gobierno a merced de las autoridades locales, ha surgido la vehemencia de abandonar el terruño, en busca de comodidad, placeres, más aire libre, mejores horizontes.

Las chiquillas casaderas fueron talvez en pos de Cupido. Aquí, no se presentaba un halagador porvenir para ellas. Y el único punto lumínico y de convergencia, durante la dictadura, era la metrópoli que se extiende en las faldas del Pichincha.

Allá, brillaba el oro y el mando supremo: la omnipotencia de un estado. Allá, todo parece radiante y hermoso, y, en cambio, se opacaba el sol del Chimborazo. Hostilizados, buscábase la alegría de la capital o la soledad de los campos.

Y sobre el suelo abatido y yermo, después de la tempestad y mientras perduraba la desolación, se cernía una nube de cuervos que devoraban los despojos. Los vacíos dejados por los inmigrantes, pronto se llenaban. Venían otras gentes. Los ciudadanos desaparecían, y, en su puesto, eran inmediatamente sustituidos por un nuevo contingente, emanado de otros lugares.

Así, se dió el caso, verbigracia, de existir una Corte Superior de Justicia sin un solo ministro que fuese riobambeño.

Y quienes aprovecharon del general desbande, muchas veces, para surgir e imperar, para creerse poderosos, olvidando lo que fueron y a donde pueden regresar, hostilizaban, haciendo de la justicia un sarcasmo y mofa, para rendir parias a la imposición y a la fuerza, juzgando, de este modo, echar raíces y fructificar sobre el terreno agrietado del desastre.

Pero ya se vislumbran tiempos mejores.

Las mocitas casaderas y garbosas, volverán, como golondrinas, a sus lares... Los vientos del valle de Riobamba llegan perfumados de amor y esperanza... Se va la dictadura; el despotismo levanta sus tiendas, y el trabajo vuelve a reanudar su compás, y los campos reverdecen, rejuveneciendo las almas, infundiendo bríos para luchar y triunfar.

Los tres años de éxodo ojalá se convirtieran en una década de avalancha pobladora de este extenso y fecundo valle, bajo la acertada dirección de gobernantes sanos e imparciales, que sean apreciados y queridos.

* *

EL TERMINO DE UNA INGRATA LABOR (*)

Pasa una borrasca; la erupción de un volcán, concluye; la crecida de un río, se amengua...

Vuelve el sol a irradiar sobre los campos desolados y tristes. Renace la esperanza...

Las epidemias flagelan, arrancando vidas y lágrimas, sembrando el dolor; pero calma el llanto fugaz...

Después de la tormenta, parece que hubiera mayor claridad, sosiego, impulsos de resurgimiento, brisas de renovación y paz.

Como un mal latente e inevitable, imperó un impreso denominado "La Razón", en esta ciudad joven y confiada.

Pero, por la luz que brilla, por la aurora que ilumina el horizonte, adivinamos que su era ya pasó.

Una nueva publicación—"El Regenerador"—canta, en versos irónicos, la muerte de su colega; y se complace, escarbando sus despojos y cenizas, en el recuerdo de su existencia soladora y estéril.

Encima de una tumba, nosotros no vamos a danzar, porque no es hidalgo y noble desafiar a los tristes residuos del alu-

* Este comentario refiérese a la primera época del periódico "La Razón", de Riobamba. Al presente, ha reaparecido y promete adoptar rumbos diferentes.—Marzo de 1930.

vió. Danzar, no; sí examinar, serenamente, las huellas de su recorrido, el campo del desastre, lleno de escombros y ruinas.

Una prensa apasionada y ciega, que sólo busca el medro de intereses personales, que sólo defiende el encumbramiento de pocos allegados y partidarios, es una prensa contumaz.

Y es doblemente censurable cuando desenfrenada sigue su órbita, no habiendo un esforzado paladín que, con denuesto, se lance a la palestra y contenga su marcha destructora.

Sobre el planeta Tierra nada hay eterno. Mueren los hombres y cosas, aunque no se oponga resistencia alguna. Buenos y malos, tarde o temprano, llegan a la meta de la nada. A los buenos se los alaba; a los malos, se los maldice.

*
* *

LA ETERNA MOFA

Si algún ecuatoriano hubiere intentado hacerse rico en poco tiempo, en la forma que lo realizan astutos forasteros, no lo hubiera conseguido, primeramente por no ser acreedor a la confianza de altos representantes de la Compañía del Ferrocarril, quienes con razón dudán de que entre la gente perjudicada, la gente de este país, pueda guardarse la reserva, el secreto indispensable para empresas productivas; y en segundo lugar, un ecuatoriano no ejerce o disfruta de semejantes prerrogativas por la violenta oposición de sus propios compatriotas, quienes juzgan denigrante para nuestros hombres lo que es signo de habilidad e ingenio en personas de otra nacionalidad, "caballeros de rompe y rasga", buscadores insaciables del oro, por medios varios, siempre que sean rápidos y eficaces, no importa que se los considere como ilícitos e indecorosos.

A lo largo de la línea ferrocarrilera se ha comentado, desde hace muchos años, las garantías, las preferencias, de que goza un proveedor de leña, que percibe utilidades ingentes, cifras fantásticas, merced a su misterioso proceder—¿alguien lo conoce?—con los misteres de Huigra.

Se afirma, a **soto voce**, que este contratista **sui géneris** es el favorito de la compañía y que nadie puede hacerle competencia, aunque se ofrezca la leña de balde, porque tiene padrinos que parlan inglés, que encubren sus artimañas, que renuevan sus infinitos contratos, y que, como epílogo, disfrutan fraternalmente las pingües, inmensas utilidades.

Esta no debe ser una pequeña finanza de algunos miles de sueres, sino talvez de millones, puesto que, de otro modo, para ciertos personajes, no representaría gran cosa, no valdría la

pena de "leer insignificantes censuras", de "recibir leves molestias".

Sólo anticipando estas consideraciones, podemos comprender la ninguna vigilancia que existe en las recepciones de cientos, de miles de estéreos de leña, de supuestos estéreos o metros cúbicos. Digo supuestos ya que a todo el mundo le consta la engañosa, prolija manera como se van acomodando los leños, en el afán de dejar intersticios, vacíos, cavidades, y, así, aparentar que se halla completa la medida. Hay expertos en este artificio. Trabajan con ahínco para aumentar, cada vez más, el aparatoso volumen, reduciendo el número de fragmentos de madera.

Y esta es nno sola de las "colombianas" astucias. Otra consiste en colocar las primeras filas de estéreos, las más visibles, con las dimensiones legales o justas, y a continuación, con estudiada trafacia, están los metros cúbicos pigmeos, de nueva invención, castillos de cuatro palos, remedos de montones de leña, fieles testimonios del sarcasmo y la burla que hacen de nosotros los **místeres** de diferente nacionalidad, que miran a los ecuatorianos con desdén, como si fueran ellos gente superior, sin acordarse absolutamente de las causas que les obligaron a dejar la tierra nativa, de la pobreza en que llegaron, de la fortuna que han improvisado y de la comodidad que disfrutan.

¿Con estos desleales procedimientos se perjudica a los intereses de nuestra república? ¿Se descuenta el enorme costo de combustible de las entradas ferrocarrileras, para reducir las ganancias, en la contabilidad que se presenta al estado? ¿Deben los inspectores de tráfico, representantes de nuestro gobierno, controlar e intervenir en estos asuntos? ¿Todas las autoridades, todos los ecuatorianos habrían de permanecer impávidos ante tanta audacia y avilantez?

Las municipalidades interioranas ni siquiera han sido capaces de obtener una pequeña entrada por el descuaje de los bosques, por las exorbitantes ganancias que para los forasteros salen de sus cantones, gravando con algún impuesto cada estéreo. Nada. Ni la más ligera restricción. Ni para impedir que las calles de las ciudades se arruinen, con el incesante tráfico de camiones y carretas, abriendo baches, desempedrándolas, sin repararlas jamás con la cooperación equitativa de los transcientes.

Y el dinero ecuatoriano, cambiado en oro con elevadísimos porcentajes, en mengua de nuestra moneda, no queda aquí por lo menos, sino que emigra metódicamente fuera de nuestras fronteras. Se va a colocarlo en otros países, incrementando el caudal ajeno.

Esta denuncia por medio de la prensa, fructífera, fulminante hubiera sido al ser estampada en fecha remota, años atrás; pero ya el tiempo ha transcurrido, el fraude no ha te-

nido la más ligera cortapisa, y ahora llega casi tarde, cuando se anuncia que se substituirá la **remunerativa** leña con petróleo, el cual, dado nuestro ambiente, talvez será tan remunerativo o más que el primer combustible. Lástima que antes de hoy quien escribe estas líneas no haya consagrado un momento a este importante tópico, esperando vanamente que los que pasan como periodistas expertos hubieran dicho algo, que el gobierno, que las autoridades hubieran salido por los fueros del pundonor, honradez y provecho del estado.

Es ya tarde; sin embargo, es todavía hora para impedir los penúltimos peculados, vigilar las actuales entregas de leña, escandalosas en grado sumo, que infunden desprecio y repulsión.

*
* *

HA MERECIDO LA PROTESTA

"Los Andes" de hoy publica una noticia telegráfica transmitida de Quito que reza así:

"Suscrito por **Veritas**, aparece en "El Comercio" un remitido defendiendo a la Compañía del Ferrocarril del Sur, de un escrito que dice haber sido enviado de Riobamba, por **Oswaldo el Rebelde**, a "El Universo", de Guayaquil, condenando el uso de la leña en las locomotoras, en lugar de carbón de piedra".

Antes de leer el artículo de **Veritas**, basados en el dato que copiamos, no es difícil refutar su antojadiza argumentación.

Nosotros en ninguna línea, en ninguna fecha, nunca—¿lo oyen?—*nunca*, hemos condenado el uso de la leña y petróleo en las locomotoras, en lugar del carbón de piedra.

Lo que sí hemos comentado ampliamente, con pruebas y razones, es algo que nada tiene que ver, que no guarda ninguna relación con el carbón de piedra, combustible que no ha sido nombrado ni siquiera en broma o por equivocación: lo que hemos comentado, por patriotismo, saliendo por los fueros del buen nombre y de los intereses nacionales, es la trafacía, la astucia, "la prolija manera como se van acomodando los leños, en el afán de dejar intersticios, vacíos, cavidades, y así aparentar que se halla completa la medida".

Hemos dicho, además, que "se afirma, a **soto voce**, que un contratista **sui generis** es el favorito de la Compañía y que nadie puede hacerle competencia, aunque se ofrezca la leña de balde, porque tiene padrinos que parlan inglés, que encubren sus artimañas, que renuevan sus infinitos contratos, y que, en

mo epílogo, disfrutan fraternalmente las pingües, inmensas utilidades".

Cuando se combate de frente, honradamente, no hay que hacer falsas interpretaciones, torciendo la verdad, desfigurando los hechos, inventando conceptos, recurriendo a conjeturas y sofismas.

Ya sabemos que la Compañía ferrocarrilera es omnipotente y que sus defensores apelan a todos los medios, como cuando se afrontaron, últimamente, con Ernesto Franco, arguyendo con diatribas personales al tiempo que se requería cordura y razones.

Eso mismo prueba el despotismo de su causa.

Pero nosotros, de nuestra parte, estamos complacidos y satisfechos de nuestra labor de rectitud y ecuanimidad, que, por ser altiva, por ser valiente, ha sido atacada con armas veladas, en un terreno diferente al que habíamos acudido para la lucha, en pro, como siempre, del pundonor y provecho del estado.

*
* *

ADELANTE (*)

Cuando el Congreso prohíbe la censura de los actos erróneos y anticonstitucionales de los ministros, cuando la carcoma invade el vetusto edificio de una política rastrera, cuando indigna nuestra integridad nacional, bien está que suene la hora del regeneramiento.

¡Un nuevo periódico!

Venga en hora propicia, como la presente, con altivez y valentía, a poner su óbolo en el altar de la patria.

Momento de debilidad e incertidumbre, en el cual se navega sin rumbo ni piloto.

Hay hombres en el mando que ya han dado de sí cuanto han podido—muy poco—y que en todo han claudicado y fracasado; sin embargo, siguen aferrados al crario, conduciendo el país hacia la ruina.

Desde la sombra, cobardemente, hay césares que manejan todo a su amaño: ponen y quitan presidentes, dictan leyes que les favorece y se enriquecen cada día más.

Hay abismos insondables, como son la "Moratoria", el reglamento de los estancos, las deudas del gobierno, los billetes de banco...

(*) En el primer número de "El Intransigente", de Guayaquil.

El público no ignora, muchas veces, la causa y razón de nuestros males, pero el silencio se impone ante el poder de los magnates.

No hay principios, doctrinas ni programas administrativos.

La república está prostituida por ciertos hombres.

Por eso, al fundarse un nuevo vocero de la prensa, tenemos una esperanza: que todavía exista, entre nosotros, el pundonor y la valentía que se requiere para transformar los rancios sistemas, domoliendo los pedestales de falsos ídolos y llevando al solio presidencial a ciudadanos que no sean el producto de intereses creados, sino la encarnación de la voluntad de la mayoría.

*
* *

LA DANZA POLITICA

Desde el derrocamiento del gobierno del doctor Córdova, el Ecuador ha sido teatro de transformaciones políticas de diversa índole y variados resultados:

Luego del período caótico de los gobiernos plurales, vino la dictadura, la cual, puede decirse, fué bien aceptada por la mayoría del pueblo ecuatoriano. No se sabía qué rumbo debíase tomar. En aquel estado de incertidumbre, una dictadura era un nuevo experimento, el único que faltaba en medio del caos gubernativo.

...Y se soportó la dictadura con esperanza y resignación. Pero como ya había perdurado por un tiempo demasiado largo, llegó la asamblea constituyente, que sería la encargada de normalizar la marcha de la nación, fastidiada ya del dominio de imposición y fuerza.

Otra vez renacieron los optimismos que sucumbieran con la dictadura.

Se esperaba a la asamblea como a una tabla de salvación.

Pero la realidad ha sido diferente. La asamblea en lugar de arraigar la buena organización constitucional, sólo ha servido para labrar su propio descrédito y el desprestigio del actual gobierno.

Desde que se instaló, el régimen imperante ha ido perdiendo el apoyo de la opinión pública. Al presente, una inmensa mayoría del país odia la anormal situación política.

Esta manifestación de descontento está más acentuada y definida desde que se trató de destruir el edificio social, nacionalizando la propiedad particular y privada.

Los agricultores, es decir, casi todos los ecuatorianos, se han unido en defensa de sus sagrados derechos, prescindiendo de matices políticos.

Los liberales siéntense tan afectados y ofendidos como los conservadores. Todos, como hermanos, juntan sus anhelos, y se buscan y se amalgaman ante el mismo peligro.

El gobierno encontrándose aislado, mendigará el apoyo del "socialismo", pero este partido, hurano y extremista, también se niega a prestarle su cooperación.

Y en consecuencia, el actual momento político es de incertidumbre.

Los ecuatorianos nos sentimos abatidos y descontentos. Ya no hablemos de partidos políticos. ¿Para qué? Ahora, todos estamos ofendidos. Sólo los gobernantes, quienes han creado y fomentado este orden de cosas, se juzgan satisfechos, pero no tranquilos.

*
* *

SOCIALISMO O COMUNISMO

Existen tópicos que desacreditan a la nación. No importa que sean repelidos y rechazados. Pero basta que sean enunciados para que causen repulsión y ruina.

Así acontece con la tentativa de adoptar rumbos socialistas o comunistas por nuestra asamblea.

¿Qué hemos obtenido? ¿Es acaso una ganancia el que una pequeña, joven y despoblada república sudamericana se parezca a Rusia?

Todo lo contrario. Suficiente que se discutan estas tendencias, aunque sepamos que al presente son utópicas, para que cunda el descontento y prevalezca la anormalidad.

Son, en verdad, principios santos y buenos, pero que requieren evolución y equilibrio. Ahora, por lo intempestivos y bruscos, resultan revolucionarios, aiquiladores.

Si en los Estados Unidos su gobierno permitiera que su parlamento discuta estas cuestiones, sería en detrimento de aquella poderosa nación. Infundir opuestos derrotos, en forma violenta, a una legislación considerada como moderna, es un procedimiento que hasta para los países grandes sería perjudicial.

¿Qué comentaremos de lo que sucede con una endeble república como la nuestra al intentar estas luchas político y sociales?

Vano deseo de ser el Redentor y el Cristo entre los países iberoamericanos, no disponiendo de los dones y cualidades especiales para tan sublime martirio.

Como temas lógicos, se hablaba de reformas económicas, de exportación, de estabilizar la moneda y de aumentar la riqueza nacional. Antes de cimentar estos ideales o resolver es-

tos difíciles problemas, se lanza un reto, se pretende una destrucción y, en consecuencia, surge el obstáculo junto con la inquietud.

Los ánimos se abaten. Y el país, merecedor de otra suerte, sufre las desastrosas consecuencias.

En vez de riqueza se busca lo contrario: pobreza. Tal vez nos hemos considerado asaz fuertes y poderosos. Sólo un exceso de vigor—que no existe—puedese obsequiar en beneficio de un nuevo organismo. Sin duda, ya desesperados, buscamos un suicidio, una muerte, que la juzgamos gloriosa en medio de nuestra ofuscación, y que en realidad es irrisoria y ridícula.

Cansados los mandatarios o ambiciosos irreflexivos, les parece poco el huevo áureo de todos los días y matan a la gallina que, según la fábula, ponía los huevos de oro, creyendo encontrar una mina. ¿Qué sucede? Que expira la productiva gallina, sucumbe el desgraciado país, y ya no habrá un filón de explotación que les nutra y alimente. O el filón será muy raquíptico, y ya no producirá lo suficiente para mantener a los unos y robustecer a los otros.

Las "haciendas" se han desvalorizado. Los agricultores se han unido en defensa de sus derechos, pero, al propio tiempo, han desfallecido en la contienda campestre y agrícola. ¿Para qué levantar una finca, consagrando la entera vida de un hombre y el sacrificio de una familia? ¿Para qué, si hay "profetas" que dicen que aquella tierra es de todos, que la propiedad nada vale?

Los filósofos que creyeran en estas fantasías, ya no tendrían proyectos honrados, sino que estarían en expectativa de los acontecimientos para usurpar al prójimo el producto de su ignorancia, de su trabajo.

Y el país, mientras tanto, se destruye, lo propio como si por toda su superficie atravesase un cataclismo.

Y que se hable de inmigración de extranjeros laboriosos; de valorización del suelo nacional; del fomento de la agricultura...

¡Pobre patria! ¡Crucificada prematuramente, sin tener la complexión de un Cristo, y sin que le adorne su poderío, máximas y virtudes!

*
* *

LA CONTINUACION EN EL MANDO

Es evidente que la asamblea elegirá al doctor Isidro Ayora para que siga en el solio presidencial.

Ya sea con dictadura o sin élla, él es el hombre que ha encarnado los ideales del ejército en estos últimos años.

Y como la verdad es que la clase militar impera siempre en los destinos del país, unas veces al frente de la política y otras a retaguardia, y no habiendo retirado todavía su apoyo para el actual gobernante, éste permanecerá aún en el poder, hasta que ya no disponga del prestigio emanado de la fuerza de fusiles y espadas.

¿La opinión pública? Para nada sirve si no persuade al criterio militar.

Los militares se transforman, siguiendo la evolución de las épocas; no obstante, sólo un cambio demasiado brusco, un descontento muy acentuado, les hace variar de derrotero y adoptar medidas radicales.

El ejército puede aspirar a alejarse de la política, pero ésta encuéntrase obligada a buscar su indispensable protección.

¿Revoluciones? Las que no provengan de quienes conservan las armas y las manejan, son irrisorias, casi imposibles. Sólo los espíritus soñadores creen en estos milagros.

Pero la situación de la república ha cambiado en su aspecto político.

Al principio, cuando sobrevino la transformación del 9 de Julio de 1.925, se necesitaba, apremiantemente, para salvar al enfermo —el país— de amputaciones, de drogas heroicas, de otros aires, de mejores horizontes. . .

Llegó luego el período comatoso, trágico, decisivo. El paciente espiraba herido y sangrante.

Sin embargo, los medicamentos iban obrando en su débil organismo y parecía que adquiriría nuevo vigor y savia renovadora.

La esperanza ha acompañado en tan amargos trances.

Pero ¿qué sucede? Que el enfermo en vez de conseguir rápida y pronta mejoría, ingresa, desesperadamente, en una etapa de convalecencia ilimitada y mortal. No es posible mantenerse siempre en este estado de incertidumbre y zozobra. La dolencia debe tener un término o está mal curada.

El país no restablece aún.

Basta de drogas.

Un exceso de curaciones puede postrarle en el lecho del dolor.

El pauperismo lo aniquila: requiere fortalecerse, necesita capital, dinero para su resurgimiento.

Riqueza en tierras hay excesiva, sobrante.

MÁS LOS RICOS DE TIERRAS SON "RICOS-POBRES", PORQUE SUS PREDIOS ESTAN DESPRESTIGIADOS Y DESVALORIZADOS.

La única riqueza positiva es la del capital, de la moneda, y ésta ¿en dónde se halla que no la vemos? . . .

El Ecuador se encuentra, por tanto, menesteroso de tónicos y reconstituyentes.

Tolerancia, cordialidad y paz.

Que se borren las huellas de la dictadura... ¡rastros de angustia y lágrimas!

Que torne la cordura y la normalidad.

Recordemos que somos hermanos y calmen las luchas fratricidas.

Dentro de poco, marchando por una senda de armonía y trabajo, disfrutando, para ello, de garantías sociales, que se diga: ¡la patria se ha salvado! Y que nunca se afirme que el mal, la postración, ha durado cien años, un siglo, ya que de ser así sería preferible una muerte humanitaria y pronta, para que, en medio de las actuales ruinas, surja, como el ave Fénix, un futuro soplo vivificador, que no pueden infundirlo los presentes mandatarios.

¡Pero todavía perdura un destello de esperanza!...

*
* *

EL UNICO REMEDIO

Durante la dictadura se hacía gala de obcecación y testarudez.

Podía la nación entera reclamar una enmienda, y el gobierno dictatorial por lo mismo que era una solicitud general, no accedía, negándose a ello rotundamente, para pregonar su fuerza y poderío.

Estas son las señales y características de los gobiernos de hecho, surgidos mediante una revolución. Desean imponer su *voluntad omnimoda por encima de cualquier resistencia*.

A veces, cuando aciertan, estas medidas resultan reconstructoras y provechosas; pero siendo, en otras ocasiones, el fruto del capricho y del apasionamiento, redundan en detrimento de los gobernados y, en especial, de los propios mandatarios.

Así ha sucedido, verbigracia, con el anhelo de un cambio en la administración de la provincia del Chimborazo, manifestado con frecuencia a los dirigentes del país en la época dictatorial.

Nada se consiguió. Al contrario, ostentando una ciega imposición, se vigorizaba más la ofuscada voluntad del gobierno.

Por eso, buscando un supremo remedio para estos males, sabemos que hubo algúen que se expresó así:

—Mi único amigo en el gobierno de la dictadura es don Julio Morcuo. Al *Presidente Provisional* y demás ministros no

les conozco sino de nombre. Sin embargo, quisiera que caiga de su cargo mi apreciado Julio, puesto que ésta sería la manera—; y no hay otra!—de que varíe este orden de cosas.

Ojalá resulte así. Ya se rumorea de que a don Julio, testarudo director de la orquesta política, se lo traslada a otro puesto público, en donde no puede ocasionar tantos daños su apasionamiento. No importa que se lo elija de Papa en Roma o de Zar en Rusia, en premio de haber arreglado la continuación en el poder del actual Presidente, pero que, al fin, cese de ser Ministro de lo Interior en esta desventurada republiquilla del Pacífico. En esta republiquilla desventurada que sostiene mandatarios costosos, con enormes privilegios y sueldos, que les torna ricos y grandes, no obstante el socialismo que les ha servido de plataforma política.

*
* *

VAIVENES

Aunque no de la talla y complexión de un Mussolini o de un Primo de Rivera, pero como ellos va haciéndose al presente insustituible y único nuestro don Julio E. Moreno.

Sin él, el gobierno se considera impotente.

Todos los candidatos al Ministerio de lo Interior tienen sus defectos insuperables ante el concepto del primer magistrado. Hasta de don Modesto Larrea, caballero estimabilísimo, se dice que es **presidenciable**.

Poder algún día llegar al solio presidencial, dizque constituye un grave inconveniente en la vida de los hombres públicos.

Para ser un ministro ideal se necesita que aparezca otro Julio Moreno, y, por hoy, sólo existe él, y, siendo así, continuará en su cargo por tiempo indefinido.

Ya lo creo que don Julio preferiría trasladarse a la Contraloría y estar más remunerado, tranquilo y satisfecho...

Pero ¿podría el doctor Ayora prescindir de su compañía? He aquí el problema que espera solución.

Sin embargo, hay motivos de suponer que el ministro Moreno, sagaz, político e inteligente, al seguir colaborando en su portafolio de Gobierno, no será el mismo personaje de la dictadura, testarudo y apasionado, sino que, con mayor experiencia, evolucionará en su don de mando, y aspirará a ser prudente y acertado en la época constitucional, variando de derrotos y forma administrativa. Es probable que se aleje de sus compromisos dictatoriales, y que busque y se rodee de hom-

bres nuevos, que encumbren su nombre y no amenguen y desprestigüen su reputación.

Amenazada de muerte la agricultura por falta de garantías y apoyo de parte de las autoridades, los propietarios de tierras se han unido en defensa de sus intereses comunes.

Las autoridades locales, en ciertas ocasiones, no sólo han rehusado favorecer a los agricultores, sino que, puede decirse, **han fomentado las desavenencias entre labriegos y patronos.**

Un personalismo perjudicial y mal entendido. Venganzas rastreras e ignobles. Cobardías. Rencores.

Sembraron vientos para cosechar tempestades...

Por herir a una familia tal vez, o quizá por un momento de obcecación, soliviantaron a las masas indígenas y casi inconscientes, empujándolas hacia un caos y un socialismo erróneo.

Después, ya fué tarde. Se levantaron pobladas de indios en contra de las faenas de la Sociedad Geográfica Militar. Y como no se trataba de un agricultor ni de una familia víctima de ruines venganzas, y era nada menos que la *minúscula* clase militar la afectada, vino la matanza despiadada y cruel, y murieron indios como insectos venenosos, en montones.

¡Más valía un instrumento geodésico robado por los indios que la vida de un agricultor y la organización de una finca, que puede ser el patrimonio de una familia!

Desorganizar una hacienda, crear dificultades, hostilizar, ¿qué les importaba a algunas autoridades, si con ello ejercían un acto de venganza?

Luego, se alzaron las turbas indígenas en el pueblo de Cebadas, sin causa que justifique tal actitud.

En todos los predios se nota malestar y desconcierto, emanados de la indisciplina del labriego, no obstante las garantías y gabelas concedidas por el propietario.

Por último, este estado de anarquía ha culminado en la huelga indígena de la dehesa "Moyocancha", en la cual la peonada pide destitución de todos los empleados particulares del dueño del fundo, obligación de trabajar sólo tres días semanales y que se practique cuentas por salarios desde hace treinta años. En cambio, ellos nada reconocen por las tierras en que siembran y viven, por los páramos en que apasentan sus ganados y por las ventajas que obtienen de la dehesa, con la condición únicamente de trabajar cinco días semanales un solo miembro de cada familia indígena.

Felizmente, no siempre han de triunfar e imperar las ma-

las informaciones e intrigas de las autoridades locales ante el gobierno.

El ministro Julio E. Moreno va ya persuadiéndose de las vengativas condiciones de la gente en la cual ha tenido anteriormente plena confianza. Ha ordenado que vaya una escolta a "Moyocancha" en resguardo del orden y para precautelar los derechos del propietario. Ha escuchado, por fin, el clamor de los olvidados agricultores. Ojalá este pequeño apoyo señale un nuevo rumbo a la política agraria. Ojalá se prosiga por esta senda de garantías ciudadanas, para que nuestra desventurada provincia sea habitable y se contenga la avalancha emigratoria hacia lugares menos abandonados de la vigilancia de los altos mandatarios de la república.

Se debe armonizar los intereses de ambas partes litigantes, pero nunca convertirse en **azuzadores de la clase indígena**, con el vil propósito de crear dificultades y esgrimir una arma de envidias, odios y rencores gratuitos.

*
**

VIBRACIONES

En una de las sesiones de la Sociedad de Agricultores, en Quito, planteóse este tópico trascendental: ¿se debe o no hacer política dentro de las juntas agrícolas? ¿Conviene una política netamente agraria o una política en general?

A los viejos diplomáticos o a quienes les agrada una táctica conciliadora con el gobierno, es natural que les repugne abordar este problema de frente, con energía y denuedo.

Ellos se interrogan: ¿cómo puede confundirse la noble y santa política campestre con otros enunciados y propósitos?

Y luego añaden: admitimos la defensa de los derechos agrícolas en toda forma, pero nunca enarbolando como bandera la oposición al gobierno. Aceptamos la lucha, el combate, prefiriendo, eso sí, que no consten en nuestros estatutos.

Los jóvenes piensan de otra manera. ¿Por qué—estos se preguntan—no se contrarresta al comunismo o socialismo en su propio terreno?

¿Cuál la causa de que no figure, en primer término, la divisa política, para oponerse a la irrisoria plataforma socialista del estado, para medir las potencias caballeramente, en resuelta lid, con las exiguas agrupaciones contrarias, explotadoras de la política y del gobierno?

¿No hacen también política los obreros o los bolcheviquistas?

En tanto, se aspira y pretende que los agricultores, talvez

un ochenta por ciento de los ecuatorianos, se mantengan alejados de los ajetreos gubernamentales y públicos.

¡Los agricultores, la clase quizá más laboriosa y preparada para las contiendas cívicas, aquellos que constituyen la *principal fuerza y el mejor exponente nacional!*

Nosotros opinamos, con fundamento, que se escriba o no el vocablo **política** en la constitución de las Sociedades de Agricultores, ellos, en nuestro país, jamás pueden prescindir de la tal política, puesto que a su alrededor se fragua y modela la marcha de la república.

El principio de autoridad y mando está vinculado con nuestro destino que, hasta hoy, desgraciadamente, no hemos podido libertarnos de su *denigrante tutela, que es una de las causas de la presente postración nacional.*

Cuando, en muchas ocasiones, los dirigentes divagan, vacilan y yerran, suceden las profundas decadencias político, económico y sociales, aniquilando la endeble existencia de la patria.

¿Cómo es posible que los agricultores, separados del gobierno, hagan valer y respetar sus derechos?

No sólo representan una entidad social y un filón de riqueza que alimenta las arcas fiscales, sino que, además, en un caso dado, si se intenta abusar de su indolencia y abandono, puede convulsionarse, despertar, erguirse, y luego, altiva y soberbia, afrontar una difícil situación, ingresar a la disputa y triunfar, sí, triunfar, ya que su compleción es guerrillera y legendaria, y no le abate ni le arredra el torbellino de las rivalidades o el antagonismo de quienes no militan en su seno.

Es una fuerza tan numerosa y grande que, una vez compactada, haría escuchar su voz, empero la indiferencia de cuantos rehúsan oírlo...

Sería preferible que la serpiente viva arrullada y adormecida: no abuséis de su letargo...

Acordaos, señores gobernantes, que las provincias forman parte del haz nacional: que no sea sólo una ciudad, dos, o una sección de nuestro territorio, que merezcan exclusivamente vuestras preferencias y atención.

Han habido autoridades provinciales que han concertado su administración a destruir los intereses agrarios; que han fomentado las desavenencias entre propietarios y labriegos, tal vez obedeciendo a impulsos de mezquinos rencores; que, en fin, han desprestigiado a sus conciudadanos, para aparecer como desechados de talento y virtudes, y han hostilizado y desunido con el propósito de imperar sin obstáculos sobre un campo de escombros.

Torne la cordura y el acierto a inspirar los actos de los mandatarios ecuatorianos.

Bajo la égida constitucional, haya renovación de autoridades, de hombres encargados del santuario de las leyes y ar-

monía social, y que se inicie, ya cimentadas las reformas, una era de mutua satisfacción, de progreso y paz.

No se necesita un pozo de saber para plegar a la opinión de la mayoría.

Mucha incapacidad administrativa significa el pretender sujetarse a los dictados de pequeñas, insignificantes agrupaciones sociales o políticas, que desorientan la verdadera evolución y aspiración nacionales.

Hermanos: ya se levantó el telón. Va a comenzar nuevamente el drama o comedia constitucional. ¿El argumento? ¡Nada menos que el destino de la república!...

*
*
*

EL CLAMOR DE UNA PROVINCIA

Hoy debe llegar a esta ciudad el doctor Ayora, presidente de la república.

No viene solo. Como de costumbre, le acompaña el señor Julio E. Moreno, su primer ministro de todos los tiempos, ya sean de la dictadura o constitucionales. Parece que el destino de estos dos personajes es idéntico, y no se puede concebir al primero separado del segundo.

Están de moda los Mussolini y los Primos de Rivera, grandes o pequeños, papistas o radicales, aunque sean sólo radicales en apariencia, y en la vida privada más papistas que el propio Papa.

¿Y a qué vienen? Cómo siempre, "a hacer política". A recibir agradecimientos, aplausos y honores. A que el pueblo los alabe y encomie por los sueres asignados para un puente o una corta e imperfecta carretera. Como si los moradores de una región no fuesen contribuyentes, y no merecieran un exiguo óbolo del erario nacional.

Pero los mandatarios saben hacerse presentes y hacerse agradecer, lo mismo que si el dinero fuese de ellos y que todo dependiera de sus omnímodas voluntades.

Y estos regocijos y manifestaciones son solamente actos de mera política y servilismo.

Al puente, al camino, al parque, a la plazoleta, se los bautiza con el nombre del gobernador provincial cuando no es con el del ministro o presidente. Pero en cuanto alguno de ellos cesa en el cargo o empleo, les causa vergüenza a los pueblos el nombre humillante—fruto de la oportunidad,— y luego lo olvidan o lo sustituyen por el de algún otro mandatario de más actualidad.

¡La conocida y explotada política de las obras públicas!

¡La más fácil y adocnada para hipnotizar al país, sumiéndolo en un sueño placentero y engañoso! ¡La que es indispensable para mantenerse en los empleos públicos y gozar de las prebendas nacionales!

No importa que haya crisis económica y pauperismo, a condición que en un siglo de existencia de un pueblo haya un puente inaugurado entre loas y banquetes, hasta con la concurrencia del presidente y con maniobras militares de todas las tropas de una Zona. El anhelo es morir danzando, en perpetua ofuscación y fiesta, ciegos ante la realidad, mudos ante la imposición, sordos de conveniencia, para no saber, no ver ni oír, para nunca libertarse de las cadenas del esclavo, y emborracharse con nimiedades y bambalinas, con bombas de jubón, postrándose ante la *Tarsa de la política* y la *mentira de los falsos apóstoles*, conductores de inconscientes muchedumbres.

Es una fiesta de ilusionismo... una oportunidad buscada para hacerse presente en la memoria del presidente y su imprescindible ministro. El pueblo de Penipe y su puente aparecen como un pretexto para fines preconcebidos y determinados: para resaltar la figura del gobernador provincial, cuya renuncia se pretende **que no sea aceptada por el gobierno**.

Estamos en la época de "los insustituibles y únicos", por opinión y envejecimiento de ellos mismos, como si sobre este planeta hubiese esta clase de gente.

La burocracia se compacta y fortalece.

¿Acaso no hay hombres apreciados y queridos que honran a esta provincia? ¿Acaso es menester entregar la administración seccional a un sólo círculo político, despreciando el concepto de la mayoría?

Aspiramos a un hombre, para gobernador, que posea "ambiente social y político". Con esto queremos decir que no viva aislado, resentido con todos, inerustado en su vanidad, separado de sus conciudadanos, y hostilizándolos en vez de contribuir a la unión, la armonía, el bienestar y progreso.

Se dice que ya no es solo el ministro del ramo, sino el consejo de ministros que, según la constitución vigente, debe elegir a los gobernadores. No se conoce si háse establecido esta norma para que el ministro de gobierno pueda eludir y salvar su responsabilidad, o si será para que prive mayor acierto en estas trascendentales designaciones.

Sea como fuere, suenan nombres de personas adecuadas para el desempeño de este cargo, que están en consideración del ministro, del presidente y del consejo de ministros.

No carecemos de personal para que honre a esta provincia: no va a ser siempre un reducido número de individuos consagrados exclusivamente a los empleos burocráticos, los que acaparen con cuanto proviene del fisco o del gobierno.

También háse pronunciado el nombre del que fué gobernador del doctor Córdova... pero nosotros no lo tomamos en

cuenta, porque se requiere nuevos hombres o viejos prestigios.

El esfuerzo y aspiración generales resultarían infructuosos y perdidos si en vez de conseguir un verdadero cambio, una variante, continuáramos dentro de los mismos moldes, gobernados por hombres idénticos y parecidos... Entonces no habría un cambio, sino una simple continuación. Quedáramos "a fojas una".

El incienso oficial y adulador, esperamos que no desorienta al doctor Ayora y especialmente al señor Julio E. Moreno. Escuchen, por esta vez, aunque de lejos, el auténtico clamor de los pueblos.

*
* * *

CADA PUEBLO MERECE SU SUERTE

El pueblo que ha abdicado su virilidad y altivez, es pueblo humillado y vencido.

Pueblo de parias y esclavos, impotente para sacudirse del yugo que le afrenta.

Pueblo que merece su cruel destino, porque perdiera vergüenza y pundonor.

Pueblo cobarde, que no recuerda el ímpetu y bravura de sus genitores y antepasados.

Ayer, sólo ayer, nuestros hombres iniciaban una revolución, marchaban de combate en combate, caían para volver a levantarse, y luego sucumbían o resultaban victoriosos, pero nunca abandonaron el campo de batalla, nunca bajaron la cerviz ante los déspotas.

Cuando estaban solos parecían gigantes, atalayas o cumbres; cuando unidos, olas encrespadas, lavas volcánicas o cataratas desbordadas.

Un grupo de riobambeños, de temple espartano, que se denominaban **Los Nueve**, por ser nueve los que comulgaban en idénticas rebeldías, se imponían a los gobiernos, defendían al terruño y pregonaban la fama de la ciudad natal.

Pasan después los años, transcurren los tiempos, desaparecen aquellos hombres, y ya no queda sino un leve recuerdo de lo que se ha ido.

Pacífico Gallegos, Octavio Mancheno, Pedro Lizaraburu, sombras son que alumbran en lontananza y que, fatalmente, ya no apasionan ni conmueven.

Los rebeldes, son rebeldes en secreto; sus voces se apagan con la brisa. Protestan en silencio, entre amigos, sin eruirse con un gesto que les honre.

No importa que se les desprecie y que se les humille. Nada son, nada pueden.

Fieras cajuuladas; águilas con las alas rotas; combatientes derrotados antes de luchar...

¡Pobres almas abatidas por el dolor y desencanto! Muertos entre los vivos, cuyas tumbas se aglomeran en los clubs. Espectros humanos que existen sin rumbo ni razón. No oyeu el lamento de los demás. No les aqueja el dolor ajeno. No se entusiasman ante el orgullo de la vida. No les lastima los abrojos, por donde caminan. Espíritus de la indolencia, apacibles y oscuros.

Aquellos seres saben que alguna autoridad les envilece y deshonra, y, no obstante, se postran a sus plantas. Maldicen quedamente de la desgracia que abate a la tierra en donde habitan. Pero en el momento supremo, a la hora de la actitud resuelta, agachan la testa servilmente, y alaban al amo, y besan el látigo, y encomian la afrenta.

Si es posible, añaden el nombre a una solicitud infamante, rogando que continúe en su puesto el individuo que les causa odio y desprecio, pero contra quien no pueden lanzar un grito ni berirle con una viril protesta, como se acostumbraba en antiguos tiempos y entre otros hombres.

El mayor signo de indignación, es alejarse, esconderse, huir. Pretenden que este insignificante gesto de desaliento sea comprendido e interpretado por quienes, envanecidos por la altura, el mando y la fuerza, simulan no escuchar cuando no se les abruma con la entereza del valor, con la franqueza del que habla la verdad y con la exigencia de quien reclama un derecho.

Si mañana siguen imperando los mismos o parecidos mandatarios, nadie se lamenta de la suerte impía. Así lo han buscado y lo han querido. Cada pueblo merece su destino.

¡Oh manes de los Lizarzaburu, los Gallegos y los Maucheno! ¿Dónde se fueron **Los Nueve**?

¡Qué sonoro es el grito en medio de la soledad! ¡Pero qué hermosa es una pirámide en medio del desierto!

*
* *

ARTIMAÑAS

Esta ciudad, y, con ella, toda la provincia del Chimborazo, atraviesa unos días de incertidumbre y expectativa.

Ha renunciado de su empleo el gobernador.

Sin equivocación, él ha sido el causante de la desorganización administrativa por un período de tres años.

Fué el fiel representante de la dictadura. Hostilizó a las personas de mayor significación social y política. Fué el factor principal de la crisis económica de este tiempo, puesto que,

durante su mando, no siquiera háse conseguido la instalación de una sucursal del Banco Hipotecario. Y las familias han emigrado, una tras otra, fuera de Riobamba, en busca de lugares menos abandonados por los dirigentes de la nación.

El gobernador actuaba solo, aislado, puesto que todos se alejaron de él, abandonándolo, como protesta a su indefinida y repudiada permanencia en el primer puesto provincial.

Pero como no es fácil separarse de un cargo burocrático para quienes se acostumbran a esta clase de prebendas, luego de la renuncia ha venido el arrepentimiento, y por medio de una solicitud emanada del mismo círculo oficial, en donde no faltarán las firmas de los ministros de la Corte Superior, se pide al gobierno no acepte dicha renuncia, ponderando las facultades y méritos del gobernador.

Conocidas son estas artimañas con las cuales se interrumpe el libre procedimiento del ministro del ramo, desorientándole ante la verdadera realidad y el deseo de la mayoría.

Por otro lado, se aspira a una continuación en el poder con una nueva aprobación ministerial, para cobrar mayores bríos y proseguir más ciega y apasionadamente por la senda recorrida, de atropellos y errores.

Por eso esta provincia se halla temerosa e intranquila.

No faltan hombres para reemplazarlo con ventaja al gobernador saliente. Sólo se espera tino y acierto de parte del gobierno para elegir el que más convenga a las necesidades de esta importante sección de la república.

En fin, dejando el empleo el renunciante, parece que cualesquiera nombrado será bien recibido.

*
**

ELECCIONES Y FEDERALISMO (*)

Creo sinceramente que los conservadores tienen justa, justísima razón de hallarse indignados, puesto que han sido las víctimas de la farsa y del engaño electoral.

Por otro lado, los liberales o radicales deben estar avergonzados de ser los autores del fraude. Es lo mismo que cuando en el juego se gane dinero por medio de dados falsos: la

(*) Bien sabemos que disgregar a un pequeño país como el Ecuador es una insensatez, hablando de federalismo. Pero no por eso dejó de ser una arma eficaz para amañar el apasionamiento y testarudez de un gobierno de tendencias absorbentes y absolutistas, que abandonaba, sistemáticamente, la administración seccional y desoía el clamor de las muchedumbres.

ganancia es real y auténtica, pero queda la conciencia encogida y el ánimo intranquilo.

Se requiere que los partidos políticos estuviesen demasiado corrompidos para vanagloriarse y complacerse de la carencia de la dignidad humana.

Si siempre es así la política, entonces que se aconseje a todo hombre honrado a renunciar a ser político.

Y no satisfecho el gobierno con burlarse del hombre, ha querido también reírse de la mujer, que, hasta hoy, estuviera aljada de la farsa electoral.

La opresión, la dictadura, la tiranía, son repudiadas y maldecidas; son, sin embargo, preferibles a la pseudo-constitucionalidad. Por lo menos hay más valor en quien acomete de frente que en la puñalada cobarde de un vulgar asesino.

No hay duda, ha triunfado y triunfará siempre el grupo oficial de candidatos, pero supongo que nadie se atreverá a festejar este triunfo basado en procedimientos indecorosos, ni los mismos favorecidos.

Sólo habrá entre nosotros libertad de sufragio cuando, en vez de conceder el voto a las mujeres, se prohíba votar al ejército. Esto no lo veremos, ¿verdad? Se dice que lo que se ha obtenido con las bayonetas no se puede perder con simples papeletas eleccionarias. Entonces, ¿para qué el fraude, la farsa? ¿Por qué no una eterna dictadura, con elecciones directas e impuestas, antes que este indigno juego constitucional?

En síntesis: ya nuestros partidos políticos y nuestros hombres públicos son anticuados, inservibles, impropios de nuestro siglo. Hay un solo remedio, la única solución: fundar nuevos agrupamientos y bandos, con más moderadas y nobles aspiraciones. Fundar, como ideal político y nacional, el santo federalismo, que se afronte contra el nefando absolutismo, que, en toda época, aparece como el causante de la prostración provincial y nacional, pero que siempre tiene adictos, porque afecta a cuantos lo explotan y viven de su influencia.

La provincia del Chimborazo ha sido hasta hoy azotada por el absolutismo, unas veces del sur y otras del norte. Nosotros hemos sido olvidados por todos los gobiernos, conservadores y liberales. ¿Por qué no probar la propia autonomía, el federalismo?...

Al hablar de este tópico, es menester aclarar que federalismo no es separatismo, sino solidaridad y armonía dentro del conjunto y bloque general, dentro de la patria, una, sola y grande. Porque los absolutistas no comprenden, no les conviene comprender lo que significa en realidad la suprema aspiración del noble federalismo.

Nuestras fuerzas morales y materiales son suficientes para gobernarnos con más libertad e independencia, para buscar el mayor progreso merced a nuestros propios medios y esfuer-

zos, y ser más merecedores y dignos de figurar en el gran concierto de nuestra preciada nacionalidad.

Al presente, nos sentimos empujados y humillados... Los conservadores, indignados; avergonzados los liberales... Más tarde ojalá nuestras contiendas políticas sean de otra índole, más humanas, más dignas y más provechosas...

*
* *

FARSANTES ENVALENTONADOS

Los conservadores, defraudados en las últimas elecciones, no concurrirán el próximo domingo a las urnas para elegir concejales cantonales.

Es un signo de protesta que agrada a los adversarios, quienes nunca están tranquilos, ni cuando cuentan diez probabilidades en contra de una. Se juega en ello nada menos que la vida...

El Ayuntamiento riobambeño ha estado presidido en esta época por un miembro conspicuo del conservadorismo, adicto al gobernador provincial, autor este último de cuanto sucede por estas benditas tierras. Al presente, el liberalismo se considera, después del triunfo o de la farsa, avasallador y omnipotente, y querrá imponer su voluntad con candidatos de su seno. Un pequeño problema para la primera autoridad, que no puede conformarse con el retiro de su personaje, sea del credo que fuere, pero incondicional amigo suyo.

Es probable que perdure el presidente del Concejo, y que sigan en sus cargos otros conservadores a condición de que sean del agrado del gobernador. Y entonces el régimen imperante ya podrá ufanarse de una supuesta libertad de sufragio, alegando que los "azules" han derrotado a los "rojos"...

Sainete y más sainete. Lo que verdaderamente es medro e interés personal. Los partidos, bien PARTIDOS están.

Y algunos ideológicos o románticos que adoptamos una divisa política de cualesquier matiz que sea, a la postre resultamos como unos imbéciles que únicamente hemos servido de pedestal para que asciendan los más desaprensivos y sinvergüenzas.

Ya lo he dicho muchas veces: quien quiera que aspire a ser hombre honrado, renuncie a ser político... La política es sinónimo de mentira; la política es una masonería de mutuo socorro y de explotación del erario público. Todo esto con el vocablo patriotismo a flor de labios... Triste definición de la palabra que abarca el arte, la ciencia de gobernar. Confíemos en que llegará el día en que sea ennoblecida por quienes militen bajo su égida...

Talvez será el federalismo la enseña que nos redima,

puesto que ella nos obligará a superarnos y dignificarnos los unos a los otros, dentro de la misma patria, siendo hermanos, pero hermanos nobles que pretenden sobresalir por entre los demás, en una lid de virtudes, laboriosidad y progreso.

El federalismo nos concederá libertad para elegir nuestros gobernadores o alcaldes provinciales, o por lo menos el gobierno central escuchará nuestras voces y accederá a nuestras súplicas: no llevará a gala el ser obstinado y testarudo, desoyéndonos a la distancia y desconociendo las necesidades de los varios y diversos habitantes de la república, por no ser confederada, por no ser capaz de hacerse respetar del uno al otro confín...

Pero el germen redentor fructifica: aparece como nuestra sola y única salvación.

Adhirámonos a la idea que va sembrando prosélitos y esperanzas, en medio de este campo yermo de pobreza y desconsuelo...

*
* *

PROTESTA CONSERVADORA E INDIGNACION DE LOS LIBERALES

La hoja volante lanzada en esta ciudad por el Comité Electoral Femenino y el Electoral Conservador, ha merecido reproducirse en la sección de **Los primeros viles** publicada en **El Diario**, de Guayaquil, para sancionar, siquiera así, a los profanadores de la libertad y usurpadores del derecho ajeno.

El concepto emitido por los conservadores sobre la afrenta de los liberales, es demasiado amplio, no exceptúa a nadie, y como algunos riobambecinos—¡muy pocos!—de aquellos que ostentábamos la roseta roja, insignia del liberalismo, también estuvimos indignados por el ultraje a las damas y el fraude eleccionario, cumple manifestar que no somos todos iguales, que nos avergüenza un triunfo ilegal e impuesto por el mandato de la fuerza bruta.

La libertad de sufragio es una de las más preciadas libertades. Simboliza, en política, el libre albedrío del hombre.

“Lo que se ha obtenido por medio de los fusiles no es posible perderlo por gracia de las papeletas electorales”, es bueno para que lo sustenten los esclavos del músculo y de la contienda salvaje. La victoria no será hermosa y completa mientras las ideas no triunfen las unas sobre las otras, y la razón y el entendimiento no prevalezcan por encima de la pólvora de los campos de batalla.

¿Acaso el liberalismo no nos enseña a respetar todos los credos y religiones? ¿Por casualidad nos manda a ser secta-

rios, fraudulentos y descorteses? ¿No podremos nunca ser valerosos y cultos a la vez?

Como el sol que aparece las mañanas por las nevadas cimas de nuestro Oriente y despeja las tinieblas de la noche, así, luzca la verdad con diafanidades de aurora, y reconozcamos los liberales que, apoyados por el gobierno, somos los triunfadores, pero no los héroes, porque nuestras escaramuzas y simulacros no producen esta clase de prohombres, sino, fatalmente, vulgares hazañas de enrocijada, pobres gestos de satélites inconscientes de las autoridades locales, quienes quizá, algunas ocasiones, acatarán la suprema consigna, fraguando siempre la victoria única, la victoria oficial.

¿Liberalismo? ¿Conservatismo? Meros antifaces son de encubrir las ambiciones bastardas y personales.

Pocos, muy pocos, serán los ciudadanos desinteresados y honestos que acudan al sufragio con la conciencia limpia y el corazón tranquilo, sólo en defensa de sus ideales, tal vez ideales desusados e incomprensidos, pero al fin ideales.

Aquellos individuos desaprensivos y ebrios que ofendieron a nuestras damas, son seres despreciables, que no merecen las protestas y cóleras de los conservadores. Tras de aquellos seres adecuados para obedecer una orden, respaldados en la fuerza, hay otros, y éstos otros son los legítimos ofensores y los traicioneros enemigos. Ellos no son capaces de herir de frente, como caballeros y valientes, y lo hacen por detrás, escondidos en sus tronos y fortalecidos por el encubrimiento que la política les proporciona, no siendo dignos del puesto que la suerte les depara.

Id hacia ellos, id resueltamente, y no malgastéis vuestras energías en perseguir al villano o injuriar a quienes, como vosotros, amigos conservadores, nos acercamos al sufragio con la frente limpia, buscando el baluarte de la ley, el triunfo del derecho, aunque seamos liberales, pero, cual vosotros, enemigos del fraude y de la imposición. . .

Nosotros, los unos y los otros, vayamos, cada día más, abandonando esta disparatada y absurda lucha de principios religiosos y privados. Vayamos afianzando nuestro porvenir en la autonomía seccional y en su progreso, engrandeciendo, así, la patria indivisible y única. Seamos federalistas. Esta bandera se presenta blanca y pura. Ojalá nos redima de las contiendas anticuadas y torpes. No es nuestro siglo la época de las cruzadas. No vivimos en tierra de moros y mahometanos.

Estrechémonos las manos. Somos hermanos.

En lugar de fraude, triunfe la nobleza y la justicia. No permitamos que la política, la vil política, nos ofusque la razón y nos sepulte, como hasta hoy, en sus tentáculos de desprestigio. . .

*
* *

EL OFICIALISMO: HE AHI EL COMUN ENEMIGO

¿Háse, siquiera por casualidad o cortesía, convocado a una junta de liberales previa a la designación de los candidatos que se afirma representan a este partido, ya sea para los Consejos Provinciales o para los Concejos Cantonales? ¿Hay alguien quien se atreva a sustentar que los señores de las listas oficiales compendian la preferencia de la mayoría liberal?...

¡Desgraciados liberales! ¡Infelices conservadores! Mientras se enciende la hoguera de las rivalidades y discordias, para que en ella todos se precipiten como bobos, bailan de júbilo los usufructuarios de la hacienda pública, aquellos lincees que manejan los hilos del tinglado y se lavan las manos como Pilatos.

¿Ideología? ¡Atractivo vocablo para trampa de coger moscas!

¡Ah, la bella, la sublime, la pregonada ideología! ¡El vocablo hipnotizador que conduce a la contienda y hasta a la muerte! ¡Grandiosa mentira con que nos engañamos a nosotros mismos!...

¿Saben los políticos lo que es ideología? En nuestro idioma significa la rama de las ciencias filosóficas en que se trata del origen y clasificación de las ideas. ¿Y qué ideas son estas? ¿Son acaso ideas ateas? No conozco a uno solo de nuestros políticos que no crea en Dios. ¿Son antirreligiosas, anticlericales, qué son? Esto me intriga el saberlo, porque los hombres que especialmente combatieron por el advenimiento del liberalismo, nacieron, se amamantaron y crecieron bajo las ideas de aquellas buenas señoras que sólo sabían rezar y asistir a la iglesia. ¿Qué ideas podían haberles infundido, sino fueren las del temor a Dios y el respeto al credo de sus antepasados?

Lo que, en verdad, han sido nuestros liberales, es *comercuras y comenonjas*; pero esto de dientes para afuera, ya que, en las mejores épocas de sus vidas, bien que han bailado y comido con sus amigos los simpáticos párrocos pueblerinos. Y en cuanto a las monjas, sólo han sido enemigos de ellas aparentemente. Les han enviado sus hijas para que ellas las eduquen. Esto lo han hecho hasta los presidentes y ministros.

En el momento supremo de la muerte, o antes que este llegue, se acuerdan de las ideas olvidadas, de la ideología consecuencia, se confiesan, y, a la postre, expiran como unos cosecuencia se confiesan, y, a la postre, expiran como unos santos, arrepentidos de sus pecados y de su liberalismo.

Cuando, rara ocasión, fallecen como **héroes**, en su ley, es porque no les falta buena voluntad de llamar al cura, sino por la conveniencia política de la familia, por no abdicar la farsa de toda la vida, porque no tienen valor para ello...

Todavía, entre nosotros, en pleno siglo XX, se debaten los desdichados liberales y conservadores, como entre cristianos y mahometanos en tiempos remotos, rehusando comprender, una vez por todas, con la diafanidad del sol meridiano, que ambos partidos no pasan de ser sino las víctimas del tétrico oficialismo.

¿Qué les ha importado a nuestros gobiernos, a nuestros mandatarios, que sean sus adláterea conservadores o liberales, rojos o azules, amarillos o negros, cuando les son adictos y casi siempre incondicionales, cuando son condiscípulos, o amigos, o parientes, cuando entrelazan y enteran el círculo de intereses creados o políticos?...

¿Nuestro enemigo provincial, de los unos y de los otros? ¡El gobernador, al presente! Aquel que no busca ideología de ningún género, sino hombres adecuados para él mantenerse en su cargo, e imperar, en pugna con la mayoría de todos los partidos.

Exceptuemos a las personas que, exigidas por las circunstancias, han figurado en las listas oficiales, a despecho del amo, el violador de la libertad de sufragio y del derecho ciudadano...

¡Infelices partidos políticos! Todos, todos, víctimas indefensas del común enemigo: EL OFICIALISMO.

Pero ya está desennascarado, ya lo conocemos.... Cada día, cada hora, irá perdiendo su influencia y poderío, para rodar convertido en añicos, con el desprecio y contentamiento de todos, conservadores y liberales, rojos y azules...

*
**

EL ABSOLUTISMO: OTRO ENEMIGO DE LA ARMONIA NACIONAL

Sí, señores, parece una broma, pero no carece de fundamento.

Quito, desde hace algunos años, es el emporio del poder y de la fuerza: el centro lumínico de la inteligencia; la fuente que calma la sed; el refugio de necesitados y de pecadores; la exhibición del arte y de la virtud; en fin, una especie de bálsamo de Fierabrás para rejuvenecer y subsistir...

Hasta cuando algún padre de familia necesita buscar cómodos maridos para sus hijas, arregla viaje para la capital, en donde derrocha las sumas obtenidas por medio de hipotecas, y pasa por millonario, aunque, por detrás, sólo posea deudas y algunos pimpollos en estado de casorio...

No es que nos cause envidia el adelanto y progreso de la

capital del Ecuador. No cabe este indigno sentimiento en nuestros corazones. Al contrario, si por nosotros fuera, quisiéramos que Quito—la capital de nuestra patria—fuese la ciudad más grande y más importante del mundo.

Pero no es lógico, ni natural, ni justo, que Quito, por ser sede del oficialismo, nos succione la savia, el vigor de que disponemos los demás habitantes del país.

Anteriormente, la preponderancia económica residía en Guayaquil, y Guayaquil nos absorbía. Por eso combatimos aquella supremacía, la que era falsa e hiriente, la que se basaba en emisiones ilimitadas y sin respaldo de los billetes, el absolutismo bancario, que era nefando como todo absolutismo, y, especialmente, cuando se funda en el descontento general y en provecho de una minoría privilegiada.

La preponderancia con un origen que estriba en el trabajo y en el derecho, es sagrada, tal cual sucedía con la que emanaba de la riqueza del cacao—la **pepa de oro**, cuyo decrecimiento nos afecta a todos, y la nación entera lo deplora—, y de la riqueza del comercio, o como la que proviene del azúcar, del petróleo o de la fruta. ¡Nobles preponderancias que atraen, estimulan y engrandecen!

Respecto a Quito, acontece lo propio. No es su superioridad natural, nacida de sus propios esfuerzos; de la bondad de sus regiones próximas y de sus dehesas; del número de sus habitantes y de la laboriosidad de ellos; de sus antigüedades y tesoros coloniales; de sus hijos preclaros; no, no es esto lo que a los demás nos enardece y perjudica. Esta auténtica superioridad de Quito es el motivo de nuestro orgullo nacional, el que, cuando estamos lejos de nuestra patria, nos hace a todos los ecuatorianos exclamar: ¡nuestra capital es Quito, I.U.Z DE AMERICA!...

Lo que nos atañe, lo que nos afecta a los demás ecuatorianos, es la preponderancia gubernamental. La que significa centralización de rentas y abrogación de facultades políticas.

Por ejemplo, un comisario de policía comete un atropello en algún ciudadano, y este ciudadano si no emprende viaje a la capital a interponer su queja ante algún ministro, no obtiene garantías y sigue de víctima de la iniqua o interés de las autoridades provinciales.

¿Alguien necesita dinero? Nuevo viaje a la capital. El Banco Hipotecario, fundado con dinero nacional, tiene su sede principal y absolutista allá, y sólo ha prestado algunas cantidades a quienes, desde las olvidadas provincias, han acudido a interponer sus influencias de cerca.

Y, así, por este mismo orden: viaja a Quito para esto y para aquello, para pequeñeces, para nimiedades... Para todo, la venia, el perdón, el consentimiento de los amos del gobierno...

Nuestros ingresos provinciales—bastantes cuantiosos—

allá van a parar, y para que nos asignen una mínima parte, hay que mendigar e implorar, y, al fin, es menester tener padrinos y mucha suerte para conseguir un mendrugo.

Por favor, quienes viven en las faldas del Pichincha, quienes disfrutan de prerrogativas y facilidades, trasládense si quiera imaginativamente acá, y declaren si nos asiste o no la razón, si nuestro malestar es o no efectivo, si somos o no merecedores de mejor suerte... ¿Acaso no nos han visto peregrinar como almas en pena por las calles y plazas de Quito? Tal vez entonces nos han juzgado como vagos o sobrados de dinero, cuando sólo hemos sido dignos de lástima, infelices mendigos de justicia y conmiseración ante los poderes públicos.

Y como maldición, los señores dirigentes de gobierno hacen gala de testarudos y disciplentés. Repudiamos a un gobernador, pues por lo mismo, por capricho, lo mantienen indefinidamente, para castigo de una provincia olvidada y maldecida. ¿Qué saben los de allá ni qué les importa los males que nos aqueja?...

Por eso, ha nacido, germina y florece la idea del salvador **FEDERALISMO**; por eso, acariciando el mismo ideal, nos unimos a Guayaquil y otras ciudades de la república. ¡Tenemos derecho a vivir y a progresar! ¡Todos somos contribuyentes y cenatorianos!...

*
**

EL NACIONALISMO: HE ALLI LA MEJOR

BANDERA POLITICA

La actual administración, como otras anteriores, se compone de liberales, conservadores y socialistas. En consecuencia: ¿por qué debe llamarse régimen liberal? ¿O es que los conservadores y socialistas han abandonado su bandera primitiva, o es que la enarbolan y sustentan dentro de la ajena modalidad en que viven?

¿Más propiamente no se les calificaría a estos gobiernos de nacionalistas?

Así fuera, evidentemente. Pero para coronar esta aspiración habría menester de que a sus adeptos no se les considere como tráfugas de los otros partidos o como frutas exóticas dentro del mismo huerto.

El nacionalismo sería emblema valiente, generoso y noble, en cuyo campo residieran todos los partidos y las ideas todas, sin velos que las encubran, sin abdicaciones e hipocresías que las ofendan.

Sólo que, dentro del nacionalismo, se escogieran los mejores hombres: aquellos que no han renunciado sus principios; aquellos que no han sacrificado sus vidas y sus horas a los pies del tesoro público; aquellos que sean el mejor exponente nacional, y que, por tanto, merezcan ser nacionalistas...

Si en vez de calificarse de liberales nuestros confusos regímenes, hubieran tenido la franqueza de bautizarse de nacionalistas, ¡qué peso, qué remordimiento, qué vergüenza no se habrían eliminado de encima muchos políticos y empleomaníacos, por no decir todos sin excepción alguna...

Al fin, llegaría el día de la salvación, con el término de la farsa y del engaño.

¡Qué comodidad y placer no sentirían quienes tuviesen valor de arrancarse la careta. ¡Recobrar la libertad al cabo de tanta esclavitud!...

Muchos, ya no se avergonzarían de enviar a sus hijos a colegios de jesuitas y de monjas, prefiriendo la educación católica a la antirreligiosa; otros rezarían en público las oraciones que musitan a escondidas; y los más, no sudarían frío y no vacilarían al verse obligados a ostentar la rosca roja, insignia del liberalismo...

¡Pobres diablos que se ven precisados a mentir por no morir de hambre! Llega la mentira y el temor a tanto, que algunos de ellos, temblando, se colocan el botón rojo o escarlata en el ojal de sus solapas, pero al sufragar, salmodian un acto de contrición y depositan en el ánfora una papeleta sospechosa, traicionando a sus convicciones.

No obstante, aunque prevaleciera la conciliadora bandera nacionalista, todavía existirían farsantes sin valor para quitarse el antifaz, acostumbrados a engañar, en eterna mascarada.

Nacieron de expectadores de un sainete, crecieron de actores de una patraña y mueren ahogados en la red entretregida de la falsedad, aprisionados e impotentes.

Elegieron una postura que la juzgaron caballeresca y reproductiva, adecuada para atravesar, defraudando, por este planeta, y a la postre son débiles para ensayar nuevos retoques y embardunamientos, aunque con pinturas más firmes y duraderas.

Estos individuos, víctimas del fraude, son los primeros en combatir y rechazar la fuente purificadora del nacionalismo.

¡Imposible que claudiquen ellos, los espíritus rebeldes, las almas de acero; los declarados enemigos de la religión!...

Ellos, los que declamaban panigíricos en los colegios católicos y en las iglesias; ellos, los hijos de beatas; ellos, cuyas hermanas, esposas o hijas son monjas, o miembros de las congregaciones y cofradías, o fundadoras de capillas y templos, o madrinan de fiestas santorales, bautizos y confirmaciones...

Ellos, sólo pueden ser liberales y morir en su ley; y si se

confiesan, y si rezan, y si oyen misa, es ocultándose, privadamente, como han vivido, como se han acostumbrado...

La ideología es palabra vana. Nunca la han definido ni la comprenden. Y si en verdad tuviesen ideología, no puede ser otra que la que aprendieron en su hogar, en el colegio, la ideología escolástica, o sea la católica, apostólica y romana...

¿Nuevas ideas? ¿Cuáles? Las que por casualidad leyeron en algún libro materialista que cayera en sus manos. Libros que tienen el poder de hacer vacilar, pero que no son capaces de destruir la otra filosofía cimentada desde la infancia, la cual, siempre predomina y vence, saturada de nubes de incienso y de plegarias católicas.

Otros sustentan que son liberales, pero liberales de orden, a lo **Juan Montalvo**, que consiste en ser hombres "honrados", rebeldes, enemigos de los curas, pero que creen en Dios y que *se confiesan al momento de expirar, por precanción, por prudencia, por lo que pueda haber más allá...*

Para todos estos liberales, para todos estos conservadores, nada mejor que enarbolar la bandera nacionalista, aquella que, sin claudicaciones ni vergüenzas, abarca todas las banderas, hasta la más reciente, la federalista, la que nos defiende del absolutismo que nos oprime y anonada.

La bandera nacionalista es la bandera común y sagrada, la que ennoblece y redime, la bandera de nuestros padres e hijos, la bandera tricolor, la de nuestro himno, la de nuestra patria...

A sus plantas comulguemos todos los ecuatorianos con la hasta del progreso y de la fraternidad, los falsos liberales los falsos conservadores y los buenos republicanos...

*
* *

EL FEDERALISMO: ASPIRACION DE MUCHOS ECUATORIANOS.

Como se esperaba, los partidarios del absolutismo se han puesto al frente.

¿Sus argumentos? Bastante románticos y fútiles aparecen. No son suficientemente poderosos para rebatir y contrarrestar a una idea que tiene la impetuosidad de las olas bravías, la constancia de un aragonés, y el mérito de la justicia que reclama sus derechos.

Estuvo aprisionada en la mente de miles de seres humanos, y un buen día, ya en estado de sezón, iluminó el horizon-

te ecuatoriano, con matices de aurora y diafanidades de esperanza.

De la mucha corrupción y del habitual desacierto, surge la honradez, amparando un gran ideal.

Un globo de caucho que sea henchido de gas sin límite alguno, es natural que llegará a estallar. Si se desea que se conserve intacto, la prudencia aconseja cierta moderación y método.

¿Se pretende que no se trate de federalismo? ¿Para qué, entonces, abandonaron despiadadamente a muchas provincias en medio de la indigencia, succionándolas el escaso vigor de que disponían?

¿Que el momento no es apropiado, por hallarnos, al presente, discutiendo nuestro asunto limítrofe con el Perú? ¿Que debemos ser generosos?...

¡Romanticismo puro! ¡Exigencias absurdas! Ya no es tiempo de remediar. No se le puede obligar a un moribundo que se ponga en pie y que baile, porque el día es de fiesta y a tal hora no conviene que traspase los umbrales de esta vida.

¿Generosidad? ¿Puede solicitarse este don a quienes por ser demasiado desprendidos nada tienen, ni riquezas, ni garantías ciudadanas?

Este momento de existencia nacional, a nosotros nos parece, en cambio, propicio para adoptar nuevas pautas de gobierno. El próximo año se conmemora el centenario de la República, con la primera Convención Constituyente que se verificó en Riobamba. Hemos atravesado un siglo de prueba, bajo el sistema unitario, que por innumerables razones ha fracasado en nuestra patria. Por tanto, que comience la segunda centuria, o etapa republicana, en una forma más eficaz, basada en la experiencia de cien años.

El federalismo es una nueva modalidad entre nosotros. Habrá que irlo puliendo, limando, suprimiendo sus asperezas, cristalizándola, para tornarla adoptable y factible.

"De la discusión nace la luz". Los adictos al federalismo nos hallamos dispuestos a sostener la bondad de nuestro enunciado, a esculcar, por otra parte, la argumentación contraria, con serenidad y complacencia. No es la imposición o la violencia el arma de la lógica; no pueden oponerse ante la fuerza arrolladora del criterio de la mayoría de los ecuatorianos.

En este sistema federalista, o de autonomía regional, lo que las provincias o departamentos aspiran, especialmente, es el manejo e inversión de los propios ingresos, para el adelanto y mejoramiento de los dominios en donde se producen estas rentas, contribuyendo, eso sí, en una proporción razonable, al mantenimiento general de la república, como miembros de una sola entidad, de una sola patria.

Podía crearse una norma parecida a la que rige entre las parroquias y la cabecera cantonal, en la Ley de Régimen Mu-

nicipal, que consiste en asignar el sesenta por ciento de las entradas propias o particulares a cada una de las respectivas parroquias, y el restante cuarenta por ciento al sostenimiento de la ciudad principal o Ayuntamiento Cantonal.

Pero no es posible, ni justo, ni patriótico, dar, por ejemplo, cincuenta mil sucrés anuales para obras públicas a una provincia como la del Chimborazo, que produce de dos a tres millones de sucrés por año. Como algo extraordinario e inusitado, se registra el haber invertido en 1928—por tratarse de la canalización de Riobamba—la suma de doscientos cincuenta mil sucrés, que parece enorme comparada con las pequeñas cantidades de las otras diferentes anualidades.

Sólo el estanco de aguardientes, en esta provincia, arroja una ganancia de, más o menos, un millón de sucrés cada doce meses.

Mientras tanto, se nos da un puente para salvar el abismo que aísla a un pueblo, y se exige el agradecimiento público. Inauguración solemne. Viaje del presidente. Visita del ministro. Maniobras militares. Genuflexión general de cuantos quedan incienso ante un régimen.

Acción de gracias. Gratitud eterna. Miles de ruegos, mucha suerte, ha requerido una irrisoria suma de dinero que se nos devuelve.

Por eso, y por numerosas otras causas, va cimentándose, cada día más, la idea federalista, la bandera de los buenos republicanos, la que simboliza igualdad, progreso y fraternidad...

*
**

EL FEDERALISMO: MEDIDA SALVADORA PARA LA PROVINCIA DEL CHIMBORAZO

Ya lo dije anteriormente: ninguna provincia se beneficia tanto con el federalismo como ésta.

Hasta hoy hemos sido víctimas, unas veces, del absolutismo o absorción de Guayaquil, y, otras, de Quito.

Guayaquil, por ser la primera ciudad del Ecuador en muchos conceptos, es atendida de preferencia por todos los gobiernos; Quito, la capital, es la sede del oficialismo y el centro de concentración de la riqueza nacional.

Riobamba ha progresado merced a sus propios esfuerzos, sumida en el sistemático abandono de los poderes públicos.

Suponiendo que esta provincia produjera de dos a tres millones de sucrés—muy pronto exhibiremos números hijos—y se gaste anualmente un millón en la administración y fuerza militar residente aquí, nos sobraría de uno a dos millones de

sucres; y aunque ofreciéramos un cincuenta por ciento para que salga de nuestros dominios y contribuir al sostenimiento de nuestra nacionalidad, quedaría en esta provincia de quinientos mil a un millón de sucres por año.

No tomamos en cuenta los ingresos provinciales por concepto de aduana, importación y exportación, que añadidos a los anteriores, aumentarían considerablemente nuestras entradas.

Sin embargo, se suprimió, desde hace algunos años, la pequeña partida del presupuesto nacional con que se atendía a la carretera Riobamba a Baños, la entrada del Oriente ecuatoriano. Y se nos obliga, para llegar a dicho lugar, a dar una vuelta enorme, dirigiéndonos primeramente a Ambato, y luego tomando, en dirección opuesta, hacia Baños. Y, mientras tanto, consideremos que sólo nos falta 80 kilómetros de nuestra carretera para coronar este ideal de Baños y de Riobamba, y que la obra—talvez por antagonismos regionales—se encuentra abandonada y relegada al olvido.

Guayaquil, además, ha contado con presidentes de su seno, costefios legítimos, guayaquileños natos, que, durante los periodos de mando, han conservado latente el recuerdo de la ciudad querida, bañada por el Guayas, y han cooperado preferentemente a su bienestar y progreso.

Pero nadie, ningún mandatario ecuatoriano, se empeñó en el adelanto de Riobamba, la "Sultana de los Andes", en forma tesonera y práctica, que merezca el agradecimiento de los chimboracenses.

Recordemos, siendo oportuno, la sangre que nos costó la rectificación de la línea férrea, la eliminación del maldito ramal que nos colocaba al margen del tráfico nacional. Recordemos que todavía existe una carretera, aunque parcialmente destruida, que atraviesa de norte a sur de la república, dejándonos aislados y privados de sus beneficios.

¿Cómo no vamos, pues, a ser federalistas? Nosotros debemos acariciar este ideal más que los mismos guayaquileños, quienes siempre han sido más considerados y atendidos. Nosotros—los chimboracenses—habremos de ser federalistas hasta en el caso de que los de allá dejen de serlo, porque esta es nuestra única redención en el abandono consuetudinario, con el cual todos los gobiernos nos han perjudicado.

Hace poco tiempo la república Argentina nos obsequió a los riobambefios una placa artística—no sabemos si en mármol o en bronce—destinada a nuestro monumento al 21 de Abril, que inmortaliza la proeza del argentino Lavallé y otros próceres más en esta planicie que se extiende al pie del Chimborazo. Pues bien: la tal placa, como que Riobamba no existiera, pasó por aquí—en el ferrocarril por arpaesto—y fué a reposar en las faldas del Pichincha, realzando la grandeza del monumento capitalino a los Héroes Iguotos.

¿Y Riobamba no debe ser federalista? ¿Se quiere que nunca salgamos de nuestra condición de parias y de esclavos?

¡Ya lució la idea salvadora! Los chimboracenses seremos los primeros federalistas. No aceptamos injustos abandonos ni injustas preponderancias...

*
**

UN MOTIVO MAS... PARA BUSCAR EL FEDERALISMO

No sabemos qué datos han servido para formar los catastros.

Lo cierto es que el resultado no podía ser más desastroso.

Todo el mundo es deudor del Fisco. Todos, sin excepción alguna. Basta que háyase verificado cualquier negocio, ya sea directa o indirectamente.

Impuestos atrasados, desde hace muchos lustros. Y lo que es más grave aún, impuestos ya pagados, que se los vuelva a cobrar.

¡Y reclame usted a la Dirección de Ingresos! ¡Emprenda viaje a la capital a cada momento! ¡La vida entera de un ciudadano para hacerse eliminar el nombre de la larga lista de deudores del Fisco!

Y considérese los trámites costosos y difíciles que requiere una de estas solicitudes. Desempolvar viejos infolios; buscar fechas y nombres olvidados; rehacer documentos perdidos; obtener copias de escribanías y registros de propiedades; desprenderse de los únicos certificados que se posee. Luego, bien aparejada la prueba, consignarla en poder ajeno e inescrupuloso, para que generalmente se pierda...

¡Desdichados de quienes, alguna vez, hayan dado o recibido dinero a mutuo! Ya tienen para desesperarse.

No importa ser mutuamente o mutuuario. El Fisco cobra a cualesquiera de los dos, al que está más cercano, al que sea más pagador, al que posea más bienes de fortuna. Después, que se entiendan entre los contribuyentes, según las leyes y las cláusulas de los convenios.

Pero, en primer lugar, "que se pague, y luego que se reclame". Sin este requisito, nada es posible. Y se corre el riesgo de que sea el supuesto deudor presionado y perseguido con el alguacil o con el embargo.

Salvados los inconvenientes, después de un calvario de muchos días, preséntase la solicitud, la que atraviesa o piérdese en un trámite complicado y enojoso. La Dirección de Ingresos la envía donde el Gobernador; éste donde el Tesorero de Hacienda, a la sección de Recaudaciones, con el decreto de

que se informó al respecto. El informe es confuso; tórnase a recorrer el mismo camino varias ocasiones, cuando se tiene la suerte de que no se borren sus huellas y desaparezca el reclamo sin saber en dónde.

Así, la mayoría de los ciudadanos han vuelto a abonar, por librarse de tanta molestia, los tributos cancelados anteriormente, pero sin conseguir la supresión de los nombres en calidad de deudores, y teniendo siempre la amenaza de futuros cobros pendiente sobre sus cabezas como espada de Damocles.

Otros, se han resistido al pago, implorando un pequeño plazo en las Tesorerías y Oficinas de Recaudación, en vista de lo injusto del apremio y confiados en el pronto despacho del reclamo; mas éste como se encarpeta y confunde en medio del trámite, siguen de deudores y en una situación angustiosa y desesperante.

Pocos serán los individuos afortunados que no figuren como deudores del Fisco, y eso merced a influencias, constancia, viajes y amistades con varios empleados del régimen.

Y todavía no hemos anotado la forma de recaudación en los cantones y parroquias alejados de la ciudad cabecera de provincia, en donde, sin consideraciones de ningún género, sea el cobro legal o indebido, se apremia siempre por medio del alguacil, añadiendo a las cartas una planilla de gastos de diferente índole.

¡Y viva usted en provincia! ¡Vaya usted a entenderse con los zares que se intitulan gobernadores! Aquellos empleados públicos que desacreditan a los diferentes gobiernos que les ocupan, porque ostentan el discutible mérito de ser incondicionales servidores. ¡Qué de venganzas infundadas y rastrearas! ¡Qué manía persecutoria! Llegan a odiar e inferir los mayores daños a quienes les conocen y les definen.

En tanto, en la capital nada saben. Y alguna vez que son informados de lo que sucede, juzgan que es labor insidiosa e interesada; que malignamente se pretende privarle al régimen de un excelente colaborador. De un buen amigo, con el cual conservan ciertos secretos y ciertos compromisos, ajustados en el seno de la íntima confianza.

El descontento provincial emana de este abandono sistemático.

¿Autoridades? Las opuestas al deseo general. La fuerza e imposición se encargan de sostenerlas y hacerlas respetar.

Mientras tanto, va cundiendo la idea federalista, la única válvula de escape para las ciudades y pueblos distantes de la vigilancia de los poderes públicos, víctimas del absolutismo central, olvidadas al dominio de los dictadores lugareños...

* * *

MENOSPRECIO A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

¡Ya hay para reírse! Me río, porque siempre creí que la política, entre nosotros, era una farsa. Estuviera indignado al suponerla digna y cabal; al sentirme agraviado o perjudicado; al haber confiado en ella; y al ser un novicio, una víctima de sus engaños y promesas.

Ayer verificóse, en esta noble ciudad de Riobamba, una asamblea del partido liberal-radical, con el primordial fin de designar candidatos, de su seno, para la diputación de la provincia del Chimborazo.

En forma inusitada, la concurrencia fué numerosa.

Presentaron un libro de registro de los miembros de esta agrupación política, dividido en dos secciones, la una en que debían firmar los radicales, y la otra destinada a los liberales. Pocos resultamos estos últimos: según se constató, casi todos eligieron la columna del radicalismo.

¿Para qué medias tintas? Les pareció mejor la bandera de avanzada. Allá, ellos. Cada uno sabrá lo que suscribe y el por qué. Sin embargo, adiviné mucha insinceridad en tal acto, en individuos que, en verdad, no son liberales, ni conservadores, ni nada, sino simples ciudadanos adictos al erario público; y, por otro lado, creyentes, muy creyentes, en la religión de nuestros padres e hijos, en sus misterios y dogmas. Me complacería al hallarme equivocado, y que todos, en realidad, fueran sinceros con la ideología que han adoptado.

Lo que no cabe duda es que se reunió un grupo bastante considerable y numeroso para estas tierras, en donde parece que estuviésemos condenados al antagonismo y repulsión.

Tomada la votación secreta, se clasificaron los candidatos, encabezando la lista quienes obtuvieron mayoría de votos.

Ocho ciudadanos entre principales y suplentes, los que encarnan la aspiración del partido liberal-radical de esta provincia; ocho nombres que quisiera consignar ante el público, para que éste—juex soberano—pueda, más tarde, percatarse de lo poco que vale el concurso del partido con el cual se vanagloria que milita el régimen que gobierna la república.

No debo marchar muy errado al inferir que la actual administración seccional está también vinculada con muchos conservadores lo mismo que con los liberales o radicales. Aunque no conviene olvidar que la mayoría de los favorecidos por la venia oficial no pertenecen a ningún partido político, sino a cualesquiera que esté triunfante y que nos domine.

Sin rubores y reservas, debe proclamarse el nuevo calificativo del partido vencedor, del único e infalible, el partido oficialista, representado por todos los pensionistas del Estado, empleados públicos y por cuantos aspiren a serlo. Contra esta

liga o hermandad, nadie se atreva a enfrentarse, nadie se oponga, sino busca una derrota segura y una irremediable decepción.

Talvez para contrarrestar su avasallador influjo, no sería suficiente ni una alianza de todos los partidos políticos. Al triunfar los conservadores, muchos radicales serían los primeros en hacerse presentes, hasta sus nombres ellos mismos los borrarían de los registros en donde imprevisivamente los hubieran estampado.

¿Ciudadanos libres? ¿Hombres altivos e independientes? ¿Para qué? Sólo somos una rémora, un obstáculo en medio del ambiente de servilismo en que vivimos.

"El diablo no sabe por ser diablo, sino por viejo". Por esto nuestros políticos conocen que la hidalguía, la altivez, son perjudiciales; adoptan una postura genuflexa y juegan los dados sobre la túnica de Cristo.

Dignos de lástima son aquellos que tomen en serio la valía, la influencia, de nuestra "Sociedad liberal-radical".

¡Cómo se menosprecia al partido bajo cuya sombra se sustentan! Merece menos conmiseración el conservador, el cual por lo menos combate en forma más franca, caballerosa y decente.

Hay hombres, para orgullo de la humanidad, que siempre caminan de pie, que alguna vez—casi nunca—surgen en nuestra política, pero con la conciencia tranquila, con la frente limpia, aunque sea para pronto descender, por no poder lummillarse, por no buscar el apoyo de quienes acostumbran clavar el puñal por la espalda, imprimiendo el beso de Judas.

Ya se aproximan las intrigas ante el Ministro de Gobierno y el Presidente de la República. Se levantó nuevamente el telón para la farsa.

¡Yo me río! ¡Me río! ¡La política sólo merece una careajada estridente...!

**

RETIRARSE A TIEMPO

Es procedimiento de sabios y de filósofos el morirse o alejarse oportunamente. Más que el principiar una escena, habrá que conocer el momento preciso de bajar el telón.

A no dudarlo, esta ha sido la clave y el secreto de la celebridad de tantos grandes hombres.

Don Luis Martínez, ambateño, falleció, verbigracia, el momento adecuado para merecer el calificativo de ilustre y pasar a la posteridad. El "ciego" Vela, aventajado discípulo de don

Juan Montalvo, vivió demasiado largo, dispuso de tiempo para ser combatido y vilipendiado, y, sin duda por sólo esta causa, no cuenta, como el primero, con un busto, erigido en bronce o en mármol, en la ciudad natal.

Don Pedro Vicente Maldonado, el glorificado geógrafo, se fué joven, y ya posee un soberbio monumento en Riobamba; y en este mismo suelo, bajo este propio cielo, todavía—¡oh vergüenza!—no se repara el olvido en que yacen sepultados el verdaderamente eminente historiador Juan de Velasco y el preclaro fundador de esta ciudad, don José Antonio Lizarzaburu. Velasco y Lizarzaburu, para desdicha de sus reputaciones, no expiraron en pleno vigor y juventud. Dieron de sus caracteres y mentalidades todo el fruto de la madurez, de muchos quilates de valor, pero que no conmueve y apasiona a las románticas y veleidosas multitudes.

De Medardo Angel Silva, Ernesto Noboa Caamaño, Arturo Borja, brotan sus recuerdos lozanos y más perflados que el de Nicolás Augusto González, el vale por excelencia, el fecundo novelista y literato, el anciano prodigioso que, por viejo, presentó en su cansada existencia páginas dolorosas de sus propias pasiones y angustias, las cuales habrían de contribuir, más tarde, a la injusticia alrededor de su fama, hasta que el tiempo, supremo igualador, eche tierra piadosa sobre el calvario de sus debilidades humanas, acrisolando, a la vez, sus virtudes y la potencialidad de su talento.

¿Y qué diremos de los pobres mortales que no son genios, ni sabios ni poetas? ¿Y de aquellos mandatarios que fugazmente figuran en nuestra efímera política?

Ellos, como García Moreno, como Alfaro, encuentran el martirio en la demanda y en el anhelo de sus destinos. No fueron filósofos—filósofos prácticos y utilitaristas—como un Leonidas Plaza, juzgado servilmente cual el Cincinato ecuatoriano, que supo retirarse a tiempo, salvando su vida, y remozó allá lejos, libre de asechanzas y antagonismos, o, mejor dicho, de rivalidades y emulaciones.

Entre los políticos pequeños, los polichinelas de la farsa, sucede algo semejante.

Hay algunos que—obligada o voluntariamente—se separan con oportunidad, y, hay casos en que, como una felicidad, hasta se mueren jóvenes y en pleno ejercicio de sus funciones. Entonces descansan en el sosiego de sus hogares, o se immortalizan como sucedió, por ejemplo, con Nicanor Larrea, secretario privado del presidente Plaza y gobernador de esta provincia, que cuenta con un retrato suyo en la galería de hombres célebres de esta Municipalidad y con una escuela bautizada con su nombre.

¡Caramba, hay que ser filósofo pancista, elegir el momento de esconderse o de morirse!

¿Por qué, pues, no se ha ocultado ya lo más lejos posible,

el actual gobernador del Chimborazo? Y eso, que dista mucho de parecerse a Nicanor Larrea, quien no solía ni siquiera usar sombrero hongo —“coco”—a toda hora, hasta para los menesteres más apremiantes de la vida, como único indumento de cubrirse. ¿O es que se supone que este artefacto, ya desusado, aporta inteligencia y donaire administrativo?

Yéndose a tiempo, antes de fastidiar demasiado al público no dándole campo para que descubra errores, ineptitudes y defectos, puede aspirar a resurgir algún día. Pero no así, habiendo permanecido en un cargo republicano como si lo hubiese comprado...

No vaya a ser que cuando caiga ya no pueda levantarse.

Muchos daños ha inferido al prójimo, gratuitamente. No supo ni ser camarada, y si falso, que me libre de apuros el coronel Bartolomé Vinelli.

La provincia del Chimborazo ha sentido el peso de tan prolongado dominio. El gobierno no quiso atenderla. No figurará su memoria sino como perjudicial e ingrata. No irá su efígie, cubierta de sombrero hongo, a reposar en la “célebre” galería de hombres “célebres”, empero de que los ediles son obra suya, dignos de su sapiente don de mando.

* *
*

EL RESULTADO DE MAXIMAS INCOMPRENDIDAS Y PROCEDIMIENTOS INDECOROSOS

¡Qué ejemplo tan nefando ha convido de la liquidación de la Sociedad Bancaria del Chimborazo y de la prédica de falsos dogmas socialistas!

Ya no hay deudores de buena fe.

Afirmase que la propiedad es un robo, y, en consecuencia, se ha sustentado que el trabajo nada vale.

Para evadirse del pago de deudas legítimas de dinero, es lo más usual negar las firmas en los pagarés, perjurar en las absoluciones, y, por ende, hacer ventas ficticias de todos los bienes que se posee.

¡Qué tiempos los que hemos artavesado!

Las reputaciones han rodado por los suelos; el crédito ha sufrido una bancarrota.

“¡La crisis, la crisis!”—se pregona por doquiera.—Y no es únicamente una crisis económica, sino, más aún, una crisis del honor y una crisis del alma.

¿Prestar dinero? ¿A quién? ¿Para qué? Para buscarse enemigos e ingratitudes; para entrar en litigios y carcos; para perder la fortuna y amargar la vida...

¡Buenos imbéciles aquellos que buscan sus ruinas con su propio peculio!

¿Y para qué se va a pagar, devolviendo lo ajeno? ¿No es la propiedad un robo, no es común el dinero de los demás?

Estamos en el tiempo en que los avisados, los inteligentes, aprovechan de los tontos, quienes deben alimentar a los otros, los apóstoles de la causa redentora, los adalides de ideas avanzadas y sublimes...

Para aquellos que se juzgan socialistas sin amar al prójimo, sin ser justos ni humanos, es una obligación de la causa el azuzar a las turbas indígenas e inconscientes en contra del propietario; desorganizar una hacienda para "castigar al potentado"; perseguir al que siembra, al que siembra, al que triunfa; fomentar odios y rivalidades; imprimir en las frentes hermanas el beso de Judas...

¿Y cuáles son nuestros potentados? Unos hombres que apenas tienen lo suficiente para subsistir; que no usan automóvil, porque no alcanzan sus fortunas para ello; que no fuman, ni bailan, ni gozan; que no disponen ni de una décima parte de lo que cuentan los ricos de las repúblicas vecinas.

Se anhela una nación de pobres y de desheredados de la fortuna, en donde no haya supremacías ni lujos.

Pero la pobreza, la orfandad, es sólo para los demás. Mientras que los defensores de la clase indígena, los compasivos y los honrados, llenan sus dehesas con las peonadas usurpadas a otras fincas, y abren las cárceles para dar libertad a los presos a condición que vayan a establecerse en sus dilatados territorios, que, por ser de ellos, son insignificantes y merecen la atención del gobierno.

Bondad, caridad, anidan en pechos excesivamente nobles y generosos, como en el de un Bartolomé de las Casas o en el de un Juan de León y Larrea, riobambeño ilustre este último, honra y prez del Ecuador entero. Porque ellos supieron levantar al indio y ampararlo, exentos de intereses creados y egoístas, haciendo el bien por el placer de ser buenos.

¡Qué contraste con estos redentores lugareños! ¡Con quienes desconocen la igualdad y la justicia!

Prevalidos de los empleos públicos, preparan desafueros, enarbolando, para mejor engañar, el estandarte de las supremas nivelaciones sociales, emblema que se hunde y desprestigia en semejantes manos...

Felizmente, no hay mal que dure cien años. ¡Ya rodarán aquellos gobernantes avergonzados, repelidos por la opinión pública!

*
**

¡CONSUMATUM EST!... (*)

Para bien de la provincia del Chimborazo y del gobierno, ya cayó, y cayó muy hondo, el gobernador que se creía insustituible y único.

Si nuestra péñola en algo ha contribuido a su hundimiento, nos felicitamos a nosotros mismos, puesto que hemos acometido de frente, resueltamente, como munda la caballerosidad y la hidalguía, y nuestra labor, a no dudarlo, ha sido patriótica y humanitaria.

¡Surge la libertad después de una época de terror y de vergüenza!

En contraste con su ofuscación y ceguera, con su temperamento vengativo y apasionado, nuestra generosidad nos obliga a compadecerle.

¡Pobre vestigio de los desaciertos políticos y administrativos!

En esta provincia emana un torrente de júbilo del uno al otro confín.

Sin embargo, nos privamos de redactarle el epitafio de su muerte civil. Le combatimos cuando estuvo encumbrado y altanero. Ahora, nos infunde lástima.

Sólo que pretenda nuevamente levantarse y ofender, entonces volveremos otra vez a la contienda.

¡Cómo ruedan los déspotas!

Pero hay ciertas heridas, algunas ofensas, varios daños que, muchas ocasiones, resultan irreparables... Sólo el tiempo, la distancia, cauterizan y curan, cuando no han causado el desastre o la muerte...

Le corresponde al gobierno congraciarse con esta provincia, designando un sucesor digno de la estimación general.

Su programa administrativo, deseando acertar, debe consistir en honrar toda huella de su antecesor, siguiendo por una ruta diametralmente opuesta...

Por eso, se requiere un hombre probo y de carácter, respetuoso de las leyes, y que actúe con desprendimiento, cultura y bondad... Que sea querido por sus gobernados y que labre el progreso de esta importante sección de la república...

Basta por hoy.

(*) Esta campaña periodística se libró en contra del comandante Julio Enrique Terán, durante su permanencia de gobernador de la provincia del Chimborazo.

*
* *

EL GOBERNADOR NOVEL

Un mozo que principia a vivir, y que, no obstante, ya ha vivido demasiado; cruzó el Atlántico y conoció Europa; afable, culto, rico; ha derrochado sonrisas y dinero...

He aquí el nuevo gobernador de la provincia del Chimborazo. Se llama Alfonso Merino Ordóñez. Alfonsito; el "negro" Merino; el jovencito del Club; el amigo bueno; el hombre gentil...

Este simpático muchacho, ya casado, ya serio, con impulsos de honrado trabajador, abandona su sosiego, su libertad, la vigilancia de su dehesa, la fábrica de cal, el contrato de ladrillos, la agencia comercial, la construcción de su casa y garajes... todo, todo lo posterga a los pies de la dea más veleidosa e ingrata que existe: la Política.

¡Y en qué tiempo! Cuando se requiere un mandatario de ánimo varonil, que encabece la administración por distinto derrotero que su antecesor; que cicatrice heridas y que apacigüe resentimientos; que se desprenda de mezquinas sugerencias y que desprecie los intereses creados y de camarillas lugareñas.

"Suena la flauta por casualidad". Talvez, inconscientemente, háyase acertado. ¿Quién sabe si no será éste el hombre que necesitamos?

Cortés y amable, sí lo es; conciliar puede algunos antagonismos. Pero siempre que conserve la independencia, siempre que no se envanezca en este empleo peligroso.

No hay duda, ha caído en las tentadoras redes políticas, sacrificando sus conveniencias y su tranquilidad. Sucumbirá en ellas; y si consigue libertarse, cosechará, en temprana edad, las decepciones de los cargos públicos. enando una persona es cabal, íntegra, y no adopta una careta de disimulo para atravesar por la tierra.

A nosotros nos parece un gobernador de transición, es decir, adecuado para unos pocos meses de prueba, para que luego le suceda otro más desocupado, menos leal con sus verdaderos sentimientos, un político, en una palabra.

Su designación ha sido salvadora para su antecesor y para todos los que dependieron de su voluntad, puesto que de ser designado cualquier otro de los que figuraban como candidatos, muchas vergüenzas se hubiesen exhibido y numerosas renunciaciones—destituciones—habrían tenido lugar.

¡Cuántos empeños se han cruzado a fin de que acepte la pesada carga el nuevo mandatario provincial!...

El va quizá a sostener la situación creada, dentro de un ambiente de resignación y cordialidad; él va a ser un lazo de armonía...

¡Pero qué hermoso, qué justiciero hubiese resultado una

total transformación, como la anhelábamos la mayoría de los chimboraceuses, echadas por el suelo, rotas y destrozadas, las figurillas de barro que se han enciosado mutuamente!...

Después de semejante éra de terror, intrigas y venganzas rastreras, no digo el joven Merito, cualesquiera hubiese sido bien recibido de gobernante provincial.

Ahora, esperemos que la suerte nos ampare, y que esta autoridad novel resulte, aunque no se crea, un mozo de carácter, entusiasta y pundonoroso, que no se manche con el ejemplo reciente; que no se contamine con la política absorbente y absolutista; que tienda la mano a quien le implore piedad; que sea generoso y ecuánime; y que, además, no olvide que es riombabeño, hijo de esta tierra pródiga y fecunda, en don de florece la rebeldía...

*
* *

LLORARA EL POETA UNA LAGRIMA DE AMOR (*)

Cuando un compatriota nuestro urgía a don Juan Valera para que escribiera el introito de una obra de Montalvo, viéndose en compromisos amargos, el complaciente literato español confesó "que hizo muy mal en prometer, pero que ya no tenía remedio". Y, en efecto, hubo de escribir la carta prólogo con que comienza la "Geometría Moral" del inimitable escritor de Ambato. También yo ofrecí, a insinuación del hijo, representar al padre, al eminente jurisconsulto doctor Daniel León, en este momento solemne, el ser premiado con una expresiva medalla de oro, por sus reconocidos méritos y su acrisolada probidad en el ejercicio de su profesión. Y no es fácil cometido, ya que mi representado es hombre de mucho valer, y no me voy a contentar con una mera frase de agradecimiento, cuando, para ensalzar la virtud, se requiere la vida de un santo; y la sapiencia de un genio para aquilatar justiciaramente el talento que descolla, causando ejemplo, admiración y respeto.

(*) Palabras del señor L. A. Borja, representante del eminente jurisconsulto doctor Daniel León, al recibir la medalla con que se le premió en la sesión solemne del Concejo Cantonal y del Comité del Centenario, el día 11 de Noviembre de 1920. Por el censurable silencio de los otorgantes, no quisiera saber, de parte de ellos, la razón de esta insignia. Tampoco leyeron en alta voz las líneas correspondientes del programa de los festejos, que rezan: "Entrega de la medalla obsequiada por el señor José M. Samaniego, y que, según resolución de la Junta especial, fué conferida al señor doctor Daniel León, abogado que más ha sobresalido en el ejercicio profesional". Felizmente, el representante encendió el mérito de un hombre tan conspicuo y repelió el menosprecio que se hacía de un acto de vital importancia, en un momento de general expectación, cuando debían haberse depuesto rencores indignos en aras del patriotismo.

Los merecimientos de este riobambceño ilustre están fuera de duda. Para complemento de su renombre, tuvo adversarios. Pero dejad a la envidia que se desespere—como he dicho varias veces y hoy lo repito—, que luche la impotencia, que brame la canalla... Sin la calumnia, el hombre no adquiere fama; el hombre pigmeo carece de obstáculos... Al tocar este punto, diré con Salvador Rueda:

"Sin el fondo de la sombra, no da luz ninguna estrella;
Sin el estiércol que lo manche, no da el tronco la flor bella;
Sin el nácar maltratado no hubo perlas primorosas.
Sin el fuego que lo muerda, el carbón no tiene llama;
Sin la envidia que lo azote, no consigue el genio fama.
¡ Bendigamos a las víboras para orgullo de las rosas!"

Refiriéndonos a un personaje de la talla del que nos ocupa, podemos agregar esta sentencia del sin par Moltalvo, dirigida a Herculano:

"Triunfaron al fin sinceridad y fortaleza: el bien sin ostentación, la limosna a obscuras, la cuerda prescindencia de las cosas del lugar, la pureza de vida, y uno como respaldar que le circuye, infundieron en fin un respeto que pasó a veneración."

Y hace bien esta ciudad al rendir este homenaje al doctor Daniel León. El lo merece. Y este pueblo noble y generoso—¡ pueblo nuestro!—está convulso, siéntese orgulloso de sus acciones heroicas, de sus proezas legendarias, de sus hazañas, de sus grandes hombres y de sus hombres inmaculados.

En el "Carácter", de Smiles, leemos lo siguiente, una gran verdad: "Pueblo que no se entusiasma es pueblo muerto. Cuando los ciudadanos son indiferentes a la cosa pública, y nada de lo que les rodea mueve y agita sus energías, entonces fácilmente pueden sucumbir sus más caros afectos".

Entre nosotros, para ventura nuestra, hay virilidad, no fallecen nuestros cariños... hay equidad y justicia para las personas que nos honran. Y aunque, en algunos casos, llega tarde el premio, no falta sin embargo. Para eso tenemos quien encienda la tea del amor ciudadano: aquel adalid del progreso, cooperador incansable de la constancia, la sabiduría y el bien, cuyo nombre es José María Samaniego, que habita a orillas del Guayas, y desde allá envía su recuerdo y su óbolo para su inolvidable terruño: estas faldas del Chimborazo, bañadas por el Chibunga y mantenidas bellas y prodigiosas merced al valor y empuje de sus hijos, que son sanos y fuertes por el oxígeno de los volcanes y el ejemplar encumbramiento de los cóndores andinos.

El doctor Daniel León también está junto a las palmeras y a la columna a los próceres del 9 de Octubre de 1820. Fué en busca de salud para seguir bregando infatigable, dándonos

las ideas de su claro ingenio. Y lleva una existencia sencilla y modesta, porque no tuvo apego a las cosas mundanas, y siempre, como retribución a sus famosos alegatos, cobró uno cuando debía pedir mil, y esto cuando prefirió no cobrar nada, en hermosos desprendimientos y en rasgos propios de su carácter.

Siente nostalgia por esta tierra querida, y sólo atina hablar de sus sandales y evocaciones. ¡Pobre vate de corazón de niño!... ¡Pobre músico errante, en cuyo pecho vibran sonoras notas de lágrimas y amor!... Y mustio, resignado, sopla la armónica flauta del poeta, de la que nos cantó Emilio Carrère, en rimas que parecen sollozos del alma:

"Han visto muchas tierras esos ojos hmedidos;
terruño, amor, amigos, ya todo lo perdió,
y plañen en su flauta de añorantes gemidos
las amables memorias del buen tiempo que huyó.

¡Oh vieja flauta maga, que evoca el vago encanto
de los amores muertos y del país natal,
y a veces rompe el llanto
el melódico silbo de cristal!

Le grita la canalla:—Toca, viejo flautista—,
y él toca adolorido, con ensueño, con fe,
y solloza en su flauta toda su alma de artista
y la canalla llora y no sabe por qué..."

Se llora, se canta, se ríe, por emociones profundas y sentidas... al recordar, desde lejanos mares, las luces tornasoladas en las nieves del Chimborazo, durante los ocasos; los últimos fulgores de la tarde sobre la cima del Cachu; las alboradas que surgen por la ígnea cresta del Tungurahua; el sol diamantino que nos sorprende por un picacho del Altar; los vergeles y los cármes a orillas del Chibunga; y la gracia, el donaire, la timidez y el pudor de nuestras mujeres, consideradas como reinas del hogar... Por eso se llora, se canta y se ríe...

Y con nuevas emociones, con gratitud infinita, nuestro tierno poeta, nuestro probo jurisconsulto, defensor del Derecho y de la Justicia, contemplará sobre su noble pecho esta elocuente medalla, premio a su vida de apóstol, abogado y trovador... Y derramará una lágrima... Y añorará las noches de luna, en un cielo azul, alto y transparente, de esta bendita tierra del amor de los amores.

*
* *

PEQUEÑAS Y GRANDES VERDADES (*)

Oyóse el agudo pitar de la locomotora del sur, y dos minutos después chirreaban los ejes y ruedas del carro de primera frente a la carcomida plataforma de la antigua estación de Riobamba.

Apresuradamente, un europeo de nueva presencia abotonóse su sobretodo inglés y bajó los peldaños del vagón. Descoso de defender sus maletas de manos de golfillos polvorientos y desascados, articulaba vocablos guturales, y con su diestra acariciaba la cache de su revólver. Al fin, ocupó el carruaje de un hotel, luego de haber sido estrujado por una muchedumbre plebeya, de aquellas incultas y adoradoras de las monedas del viajero.

En una noche de agosto y dos meses más tarde, cuando la ciudad estaba cubierta de un negro manto de tinieblas, ya que la luz eléctrica era un mito griego o geroglífico egipcio, el joven Luis Alberto Santacruz, miembro de distinguida familia de la capital del Chimborazo, cambiaba opiniones con el europeo de nuestra historia, a la par que apuraban sendas copas de coñac en una licorería de la "Primera Constituyente".

—¿Y qué me cuenta usted, don Luis Alberto, de su hermosa Riobamba, la reina de los Andes?—preguntó monsieur Lamourdedieu.

—Dispénceme la franqueza—respondió el riobambeño.— ¡Grande, muy grande ha de ser su desilusión!... Al contemplar la cabellera de plata del Chimborazo, las moles caprichosas del Altar, el cono perfectamente geométrico del Tungurahua; y al sentir el crepitar siniestro de la tierra a mis pies, sacudida por las convulsiones del Sangay, muchas veces pensé que en este pedazo de firmamento todo era grande, prodigioso, sublime; que la belleza de la Naturaleza estaba en armonía con la felicidad de los mortales nacidos bajo esta bóveda azul de resplandecientes estrellas; que la vida era una corriente de fontana, brillante, tranquila y serena... ¡Cuán equivocado estaba! ¡Aquí todo es pequeño y mezquino y miserable! La Naturaleza es una maravilla, pero una maravilla que yace sepultada en el fango de la maledicencia, el rencor, el odio y la venganza. Aquí, a pesar de morar en un jardín paradisiaco, en realidad nosotros estamos padeciendo en las regiones demoniacas. ¿Para qué sirve el cielo constelado, las montañas argentadas, los campos risueños y floridos? ¿Para qué se tñe el horizonte de púrpura, cuando en el suelo se des-

(*) Este escrito produjo un conflicto social en Riobamba en el año 1912, cuando la mayoría de sus habitantes protestaron en contra de su autor. Después, ha sido apreciada su labor rebelde y justa, y las costumbres han mejorado satisfactoriamente.

taca el monumento del Egoísmo y la Maldad? Aquella semilla de la envidia que nace y fermenta en el alma de nuestro pueblo; aquella antisociabilidad que se remonta hasta las alturas y oprime con peso fatídico a la paz y la concordia; ese no sé qué que se comprende en los agobiados rostros de la juventud que busca ansiosa los salones de juego de azar, las tabernas, las canchas de gallera y los solares de holgazanería, eso, querido Lamourdedieu, no podía esperarse de una ciudad de familias de copa hidalga y de naturales primores.

Hizo Santaacruz una pausa de desconsuelo, y luego continuó:

—Esta desesperanza que en mí existe y perdura es la propia desesperanza de cuantos andamos en querencia de soledad, paz, alivio de dolores morales y físicos. Buscamos el aire puro de los collados y sólo hallamos el ambiente fétido de la taberna. Y no es que nosotros queramos beber y beber como brutos: nosotros prefiriéramos la **vida social**, el roce de las gentes, las distracciones, los bailes, las tertulias, las veladas, todo cuanto se relaciona con la sociedad; pero aquí la palabra sociedad no tiene significado, es un término ignoto: y nosotros como ustedes, los extranjeros que viven en este terruño como en el desierto de Sahara, tenemos que recurrir al único remedio que alivia momentáneamente este pesar que llevamos dentro de nuestros pechos, y que a veces lo enmascaramos con careajadas ficticias y desesperadas. Esto que le digo es verdad, y verdad muy amarga. Usted lo sabe: las tabernas, las mesas de billar, los camarinos del dado, atestados están de mozos y viejos; por otro lado, no hay un solo varón honrado en la salita de una bella, de una chiquilla casadera, porque el matrimonio es mirado con repugnancia, o porque la dulcinea vive encastillada en su orgullo, soñando en potentados y en marqueses, y no permite que hasta ella se aproximen los humildes mortales.

El pobre europeo, quien viniera a Riobamba juzgándola un nuevo París, escucha atento los motivos de su perpetua embriaguez. Santaacruz habla con voz quejumbrosa, dolorido de esta confesión.

—Y no es esto todo, estimado compañero de allende los mures... Cuando aquellas matronas y damitas remilgadas alguna vez se encuentran cara a cara, el único tema de sus conversaciones es la vida del prójimo. Aumentan, disminuyen, componen, aniquilan, y en menos de un credo destrozán la honra de una persona. Eso sí, mucha fineza y pulidez por delante, y un volcán de lava satánica en cuanto se han vuelto las espaldas.

Rara ocasión suena la flauta por casualidad, y en esas contadas ocasiones, al son de la flauta casual, se acuerda un baile de los que aquí llaman **de sociedad**. ¡Qué baile, querido amigo! Una sala con bastante luz y una antesala repleta de

licores. Una muchedumbre inanimada en un principio; después, merced a un continuo beber, una algazara infernal, repleta de siluetas ridículas; señoritas y señoras, ancianos, hombres y hasta niños, todos en un estado lamentable. ¿Por qué las mujeres no guardan su dignidad y categoría social? ¿Por qué los licores no son sustituidos con dulces, refrescos y bebidas inofensivas?... Yo encuentro una sola respuesta: por falta absoluta de sociabilidad, ya que los concurrentes no se conocen y necesitan el espíritu del alcohol para romper el mutismo que reina y domina en la reunión... ¡Ah, qué funesta eres **antisociabilidad** de nuestra hermosa Riobamba!...

Hubo una nueva y angustiosa pausa. Santacruz y el europeo consumían los últimos tragos de una botella de coñac.

—¡Bebed, monsieur Lamourdedieu!... De la taberna iremos a nuestros solitarios lechos, olvidando por un instante el egoísmo y el orgullo de la **sociedad**, que no nos hace buscar consuelo en este líquido dorado, remedio de todos los males y consuelo de todos los bienes. ¡Bebed! Encontraremos el alivio de la muerte, en tanto que las damas sueñan apasionadamente en potentados y marqueses!...

*
* *

¡LEVANTATE, LAZARO! (*)

El pueblo riobambesño, al cual me refiero, estuvo muerto, bajo la losa de la imposición oficial, asesinado por el despotismo de los tiranelos provinciales, más despreciables—por ser más viles y pequeños—que aquellos que pulularon por aquí, cercanos al César del Capitolio. Hasta aquel pueblo ha llegado ya el talismán de la parábola evangélica, y, a semejanza del Lázaro bíblico, brota de la tumba y recobra nueva postura y bríos invencibles. Cuatro años, es un largo lapso para el imperio del engaño y del error; para que, con el alúbar del adulo y del ofrecimiento, o, en cambio, con la poderosa espada de un inconsciente jefe de zona, se desoriente y amilane a una ciudad que diera pruebas repetidas de altivez y patriotismo. Y por eso, aunque tarde, llegó la hora de las reparaciones y del resurgimiento. Las péñolas, abandonadas y enmohecidas, vuelven también a la contienda y, como el ave Fénix, surgen de las cenizas de la indiferencia, para volar muy en alto, hacia las regiones de la sanción y de la justicia, sin temor de nada ni de nadie, porque siempre supieron defenderse, jamás

(*) Los cuatro artículos que siguen aparecieron en "El Mercurio", de Quito, en 1920.

que araron incienso ante falsos dioses, e independientes se mantuvieron hasta hoy, a despecho, me lo figuro, de aquellas vulgaridades entronizadas que son comunes en nuestro noble suelo, cuna de proezas y rebeldías.

¡Riobamba! Allí yace aquella ciudad inolvidable, al pie del magestuoso Chimborazo, adormecida por las aguas del Chibunga y matizada por el fuego y el humo del Tungurahua. Pero—¡qué fatalidad!—hasta sus entrañas penetró la hidra de una política mezquina y rastrea, sembrando entre sus hijos la venganza, el rencor y el odio. Desde la ría de Guayaquil, en nube de opresión, trepó el **enriquismo** a la andina cordillera, descargando una tempestad insalubre sobre el corazón de los pueblos.

Fué un día de sol y esperanzas, debía llegar a Riobamba, de regreso de Quito, un elevado personaje político, dueño, en una época de nefasto recuerdo, de viduas y haciendas. Era don Enrique Baquerizo Moreno. Nos reunimos, a pesar de dificultades, antagonismos y resentimientos, un pequeño grupo de liberales. ¿Para qué? Nada menos que para agasajar, a su paso por nuestra ciudad, a aquel hombre sombrego y egoísta. Presentámosle cuánto iba a suceder: que enviaría al Congreso al elemento político más inepto y desprestigiado; y, en nuestro afán de mejoras ciudadanas, pediríamos de favor que no se denigre así el nombre de Riobamba.

Uno de nosotros tomó la palabra, dirigiéndose al magnate, y se expresó en esta forma:

—Señor, no es posible que de una provincia donde hay tantos buenos liberales, hombres instruídos y de excelente reputación, vayan como representantes la escoria.

Es oportuno manifestarle que estamos cansados de soportar tanto ultraje. Háse aprovechado nuestra desunión para entregar en manos inadecuadas y torpes todos los puestos públicos. ¿Acaso aquí no existe gente que puede dar honra y lustre no sólo a Riobamba sino a todo el país?—

El cacique contestó:

—En cuanto a los candidatos para senadores, son insustituibles, únicos, sólo ellos son de mi íntima confianza; en cuanto a los diputados, ofrezco a ustedes que serán atendidos.—

Llegaron las elecciones y, sin ninguna sorpresa, nuestras esperanzas resultaron fallidas. Triunfó la lista oficial, casi sin oposición. Los **tamayistas** se retiraron, abandonando el puesto a la soldadesca, aleccionada por el Káiser de Riobamba, el insignificante Jefe de Zona, **Mariscal** de la República. Los independientes, la mejor gente de la ciudad, se conservó alejada de esta farsa repugnante, esperando el día de la resurrección de Lázaro, para entonces, con don José Luis Tamayo, unirse a los probos y con ellos entonar un salmo a la libertad y un himno al progreso.

Triste, deplorable, aniquiladora ha sido la situación de

Riobamba durante el **baquericismo**. La intriga fué lema de los gobernantes provinciales, y hubo ocasiones que adoptaron la calumnia como la mejor arma de defensa. ¡Miserables! Se adueñaron de la Zona, de la Gobernación, del Municipio, de las aulas, de la policía y de la prensa... Todo en poder de aventureros, advenedizos y pignieos. Corrompieron al pueblo, explotándolo y sacrificándolo. Aprovecharon de que no hay un periódico independiente y serio, e insultaron al bueno y desviaron el criterio público. Se apropiaron de las corresponsalías de los diarios de Guayaquil y Quito, y se prodigaron mutuas alabanzas y a la verdad trocaron por la mentira. ¡Embusteros! Pero Riobamba se da cuenta exacta de tanta iniquidad, y su resurrección es terrible, como el despertar de un tigre, como la explosión de un volcán.

¿Por qué no se ha terminado la rectificación de la línea férrea? Sencillamente, porque fueron ofertas del baquericismo, para aplacar el odio de un pueblo, para, tranquilamente, sangrar a la nación y mofarse del patriotismo.

Pero Lázaro levanta. Las enmohecidas y olvidadas péñolas tornan al combate. Se necesita una voz que lance el grito de rebelión, y esta voz ya suena en el espacio, como la trompeta que acopla a los hombres de una misma raza, empujándoles ante el mismo enemigo y glorificándoles con la misma victoria. Y que tiemblen intriguantes, envidiosos y calumniadores, porque no han conseguido asesinar para siempre la conciencia pública, y crecero está el día de los desagravios y de la caída de los ídolos de barro. Estamos al frente. Y el pueblo ya resucita como Lázaro...

*
* *

UN BANQUETE QUE TERMINO A SILLETAZOS (*)

¿Recuerda don Enrique Baquerizo y su rumbosa comitiva del tragi-cómico desenlace del banquete ofrecido en Riobamba, cuando allí pernoctó en su último viaje político?... Jamás olvidarán los episodios de aquella noche memorable. Se les indigestó la comida; los efectos del champaña, se les disipó como por ensalmo. Y no dudo que habrán personas que se alegren de semejante desastre, puesto que el dinero se malgastó en agasajar a don Enrique, demasiado fatuo y *evanescido, sordo a toda petición razonable, de quien, como era de inferir, sólo obtuvimos una mueca de orgullo satánico*

(*) Don Enrique Baquerizo Moreno gozaba de poderosa influencia política durante la presidencia de su hermano, el Dr. Alfredo, y fué candidato a la primera magistratura de la república.

y el fracaso de nuestras gestiones patrióticas y desinteresadas. Imposible resultó cambiar el erróneo criterio de aquel hombre testarudo. No podía admitir que vinieran individuos conscientes y **pensantes** a las cámaras. Necesitaban de abyectos e incondicionales para fines ulteriores. Y por eso votó la soldadesca y triunfó arbitrariamente la lista oficial. Sin embargo, aquella misma noche hubo sanción y el suculento banquete terminó a silletazos.

¿Es esto posible? Muchos estuvimos presentes y somos testigos de lo ocurrido.

El comedor del hotel Metropolitano estaba intensamente alumbrado. Una mesa con viandas, flores y vinos. Los asistentes departían amigablemente, comentando los tópicos de actualidad. Reinaba el buen humor, pero había un detalle que a todos preocupaba: el popular joven quiteño N. N. El amigo N. N. comía en mesa aparte, solo, nervioso, impaciente, apurando copa tras copa de un vino blanco y añejo. Despedían sus ojos miradas de fuego. Luego, intempestivamente, púsose de pic, levantó el cristal que contenía su vino, adoptó una postura desafiante, y habló. ¿Qué dijo? Rebelde, lanzó al rostro de don Enrique verdades amargas; diplomático, procuró trocar el insulto por una perversa ironía; mefistofélico, puso en su cálido verba poca miel y mucho acíbar. Y, en compendio, arruinó a un hombre, pronunciando el brindis más osado que registran las crónicas.

N. N., en el apogeo de su indignación, olvidó por un momento sus negocios y operaciones bancarias, e iluminado por su amor a la patria, expuso su pellejo y protestó—una vez por todas—contra aquel lobo en traje de cortesano.

Ni en la prensa que le es adversa a don Enrique, nunca fueron estampados tantos anatemas como los que oyó personalmente aquella noche.

Cundió el desasosiego entre todos los comensales. Hubo caras iracundas, caras medrosas y caras risueñas. Ya no se comía con agrado ni se bebía con efusión. El séquito de don Enrique presumía que el futuro diputado N. N. era un enviado de las logias y conciliábulos de Guayaquil, para interrumpir su pregonada expedición de propaganda política.

Y aconteció lo que se presentía. En cuanto se acabaron los postres, levantóse la concurrencia. N. N., más vehemente, hilvanó nuevamente su peroración, pero no le permitieron ser muy explícito: cayó sobre él una lluvia de sillas y puñetazos; y permanecía ileso y aguerrido, como el cohetero bajo el castillo. ¡Una merienda de negros! Nuestro don Enrique vió fracasados todos sus planes. Y, naturalmente, talvez se figuró que los riobambeños habíamos preparado ad-hoc el pugileo, y en lugar de escuchar nuestras súplicas de redención local, prometiéndose secretamente vengarse de los inocentes, y resolvió ponernos al margen de los puestos públicos, y escoger como

representantes de Riobamba a cuatro pelagatos inconscientes e incondicionales.

Gracias, don Enrique, por haber desechado las aspiraciones y deseos de una ciudad entera, que, por hoy, se ha unido para dejar constancia de su enojo.

No dudo que la situación gubernativa no es igual en todas partes. En Guayaquil existen más odiosidades y rencores; en Quito, el banquete que el Club Pichincha ofreciera a don Enrique no terminó a silletazos e intempestivamente, y pueden haberle quedado algunos amigos; en Riobamba, el gobierno y su mentor—don Enrique—se han desprestigiado por la pésima administración provincial. En esta última ciudad se ha hecho gala de desacierto, atrayendo y colocando en los empleos y puestos públicos a gente intrusa, sin antecedentes sociales ni políticos, y alzando irremisiblemente a los hombres de pro, a los liberales legítimos, a aquellos que acuden al campo de batalla en defensa ya sea del derecho, de la libertad o de la idea.

Es menester decir, alguna vez siquiera, que la rectificación de la línea férrea, uno de los ideales de la provincia del Chimborazo, no es obra de ningún gobierno, a los cuales, en este concepto, no se les debe ningún apoyo. Exclusivamente, es el lógico resultado de los esfuerzos de todo un pueblo, de un pueblo sumamente viril, que ha luchado lesionadamente, en contra de la oposición sistemática del resto del país, por coronar su justa pretensión. Y es obligación de aquel mismo pueblo no desfallecer en la contienda, y ser fuerte y valeroso, para obtener que la obra no permanezca inconclusa, exigiendo de los poderes públicos el cumplimiento de lo pactado.

Por otra parte, en Riobamba, un círculo de mezquinas personas, frecuentadores asiduos de las mesas clandestinas del tapete verde, adoradores fervorosos de los juegos de azar, se convirtieron en árbitros ciudadanos, criticones apasionados de vidas ajenas. Formaron una sola inteligencia, una fuerza común, para apropiarse de todo y defenderse mutuamente. De allí, salieron gobernadores, concejales, presidentes del municipio, tesoreros, intendentes y diputados.

¡A qué época habíamos llegado!

Con nuestros nombres, frente a frente, sin temor ninguno, hemos afrontado el peligro y proclamado nuestro modo de pensar, hoy y siempre.

Pero basta. Volvamos a recordar el banquete a don Enrique, que terminó a silletazos, y demos la mano al amigo N. N. por tan temeraria y descomunal hazaña.

*
* *

RIOBAMBA, CUNA DE LIBERALES Y GUERREROS

Con motivo del aniversario del 5 de Junio*, es preciso colocar una corona de laureles en la tumba de los héroes que pasaron a la posteridad, legándonos el afianzamiento del partido liberal, y; con él, una nueva era de progreso para la patria. Y vaya, al propio tiempo, un elogio para los liberales que todavía viven y que, en el campo de batalla o en libro o en la prensa, contribuyeron a mantener incólume el triunfo conquistado, para aquellos que no abyectaron sus ideas, templando el carácter en la lucha, convencidos de la supremacía de la causa que han abrasado y defendido.

Muchos de los que al presente pasan por liberales, no son sino simples aventureros de la política. Prescindiendo de los principios doctrinarios, o momentáneamente alejándose del confesionario y de la iglesia, no ven en el partido liberal más hermosura que la del erario público. Es necesario existir, y para ello adoptan, como arma poderosa, la mentira y el engaño. Así hemos llegado a una época en que se amalgaman y con funden lo falso con lo auténtico, lo artificial con lo legítimo. Dicen que este **modus vivendi** es modernismo, republicanismo o liberalismo, cualquier divisa o careta terminada en **ismo**. Por esta razón, es más intensa y más admirable la labor de aquellos primeros batalladores, que perdieron sus vidas en pro del ensueño, sin reflexionar en que, más tarde, se traficaría vilmente con credos y dogmas. Felices ellos, que murieron y pilearon como héroes; malditos y repudiados quienes, persiguiendo a los propios correligionarios, medran a la sombra de un partido, y a semejanza de Judas y Caín, aquel vende al maestro y el otro asesina al hermano.

En el veinticincoavo aniversario de un triunfo tan trascendental, en homenaje al liberalismo auténtico de la provincia del Chimborazo, se exhibe, en este periódico, la varonil efígie de Pacífico Gallegos, miembro prominente de la familia Gallegos, sólo comparable a la de Alfaro, predestinadas ambas a ofrendarse en los combates, con denuedo y temeridad, en defensa del partido, para ocupar en la historia el puesto de guerreros, apóstoles y mártires. Son familias excepcionales, que dieron hombres raros y fuertes, pero que el destino ya los llevó, desapareciendo trágicamente, como mueren los que buscan el abismo y la horrasca.

Los primeros movimientos revolucionarios del "95" estallaron en Riobamba en los primeros días de marzo, tres meses

(*) En esta fecha se celebra el advenimiento del partido liberal al poder, que se efectuó en el año 1895.

antes que el 9 de junio, cuando proclamaron a Alfaro como jefe.

Por acuerdo y disposición del directorio liberal, se envió la expedición sobre Guaranda, y el 9 de abril se obtuvo la primera victoria de la transformación, con la captura de dicha plaza, después de un reñido y sangriento combate. Los entusiastas y aguerridos jóvenes fueron: Delfín B. Treviño, Adalberto Araujo, Javier y Reinaldo Dávalos, Teodoro Chiriboga, Juan José Villacrés, Emilio Baquero, Andrés, Toronato, Gabriel y José Ignacio Gallegos, Luis y Lizandro Granizo, Ricardo y Néstor Cajas, Luis F. Pinto, Polidoro Donoso, Juan Loza, Daniel Granizo, Juan Antonio Uquillas, Salvador Velásquez, Francisco Domínguez, José Merino y Juan Castelo. Estos valientes estuvieron comandados por Angel F. Araujo y combaticieron unidos a la columna "Vengadores", compuesta de jóvenes quiteños, latacungueños y ambateños, al mando de Francisco Hipólito Moneayo.

Mientras tanto, peleaba en el Norte el denodado doctor Pacífico Gallegos. En Riobamba, prestigiaba la causa la tesonera labor de ilustres liberales, como Julio Román, Octavio Mancheno, Emilio Uquillas, Pacífico Villagómez, Enrique Barriga y otros.

En los combates de Gatazo y Sanacajas los liberales riobambeños hicieron gala de heroicidad. Los grados militares los adquirieron en el campo de batalla; no con servilismo, por medios indecorosos y canallescros. No obstante que Manuel J. Calle se expresó muchas veces desfavorablemente para Riobamba, éste y otros escritores han tenido palabras de justicia para nuestros liberales, a quienes se debe en gran parte el triunfo alcanzado en las más importantes acciones de armas. Bravos, bizarros, intrépidos debían haber sido aquellos jefes y soldados que cruzaron sus balas con las huestes conservadoras del coronel Pedro Lizarzaburu, famoso por su temeridad, gallardía y altivez. Y en 1897, el 4 de mayo, dieron el golpe de gracia a los conservadores, que profanaron un templo para convertirlo en barricada de combate.

En el año de 1904 la Sociedad Liberal-Radical del Chimborazo fundó "La Tribuna", periódico de lucha, propagandista eficaz del credo liberal, bajo la dirección de Adalberto Araujo, y cuyo cuerpo de redacción estaba compuesto por Delfín B. Treviño, Emilio Uquillas, Nicolás F. López, Alfredo Monge, Angel y Luis F. Araujo. Y allí, de Riobamba, fué lanzado, por primera vez en la república, el programa de los principios liberales, al cual se adhirieron no sólo los liberales del país, sino también muchos centros similares de las repúblicas sudamericanas.

Entre muchos riobambeños, en Gatazo combatieron Ricardo Gallegos, Octavio Mancheno y Ricardo Zambrano. En la prensa; trabajaron por el liberalismo los intelectuales Nicanor

Larrea, Juan Chiriboga Freire y Rosendo Uquillas. Y se añade el nombre del general Victor Fiallo, alcañeño distinguido, entre estos buenos hijos del Chimborazo.

¡Grandioso número de liberales y de héroes! Pero la fatalidad quiso que la mayor parte dejasen sus preciosas vidas en medio de la contienda, en el fragor de los combates. Los que viven aún, parecen reliquias venerandas de los tiempos idos; y aquellos que ahora se jactan de liberales—quienes jamás firmarían el programa de los principios liberales del Chimborazo—rechazan a los genitores del partido, y convierten a la nación en un banquete privado, sin más comensales que ellos: los politiqueros y los improvisados. Han levantado el panteón que pedía en el congreso Belisario Quevedo, para sepultar a los viejos liberales, y con estos, han sepultado también todo germen de dignidad, de honor y de hidalguía.

*
* *

LOS NUEVOS POLICHINELAS

¿Quiénes son aquellos polichinelas que ocupan el tablado de Arlequín? No es Colombina; tampoco es Pierrot. Las payasadas del idilio han abandonado el escenario. Los personajes son otros. Es la política el argumento de la comedia. Hombres que suben; hombres que bajan. La historia que se repite. El desenlace ya lo veremos.

Hay una incógnita que nos preocupa: José Luis Tamayo. Político raro, que dicra pruebas evidentes de carácter, que lanzara gestos hermosos ante la opinión pública. ¿Será tal vez un predestinado a redimir de la ruina a la pobre patria? En él, ¿recordáremos a un Rocafuerte, a un García Moreno o a un Alfaro? ¿Podrá, en la época actual, llena de miserias y desprestigios, convertir el robo en honradez, la perfidia en nobleza y la tragedia en epopeya? Somos incrédulos, castigados por tantos años de error y desatino. Y más aún, por tantos años de imperio de ambiciones egoístas, personales y mezquinas. Pocos individuos adueñados—la mayoría sin merecimiento ninguno—del destino de la república. Y el país se hunde. El país pide un cerebro redentor, sostenido por un brazo hercúleo. Una reforma. Que, finalmente, se dignifique al hombre. Por la senda de la abyección, jamás se conquistó el honor. ¡Honor! He aquí el término que cualtece. Pero, naturalmente, será difícil la victoria, como toda acción heroica que merezca admiración y aplauso, que se escriba con letra de oro en los anales de una patria.

Tino, sagacidad, rectitud, carácter y, en primer término,

honradez. Cualidades son estas que deben estar compendiadas en el Jefe del Estado. Sin embargo, aunque hayamos hallado al ciudadano poseedor de estas virtudes, ¿podrá éste ejercer su gobierno en medio de intereses creados, atormentado con el zumbido de los insectos del adulo y del servilismo?

Diferentes sucesos políticos colocaron al doctor Tamayo en situación de obrar independientemente. Los procedimientos indignos de los que hicieron del erario el blanco de aspiraciones, en menoscabo del progreso ecuatoriano, le divorciaron de supuestos compromisos, y, en la actualidad, dispone de un amplio radio de movimiento, exento de obstáculos, para con sereno criterio seleccionar el personal de su administración, base ineludible del triunfo de sus ideas.

No ignora el nuevo presidente que de las administraciones seccionales depende poderosamente su reputación. El manejo de las altas esferas siendo excelente, si los mandatarios provinciales son perversos, torpes o, por otro concepto cualquiera, inadecuados, la culpa e ineptitud de estos representantes son arrojadas sobre el gobierno, al cual se le hace responsable directo de desfalcos, errores y atropellos, perpetrados fuera de la vigilancia del primer magistrado. Aquellos que fomentan la intriga y calumnia, rindiendo parias al servilismo, labran la tumba del amigo que les apoya. Se les juzga fieles e insustituibles, porque siempre se presentan ante el amo como perros incondicionales, lamiéndoles las plantas, no obstante que, lejos de él, por alavismo y herencia, hunden el puñal en la espalda y se revuelcan en el cieno de que provienen.

¿Será preciso traer a la memoria la causa primordial de la caída del gobierno de Veintimilla y del descrédito de tantos otros? Para los hijos del magestuoso Chimborazo el odio a Veintimilla no provenía de su actuación en la capital de la república, ni en Guayaquil, Cuenca, sino de sus pésimos empleados públicos en Riobamba. Y por eso los riobambeños le aborrecieron y se levantaron en armas. Vino la "Restauración". Se derramó abundante sangre y se perdieron muchas vidas.

Fué entonces cuando surgieron, como por ensalmo, militares de lo más florido de la juventud, que no podía soportar el peso abrumador del nefando gobierno seccional. Murieron, entre muchos, Angel Negrete y Luis Dávalos; lucharon en los campos de batalla chimboracenses de la talla de Javier, Federico y Ambrosio Dávalos, Juan José Villacrés, Virgilio Paredes, Torcuato Gallegos, Félix Vásquez y Angel Araujo; y el pueblo íntegro, proclamó la rebelión y contribuyó decididamente a derribar el período de Veintimilla, quien, tal vez inocentemente, pagó los abusos y desmanes de sus subalternos.

Luego, viene la oposición a los gobiernos sucesivos; la revolución que se iniciara en Riobamba y que derrocó a don

Lizardo García, a causa exclusiva de gobernadores e intendentes tiranos y perversos. Los presidentes—desde Quito—no comprendían el motivo de semejante adversión. Y, por último, en esta época del doctor Alfredo Baquerizo Moreno, también háse sentido un descontento general, porque las autoridades locales fueron repugnantes—con pocas excepciones—y formaron un pequeño núcleo que pretendió repeler a los demás ciudadanos, laborando sólo en provecho propio y en pugna con la opinión general. Así, de la historia pasada y presente, hemos de sacar sabias lecciones y consejos para el porvenir. Hemos de deducir que la administración seccional es la clave del bienestar de la nación.

Jamás pueda imaginarse que en Riobamba seamos revoltosos y descontentos por naturaleza. Siempre protestamos por ofensas y entuertos, es verdad, pero no dejamos de reconocer el mérito y ensalzar la virtud. Como periodistas independientes, anhelamos el progreso y sosiego de la región querida que nos vió nacer, y para conseguirlo, luchamos con denuedo, y nuestra pluma no calla cuando se trata de desenmascarar a las vulgaridades que escalan el poder, para mengua y afrenta no sólo de una ciudad sino de toda la república.

¿Acaso no hay probidad en muchos de nuestros hombres? ¿Es necesario recurrir a individuos repudiados por la sociedad para que representen y gobiernen a la misma? Las pasiones y rencores políticos ofuscaron a nuestro presidentes, y se rodearon de malos partidarios, que más tarde fueron enemigos y verdugos. Felizmente, una y otra vez repite el doctor Tamayo que desea la colaboración de gente sana y buena, y que por esta senda no le importa ir al sacrificio, si así lo quieren los eternos explotadores de nuestra patria.

*
*
*

BATALLA DE RIOBAMBA (*)

(21 DE ABRIL DE 1822)

Los hombres modernos, para ser fuertes, sabios y grandes, evocan la fuerza, la sabiduría y la grandeza de quienes tremolaron por divisa el valor, el honor y la libertad.

Evocan la memoria de aquellos héroes que, al impulso del patriotismo y en su anhelo de libertad, acudieron vehementes a la cita: el campo de batalla.

¿Fué la reina y la dama? ¡La lanza y la pólvora!

(*) Este escrito mereció ser leído, en reunión de oficiales, en la República Argentina, como un homenaje al Ecuador, en el año 1929.

¿Fué la quimera? ¿El estruendo, el caballo y la sangre!
 ¿El rodar constante por tierras extrañas, en pos del enemigo,
 en amor del ensueño y en defensa del hermano!

¿Fué el ideal? ¿La América independiente! ¿Legar a la
 posteridad un nombre, una historia y una patria! ¿Ingresar
 en el concierto de las naciones libres!

Y acudieron puntuales a la cita: guerreros de ojos tur-
 bios y desafiantes, tostados por el sol de las pampas argenti-
 nas; hijos de la Argentina, Chile, Perú, Venezuela y de Colom-
 bia, de corazón ardiente y pecho generoso; soldados de la costa
 y de los valles y cimas de nuestros Andes.

Todos estuvieron aquí.

Y las nubes inverneras, en una fecha como ésta, presen-
 ciaron la escena.

Repitamos con el poeta: "Es así como se trenza la gran-
 diosa afluencia de los hombres de una casta, que cobije la ro-
 tonda del gran templo que elevaron las repúblicas hispanas;
 ¡sobre el bíblico evangelio de los Andes, con las manos tem-
 blorosas colocadas, juren todos los latinos de la América, com-
 poner un gran collar, sólo una patria!".

La lid, es verdad, fué contra la Madre España, pero por
 culpa de sus tiranos: frescas estuvieron las atrocidades de Pa-
 yol, que colgaba a los patriotas en las rejas de las ventanas
 de Santo Domingo (hoy Parque Sucre) para hacerlos matar a
 pequeñas lanzadas; fresco y palpitante el recuerdo de la caba-
 llería española, que pasaba por encima de las cabezas de
 nuestros infortunados conterráneos; y estremecía la narración
 de crímenes y atropellos; y por eso surgió el espíritu de rebeli-
 ón, el imperativo de libertad.

Pero, después de la contienda, la sangre de la raza vibró
 en los pueblos americanos, y renació el afecto y el cariño ha-
 cia nuestra sacratísima genitora, la Madre España; nos liga
 hacia ella el idioma: el caudal de imágenes y el efluvio de so-
 nidos que encadenan a los hombres a través de mares y con-
 tinentes.

La sangre se enardece, y es la sangre que corrió por las
 venas del Cid, de Hernán Cortés y de Pizarro; la misma san-
 gre que dió bríos a Sucre, Lavalle e Ibarra; la misma que
 funde el abrazo de la América Latina con España.

Sólo que aquella sangre europea, mezclada con la sangre
 americana, engendró un nuevo germen, fructífero como nues-
 tros campos vírgenes, pujante como la lava, rebelde como una
 catarata y vigoroso como el Amazonas; es la raza que ahora
 rinde culto a sus prohombres y a sus héroes; la fecundadora
 de las repúblicas hispanas, que deslumbran por su poder y
 por su fuerza; y esta nueva raza se simboliza en la batalla del
 21 de Abril de 1822, en donde combatieron soldados del Nor-
 te y del Sur, del Oriente y del Poniente.

Aquí estuvo Sucre, el genio de la guerra, que, con Bolí-

var, San Martín y O'Higgins, fueron creadores de patrias y conductores de muchedumbres; Lavalle, el brazo que sintetiza el pensamiento, que se lanza a la pelea como un rayo, que enardece, ofusca, derrota y triunfa; Ibarra, quien solía arengar a sus compañeros: "Ahora, hijos míos, o patriotas vencedores o patriotas muertos, pero con honra"; y tan grandes hombres, cruzaron por este suelo: aquí estuvieron, y aquí vengaron los desastres de los Huachis y la hecatombe de Tanizabua; aquí renacieron las esperanzas de libertad; aquí se coronó uno de los triunfos más diamantinos de la Historia Patria; aquí, en Riobamba, sacrificaron sus vidas Franco y Aguilera, para pasar a la posteridad; aquí se cubrió de gloria el Ejército Republicano; y el Coloso de los Andes, el Chimborazo, el Rey de los Montes, según la frase de Olmedo, "inclinó su frente para saludar el paso del vencedor"; y aquí se escribió, con caracteres indelebles, una excelsa página de nuestra historia.

Según la opinión del historiador Ramón Aspuruá, la brillante función de armas de Riobamba fué la infalible precursora de la campal batalla de Pichincha, gloriosa cuna de la libertad Ecuatoriana.

Lavalle, a la cabeza de su escuadrón del 96 granaderos, hizo alarde de astucia y acometividad, y mereció que el Libertador Bolívar, en el art. 6º del decreto concediendo recompensas por la batalla de Pichincha y que firmó en Quito el 18 de Junio de 1822, dispusiera que el intrépido escuadrón argentino llevara el nombre de **Granaderos de Riobamba**; con este calificativo juzgó el Libertador concederle el mayor honor que podíase obtener en aquella época de legendarias popeyas.

Le república del Perú, por decreto de 7 de Junio de 1822, premió con un escudo de honor al escuadrón argentino de Granaderos de Caballo y a muchos patriotas de la Gran Colombia que triunfaron en Riobamba, con esta inscripción: **El Perú al heroico valor en Rio-bamba.**

Conforme Camilo Destruge, la acción de armas de Riobamba es sólo comparable a la célebre hazaña de Páez en las Queseras, porque en ambas victorias los libertadores tocaron al cent de la gloria y del renombre.

Ibarra se hizo acreedor a peculiares demostraciones honoríficas y a los más significativos encomios del General en Jefe, el aún no Mariscal Antonio José de Sucre.

Por las calles de Riobamba se luchó cuerpo a cuerpo, desplegando los republicanos un valor temerario, y sus muros se estremecieron al choque de las lanzas y al furor de los combatientes.

¡El 21 de abril de 1822! ¡Hé aquí la maravillosa proeza de nuestros padres!

Antes y después del 10 de Agosto de 1809 y del 9 de Oc-

tabre de 1820, todo fué fracasos para los indomables patriotas, porque no debimos acordarnos de victorias insignificantes, sino de los hechos que señalan el cambio radical de la historia de una época; sólo con la batalla de Riobamba logró afianzarse el ideal de independencia, derrotado en las llanuras de Huachi y en los desfiladeros de Tanizahua, en cuyos fatídicos lugares el General González y el Presidente Aymerich conquistaron laureles para las armas españolas; y sólo después de esta trascendental hazaña se consiguió reunir, en el trayecto de Loja hasta Quito, un entusiasta ejército de 3.000 hombres, que coronó la independencia de esta sección de América, con la final batalla de Pichincha, del 24 de Mayo de 1822, o sea un mes tarde; y esto estaba decretado—claro está—como lógica consecuencia del 21 de Abril, en Riobamba, cuando los realistas comprendieron por primera vez el poder del genio militar de Sucre y del valor de Lavalle e Ibarra.

Así como estos pueblos se estremecieron por el terror que sembraron los realistas, así también ellos se estremecieron ante la pujanza de los guerreros libertadores de Riobamba.

Aquí estaba, como una fiera desenjaunada, el ínclito Lavalle, de quien decía Bolívar que era necesario tenerle como a un león encadenado, para sólo lanzarlo libre a la hora del combate, por su temperamento altanero, belicoso y rebelde, que no comprendía la vida sin lucha, y por su fama de temerario, que, ante su impetuosidad, precipitaba en fuga al enemigo y atraía el laurel de la victoria.

Aquí estaba Ibarra, el fiel compañero del Libertador, unidos para siempre, cuyos restos reposan al pie de su mausoleo, en Caracas, con una modesta lápida que reza así: **"Unidos en la vida, Unidos en la tumba, Unidos en la inmortalidad"**.

Y en la batalla de Riobamba se fundieron los nombres de estos padres de América, de Sucre, Lavalle e Ibarra, tres figuras que descollan en la Historia, por la innata caballerosidad y por la gallarda bizarría.

Bajo el cielo de Riobamba repercutió el beso entre hermanos, la fraternidad hispano-americana; y bajo este mismo cielo, todos comulgamos con la hostia del patriotismo y con el himno de la gratitud: que siga siendo el 21 de Abril la base de nuestra futura grandeza; que sea la batalla de Riobamba el abrazo entre ecuatorianos, peruanos, venezolanos, colombianos, chilenos y argentinos; que sea la insignia de la Gran Colombia y el suntuoso y expresivo altar de la Patria.

*
*
*

POR NUESTRO NOMBRE Y POR NUESTRA HISTORIA (*)

Acotaciones al concurso poético, promovido por la "Academia Literaria Dios y Patria" para celebrar el primer centenario del 21 de Abril de 1822.

Llama la atención que los iniciadores de este concurso, con insistencia y redundancia, califiquen a la famosa **batalla de Riobamba** con el nombre de **batalla de Tapi**. Es verdad que se denominaba Tapi el lado norte de la planicie en que se fundó la ciudad de Riobamba, pero, con esta fundación, tomó, como es natural, el nombre de la ciudad que aquí se estableciera. Léase la "Historia de la Guerra Magna", la "Historia del Ecuador", los partes del general Sucre, de Lavalle y de Santa Cruz, todo lo relacionado con esta memorable victoria, y se verá que se llama **batalla de Rio-Bamba, o de Riobamba**, esta brillante acción de armas que cubrió de gloria al ejército republicano.

¿Por qué calificar este triunfo con semejante título? ¿Se trata de empequeñecerlo? ¿No es adecuado talvez el nombre de **Riobamba**, usado por todos los historiadores

El Libertador Bolívar, en el Art. 60. del decreto concediendo recompensas por la batalla de Pichincha, y que firmó en Quito el 18 de junio de 1822, dispuso que el glorioso escuadrón Argentino llevara el nombre de **Granaderos de Riobamba**.

Con este calificativo juzgó el Libertador concederles el mayor honor que podíase obtener en aquella época de legendarias epopeyas.

La república del Perú, por decreto de 7 de junio de 1822, premió con un escudo de honor al escuadrón argentino de Granaderos a Caballo y a muchos colombianos que triunfaron en Riobamba, con esta inscripción: **El Perú al heroico valor en Rio-bamba**.

Según Camilo Destruge, la acción de armas de **Riobamba** es sólo comparable a la célebre hazaña de Páez en las Queseras, porque en ambas victorias los libertadores se cubrieron de gloria y renombre.

Por las calles de Riobamba, al comienzo de la pelea, se luchó cuerpo a cuerpo, desplegando los republicanos un valor temerario, y sus muros se estremecieron al choque de las lanzas y a furor de los combatientes. Sólo en **Riobamba** pudo vengarse el desastre de Tanizahua y las derrotas de los dos fatídicos Huachis.

(*) Los tres escritos que van a continuación se publicaron en "Los Andes", de Riobamba, en el año 1922.

Si se pretende torcer y menospreciar nuestra historia, no es mala la idea de decir batalla de Tapi por batalla de Riobamba, aprovechando que pocas—may pocas—son entre nosotros las personas aficionadas a investigaciones de esta naturaleza. Por eso, cuando se trata de **descubrir o inventar** una fecha magna, que sirva de pretexto para celebrar un centenario con todo el regocijo de un pueblo, basta es encargar este cometido a algún rebuscador de bibliotecas. Enseguida asoman los datos necesarios. Nadie hace reparos. Se supone que ciertos hombres son infalibles. Y todos, unánimemente, saludan al genio, y acogen como irrefutables las leyendas y episodios que se presentan.

Es oportuno recordar lo que sucedió con nuestro 11 de Noviembre, fecha de reciente nacimiento y, sin embargo, declarada como la más clásica y memorable en los anales de nuestra vida ciudadana. La persona comisionada para investigar la historia hilvanó una tradición completamente opuesta a la que consta en documentos fidedignos, que posee el doctor Pacífico Villagomez*, de los cuales se desprende que esta fecha no es de importancia y, además, que no es muy honrosa para nuestra ciudad.

En vez de llamársela batalla de Tapi a la de Riobamba, era preferible que se la denominase batalla de Punín, o de Guaslán, o de Pantús, o de San Luis, o de Santacruz, porque siquiera en estos lugares o posiciones se trabaron reñidas escaramuzas; pero en Tapi, en el sitio que al presente se le conoce por Tapi, siguiendo la línea ferrocarrilera hacia Luisa, nada notorio se registra en aquella heroica batalla, al no ser que se forjen fantasías y se inventen tradiciones.

Hay cosas juzgadas que están exentas de nuevos calificativos y caprichosas interpretaciones. A este inmarcesible triunfo del 21 de Abril se le conoce, desde 1822, por batalla de Riobamba, y no es posible que ahora, después de un siglo, los alumnos del colegio de San Felipe le bauticen con el peregrino nombre de batalla de Tapi, en pugna con la verdad histórica y con la legendaria reputación de la batalla de Riobamba.

En Buenos Aires, en homenaje a esta notable efemérides, se puso **Riobamba** como nombre de una calle y un teatro; pero nadie ha sabido que en alguna parte del mundo se pronuncie la palabra Tapi, y mucho menos que sirva de distintivo de vías y establecimientos públicos. Sólo aquí—¡qué vergüenza!—se ha ignorado, hasta hace pocos años, un hecho tan trascendental. Sólo aquí, sobre el campo de batalla, se comete un error, talvez premeditado, ultrajando nuestros sagrados

(*) Distinguido riobambeno, que ocupó hasta la vicepresidencia de la república.

recuerdos y la mejor reliquia que nos legaran nuestros antepasados.

Por otro lado, los alumnos de San Felipe, no deben excluirse o rehusar de tomar parte en este concurso, promovido por ellos mismos, aclarando que es para celebrar la **batalla de Riobamba** y no la de Tapi. Es un concurso poético, y deben exhibir la lírica inspiración. No sólo van a ocuparse de críticas literarias y comentarios más o menos históricos. Es necesario que también el verso salga de un colegio, en donde no sólo habrán prosistas, sino también poetas, en una hermosa oportunidad como ésta, en que puede sobresalir el estro de los discípulos de Olmedo.

Hagamos cuanto está a nuestro alcance por conservar pura, latente y exacta la memoria de las proezas de los autores de nuestra independencia, patria y libertad.

*
* *

CUATRO PALABRAS MAS SOBRE LA BATALLA DE RIOBAMBA, PRECURSORA DE LA DE PICHINCHA.

Cual el águila que busca el picacho más prominente de la cordillera, para divisar mejor el cielo, el espacio y la tierra, así esta ciudad, en medio de los Andes, ha elegido una planicie vasta y dilatada, para poder extenderse sin límites, y dominar, gallarda y magestuosa, el mundo descuberto por Colón. Como el Ave Fénix, que renació de sus cenizas para pasar a la inmortalidad, Riobamba, después del terremoto que borró sus antiguos cimientos, ha surgido, en su nuevo regazo, más risueña, activa y fecunda. Acostumbrada a ser vigilada por volcanes, son sus aspiraciones avasalladoras como lavas, y su pujanza estremece y deslumbra.

Esta ciudad, después de un siglo, va a celebrar una memorable acción de armas que contribuyó eficazmente a la independencia de esta república, y que tuvo lugar dentro de esta misma ciudad y en sus alrededores, según los partes de Sucre, Santa Cruz y Lavalle, y conforme a los datos históricos de Pedro Fermín Cevallos y de todos los historiadores de los tiempos heroicos.

Un distinguido, ilustrado e inteligente riobambeño, que vive aún, don Manuel Lizarzaburu, de cepa antigua y noble, nos cuenta que él ha oído, de boca de testigos presenciales, que la lucha más reñida, cruda y definitiva del 21 de Abril se realizó en la calle que se denomina "Argentinos". Desde el punto en donde se halla situado el colegio de San Felipe, se

combatió, cuerpo a cuerpo, hasta la "Loma de Quito", y en el trayecto quedaron tendidos más de 40 entre muertos y heridos. Los boleros argentinos hicieron proezas de valor, astucia y acometividad. Conforme al mismo narrador, esta planicie o llanura nunca se ha llamado Tapi, ni en épocas remotas, según algunas personas suponen, sino **Aguisacte**. La parte de **Tapi** siempre ha sido en donde hoy se la conoce, al frente del **Carmen**, hacia la estación ferroviaria de Luisa. De modo que, ni esta confusión de nombres puede servir de pretexto para llamarle **Tapi** a la célebre **batalla de Riobamba**.

Sabido es—y no se requiere citas, que las hay en abundancia—que toda batalla toma el nombre del lugar más importante que existe en sus cercanías, y con mayor razón aún cuando sucede el combate en el propio sitio cuyo nombre debe llevar, como aconteció en Riobamba con la batalla del 21 de Abril.

Para que perdure en nuestro recuerdo la nómina de los oficiales y soldados que se distinguieron en la pelea con un valor temerario, perdiendo sus vidas algunos de ellos, preciso es que se grabe en el mármol y en el bronce los siguientes nombres: Sucre, Ibarra, Lavalle; coronel Pérez; comandantes Jiménez y Rasch; mayor Ruiz; capitanes, Superbi Allende, Izquierdo, Ruiz y Morán; tenientes Latas y Olmos; sargentos Diaz, Soberyle, Franco y Vega; y granaderos Aguilera y Lucero.

Respecto a que este famoso encuentro se llama **batalla de Riobamba**, he probado varias veces hasta la saciedad. En cuanto a su significación militar, élla solo basta para pregonar el genio de Sucre. Y, finalmente, en cuanto a su importancia en la guerra de nuestra independencia, repito el concepto de eminentes críticos: **que sin Riobamba no hubiera habido Pichincha**.

Me han informado que en un periodiquillo conservador que se publica en la localidad, hay una réplica—confusa y desacertada—sobre mi aserción, que se denomina **batalla de Riobamba y no de Tapi** la acción de armas que se coronó el 21 de Abril de 1822. He deseado consignar el número de dicha publicación, pero no me ha sido posible, por la poca circulación del mencionado semi-diario.

En mi artículo anterior se trataba de este tópico, se revelaban verdades y se rebatían argumentos, con acopio de datos y documentos históricos. Esto no podía agradarles a quienes, dominados por el fanatismo religioso y la enseñanza jesuítica, juzgan que un padrecito Heredia es el sucesor de González Suárez. El mismo arzobispo de Quito erró muchas veces, y no debían sorprenderse de que también Heredia se equivoque, puesto que no hay hombre que no cometa errores.

Suponerse que son lumbreras de sabiduría e infalibles en toda materia; es prueba de preponderancia y fatuidad. No todos hemos nacido para soportar el yugo y el oprobio de esclavos y de seres pasivos e inconscientes, y por eso protestamos con energía, cuando se pretende hasta suprimir el querido nombre de nuestra ciudad como distintivo del glorioso triunfo del 21 de Abril.

A falta de razones, insultos e insustancial palabrería. Parece que a mi abrumadora argumentación se le ha tachado de adolecer de errores gramaticales. Esta ya es una manera de declararse vencidos. La parte sustancial es otra: yo defendiendo el nombre de Riobamba y mis contendores el de Tapi. Pero si ellos desean persistir en esta equivocación, libres son de hacerlo, laborando en contra de nuestro nombre y de nuestra victoria. Por cuanto a mí me corresponde, me complace, una vez más, de haber salido por los fueros de Riobamba.

*
* *

RIOBAMBA FUE VICTIMA DEL TERRORISMO

EN EL AÑO 1821

“Sin Riobamba no hubiera habido Pichincha”

Todavía no hemos estudiado nuestra gesta. Viejas hazñas, empolvados pergaminos y rancios cronicones, se hallan sepultados en el olvido, esperando la venida del paciente investigador para que les imprima forma, luz y vida.

La antigua Liribamba yace sepultada en las tinieblas, con sus hombres y sus cosas. Apenas sabemos algo del profano ermitaño que sirvió de argumento para nuestro escudo de armas, reconstruido por don Pedro Traversari. Volcó un cerro sobre la antigua Riobamba, y, con sus cascos y pobladores, se enterró casi toda nuestra historia. Hasta hoy, nadie, científicamente, ha excavado sus riquezas. Hasta hoy, no se le hace justicia a nuestro sabio historiador Juan de Velasco, cuya obra es la más importante de la república, por su erudición y por la remota época en que se la escribió. El arzobispo González Suárez cometió un error que amengua su grande obra: haber apocado al eminente Juan de Velasco, en cuya fuente se inspiró para escribir sus mejores páginas. Y por eso hay un velo sobre los tiempos pasados. Y la figura de Juan Velasco se yergue alliva y magestuosa. Pronto se reconocerá el mérito de su culminante labor histórica. Y Riobamba erigirá un monumento a este hijo preclaro, honra y prez de las letras americanas.

En la dilatada llanura de Agüisacte se fundó una villa en las postrimerías del siglo XVIII, dejando su antiguo origen bajo los escombros de un terremoto, junto con todas sus tradiciones coloniales. Parece que quisiera desprenderse de la vetusta pálna española para adquirir el brío y el colorido de ciudad netamente americana. Así surgió la actual Riobamba, con sus parques y sus torres; con su ciclo diáfano y transparente; con los copos de nieve del Chimborazo y con los penachos de fuego del Tungurahua; con el tesoro que representa los caudales de sus ríos—del Chibunga, de Cubijíes y del Chambo—, que esperan la iniciativa del hombre; con sus árboles de eucalipto y sus prados para ganados; y con el empuje de una estirpe estudiosa, sana y fuerte, capaz de conquistar un mundo.

Poco caso se ha hecho, como dije al principio, de conocer nuestra gesta, llena de episodios importantes y lecciones provechosas. Sin duda por este motivo nadie se ha preocupado de publicar cuanto nos atañe y nos honra. Los sacrificios y heroísmos de nuestros padres deben ya esclarecerse y servir de norma y estímulo para las generaciones venideras. Cuanto se haga en este sentido será digno de aplauso y bien recibido por el público. . .

En mi calidad de riobambeño, desde el año 1916, he dado a la estampa documentos interesantes sobre Riobamba y el 21 de Abril de 1822. Y, en esta ocasión, quiero añadir algo respecto a las penalidades de que fueron víctimas nuestros antecesores, en el año 1821, antes de la vengadora batalla del 21 de Abril, que libertó a Riobamba del dominio español, **con el decidido y valioso apoyo de todos sus moradores**, quienes no podían soportar la férula de los tiranos y el ominoso calificativo de esclavos.

En este punto voy a ceñirme estrictamente a la historia y tomo la narración que, de dicha época, hace Pedro Fermín Cevallos: "La villa de Riobamba, donde por desgracia se llegó a acantonar el escuadrón del coronel Payol, fué, después de las acciones de **Huachi** y **Tanizahua**, presa de la brutalidad de este jefe. El apellido de Payol quedó por muchos años atronando en nuestros pueblos y presentándose como figura espantosa, causadora de pesadillas. Francisco Carvajal, el **demonio de los Andes**, acaso no infundió tanto horror entre los indios y entre sus propios compatriotas cuando la conquista, como este capitán feroz en las agonías del gobierno al cual servía. Parece que buscaba la vida de su gobierno en el espanto que habían de producir las brutalidades que cometía".

Luego, más detalladamente, se explica el continuador de las **Memorias de Ascaray**: Ofrecí, dice, destinar un capítulo separado para hablar del coronel Payol, que quedó con un regimiento de guarnición en Riobamba. Este hombre (si se puede dar tal nombre), hijo de las furias infernales, el más bárbaro de cuantos han nacido, superior a las furias y

monstruos del averno, cruel, arbitrario y horrible hasta en su figura, se propuso perseguir a los americanos, al mismo tiempo que aumentar su escuadrón con los hijos del país. Empezó por hacer una **requisa** (saqueo) de caballos en toda la provincia, y distribuyó su regimiento repentinamente por los pueblos y haciendas, con orden de que no dejasen un solo caballo en ninguna parte; que a la persona o personas que reclamasen, las lanceasen en el acto; que si encontraban montado algún hombre lanceasen al jinete para que el caballo no tuviera dueño; que en las haciendas colgasen de los pies a los sirvientes, y les diesen látigo hasta que entregasen el último caballo; y que si en estas correrías encontraran a alguno que manifestara ser insurgente, lo matasen también. Todo se cumplió exactamente, y a este pretexto se cometieron asesinatos, robos, estupro, atentaban contra las mujeres casadas a presencia de sus maridos, que eran lanceados después de presenciar su deshonor; en fin, no hubo crimen que no se cometiese por aquella tropa autorizada y sin freno. En seguida quiso su señoría aumentar el regimiento hasta ochocientas plazas: en los mismos términos se hizo una recluta, sin excepción de viejos, niños, casados e imposibilitados, que fueron amarrados y conducidos al cuartel, y así también las mujeres, entre tanto parecieran sus maridos o hijos, o daban un hombre a cambio de la libertad. Todos fueron enrolados a las filas para ser víctimas de la ferocidad de este español que se complacía al ver correr la sangre americana".

"Si alguno no podía aprender el difícil ejercicio de caballería, era **bañado** al momento, esto es, atado a un pilar y muerto a pequeñas lanzadas por cada uno de los soldados, con prevención de que ninguno hiriese en la parte herida, ni introdujese la lanza más de un dedo de profundidad. (**Bañar, meter en baño, dar baño**, fueron voz y frases que equivalían a **matar**). Si alguno tenía la desgracia de haber desertado, al soldado que seguía en número se le daba el **baño** en público, colgándolo en las ventanas de hierro de las casas de Santo Domingo, donde tenía su cuartel. En suma, a varios infelices, porque reclamaron sus caballos, suplicando su devolución por no tener otro patrimonio para su subsistencia, tuvo la inhumanidad de hacerlos enterrar dejándoles la cabeza afuera, y haciendo que pasara por encima la caballería tantas veces cuantas eran necesarias hasta que la cabeza desapareciera, y que no queden señales de la víctima. Cada soldado tenía tres caballos a su cuidado, y si alguno se dejaba arrastrar al conducirlos a heber, o caía estando montado o se descuidaba en su alimento, sufría precisamente quinientos palos, con lo que no hubo ejemplo de que viviera ninguno. En fin, más gente mató Payol el tiempo que estuvo en Riohamba de guarnición, que murió en las dos acciones referidas (en Huachi y Taniza-

lma). **Tuve la desgracia de ser testigo ocular de todos estos sucesos”.**

Con esta relación histórica quedan confundidas las personas que, una y otra vez, me han salido al frente, argumentando que Riobamba no ha prestado un importante contingente a la santa causa de nuestra Independencia. No obstante que en aquella época era una pequeña villa, que acababa de desprenderse de las garras de la muerte, se sacrificó como ninguna otra ciudad americana. Un poco antes del 21 de Abril el ferroz Payol mató, cuando estuvo en Riobamba, más gente que la que pereció en las desastrosas batallas de Huachi y Tanizahuá, esto es, **más de mil trescientas personas**, y de la manera más bárbara y cruel. En el centro de Riobamba, en las rejas de las antiguas casas de la plaza de Santo Domingo (hoy parque Sucre), se colgaban los cadáveres de los patriotas, cuya sangre clamaba venganza. Y la suerte permitió que el mismo teatro de tantos crímenes, en donde ardía el patriotismo, el valor y la desesperación, sirviera de lugar propicio para conseguir la libertad, con la famosa batalla de Riobamba, que confortó los ánimos abatidos de los americanos, quienes venían luchando infructuosamente desde el 10 de Agosto de 1809, en que se lanzó el primer grito de rebelión contra el gobierno de España.

Después del combate de Riobamba, todo se le facilitó a Sucre para consumar la independencia de esta sección de América con la final batalla de Pichincha, del 24 de Mayo de 1822, o sea un mes más tarde. Y esto estaba decretado, claro está, como lógica consecuencia del 21 de Abril, en Riobamba, cuando los realistas comprendieron el poder del genio militar de Sucre y del valor de Lavalle e Ibarra. Según el historiador Cevallos: “Sucre descansó algunos días en Riobamba, y siguió luego para Ambato y entró en Latacunga el 2 de Mayo. Brazos, dinero, caballos, víveres, postas, espías, muestras del más entrañable entusiasmo, todo lo obtuvo de cientos pueblos a través, al paso que a los realistas lo negaban también todo”.

Se aproxima el día del primer centenario de la batalla de Riobamba. Nuestro municipio, sumido en la pobreza de sus cajas, por la mala administración que el gobierno hace de la hacienda pública, no podrá celebrar como quisiera tan fausto acontecimiento. Ojalá, por lo demás, se realice la erección de la pirámide conmemorativa en la cúspide de la colina que domina a la ciudad, por donde pasaron victoriosos los americanos y ya casi derrotados los españoles. Pero hemos hecho lo posible para esclarecer los hechos históricos, para que las futuras generaciones—en un acto de reparación—honen como merece la memoria de la batalla de Riobamba, el 21 de Abril de 1822, una de las fechas más gloriosas de la Historia Americana.

ANHELOS FRUSTRADOS

Es increíble que en una corporación preclara como es el Municipio de Riobamba, ha prevalecido la maligna opinión de elementos híbridos y exóticos, hacinados talvez para baluarte de intereses particulares. Sabemos que la heroica batalla que se conmemora el 21 de Abril es la precursora de la del 24 de Mayo de 1822, en las faldas del Pichincha. Por haberse librado aquí la primera, a los riobambesños nos toca más de cerca el jactarnos de su feliz éxito. Tendremos, así, un día al año que sea nuestro, propio nuestro, para que esta ciudad ostente su regocijo y sus galas triunfales. Y ya estaba resuelto celebrarse solemnemente tan propicia efemérides; se me comisionó para que formulase el programa, y éste, arreglado con esmero, fué presentado. A última hora, hallándome ausente, han asesinado mi patriótica iniciativa, por la intervención, lo adivino, de envidias y egoísmos regionales, porque no todos los edifes de este Ayuntamiento han nacido al pie del magestuoso Chimborazo, y veneran, cuanto yo, las glorias, el renombre y el progreso de mi ciudad natal. Escribí unas líneas para el concurso literario, sobre un tema relacionado con Riobamba, que constaba en el programa; y empero la fiesta no se realice, las doy ahora a la estampa, aunque resulte haberme inspirado en los ilusorios festejos forjados por mi mente. Deploro ver, por un año más, fracasadas mis esperanzas, pero también estoy gozoso del deber cumplido.

21 DE ABRIL

Riobamba brilla como el oro, bajo el sol esplendoroso. Día de historia: día de sangre, de muerte y de vida. Murieron los penúltimos defensores de la Corona de España; derramaron sangre prócer los héroes ecuatorianos, autores de la Independencia y genitores de la patria; vivieron, con vida inmortal, aquellas victoriosas hazañas y aquellos tenaces batalladores, dignos compañeros de Bolívar y Sucre, honra y prez de América y de la raza humana.

Los carnavales llevan rosas. De las manos de los mozos, las serpentinatas vuelan, hacia senos y regazos de juguetonas nenas que adornan los balcones. El Corso de Flores está en su apogeo. Grita, hulle y arde la ciudad. La juventud, triunfa. Es el amor que bate su bandera de felicidad; la locura que, momentáneamente, olvida del sabor de las lágrimas y de los crepones funerales depositados en las tumbas recientes.

¡Todo, en homenaje del 21 de Abril! Nuevas generaciones, pletóricas de energía, sientense orgullosas de su estirpe legendaria y valerosa. La ciudad, que fué pequeño caserío en

1822—vestigio palpitante de un horrible terremoto,—hállase altanera y desafiante, ostentando su plano y sus edificios de moderno estilo, su fecha clásica, su pujante riqueza, y, con preferencia, el libro de su cercano porvenir, lleno de diafanidades y grandezas.

*

En tanto, ella, Laurita, solitaria y melancólica, eleva una plegaria al cielo, alejándose del vocerío. No desmiente descender de una raza creyente y fanática, de aquella que aceptó, a mucho galardón, un escudo nobiliario ofrendado por sus Reyes, el cual se adorna con la cabeza de un luterano que pretendiera, intransigente y contumaz, profanar la hostia consagrada, en un templo católico de la vieja y destruida Riobamba. Ella reza cuando todos se divierten. (¡Dulce alma entregada al perfume del incienso!). Hay no se qué incertidumbre en su escultural semblante. Sostiene una lucha interna, entre su exagerada fe y su amor. Quiere, más aún, adora con pasión, a un joven **liberal** que ha descuidado sus prácticas religiosas. ¿Será pecado querer a quien no manda la Iglesia? ¿Por qué serán mejores muchos de estos que aquellos que, con máscara de hipocresía, frecuentan los altares? ¿Es posible que el engaño valga más que la franqueza?... Y así reflexionaba Laurita, apoyada en el barandal de su ventana, cuando, rauda, viene el automóvil que conduce a su amado. En vez de esconderse tímidamente, como en otras ocasiones, recoge ruborosa las serpentinas y las flores que, por ser el 21 de Abril, dedicála su pretendiente. La tristeza desaparece. Ella ríe. Hay armonía y ventura. ¿Qué bello es el Corso de Flores! Ella se decide a unirse a él; ensimismada y creyente, pretende reducir al radil a la oveja descarriada. ¡Amor, amor! Eres milagrero y poderoso. Y llegan las esperadas fiestas, llega el 21 de Abril y hay música, rosas, claveles y violetas. Laurita **la beata, la melancólica y la linda**,—también se alegra. ¡Es proclamada Reina, se le ofrece el premio de hermosura!... ¡Historietas de amor que nos trae el expansivo 21 de Abril!

*

¿En dónde estamos? En la plaza de San Francisco, en la cual, según la tradición, surge un farol de luz mortecina en las noches oscuras, y, volando, persigue y arremete a quien, tuante, beodo o altanero, recorre la ciudad. Lo vieron muchos; de ello dan santo y seña y juran y rejurán todas las dueñas. Los niños, lo sueñan; los viejos lo comentan, a veces con sonrisa incrédula y otras con sardónica credulidad.

Atravesamos luego la plaza de San Alfonso. Aquí se ve una acquia, con un puente cerca a la fachada de la iglesia. De la lóbrega concavidad de este puente, al tenebroso golpe de las doce de la noche, sale una osbeta mujer enlutada. A

esta mujer, llamada **la Viuda**, fácil de conquistarla en apariencia, la requieren de amores los enamorados, siguen sus pasos, porque es coquetona, y, al cruzar una esquina, se descubre la manta que la oculta el rostro, y entonces asoma una horrible calavera, un esqueleto cuyos huesos crujen siniestramente...

Vamos al **Aljibe**, situado en la calle Magdalena Dávalos, al comienzo de la Primera Constituyente. De allí aparece—y dicen los antiguos que a ellos les consta—el **Descabezado**, que es, según lo indica el vocablo, un hombre sin cabeza. Y este ente medroso, también avanzada la noche, cabalga en un brioso y ligero corcel negro, negro como las tinieblas, pavoroso como todo lo sobrenatural. Corre velozmente de un extremo al otro de la ciudad, y se encamina hacia el vecino pueblo de San Luis, perdiéndose en la carretera y sembrando por doquier terror y espanto.

¿Son almas en pena? ¿Duendes del pasado? ¿Fantasmas del presente? Son, en verdad, las curiosas y queridas tradiciones y leyendas de la nueva ciudad, que, sin duda, fueron trasladadas acá de la vieja Riobamba, por los sobrevivientes del terremoto. Pero conviene que no lo ignoren los empedernidos trasnochadores, ya que en alguna de sus aventuras y orgías nocturnales, de improviso, pueden ser sorprendidos por el **Furol**, la **Viuda** o el **Descabezado**, que acuden presurosos a pedirles cuentas de idilios ilícitos o del dinero perdido al juego o malgastado en borracheras, en menoscabo del pan de sus hogares. ¿Cuentos? Cuentos, sí, que servirían de preciosos argumentos a la americana e inspira la pluma de un Ricardo Palma. Y, en espera del hábil narrador, es preciso que, con todos los numerosos detalles, no se pierdan en el olvido, eterno sepulcro de tantas cosas bellas.

*

El 21 de Abril es el prodigioso tafismán que acopla, en un solo abrazo, a los hombres de un mismo origen, sujetos a las mismas leyes y cobijados por el mismo cielo, por este transparente cielo ecuatorial, regio techo de solas, estrellas, lunas, cometas, nubes y fulgores que, en gala de sublimidad, más que en otras regiones, brillan y lucen sobre esta pródiga porción de los Andes, de profundos valles y florestas, de altísimas cordilleras y nevados, imponentes atalayas de cóndores que escudriñan el vasto continente.

La extensa provincia del Chimborazo, cuya capital y cerebro es Riobamba, festeja alborozada su efemérides gloriosa. Flores, muchas flores, medallas de oro como premios, música, poesías, bailes, risas, cantos, juegos y buen humor, en tributo de recuerdo, admiración y gratitud a los héroes... en señal de altivez de sus hijos.

Por cada extremo de la ciudad hay una recta y plana carretera, que son arterias de creciente tráfico humano, conducentes a los próximos pueblos y cantones, pintorescos verjeles de paseo o prósperos centros de industria y comercio.

Automóviles, cargados de ramilletes de gente joven y alegre, van a Chambo, cruzando, en una cuenca de verdor y rápidas pendientes, la caudalosa acequia de la actual planta de luz eléctrica y el puente del torrencioso río del propio nombre de Chambo. Allá les esperan opíparos platos de algún potaje nacional y la confortante cidra de jora; allá se presencja el deportivo juego de pelota con tablas sólidas y las lidias de gallos, como en casi todos los pueblos de esta provincia, en los días domingos y festivos.

En estas excursiones, ya sean en autos o a caballo, en cualquiera dirección, se respira el exigüo aire de las campañas, contéplanse panoramas incomparables, admíranse las robustas y rosadas pantorrillas de las risueñas campesinas, óyense los yaravíes y sanjuanés y se humedece la garganta con la sabrosa jora de cada lugar, superior, conforme se supone y lo garantiza la tabernera, a la del próximo y rival poblado.

¡Oh, memorables andanzas de vida campestre y pueblerina, siendo protagonistas de un lance de amor!...

El Cantón Guano es atractivo por sus múltiples industrias y su buen pan; por su calle **Larga** que termina casi al llegar a las tónicas aguas de los Elenes, que dieron salud a muchos postrados por el reuma; su clima es admirable, buenas sus frutas y placenteros sus cármenes. San Luis, tan cercano a la ciudad, tiene una temperatura abrigada como la de Guano, es pueblo famoso por la excelente cidra de jora que allí preparan y por sus deliciosos baños de Santa Cruz. Licto y Punín, vetustos caseríos, tienen, en sus contornos, miles de indios que les pertenecen; son mercados de provisión y del dominical tráfico y comercio. Pungalá, con la capilla de la Virgen de la Peña, cuenta con romerías y devotos; y tanto este pueblo como Chambo, Quimiag y Penipe, son cunas de gente guapa y rolliza, tienen mujeres decidoras y atractivas, y les rodean glaucos y ricos prados de valiosas dehesas ganaderas. Yarnquíes, Licán y Calpi, cual oasis en medio de dilatadas llanuras de arena, están con su cura y su iglesia, con el sonoro campanario que alogra el harrio y la campiña. San Juan es tierra de laboriosos y activos mayordomos, de bravos y arrojados viajeros y contrabandistas, que bizarramente se parangonan, estos últimos, con los del vecino pueblo de San Andrés. Cubijíes, perdido en una hondonada y a la orilla de un río, es de clima templado como San Luis y Guano; se distingue por la elaboración e industria de la cabuya. El cantón Colta posee una laguna dormida y tersa como una lámina de plata, y dis-

pone de una amplia estación ferroviaria, en donde se embarcan grandes cantidades de productos agrícolas.

Los alrededores de Riobamba son embellecidas con **chalets** y quintas. Cercana hállase la vega del Chibunga, con rincones paradisiacos. Todo pintoresco y primoroso. Todo adecuado para asiento de una futura y portentosa metrópoli americana, que rivalizará con las primeras del mundo.

Y luego, rodeando a tanta suntuosidad y magnificencia, están cual centinelas, cual diamantes en una corona de reyes, el Chimborazo, el Carihuairazo, el Tungurahua que, a veces, con el fuego y el humo, presenta matices de topacio y esmeralda, resplandores del Arco iris; el Altar, de blancos picachos, que, por las mañanas, se convierte en un inmenso cáliz de la brillante hostia el Sol; y los demás promontorios de la cordillera oriental, de diferentes alturas y formas, que nos hacen más admiradores de la maravillosa obra de la naturaleza.

El 21 de Abril unc a los hombres que habitan bajo tan peregrino cielo, en una ciudad tan agradable, en pueblos tan laboriosos. Mágica fecha: chispa que enciende la tea del patriotismo para alumbrar los destinos de las masas que, rápidamente, marchan vigorosas hacia la mete del progreso.

En la antigua y en la nueva Riobamba nacieron muchos hombres prominentes del Ecuador: el fundador de la ciudad, don José Antonio Lizarzáburu; poetas delicados, don José Orozco, los religiosos Ambrosio y Joaquín Larrea, y, luego, también de apellido Larrea, don Juan, don Benigno, don Fortunato y don Lucas; el notable historiador Juan de Velasco, cuya obra es la más importante de la República, por la remota época en que se la escribió; y un científico con diploma de honor de la Academia de ciencias de París, don Pedro Vicente Maldonado. Entre los modernos, guerreros bravos y pundonorosos, el general Bernardo Dávalos, el coronel Pedro Lizarzáburu, quien, por su brío y su carácter terco, audaz e intranigente, parece un héroe de las Cruzadas; y los caudillos Pacifico Gallegos y Octavio Mancheno, bizarros cual si fueran jefes espartanos. Escritores y periodistas, Joaquín Chiriboga, Rosendo Uquillas, Juan Chiriboga, Nicanor Larrea y Adalberto Araujo.

Destruídos los cimientos de la primitiva ciudad, el vigor y el porvenir de la estirpe riobambuña no ha sucumbido del mismo modo. Pocos de sus hijos fueron suficientes para infundirle un soplo de renuevo, de vida superior, y merced a tan constantes y titánicos esfuerzos, en espacio de un siglo, es hoy soberbia, bella entre las bellas, reina de los Andes. Su raza, vigilada por algunos apóstoles y mártires, romperá cadenas y desafiará a las carcomidas cepas del Viejo Continente.

Nuestros intelectuales, sobre todo aquellos que luchan cotidianamente en la prensa, deben guiar a las muchedumbres por el sendero del cariño ciudadano y del bien.

El periodista es bisturí y es cauterio. Con el bisturí se amputan los miembros cancerosos, se eliminan los tumores y las llagas. Hay cánceres sociales y políticos más putrefactos que los focos de bacilos y que la sangre viciada y corrompida. Con el cauterio se cauteriza no las fuentes de ponzoña carnal, sino los surtidores del veneno que es más venenoso que la estriquina: la ambición. La ambición que tiene del hambre, la bambolea, la contumacia y el servilismo.

El verdadero periodista es amor y es caridad. Se ama lo bello, porque en la belleza hay poesía. Amase la inteligencia, el talento, la ilustración, para acercarnos a la luz, alejándonos de las tinieblas, de la morada de los pobres de espíritu, de la falsía, de la ruindad.

Ruines son los ofuscados y fanáticos que hacen del periodismo el tabernáculo de la hipocresía, aquellos que engañan con máscara de bondad y mansedumbre, sólo conociendo del adulo, la vileza y el apocamiento.

Debe ser caridad el periodista, para compadecer al humilde, al débil, al perseguido por leyes absurdas, al que cae bajo la férula del tirano y del cacique.

Si la péñola es el arma del hombre pensante y libre, ésta será más cortante que la espada del mandarín y más estranguladora que la eficaz cuerda del verdugo.

Hay un rayo en cada pluma, cuando la maneja la altivez, la energía, el valor, cuando rechazamos el miedo que aniquila, la cobardía que sepulta.

Que sea el periodista un loco más de la ciudad de Locópolis, imaginada por Soiza Reilly, en donde la demencia vale más que la razón, y en donde todo loco es cuerdo y es filósofo. Una vez más, repito mi dilema favorito, concebido por aquella águila que se llamó Juan Montalvo: "Quien no tiene algo de don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes".

Es ya de noche. Circulan las mozonadas, junto con las brisas, absorbiendo el perfume de los jardines, por el parque Maldonado. Hay retreta. Hay cinematógrafo público. Al compás de la música, al desenlace de una película jocosa, ríe derisoriamente el gentío callejero. Estallan los cohetes y alumbran los juegos de bengala. ¡Es el 21 de Abril! ¡Es el glorioso pedestal de la Independencia de la República del Ecuador! Y entonces la banda militar una marcha triunfal, el loor a los próceres, en muestra vibrante de regocijo, de esta noble ciudad de Riobamba, tan gentil como heroica, tan heroica como hermosa.

*
* *

ACOTACION

Un pequeño grupo de individuos—que la República les premie—han contribuido tenazmente para celebrar en Riobamba el Centenario del 11 de Noviembre, efemérides que, según ellos, representa una grandiosidad incomparable (!!). Sólo así se admite y se dispensa tanta preponderancia y algarabía. Pero—; fatalmente!—no todos pensamos de la propia manera, tratándose de un asunto de vital importancia como éste. Era menester la acción conjunta de la colectividad para que, en milagro eucarístico de fusión, nos diéramos un fraternal abrazo, y, con sus sola trompeta, sonora y elocuente, se proclame la gesta de nuestros mayores, la sorprendente armonía de nuestra cuna y el empuje portentoso de las últimas generaciones.

No pretendo tomar la pluma y con cuatro palabras—que serían suficientes—levantar el velo que encubre la fealdad y vergüenza de ciertos hechos. La hora no es oportuna. ¿Para qué amargar el regocijo, aunque infundado y ficticio, de una población entera, a la cual yo amo y pertenezco? Al contrario, nos toca sumarnos entre los buenos ciudadanos, entusiastas por defender el nombre de Riobamba, en momentos de ostentación y pundonor. Unírnos a aquellos que, siendo herederos del patriotismo de nuestros próceres, no ven, o relusan ver, el antagonismo, la emulación y la baja de que provienen, en este pícaro mundo, muchos de los actos humanos.

El público comprenderá el verdadero origen de la fiesta de Riobamba, y apreciará la lucha que hubo de sostener por el triunfo de mis descos. Como en reparación parcial, véase a conmemorar el 11 de Noviembre—; por lo menos esto!—sacrificando, eso sí, al 21 de Abril, la fecha, por numerosos conceptos, sublime, diáfana e inmaculada, en la cual clavarón sus garras destructoras las miserables fieras de la vulgaridad, que, para nuestra mengua y desprestigio, se entronizaron en el santuario de la que fué **Ilustre Municipalidad de Riobamba**.

Estamos en la época de los Centenarios. Ninguna ciudad, por insignificante que sea, quiere quedarse sin el suyo. Con semejante precipitación, coséchanse únicamente desilusiones y desencantos. En pocos días, se aspira improvisar parques, avenidas, lápidas, exposiciones, reinas y otras grandezas y primores; se aceptan como verídicos e irrefutables los datos históricos que envíe el primer librero o ambicioso, y, explotando villanamente a todas las clases sociales, se las coloca en el ridículo, bajo la sátira y censura de propios y extraños. ¿Y se juega con el sagrado patriotismo, digno de mejor suerte?... ¡Y, por carencia de serenidad y cordura, déjase de realizar las

justas aspiraciones y necesidades de los pueblos!... ¡Y en esta forma extravagante, se corona de rosas y laurel al Error y al Desatino!... ¡Consumatum est!...

*
**

DESPOJO

EN UN LUGAR DE DESPOJO HASE TROCADO, POR
OBRA DE LA MALEVOLENCIA E INEPTITUD,
EL MUNICIPIO DE RIOBAMBA

Hay un jesuíta de apellido Heredia, hombre, al decir de las gentes, sagaz, talentoso y versado en la historia patria. Rebuscando en viejos pergaminos y en infolios polvorientos, hubo de aseverar que el 11 de Noviembre es una fecha gloriosa para Riobamba, ya que en igual día, en el año de 1820, "varios notables y patriotas riobambeños, abrazaron la causa de la Independencia".

Perfectamente. El erudito padre Heredia tendrá sus razones y documentos. Esto es lógico. Lo curioso estriba en que la Municipalidad prescindiera de su nombre, como autor del descubrimiento, y pretende, por todo medio, apropiarse de sus estudios e investigaciones.

También atrae la atención del público el empeño del Concejo por encomiar el mérito de esta efemérides, y empuñecer, empañar y olvidarse del 21 de Abril de 1822, que nos rememora la aguerreda batalla que se libró en Riobamba, y que sirvió de preludio a la del 24 de Mayo, en las faldas del Pichincha.

Afirma la **Revista Municipal** "que el Ayuntamiento **no se aventuró** a reconocer el 21 de Abril de 1822 como la **clásica efemérides** de Riobamba". Pero sí **se aventuró**, puesto que a muchos **aventureros** les agrada **aventurarse**, a despremiar y contradecir a la ciudad íntegra, la cual, espontáneamente, reconoció la importancia del 21 de Abril, victoria que selló para siempre su soberanía e independencia, ocupando una de las más bellas páginas de la historia del templo heroico. Luego, hablan de **clásica efemérides**, como si estos novísimos aniversarios, por habérselos celebrado desde épocas remotas, hubiesen llegado a ser clásicos, o talvez porque se figuran que pertenecen a la literatura o al arte de la antigüedad griega o romana.

El general Delfín B. Treviño, en su calidad de Rector del Colegio Maldonado, hizo que en el plantel de su dependencia se conmemore el 21 de Abril de 1822, interpretando el deseo de toda la ciudad y recibiendo aprobación unánime. Entonces tomó la palabra un riobambeño nato, admirador sincero de los manes de nuestros libertadores, Luis Felipe Araujo, y exento de antagonismos propios de seres despreciables, ensalzó la grandiosidad de la fecha.

Aquel mismo día, el 21 de Abril del presente año, Riobamba amaneció risueña, engalanada cual se presenta en sus mejores festividades. Banderas nacionales ostentaban casi todos los edificios públicos y privados. Las bandas del ejército entonaron el Himno Patrio y dieron retreta en el parque central, y el Jefe de Zona, en tal ocasión, mereció el aplauso y gratitud de aquel pueblo justiciero y noble, que agradece un favor y castiga un agravio. La prensa local, por una vez siquiera, tributó su homenaje de patriotismo, aunque impulsada por rivalidades y resentimientos contra el Ayuntamiento, que se mantuvo hosco, hostil y brutal, sin izar siquiera la bandera, ni iluminar la fachada—según costumbre—de la casa del Cabildo.

Fué una actitud hermosa la de Riobamba. Por impulso del sagrado patriotismo, vehemente por poseer una cefmérica de proezas legendarias, ávida por festejar el aniversario de su libertad, aceptaba las razones convincentes de la magnificencia del 21 de Abril, y, con un gesto soberano, no esperó que el Concejo, egoísta y envidioso, insinuara—cual su deber—los festejos concernientes. Y la ciudad gentil, la ciudad turbulenta y alegre, tremoló sus banderas y juntó sus flores; exhibió la belleza y donosura de sus mujeres; y una sola alma, sutil y palpitante, la conmovió, consagrándola en aras del recuerdo, de la heroicidad, del amor y del ensueño. . .

¿Por qué tan nefando procedimiento de parte de ese Cabildo? Por un motivo único: porque el autor de estas líneas, a semejanza del jesuita Heredia, y mucho antes que éste proyectara tal estudio, hojeó vetustos folios y desempolvó preteridos archivos, y, en síntesis de sus investigaciones, descubrió que el 21 de Abril de 1822 era una fecha excelsa, digna hermana de las más legendarias del Ecuador. Y al alcance de su pluma, laboró tesoneramente para que no permanezca oculta y sea solemnizada con fastuosidad. Delito fué éste imperdonable para los incipientes ediles. Rehusaron todo insinuación, pareciéndoles imposible la autenticidad de la batalla del 21 de Abril.

Toda idea rara y nueva es combatida y discutida, no obstante que sea sensata, y todo iniciador es blanco de la protervia de los espíritus incultos y depravados.

Para anatematizar a mis adversarios, publiqué un folleto intitulado **21 de Abril**. A manera de preámbulo, les dije que el

Concejo "estaba formado por elementos híbridos y exóticos"; que, siendo así, no era insólito negarse a patrocinar los festejos de tan propicio aniversario. Segundo delito que no pueden perdonarme, puesto que las generosidades e hidalguías no son las cualidades que les caracteriza, y no son capaces de reconocer un error.

Entonces el Cabildo procuró menospreciar el 21 de Abril de 1822, y, en consecuencia, a los manes de Sucre, Lavalle e Ibarra; al valeroso escuadrón de boleros argentinos, que se cubrió de gloria en aquella jornada; a los soldados peruanos, que brindaron su contingente a la causa de nuestra independencia; y, finalmente, a todos nuestros patriotas, que con su sangre prócer nos legaron Patria y Libertad.

Yo he juzgado a esta fecha, entre otras razones más poderosas, como propicia para Riobamba, porque nos llega, cual si fuese solicitada, en el mejor tiempo, en el primaveral mes de Abril, cuando la ciudad está llena de huéspedes costños, sin vientos fuertes, sin polvaredas, con muchas flores en los jardines y muchas ilusiones en las almas...

En tanto que el 11 de Noviembre, la efemérides de reciente nacimiento, viene en Otoño, cuando "las hojas caen y los pájaros vuelan"; durante el mes de las ventiscas, del despecho y del desconsuelo...

Son consideraciones de valor intrínseco, que influyen poderosamente en el ánimo de un pueblo, para el éxito o fracaso de una festividad.

Por lo demás, soy el primero en felicitar al padre Heredia por sus estudios fructíferos, empero de haber proporcionado al Ayuntamiento un medio de vengarse de supuestos delitos y de convertirse en usurpador, privando de méritos a mi 21 de Abril, que, pese a tantos liliputienses, será siempre una efemérides grandiosa, conservando la fuerza de ser la primeramente descubierta, por quien con anticipación de algunos años se dedicó a hojear viejos infolios, para ofrecer a Riobamba un día de alegrías y recuerdos...

Pero espero que no se irán presentando más fechas memorables, ya que, a éste paso, todo el año, a toda hora, estaremos engalanados y en perpetua fiesta...

*
**

LA HISTORIA

La grandeza de los pueblos se demuestra más elocuentemente en los triunfos del entendimiento que en las conquistas de la materia.

Las pirámides de Egipto, sin la leyenda que las circuye, no tuvieron trascendental importancia.

Hasta las moles volcánicas se nos presentan con mayor esplendor cuando les acompaña el recuerdo de algún notable acontecimiento.

Al surcar los mares, el agua parece que no fuera la misma, cuando se nos cuenta que en tal o cual paraje se hundieron naves cargadas de tesoros o se trabaron reñidas contiendas marinas.

Las cosas hablan muy poco por su aspecto físico.

El alma, el sentimiento, la sustancia, es decir, la Historia, es el compendio de todo lo infinito, lo profundo y lo sublime.

Riobamba, sin Historia, no sería luminosa, aunque suntuosos edificios se destacaran por doquiera.

Muros, torres, postes, plazas, arboledas, sólo dan una idea de un conglomerado inerte, tosco e insensible.

Pero si en una plaza se levanta un monumento, ya su aspecto se transforma, adquiriendo destellos de vida y de poderío.

Y, en esta última época, al sorprendente desarrollo material de Riobamba se añade, felizmente, el progreso histórico e intelectual, siendo por eso su avance completo y decisivo.

Por el un lado, llegan las locomotoras y el agua potable; por el otro, se proclama la magnitud histórica del 21 de Abril y del 11 de Noviembre.

No somos ya los hijos de una ciudad de calles, parques y casas solamente: somos ahora los habitantes de una urbe de sublimes páginas inmortales.

Cuando un viajero ponga sus plantas en nuestro suelo, no le hablaremos únicamente de la formación rápida y sorprendente de la nueva Riobamba, sino también habremos de explicarle el significado pródigo de la Pirámide al 21 de Abril, con su escudo de la Gran Colombia, que es el escudo que simboliza a Bolívar, el Genio de la Guerra; con las placas en bronce de Sucre, la figura más simpática y atractiva de la Independencia; de Ibarra, el compañero inseparable y fiel del Libertador; y de Lavalle, el intrépido llanero argentino que en pos de las batallas y en pos de la libertad, atravesó nuestra América, dejando por todas partes la memoria de su heroísmo y de sus proezas.

A quien nos visite, le diremos que aquí se dieron cita los luchadores de diferentes y lejanos países, todos persiguiendo el mismo ideal, la Independencia de la Gran Patria Americana, para escribir con caracteres indelebles la más bella acción de armas que registra nuestra Historia.

Quienquiera que estudie la psicología del pueblo riobambeño, descubrirá en cada uno de sus habitantes una fuerza poderosa que constituye cada individualidad.

Nadie aquí se erce inferior a otro, y en esta creencia se funda el orgullo riobambeño, y este orgullo colectivo, en lugar de ser desfavorable, es benéfico y avasallador.

El esfuerzo individual ha producido grandes hombres y grandes obras.

Cuando un ciudadano edifica una mansión suntuosa, inmediatamente despierta el estímulo y otro ciudadano emprende en un edificio superior.

Es así como se ha ido formando, en el corto espacio de un siglo y pocos años, la ciudad que se extiende al pie del imponente Chimborazo, rey de los Andes.

Es así como han surgido, para ocupar puestos prominentes, muchos de nuestros hombres.

Entre los historiadores, nos enorgullecemos de que sea riobambeño el padre Velasco; entre los ilustres fundadores de ciudades ecuatorianas, se halla en primera línea nuestro don José Antonio Lizaraburu, aquel carácter de hierro, aquel cerebro privilegiado, que con una constancia digna de ejemplo, obtuvo que no desapareciera el nombre y los anales de la antigua Riobamba, trazando la nueva villa en un lugar apropiado para que, con el transcurso del tiempo, desafiase en hermosura y prosperidad a sus ciudades hermanas, mayores y vetustas; entre los guerreros, ninguna ciudad como ésta puede presentar una nómina más completa y más gloriosa, y para nuestra, basta pronunciar los nombres del general Víctor Proaño, del general Bernardo Dávalos y del coronel Pedro Lizaraburu; entre los literatos y poetas, contamos con los Orozcos, los Larreas, los Chiribogas, los Uquillas y otros más; y, para terminar de engastar los diamantes de esta corona de palmas y laureles que adorna a la Sultana de los Andes, colocaremos, entre los próceres de nuestra Independencia, a don Diego Donoso y a don Juan Bernardo de León, y, entre las eminencias científicas de nuestro país, a don Pedro Vicente Maldonado.

En cuanto a las Fiestas Patrias, no hemos querido los riobambeños quedarnos relegados al olvido sin proclamar y festejar efemérides notables que sean propias nuestras, ya por la iniciativa, ya porque rememoran acontecimientos magnos que tuvieron lugar en Riobamba, y por eso, nuestro regocijo se expande al celebrar el 21 de Abril y el 11 de Noviembre.

Esta ciudad, noble, viril y gallarda, no puede jamás hallarse en inferiores condiciones que otras ciudades ecuatorianas.

Nuestras aspiraciones son inmensas, como es inmenso el azul de nuestro cielo y el horizonte de nuestro valle.

Nuestro empuje es formidable, como es formidable la lava de las erupciones del Tungurahua, que infunde bríos, serenidad y constancia.

Y la Municipalidad de Riobamba, regresando a su deber y en su afán de no dejar pasar inadvertida esta fecha sagrada y querida, ha puesto su contingente, de año en año, para que su celebración resulte esplendorosa, y para que cada día se vaya arraigando más profundamente en el corazón de los patriotas, el recuerdo de sus hazañas memorables y los nombres de sus hijos preclaros.

*
* *

OSCILACIONES

¡21 DE ABRIL DE 1822!—¡21 DE ABRIL DE 1929!

Un siglo y pocos años desde el día de nuestra independencia.

Y algunos años há más de un siglo desde que don José Antonio Lizaraburu fundó esta nueva Riobamba en aqueste valle extenso, a las plantas del Chimborazo.

Recién daba señales de existencia cuando sus hijos, siempre rebeldes, acogieron entusiasmados la causa de la libertad, y su suelo fué teatro de una espléndida victoria de las armas republicanas.

Podemos afirmar que Riobamba desde su origen, desde su cuna, se amamantó en las recias contiendas emancipadoras, y que talvez por ello su espíritu es guerrillero e impetuoso, habiendo conservado este sello, de etapa en etapa, hasta los presentes tiempos en que nosotros vivimos.

Ciudad orgullosa y rebelde: ciudad de moradores fuertes y batalladores: ciudad casi intransigente, por su voluntarioso temperamento.

En el Ecuador, empero de su juventud, figura entre las primeras ciudades, que remontan su historia a épocas lejanas.

En América, es exponente de la fecundidad asombrosa de sus tierras vírgenes, en donde, en escasos lustros, surgen, como por ensalmo o conjuro, calles, plazas, parques, iglesias, cuarteles y razas.

¿El 21 de Abril? ¡Efemérides digna de pasar a la posteridad!

Para aquilatar su mérito, opusieron ante élla el 11 de Noviembre de 1820, cual la fecha en que Riobamba se uniera

a la campaña de la Independencia, cuando, en verdad, abrazó tan noble ideal muchos años antes, casi al unsono con Quito, el 13 de Agosto de 1809.

Luego, aparecieron rancios tricornos y viejos infolios que atestiguaron la poca valía del 11 de Noviembre; proclamado como día magno y clásico por el Padre Heredia y por el Cabildo de 1920, que celebró aquel centenario entre palmas y vitores.

Hasta el nombre que nos honra de **batalla de Riobamba**, fué adulterado y sustituido por el de **batalla de Tapi**, que nada rememora ni celebra.

Y quedó incólume, altanero, sublime, el 21 de Abril, fecha en que se libertó este jirón de suelo ecuatoriano, haciendo factible el 24 de Mayo de 1822, en las faldas del Pichincha, un mes más tarde, en donde, por fin, se coronó la autonomía de nuestra patria.

El 21 de Abril tiene ya su monumento, sobre la cima de una legendaria colina que domina a esta población, y por la cual los patriotas atravesaron combatiendo cuerpo a cuerpo, escribiendo con sangre, matizada con destellos de gloria, esta bella página de la epopeya americana.

Falta, eso sí, en nuestra pirámide conmemorativa, una placa—no sabemos en este momento si de mármol o de bronce—que envié a obsequiarnos el gobierno de la Argentina hace poco tiempo, y que según el deseo del país donante debía incrustársela en el granito de nuestro monumento.

Pero—¡oh destino!—pasó por Riobamba, la ciudad del 21 de Abril, y fué a reposar en Quito, la capital, engalanando otro pedestal, quizá más mármóreo, pero con seguridad menos apropiado para recibir el recuerdo de nuestros hermanos del Plata, quienes con Lavalle estuvieron elocuentemente representados en la estupenda jornada de Riobamba.

Al cabo de un siglo y siete años, de humilde villorrio, construido con los vestigios de un terremoto, merced a la dirección de Lizaraburu, háse trocado en un emporio de habitantes y de progreso esta ciudad que mora custodiada por centinelas volcánicas, siempre encofados de blanco con sus nieves perennes.

De los escombros antiguos, sepultados aún a algunas leguas de distancia, se yergue inmortal don Juan de Velasco, el primer historiador ecuatoriano, reclamando su sitio en la nueva Riobamba, junto a sus conciudadanos que emigraron a mejores climas y bajo otros cielos, y que, ingratos, le olvidaron por más de cien años, no obstante que él, desde el rancio y destruido regazo, supo infundirles ejemplo de estudio y fama.

Otro personaje, don Pedro Maldonado, que no se le compara al primero por ningún concepto, ya tiene los honores de una estatua.

Con más fundamento, requieren un pedestal don José Antonio Lizaraburu, el fundador, y este preclaro don Juan de Velasco.

Pero ya se vislumbra la era de las reparaciones: disponemos de parques suficientes para cada uno de nuestros grandes hombres...

La ceca riobambena fructifica, especialmente, en la Capital de la república.

Allá se han ido familias enteras...

Allá figuran, entre la flor y crema social, los sonoros y castizos apellidos de nuestra tierra.

Hemos ofrendado un precioso contingente de nobleza a otras ciudades.

¿Qué significa? Que aquí es la cuna de escudos y pergaminos ilustres; que nuestro suelo brinda y posee savia fecunda, sana y renovadora.

Esperemos, sin embargo, que los hijos de Riobamba, rodeados de comodidades y garantías para vivir, vayan arraigándose en el terruño, sin ambicionar otros horizontes, puesto que bajo este cielo dilatado, sobre este valle rico y extenso, pueden multiplicarse y formar una de las más populosas ciudades del continente descubierto por Colón.

Ciudad del porvenir. Perímetro de la batalla de Riobamba. Cuna del 21 de Abril. Tierra bendita de nuestra raza. Ciudad altiva, orgullosa, viril, casi intransigente, regazo de Lizaraburu y Velasco. Cofre de palo de sándalo que guarda los versos de Luz Elisa Borja, la poetisa niña, la artista precoz, fecunda y múltiple. ¡Ciudad de nuestra vida y recuerdos! ¡Salud!

Insensiblemente, por tus calles rectilíneas, caminamos hacia el epítelo común: la tumba.

Hacemos votos porque las generaciones venideras, en tu seno, no hallen el reproche de una madrastra, sino el cariño amantísimo de los genitores.

¡Sednos maternal y propicia! ¡Riobamba, salud!...

*
**

LA FIESTA DEL TRABAJO.—1º DE MAYO (*)

Es éste uno de los días mejores del año, porque en él se celebra el triunfo de los músculos y del cerebro; y se prolonga y se estrecha el abrazo entre toda la humanidad; y se difunde los principios de reparación y de justicia; y se enaltece al hombre que extrae, labra y pule la materia, arrancando de las cosas la sustancia, la verdad; y se considera, con sobrada razón, que son gotas de nobleza las gotas de sudor, puesto que los preferidos títulos de un hombre son los que emanan de la constancia, la abnegación, la laboriosidad y la honradez.

¡Pero jamás se abuse de la clase obrera para fines distanciados de la senda rectilínea que ellos se han trazado!

Entre nosotros, el obrero es nervio, acción, cumplimiento, pundonor; todavía no se ha extraviado por falsas doctrinas; aún no ha sido explotado, como en otros lugares, para que sirva de instrumento de bastardas ambiciones y de pedestal de ídolos ingratos; el obrero nuestro sirve de norma de buena conducta, y nunca mano aleve pretenda trocar sus risas en lágrimas y su libertad en cautiverio.

Y es preferible este obrero sencillo, parco e ingenuo, a los obreros de otras ciudades, rebeldes, holgazanes, volubles, de corazón duro y alma envenenada; llenos de odio para con sus propios compañeros; con anhelos desmedidos y vanos; con tendencias anárquicas y destructoras; con procedimientos nocivos, que son el preludio de ruina y de pobreza.

Enorme responsabilidad tienen los conductores de las masas populares: ellos deben enderezar los actos de quienes han menester de un consejo, mas nunca impulsarles por los abismos de causas inadecuadas al ambiente en que viven consagrados a sus familias, a sus obligaciones y a la conquista del pan cotidiano, merced al sudor que ennoblece y redime, alejándoles del camino de venganzas, quimeras y abrojos.

Celebremos la Fiesta del Trabajo dando la mano leal y amiga al obrero riobambesño, tan digno de estimación, afecto y comercio; que constituye el testimonio más elocuente del adelanto de nuestra ciudad; que es la savia, la fuerza, la coraza de la patria en la hora del peligro y del honor.

Junto con las flores de mayo viene este día del obrero, que es un poema de vigor y de belleza: ¡rosas, claveles y jazmines, por un lado; por el ótro, músculos, nervios, perseverancia y victoria!

(*) Frases pronunciadas por el autor cuando estuvo de presidente del I. Cabildo de Riobamba, en la sesión solemne que conmemoró el 1º de Mayo, en 1923.

De la tierra brota un canto a la vida, y el hombre le responde con otro canto, tan sublime como el primero: ¡un himno de amor y de fraternidad a la sombra del árbol de la lucha y del trabajo!

Acatemos los dictados del Destino; pero el rico, sea rico en nobles sentimientos más que en cuantiosos caudales; y el pobre sea pobre en fortuna y nunca pobre de espíritu, para todos unidos conquistar el reino del progreso y colocar a nuestra ciudad, dentro de poco, entre las primeras de América, *por su empuje y renombre, por su sercnicidad y su altivez.*

Sus hijos que sean de acero, como lo es el yunque y las masas de sus talleres; que sepan escalar las alturas, como suelen escalar los cóndores andinos; y que sean de inteligencia diáfana, como es diáfano el horizonte riobambeño.

Y este Ayuntamiento se siente complacido al recordar los méritos de tan bizarra pléyade de soldados del trabajo, porque es un deber estimular y rendir homenaje a todo lo grande y a todo lo bueno.

*
* *

NO ES UN CAPRICHIO (*)

No es un capricho, basado en el triunfo sobre una ridícula oposición, lo que me anima a desempeñar el cargo de gobernador.

No puedo considerar que merezca importancia los últimos estertores de la "política profesional".

Como el naufrago que zozobra y apela a cualquier recurso para no sucumbir, así la vieja política, en medio de su agonía, implora; pero, como su enfermedad es virulenta, nadie se acerca a ella, temerosos de contagio y sin esperanzas de resurgimiento.

Aquella ponzoña que todavía destilan los espíritus pequeños, sólo son residuos de pretéritas ineptitudes y confirma el estado de incultura y bajeza a que habíamos llegado.

Dentro del concepto de **viejos políticos** no interviene la edad de las personas. Hay ancianos de intelecto vigoroso y corazón de niño, de puros antecedentes y acrisoladas reputaciones, que, por donde pasaran, han ido trazando una estela de pundonor. Así como hay jóvenes que han abandonado las normas éticas y jurídicas, para, por encima de éstas, arriesgar-

(*) Conceptos emitidos por el autor al posesionarse por corto tiempo del cargo de gobernador, como consecuencia del éxito de la revolución de 1925.

se por los sistemas rechazados e incapaces del antiguo régimen.

Si en vez de depuración y de reforma, fuéramos a estancarnos o retrogradar, siguiendo la ruta del pasado desgobierno, sujetos a los abusos e inmoralidades que se están exhibiendo y que han azotado a la república tanto tiempo, **entonces mejor sería la muerte**, porque mientras haya un hábito de existencia, todo hombre, todo país, si no está inconsciente, propende a su evolución y mejoramiento.

La situación actual exige que los funcionarios públicos se despojen de pasiones y venganzas, para presenciando de nimiedades y pequeñeces acatar ciegamente el imperio del orden, de la justicia y de la ley.

Pero, a la vez, es necesario súbugar con energía todo conato de reacción e impedir que muchos ciudadanos en lugar de dedicarse al trabajo independiente, honrado y remunerador, sólo aspiren a la holganza y a disipar el tiempo con la maledicencia, que ya se ha vuelto un mal crónico en nuestro suelo.

Según Gustavo Le Bon, "el mundo, transformado por el progreso de la ciencia, únicamente puede progresar bajo la influencia de las minorías selectas". Esta es sin duda la causa de las dificultades que ha presentado la implantación de las dictaduras del proletariado sobre las de los reyes y omnímodos sistemas caducos y combatidos.

Y continúa: "El ideal socialista intenta acaparar la dirección de los pueblos; pero extraño a las leyes fundamentales de la psicología y de la política, encuentra barreras que las voluntades no pueden salvar".

Por eso, en las actuales circunstancias del país, no conviene que por un prurito de novedad y acaparamiento de las diversas atribuciones, llegue a ser imposible el éxito ya sea de una administración seccional, ya sea de las funciones de la Junta Suprema de Gobierno, encargada de velar por la suerte de la república. Todos, dentro del margen que les corresponde, deben ser poderosos factores del resurgimiento, mas nunca obstáculos para la victoria de los ideales de la transformación de la memorable noche del 9 de Julio.

Voy a laborar tesoneramente en el cargo que se me confía, al alcance de mis facultades, haciendo sacrificio de mis intereses y tranquilidad personal. Acndo, como buen ecuatoriano, a la llamada de la patria y al cumplimiento del deber. Y si en breve o más tarde, a cualquier hora, se truncan las justas aspiraciones de la nación, volveré a mi vida privada contento y satisfecho de haber agotado, en su beneficio, mis esfuerzos y mis sanos propósitos.

Aquellos quienes, con derecho o sin él, ambicionen ocupar este cargo, no juzguen que vaya a retenerlo largo tiempo. Pronto se les brindará la oportunidad de sustituirme y de

hacer gala de sus competencias, puesto que yo detesto la empleomanía.

Espero que para esta extensa y hermosa provincia transcurrirá una era de laboriosidad y honradez, todos sus habitantes prestando su decidido y eficaz apoyo en esta cruzada de progreso y sin desfallecer cobardemente ante los problemas de la patria.

Juntos todos marchemos siempre adelante; nunca hacia atrás, a donde, aunque se quiera, es imposible volver.

Las revoluciones generalmente no exigen que se dispare un solo tiro ni que se derrame una gota de sangre... Aquellos son los golpes rudos y crueles de la audacia. Estas otras son las revoluciones del pensamiento y de la razón, más eficaces y más modernas que las que ayer inundaban de sangre y lágrimas todo el territorio de una patria... ¡y de sangre hermana, y lágrimas propias y doblemente sentidas!...

Y por hoy, señores, basta de palabras, y a trabajar, esperando la cooperación general y el éxito de las buenas intenciones.

*
* *

DESPUES DE CUMPLIDO EL DEBER

Palabras de ofrecimiento y esperanza pronuncié, ante los ministros de la Corte Superior y ante mis conciudadanos, al posesionarme de la gobernación de esta provincia.

Recuerdo que dije, entre diversas declaraciones: "Voy a laborar tesoñeramente en el cargo que se me confiara, al alcance de mis facultades, haciendo sacrificio de mis intereses y tranquilidad personal. Acudo, como buen ecuatoriano, a la llamada de la patria. Y si en breve o más tarde, a cualquier hora, se truncan las buenas intenciones, volveré a mi vida privada contento y satisfecho de haber agotado, en su beneficio, mis esfuerzos y mis sanos propósitos. Aquellos quicues, con derecho o sin él, ambicionen ocupar este cargo, no juzguen que vaya a retenerlo largo tiempo. Pronto se les brindará la oportunidad de sustituirme y de hacer gala de sus competencias, puesto que yo detesto la empleomanía".

Ha sonado ya la hora de mi retiro, y al elevar sin vacilación alguna mi renuncia, en ella constaron mis fervientes votos por la prosperidad de la república, mi supremo anhelo, estando cerca o lejos de los vaivenes políticos y de las luchas despiadadas y crueles.

Son despiadadas, porque están reñidas con los sentimientos de humanidad; son crueles, por cuanto hiernen con furia salvaje y ciega.

Y, fatalmente, así es lo que entre nosotros se llama "política".

Toda acción honrada y noble queda anonadada por la victoria de pasiones personales y egoístas.

¡Que nadie surja! ¡Que nadie marque una huella de independencia! ¡Y que vuelvan, que vuelvan pronto los vicios desterrados, los antiguos hombres, los tiempos pretéritos y siempre nuevos!

Me voy; pero antes de partir esgrimo la misma péñola de rebelde y de batallador que me acompaña desde la infancia, péñola acerada y robusta, que no se rompe al soplo de un vendabal ni se doblega bajo el peso de una montaña: péñola que nace con el hombre y muere junto a él, para enaltecer una vida siendo varonil y justiciera, y para denigrarla, cuando mecánicamente quema incienso ante un ídolo o una inmensa muchedumbre todopoderosa, pero convencional, pero arbitraria...

Me voy, repito; pero al irme me acojo a la sombra protectora de la Verdad, única diosa que impera en el mundo.

Se me ha hecho una oposición sistemática, que alienta y entusiasma cuando se cuenta con el apoyo decidido de un gobierno y con la convicción de un correcto proceder propio; y que, en cambio, vence cuando sus tentáculos, a la distancia, aprisionan el criterio de los mandatarios y colocan nubes en medio de un cielo diáfano, azul e infinito.

No se me ha concedido un momento de tregua, para consagrar mis energías, a merced de la calma, a empresas materiales de beneficio general; sin embargo, al fragor de la contienda, he sido un factor de la restauración del hospital de esta ciudad, obra de gran importancia, a la cual conviene que dediquen su atención quienes me sucedan en el puesto, dejando cada uno alguna mejora que sea un recuerdo grato para Riobamba.

Así mismo, bloqueado por doquiera, combatiendo siempre, no he descuidado al más nimio detalle de la administración provincial: municipios, juntas de fomento agrícola, autoridades inferiores, corporaciones, individuos particulares, todos, todos han sido atendidos, usando de imparcialidad absoluta; a los despachos ministeriales he servido con la mayor acuosidad y exactitud; en informes, en consultas, mi opinión ha sido rectilínea; y sin desmayos ni claudicaciones, he arribado al fin de mi misión complacido de haber cooperado en el aseguramiento de la paz y tranquilidad públicas y a la evolución del país.

¿Y cómo se me ha intrigado? ¿Cómo se me ha combatido? Con armas vedadas; con procedimientos indecorosos; apelando al engaño, a la diatriba, a la calumnia.

Y a estos medios, a semejantes artimañas, aquí se denomina "política".

Y amparados de la "política" se ataca al compañero, se injuria al hermano, se asesina al prójimo, se repudia al ciudadano y se siembra, en el pueblo, la simiente del desgo-bierno y del error, aniquilando la razón y entronizando fal-sos, falsísimos valores.

Con gruesos caracteres, en los diarios han hecho publi-car la sensacional noticia de que he coartado la libertad de imprenta.

¡Decir que yo coarto esta libertad cuando he sido idóla-tra de todas las libertades, especialmente de la prensa, a la que he defendido con denuedo!

Y, finalmente, al autor de mis días le han acerbillado por humillarme a mí; a él le han perseguido con venganza y saña, para arruinarlo, arruinando a su hijo a la vez; si no han herido al padre, al hijo, y si no a éste, al anterior; que sufra el hijo por el padre y viceversa; pero que, de cualquier manera, yo abandono el campo, porque, para mis opositores, soy un estorbo, un inconveniente.

¡Ah, odiosidad tan inmensurable! ¡Ah, venganza tan pro-funda!...

¿Por qué? Porque he marchado con la frente altiva por la tortuosa ruta de la vida; porque mi péñola, siempre rebel-de, no se ha postrado de hinojos ante la canalla; porque en una ciudad todavía pequeña como Riobamba, antes de alcan-zar a la plenitud de su grandeza, se necesitan víctimas propiciatorias que señalen el paso del hombre por la cáscara te-rrestre.

Ya me retiro; me voy; pero, al irme, recojo la pluma con la cual me defenderé hoy y siempre; al presentar mi renuncia, manifiesto que estoy satisfecho del deber cumplido; me separo, y al separarme de mi cargo, anhelo la prosperidad de esta pa-tria querida, luminoso faro que ilumina las mentes de quienes piensan con desinterés, caballerosidad, energía y rectitud.

*
*
*

DOS SUPREMAS FLORACIONES (*)

Unidas en mística unción, vedlas; así se encuentran estos dos ángeles de carne y hueso, estos dos capullos de rosa que

(*) En el álbum de primera comunión de las "dos supremas floraciones": María Laura y María de Jesús Arosemena Mouroy.

desde temprana edad lucen encantos y hermosuras extraordinarias.

La una, blanca como la nieve; la otra, morena, cual el oro de los trigales. Ambas, sirenas de las márgenes del Guayas, que ostentan la esbeltez de la palmera, el aroma del jazmín y el dulzor de la caña de azúcar.

Vuestra piedad y religiosidad aumentan vuestra gracia y donosura.

Vuestras plegarias son murmullos de amor; vuestra santa ingenuidad es el reflejo de la diaphanidad de vuestras almas, que, al pie del ara, despiertan a la adoración divina, primer pedáneo de la adoración humana, síntesis y compendio de la vida.

Seguid regando de perfumes y sembrando de flores vuestra senda, para embellecer este valle de lágrimas y dolores, por donde estamos atravesando sin conocer la clave de nuestros destinos.

Sed buenas, por bondad y por placer. Sed místicas y seductoras, para que cumpláis vuestra misión de querubines y de mujeres.

De vuestros perfiles brotan reflejos de aurora, con destellos de esperanza.

Modelos de madonas para los altares; serafines bajados de las regiones celestes; deas que nos abisman...

El hombre no acierta a definir si tan excelsos retallos son humanas o divinas. Son talvez vírgenes escapadas de un lienzo sublime o de algún pedestal ante el cual los creyentes, subyugados, se postran para rendirlas homenaje.

Es lo cierto, lo incalculable, que realizáis la decoración de las iglesias y el misterio de los dogmas bíblicos.

Y es la verdad que hasta los infieles otean vuestras huellas, y se aglomeran en los atrios de los templos sólo por la atracción de vuestras propias imágenes, más expresivas que las que carecen de espíritu y de luz.

Por eso, porque sois bellas y poderosas, haced el prodigio de conducir al pobre peregrino por la ruta del bien, ya que sólo la dulzura y el amor realizan estos milagros incomprendidos y frecuentes.

Dos ojos, una boca, talvez un cabello, quizá una lágrima, valen más y pueden más que cientos de sermones, disputas filosóficas y consejos disonantes.

Por tanto, en vuestras manos—; oh radiantes capullos de rosa!—, está la suerte del humano peregrino...

*
**

LA DAMA MISTERIOSA

Quizás estuvo de interna en algún convento de monjas. O sin duda, una institutriz particular—una aya alemana probablemente—la educó en una impenetrable residencia. ¿Quién sabe?... Lo cierto es que surgió como por conjuro y fué una chiquilla desconocida hasta entonces; y lo curioso estriba en que sigue siendo enigmática hasta hoy, no obstante que todos insistentemente la contemplanos al lado de la Reina, siendo una de las más bellas damas de su Corte de Honor.

Dicen que se llama Aurora; que nació bajo este cielo; que, en rara ocasión, algún feliz mortal la vió en una calle, o al cruzar una esquina, o por un camino o sendero pueblerino o campestre, o junto a un rosal, o bajo un ciprés o a la sombra de un eucalipto. Nadie precisa cuándo ni cómo. También yo me figuro y creo haberla hallado alguna vez. ¿Fué tras su celosía? ¿en un patio de estilo granadino? ¿en un parque? ¿en un salón cortesano? No consigo definir. ¿O fué en un sueño de color de rosa, entre hadas y princesas, con troveros y pastores?...

Iba en el carro de la Reina. Al pasar por el parque Maldonado, parecía la predilecta de Nerón, que era condenada al sacrificio en el Circo Romano por haber desdeñado a su emperador, tal fué su gesto desafiante y orgulloso. Cuando llegó a la plaza Sucre, su rostro estaba sereno, sus ojos penetraban en el espacio, y no se preocupaba de lo que la rodeaba. Estaba su cuerpo, esbelto y escultural, junto a la curiosa multitud; pero su alma moraba lejos, muy lejos, no sé en dónde. Se detuvo la procesión cívica y militar para la inauguración del parque del Centenario. Y ella seguía impávida, altanera, tranquila. Pero ¿por qué no hablaba? ¿por qué no sonreía aquella niña o mujer? Ni siquiera parpadeaba. Inmóvil, como una estatua. Serena, cual los atardeceres a orillas del Chambo. Enigmática, como el cosmos infinito. Absurda, como una negación. Y, sin embargo, bella, bellísima, como una virgen formada de nardos y azucenas, con las nieves del Chimborazo y con los fulgores del ocaso sobre la cresta del Cacha. Como una doncella de la antigua Liribumba, norma y guía de virreyes y regidores. Como la Virgen de las Peñas, incrustada sobre una roca y encima de un abismo, aturdida y acariciada por el impetuoso torrente de un río y por las brisas de Pungalá, suaves y leves, cual un beso furtivo y hondo... Sí; como aquella hermosa madona, que un genial artista, durante la soledad y el misterio, pintara en la opacidad de un peñón, para que el vulgo la sponga aparecida, y se la levanten capillas y se quemé incienso a sus plantas, a semejanza de un ídolo pagano o del Sol de los incas... Bella, bellísima, como una balada

de Muset, un delirio de yaraví criollo o como la Gioconda de Leonardo de Vinci. . .

Dama de cuento; no obstante, escribo su historia de un minuto emocional. De un momento que se esfuma como una nube, pero después de haber descargado una tempestad.

Picuso y cavilo sobre el mismo tema. A veces me persuado que soy visionario; que aquella dama no fué real; que es un mero producto de mi fantasía; y que en el carro de Su Majestad colocaron la efigie de una diosa guerrera, simbolizando el poder, la fuerza y el carácter. Una figura de cera, comprada al museo cerámico de París, en donde se confunde lo inverosímil con lo auténtico, imitando grandes personajes y posturas escultóricas y patéticas. Eso era irremediablemente. Pero no. Recuerdo que sus labios se despegaron. . . y pronunció una frase cabalística; y que sus mejillas se sonrojaron como la grana. Por tanto, vive, palpita, habla y se sonroja. Aquel pecho prominente, en donde una coraza legendaria esconde dos senos que parecen dos filigranas de Sevres, se hincha; y sus huesos sedosos, de la espesa cabellera que cubre la mórbida espalda, brilla como el matiz de los trigales y del cobre viejo, y es brillantez de salud, armonía y de oro de buena ley.

Y dicen que se llama. . . Aurora. Dicen que es una joya de gran valor. Que como la famosa custodia de Riobamba, de la cual nos refieren rancios cronicones que solían exhibirla sólo en los días de gran solemnidad católica, así, a esta humana piedra preciosa, únicamente se admira en las efemérides de gloria nacional.

En el Corso de Flores bullía de alegría y entusiasmo la juventud. Ella, pasaba en su carro regio, engalanado con las mejores flores y con un gusto aristocrático y exquisito. Pasaba serena, angusta, inconfundible, como una fiel alegoría, invocando el diamantino triunfo americano en una campal batalla, en el 21 de Abril de 1822, cuando se hizo alarde de heroísmo y se selló la libertad de este jirón de patria ecuatoriana. Y sobre su cabeza había una corona de rosas, rosas que traían a todas las flores de este pensil florido, y hacia ella iban, mezcladas con serpentinias, cintas, bombones y pedazos de corazón. . .

Llegó la noche. Asistí a la velada en el teatro Maldonado. Allí estaría la Corte de Honor. Deseaba encontrar la clave de la dama misteriosa. Y ella, nuevamente, pasó cerca de mí, y en esta oportunidad, la ofrecí un ramo de violetas. Quise librarme de mi obsesión, investigando si su terquedad tocaría a la meta, siendo, en verdad, una esfinge, una mujer anormal, que no hablaba ni sentía. Mas, he aquí, que sus labios se entreabren, como pétalos de sangre, y pronuncian levemente una frase cabalística; y su rostro se tñe de arcebol; y sus ojos se

encienden, y fulgurán y cautivan... Ya no es la diosa de la guerra. Parece el símbolo del amor...

Al día siguiente, la dama desapareció. Nadie supo avisarme en dónde vivía. Y sigo meditando si fué sueño o realidad. Dicen que se llama... Aurora; y quizá, como su nombre, fué tan sólo la aurora de un solo día; una nube misteriosa que se disipó como por ensalmo o conjaro, pero después de haber descargado una tempestad... tempestad de zozobras y filtros mágicos...

*
*
*

EL CORAZON MANANDO SANGRE

¿Sabes, niña, lo que es amor? Amor es una llama; amor es una puñalada; amor es sangre y es lágrimas. No podrás comprender lo que es amor. Yo mismo no lo sé, pero sé que te amo; de ello me percato, porque te has entrado en mi corazón, y no puedo extrañarte de allí y lanzarte al olvido, ineluctante y despiadado.

¿Talvez no será amor? ¿Será sin duda la consecuencia de cuanto yo admiro la hemmosura?—Eres bella, y amo la belleza.—¿Será, en fin, el hechizo de tus formas lo que yo adoro, tus ojos asesinos, tu rostro escultural y misterioso, o es que existe en verdad una corriente de atracción que se llama amor? Yo mismo no lo sé, pero sé que te idolatro. ¿Triunfa el corazón sobre la carne, o es la carne la que predomina sobre el corazón? ¿O yo, en ti, amo ambas cosas, tu alma, que es gemela de la mía, y tu cuerpo, poderoso magneto que me aprisiona y subyuga?...

¡Lo cierto es que pretendo desprenderme de tu recuerdo, y no me es posible!...

Tú—heroína y mártir—resolviste dejar a tu madre, pobre viejecita, único tesoro que te quedaba en la tierra. ¿Cuál el motivo? ¿Seguirme!... ¿Estabas loca talvez? ¿No vislumbrabas que, más tarde, podía abandonarte? Y sola, abandonada, adolorida, la tumba te esperaba como único descanso.

Jamás hube de engañarte. Sabías la diferencia entre amante y esposa. Te hablé del amor libre, de besos y abrazos de querida, y nunca del velo nupcial.

He buscado el enigma y dulzor de la fruta vedada; he rehusado la monotonía de los números y el vulgar sabor de la curacia obligada y fácil.

Pero hay algo que vence al amor: la reflexión. Se mide el abismo en donde vamos a caer, y, si no somos suicidas, detenemos el corcel que, dentro de nosotros, intenta romper el freno y arrancar la brida.

No abusé de tu ciega confianza en mí—¡infeliz muchacha!—para apurar de un solo trago la miel de tus labios y el fulgor de tus miradas. Mieles y fulgores que duran el espacio de un sueño. Y quedan desengaños y pesares que parecen una eternidad. Eternidad de congojas que son fontanas de lágrimas. Lágrimas secas, más crueles que el Manto que, compasivo, rueda por las mejillas, aliviando la pena que consume, aniquila y atrofia, cuando no fulmina como el rayo, repentinamente.

Tú pensabas que yo te despreciaba, que no te amaba, viéndome que me alejaba de tí. Y yo, en cambio, creía lo contrario: que te adoraba, cuando huía, dejando tras mí la dicha que sería tu infortunio. Así solemos retirarnos de la hoguera, para no quemarnos; y, para no ahogarnos, no nos caemos en el mar. Luego, sacrificamos una vida para salvar la ajena; derramamos nuestra sangre para dar sangre a quien la requiere, en nobles desprendimientos y en sublimes locuras.

Serías mía. Me dijiste que me amabas. ¿Recuerdas? Fué en aquella tarde de estío. La brisa esponjaba tu rizada melena. Hubo una pausa. Tú me hablabas. Y tus ojos, empañados de ternura, no mentían.

Serías mía... Pero yo no profanaré nunca aquel cuello alabastrino, estampando allí el beso de Judas.

Si la belleza tuya—rara y asombrosa—es la causa de mi pasión, es tu cuerpo lo que amo, y es este amor mezquino y vil. No crees una mujer baladí. Debo amar tu alma, que será hermosa, a semejanza de tu rostro angelical.

¿Después? Vendrá lo terrible, lo inaudito. Todo termina; nada es duradero. Llega el hastío. El fuego del amor se apaga, como se apaga también el fuego de un volcán. ¿Hay algo perdurable en esta vida? Y talvez me separo de tí. Los hombres somos infames. ¿Soy el primero en usar este calificativo denigrante? ¡No! Las mujeres todas nos juzgan así. No se equivocan. Luzbel es de nuestra estirpe y es Cain nuestro hermano. Don Juan Tenorio, altanero e indiscreto, perverso y audaz, pérfido e inconsecuente, fué de todas las épocas, y habita—aunque parezca paradoja—en todos los hombres. Por eso vosotras, mujeres adorables, hacéis bien en llamarnos infames. Lo malo consiste en que vosotras sois también criaturas humanas, y, en parte, os toca la injuria. ¡Es la humanidad entera la perversa y la ruin!...

Y a tí, mi dulce amiga, podía abandonarte. Antes que ser tu verdugo, seré tu víctima. Una vez siquiera vengza la razón sobre el espíritu del mal. Odiaré más tarde saber que tú, por mi culpa, estés pagando crímenes extraños, errores impropios e ignoradas perversidades. Supongo que tú ahora no eres capaz de sondear la profundidad de tu resolución. ¿Dejar a tu madrecita idolatrada! La dejas por un amor terreno, sujeto a tantos sinsabores y peligros. Ella puede sucumbir al peso de tu falta. No;

yó no seré tu aliado. Levanto la frente altiva y orgullosa, y, valerosamente, acallo las palpitaciones e ímpetus de mi corazón. Voy hacia el futuro. Quizá deploraré el haberte perdido. Ya no serás mía. Pero hay en mí algo que conforta y anima: la satisfacción de ser el protagonista de una acción heroica, en donde quedaron, hechos cendales, jirones de mi amor, fragmentos de mi vida. Me queda, imborrable, la cruel memoria de tus ojos transparentes, de tu boca de coral, de aquellos hombros tuyos, redondos, blancos y mórbidos, cual nidos de ilusiones y quimeras.

¡Triste historia la nuestra! ¡Sepulcro inclemente de tus ensueños y de los míos!...

En este mundo maldito, en donde le crucificaron a Cristo—todo bondad y mansedumbre—y clamó de hinojos la Magdalena—toda hermosura y seducción—, es un error ser ciegos y reflexivos. Aquí impera la locura: con élla somos felices, y, siendo felices, somos inícuos y despreciables; pero triunfamos en el mundo, en este grandioso manicomio de fieras humanas. La razón—¡lastimera razón!—cuando resplandece, nos hace desgraciados, y, por eso, pocos somos razonadores y sensatos. ¡Qué amarga es la cordura!... Y es nuestro planeta un caos impenetrable e incomprendido, morada de mártires oscuros y humildes apóstoles; de vírgenes pálidas y anémicas, decepcionadas y melancólicas; de mancebos desorientados; de almas errantes y vagabundas; de estertores, tragedia y muerte. Si no es así, alce el dedo quien pueda llamarse feliz.

Y te dejo para siempre, hermosa muchacha. Recibe mi amor—desesperado y cuerdo—en holocausto a tu belleza.

*
**

LA PROFUNDA TRISTEZA DE UNA VIRGEN

¿Quién será ella?... Es una dama aristocrática, hermosa y rica. Frisa en las treinta y cinco primaveras. Es de belleza anodina: esbelta, arrogante y mística; en su altivez de princesa se encuentra un perfume de claustro y un rubor de santidad monjil; es morena, con cabellera negra, pero, fijándose de cerca, parece de cutis blanco y sonrosado—metamorfosis que realza sus encantos—; y el corte de su rostro es perfecto, producto refinado del remoto cruzamiento de la sangre azul de un bravo conquistador español con la sangre escarlata de una virgen del Sol, una doncella rolliza y fecunda, legítimo fruto de la exuberante tierra americana. Y con el transcurso de los años, y con nuevas amalgamas de razas híbridas y caprichosas, resultó esta concepción acrisolada del género hu-

mano, una mujer de formas ideales, pero con el alma niquitosa del castellano y el corazón enigmático de la estirpe de Atahualpa. Su nombre es... María.

Ella entra al templo, lugar de su meditación y retraimiento. Mira a su alrededor. Nadie la escucha. Es una hora en que las naves están desiertas. Se coloca de hinojos y saca de su bolsillo de terciopelo un pequeño pañuelo de batista, y va enjugando gruesas lágrimas que, una tras otra, ruedan por sus mejillas, como si fueran las perlas del collar costoso que lleva en la garganta que se hubiera roto de improviso. Sus negros ojos grandes, sus sedenas pestañas largas, las cuencas, los hoyos, la boca de fresa, el cuello de abalastro, y hasta los senos escondidos y erectos, se humedecen paulatinamente, y se moja la seda de su corpiño, y brillan, empapadas con su llanto, que ya se ha vuelto copioso y abundante, las cuentas de su rosario, una cruz de oro y la concha del libro de oraciones...

¿Qué le pasa a María? ¿Por qué llora? ¿Por qué se desespera en silencio, sin contar sus culpas a nadie? ¿No es ella la más feliz de las mujeres? ¿Qué le falta, si tiene carruajes, joyas y hemmosura?... ¡Ah, le falta algo, ese algo que se llama amor!... ¡Ese amor, tan insignificante, y, al propio tiempo, tan grande y poderoso que, sin él, no se puede vivir!... ¿Para qué fortuna, renombre y amistades, cuando en el corazón hay un vacío, cuando María anhela caricias adivinadas y no sentidas, y sus labios, que pueden besar, no se despegan, y sus brazos no enlazan, cuando fueron hechos para enroscarse como culebras en el cuerpo del amado?...

Haces bien en aliviar tu pena con lágrimas bienhechoras. Te queda el consuelo de llorar, lo único que te queda en el mundo. ¿Es posible que no te quede más?... ¡Desgraciadamente, es así! Vivimos en una ciudad de encencias sublimes, pero poco humanas; sabemos hablar del cielo, pero, mientras tanto, moramos en el infierno, gimiendo y clamando eternamente, condenados por el pecado de haber nacido. Tú no puedes buscar un amante, porque no quieres que el fango de la maldicencia te salpique en la frente. Y tú no puedes casarte. ¿Por qué? ¿Acaso la sociedad te repudia?...

Aquí llega la razón amarga, el cruel error de tu vida. ¡No puedes casarte, no! ¿Sabes la causa? No la ignoras; sin embargo, te avergüenza el confesarla. Yo te la diré, sincero e imprudente: tu orgullo te ha perdido. ¿Lo oyes? Es tu orgullo, tu satánico orgullo, el motivo de esta enorme fatalidad que te persigue, y que doblará tu lozanía y que, más tarde, te precipitará en la tumba, último refugio de desgraciados... de cuerpos yertos e inservibles, que un día fueron capullos de rosa y manjares apetitosos y provocativos. Eres una de las más prematuras víctimas de la tragedia de existir, no obstante que, al verte, pareces una reina, y todos te creen feliz, y por do-

quiera se repite tu nombre; ya en los versos, ya en las prosas, o en las congregaciones religiosas, o en las kermeses caritativas, o en las veladas literarias y musicales, o en las tertulias, y en los salones, por todas partes, y siempre tu nombre es acompañado de frases de admiración, de envidia y de elogio. Empero, jamás estuvo la dicha contigo, y de nada te sirven tantas riquezas y tu belleza excelsa. ¡Pobre María! Quiero obsequiarte, en testimonio de cuanto me interesas, una docena de aquellos delicados pañuelos de batista que tú tienes, para que, con ellos, enjugues aquel llanto que alivia tu honda pena, atormentadora y muda...

Eras todavía una niña. Luego la juventud encendió el color de tu tez, y deslumbrante como una diosa. Cada luna nueva, o a más esperar, cada año, algún galán enamorado te rendía pleito homenaje, humildemente solicitando tu blanca mano. Tu soberbia se exasperaba. Surgía en ti el espíritu preponderante y rebelde de tus antecesores los castellanos, unido al gesto maldiciente y vengativo del último inca, la sangre de cuya raza circula aún en tus venas. Entonces, despiadada y altanera, rehusabas toda insinuación, y despreciaste a cuantos se presentaron ante ti, brindándote amor, ese amor por el cual sollozas tan amargamente, deplorándolo como a un bien perdido.

Ahora, ya eres mujer.

Se fueron para siempre tus días abrialeños... tus sueños de virgen hermosa y mimada de la suerte, en los cuales vislumbrabas un príncipe o un millonario que, sumiso, se prostraría a tus plantas... se fueron también, y también se fueron para no volver, aquellos galanes que, imprudentes, pidieran tu blanca mano, sin saber de tus castillos de cristal, de tus príncipes y potentados... Y todo se fué y desapareció: la felicidad pocas veces llama a nuestra puerta; en cambio, la fatalidad nos abruma por doquiera. Y ahora, triste, acongojada, sientes nostalgia de los tiempos idos; te ves en el espejo, y contemplas una belleza que se despide, y sientes piedad de tus senos en flor, de tu regazo de virgen infecunda, de tus rojos labios cerrados en un esparmo de amargura... Pero no abdicas de tu orgullo. Sigues esperando al príncipe lejano, aunque ya no ignoras que nunca llegará...

Se oyen unos leves pasos en el templo solitario, en donde ella, María, exhala un suspiro y seca la última lágrima. Es un viejo fraile que se aproxima, para aconsejarla que agradezca al Todopoderoso por haberla premiado con tantos dones: riquezas, hermosura, amistades... El viejo fraile no ve, o no quiere ver, el pañuelo que destila lágrimas... una alma adolorida... unos ojos empañados... una muerta que vive o una viva que muere... una rosa cuyos pétalos se los lleva el viento... una virgen, en fin, inconsolable, llena de una tristeza infinita... una virgen que me interesa, a quien yo obsequiaré

una docena de pañuelos de batista, para que floreciera y no cesara de llorar, porque dicen que el llanto disminuye el sufrir, y, si quiera así, se alivie un tanto de la profunda herida que la precipita en la tumba y en el olvido...

*
* * *

EL BIPLANO DE LA MUERTE

La mañana estuvo diáfana, azul y transparente. Un frío intenso helaba hasta los huesos. Como un insignificante punto negro, primero; y luego cual una águila; y después de un momento, se divisaron claramente las alas de tela impermeable y la cola del avión inventado por el hombre, y se oía el impetuoso ruido de la hélice y el motor. Giorgio Peruzzi, el intrépido piloto italiano, coronaba la meta de su arriesgada travesía aérea, hundiéndose por primera vez el espacio ecuatorial, sobre las altas cordilleras andinas, y cubriéndose de fama y de gloria.

La aclamación fué estrepitosa. Así como entusiasmó Bleriot a los franceses e ingleses, hace algunos años, al salvar por primera ocasión el canal de la Mancha, igualmente Peruzzi despertó hacia él una admiración extraordinaria, entre los moradores de esta ciudad que, cual ninguna, está enclavada en medio de volcanes y cadenas compactas de montañas elevadas. Parecía que para ascender a estas altiplanicies fuese ineludible una labor de titanes, cincelando las rocas de granito, rompiendo las pirámides de arcilla, perforando los cerros, rellenando las grietas, secando los pantanos y tendiendo puentes sobre los ríos. Sólo en esta forma se construían las carreteras y los caminos de herradura y ferrocarril, por breñas y peñascos, para unir a los pueblos y ciudades de una misma patria. Sólo de esta manera se imaginaba que podía llegar el progreso y la civilización hasta el corazón de la república. Y por esta causa, sumada al prodigio que encierra en sí la conquista del aire, las masas se enardecieron de júbilo al contemplar de cerca la nave voladora, que, despreciando abismos y alturas, trepaba a las cumbres más empinadas y bajaba a los valles más cóncavos y apartados. ¡Maravilla de la ciencia! ¡Fruto auténtico del endiosado talento humano, que arranca los secretos de la naturaleza y se proclama nuevo rey de la Creación!...

Aterrizó el aviador. Fué aclamado por miles de personas. La ovación era atronadora, imponente, majestuosa... Y de la multitud palpitante y ensordecedora, salió una chiquilla ataviada de blanco, felina y dúctil. Corrió hacia él y pretendió colgársele al cuello, en un abrazo de pasión, ofuscamiento y

delirio. Pero él, inconscientemente, rebuyó la caricia, preocupándose más de la seguridad de su aparato que de aquellas manifestaciones femeninas, acostumbrado a recibir, en todos los lugares en donde él estuvo, ofrendas de mujeres, traducidas en ramilletes de flores, sonrisas, palabras de amor y, de parte de las aturdidas y vehementes, demostraciones más exageradas y prometedoras. Ella—Violeta—creyóse ofendida; supuso que Giorgio, con intención repulsiva, no aceptaba su caprichosa determinación, resumen de su constitución nerviosa e impresionable. Sintió ganas de llorar. Sintió cólera, odio y rencor. E irguiéndose como una serpiente lastimada, juró vengarse... Sentía envidia del triunfo; celos de los ojos fosforescentes de sus amigas; deseos indescifrables de entregarse rendida en sus hercúleos brazos de héroe. Quería alzarle de la muchedumbre, que sea sólo suyo... Ella misma no alcanzaba a deslindar sus pensamientos... La razón se la oscurecía... Estaba con fiebre; y templorosa, pálida, fué conducida a su casa.

Entróse en la cama y se sumió en un angustioso sopor, viendo, entre sueños, nubes y hélices, a él, a Giorgio, descortés y victorioso, rechazando su abrazo, y, enseguida, extendiendo la mano para cojer una medalla con que le premiaba el Ayuntamiento, como si un peñazo de oro valiera más que la caricia de sus brazos mórbidos y sonrosados, abiertos en un instante supremo de locura...

Violeta fué siempre una niña intranquila, voluble y absoluta. Tenía la mezcla del temperamento imperioso y enérgico de su madre, y del carácter frívolo e indolente de su padre, tipo del costañero despreocupado y acomodaticio, que enviaba a su esposa y a sus hijas al interior del país, con pretexto de buscar mejores climas, para él recuperar su antigua libertad de soltero, provocando orgías y rodeándose de amantes, como lo hizo en las lejanas y memorables épocas de su primera juventud.

Los amores de Violeta servirían de tema para la turbulenta historia de una muchacha precoz y fogosa. En tantos torneos pasionales, se acabó su corazón. Comenzó por amar de veras, y terminó por amar en broma. Por un mozo apuesto, sentía arrebatos que se los juzgaría románticos, al no conocerla íntimamente, al no saber que son los cotidianos arrebatos de su mente histérica y novelesca. Sus labios gruesos, voluptuosos y sensibles prodigaron su dulzura venenosa en las bocas sedientas de sus predilectos amigos. Era una devota del beso. Pero no pasaba de allí. Defendía como una fiera el misterio de su vida. En sus ojos de tigresa se comprendía un fuego que la devoraba en secreto; no obstante, se sobreponía, y hablaba de algo sustancial y frío, para ropeler los malos pensamientos, los dardos asesinos y el éxtasis de su alma... Y así vivía, y así era, hasta aquella mañana diáfana, cuando aterrizó Giorgio

Peruzzi en la alegre ciudad andina, en donde le acogieron efusivamente entre vítores y aplausos, al son de la "Marcha Real" de Italia y al golpe estridente de los badajos de las campanas de las iglesias.

Ella asistió a los vuelos subsiguientes, en el campo de aviación. Giorgio se encumbraba como un halcón, fugaz y sublime, y en el aire recobraba su gesto de audacia y temeridad, a nombre de la raza latina; y voltejeaba en una acrobacia macabra, hipnotizando la vista de miles de espectadores y arrancando gritos de entusiasmo y aprobación. Luego, descendía, tornando de los dominios de las aves a la cáscara terrena de los humanos. Y Violeta acudía siempre a su encuentro, y siempre la primera, con su bouquet de rosas blancas.

Giorgio Peruzzi no pudo reprimir su gratitud y emoción por más tiempo. Abrazó a Violeta y la besó en la frente. Ella casi se desmayó. El, al tocar ese cuerpo que parecía un puñado de nervios, no supo lo que hacía, en el tercer día de sus hazañas aéreas, y sin vacilar un instante, volvió al aparato, invitando a ella para recorrer el espacio. Violeta eso anhelaba. No se hizo esperar. Y la multitud estuvo muda, estupefacta, al presenciar que la niña subía y se sentaba al lado del aviador, en un pequeño hoyo, tras del motor poderoso, y que casi allí no cabían los dos, porque era "acoplano de cruz", pequeño y veloz, sólo fabricado para el manejo de un hombre. Y Giorgio dió la orden de partida. El mecánico hizo funcionar la hélice. Corrieron como una exhalación sobre el llano, y se levantaron de la superficie y se remontaron a las alturas. La muchedumbre que se hallaba atónica, estalló en un aplauso atronador y se sintió empequeñecida y humillada por la valentía de Violeta...

Volaban y volaban. Se perdieron entre las nubes.

—¡Avante! ¡Avante!—ella le gritaba, presa de fiebre destructora, deslumbrada por la velocidad y elevación. Se consideraba juguete del viento y del azar. Veía la tierra desde lejos y calificaba a la humanidad de mezquina y miserable. Se acordó, entonces, de aquel hombre que iba al lado suyo, del desaire inferido la primera vez, y recrudesció la envidia de su gloria, se exasperaron los celos... surgió nuevamente el terrible espectro de la venganza!... Había por fin llegado la hora... Y como un vampiro, se prendió en los labios del héroe. Clavó sus uñas de gata salvaje en su rostro, quitándole la gorra protectora y tirándola en el aire. El se defendía, y para defenderse, soltó el timón. Ella se abalanzó a impedir el movimiento de sus brazos. Era una lucha mitológica y desesperante. Y, en tanto, un giro rápido y brusco, inclinó el motor y la hélice hacia el suelo, y bajaron como en un aerolito, con la velocidad del rayo. Y chocaron con el choque último y mortal, sobre un promontorio de los Andes. Después, nada. Escombros. Cuerpos despedazados. Fragmentos de un biplano y

de dos vidas. ¿Qué le importaba al mundo? ; Sobre cadáveres y sobre pedazos de acero, se erigía el monumento a la Civilización y al Progreso!...

La fama, como es femenina, es voluble y poco duradera... El hombre y la mujer son inseparables, en la vida y en la muerte... en la victoria y en el fracaso... en la lucha y en la inercia...

Los restos de Violeta y Giorgio fueron sepultados juntos. Todos atribuyen este siniestro a las fuertes corrientes aéreas y a los huracanes de los Andes... Y en la tumba solitaria, alguien ha puesto esta inscripción:

**No turbéis el reposo de los cóndores andinos.
En las brumas del misterio
van ocultos sus revuelos, van unidos sus destinos,
cual en místico salterio.
Remembrando sus anhelos, cantad himnos cristalinos...**

*
* *

POMPAS VANAS

¿Qué presto olvidase el pasado del hombre!...

Este sujeto fué un pícaro redomado; aquél, un deshonesto y un hipócrita; el de acá, un libertino; y el de acullá, un mentecato...

Pero estos conceptos prevalecieron antaño. Hoy, estos mismos individuos, son dechados de honor y virtud, unos conversos, casi unos santos.

El bobo, aparece como astuto e inteligente; el intrigante y parlanchín, como hermético; el rapaz, como honrado; el haragán, como diligente; y el egoísta y avariento, como previsor y humanitario.

Cambio tan radical y opuesto obedece a una causa simple y poderosa; a la muerte.

La muerte todo lo borra e iguala. Somos polvo, y al polvo vamos. Magnates y mendigos, corren igual destino, y tanto vale, en la tumba, en la nada, el pobre residuo del uno y del otro.

Un puñado de materia que se disemina en el viento.

¿Los nombres? ¿Las reputaciones? ¿Los antecedentes? Pues algo perduran en el recuerdo humano, según las obras del arte, de la ciencia, de la filantropía, que háyase legado a la posteridad.

Los prohombres, los sabios y los genios, muchas veces sólo son personas humildes y constantes, que por medio del ca-

rácter supieron vencer a la percha, causa primordial para el desastre y fracaso de las mentes privilegiadas.

En este planeta, estos seres preclaros señalan el recorrido de la humanidad; pero, por desgracia, son tan raros, son tan pocos los de mérito auténtico e indiscutible, que no constituyen legión, cual los demás, la procesión interminable de polichinelas de carne y hueso, comunes y vulgares, que minuto a minuto, segundo a segundo, se precipitan en la muerte, en el olvido y en la nada.

Y, al propio tiempo, nacen nuevas criaturas que poblan la tierra, y ocupan los puestos de sus antecesoras, para luego también sucumbir y perecer.

Nacer, crecer, morir, y con frecuencia nacer y morir antes de crecer; y aún más, desaparecer en germen, prematuramente, como simientes infecundas y estériles, como plaga venenosa y maldecida, por el mero capricho de sus genitores, que evitan o reducen la prole, que destruyen las leyes naturales y que temen los padecimientos de la procreación y del porvenir.

Son impotentes y cobardes ante el arduo problema de la vida, de la cual se forman una opinión diferente a la que juzgó en pasados tiempos, cuando se creía que era una obligación ineludible fecundar y multiplicarse.

Hogaño auméntase el goce y el placer, desmochando las asperezas que se interponen en la ruta, persuadidos que son los hombres dueños de su albedrío, y que pueden, sin empañar las conciencias, truncar los sins, prevenir el dolor, precautelar el sufrimiento.

¿Prevenir el dolor? ¡Imposible! Nos acompaña a través de la jornada terrena y es indispensable para acercarnos al delirio y a la felicidad, compuesta de lágrimas y risas, y siempre esquiva y veleidosa, ingrata e imposible.

La poesía del dolor, tan indispensable como la poesía del placer, cuando no están amalgamadas y confundidas.

Ya nos íbamos separando del tema principal, perdidos en los vericuetos de la filosofía, cuando, otra vez, encontramos la madeja de nuestros pensamientos, recordando que quisimos tratar de las pompas vanas, de las ceremonias fúnebres, que, como algo anacrónico e inhumano, se acostumbra en estas ciudades andinas...

Fallecidos los hombres, según escribíamos al principio, todos parecen prototipos de buenas cualidades, aunque, en verdad, fueron, muchos de ellos, personas inscrupulosas.

Pero se arrepintieron antes de expirar, llamando al sacerdote que les confiese; o rehusaron, impertérritos, los auxilios postreros de la religión, con la petulancia de los espíritus fuertes, varoniles y serenos.

Es lo cierto que se deplora, aunque tarde, la desaparición del excelente padre, del esposo modelo, del hijo cariñoso, del amigo fiel o del probo y modesto ciudadano.

Doblan las campanas de los templos; plañen, inconsolables, deudos y dolientes; se prepara el catafalco en el domicilio, que luego se inunda de coronas florales, las ofrendas del vecindario.

A las pocas horas, al extinto se lo relega a la soledad, entre cirios y colgaduras fúnebres y flores y ramas y hojas de pungente olor, en un lóbrego ataúd de caprichosos tallados en fina madera.

Los parientes más cercanos preocupan del traslado, al día siguiente; la indumentaria, negra; los crespones; los rostros desencajados; la congoja latente; la farsa del sufrimiento; las pompas mundanales, que inspiran sarcasmo en medio de la tragedia, que complican y enturbian el sencillo espectáculo de la muerte.

En alguna habitación próxima, la intimidad, el recuerdo y los comentarios...

Llega el velorio, que más tiene de sainete que de drama...

¡Ah, la muerte! Este acontecimiento tan trivial y tan vulgar, que se lo reviste de tonalidades solemnes, de función a veces enternecedora, y ótras irrisoria, pero siempre espectacular y atractiva.

La muerte, el supremo desenlace de la vida; lo más tétrico e imponente; lo terrible e inevitable; lo que debía sembrar pánico y remordimiento, espanto y pesadumbre, meditación y arrepentimiento...

Sin embargo, es tal vez el único desastre que no deja la más leve huella de experiencia.

Al no ser así, no se podría luchar y vivir.

Entonces ya nadie trabajaría, adquiriendo bienestar y fortuna, que se la deja el momento menos esperado, para que otros disfruten del sudor ajeno, y de crueles privaciones y desvelos.

La existencia careciera de razón y de lógica.

Y, por eso, el hombre, de espaldas a la muerte, la cual, emperó, se halla de frente, es ciego ante su destino, y creyéndose imperecedero y eterno, forma su futuro, labra su comodidad pasajera, se sumerge en proyectos y empresas desmedidas, y, con duplicado vigor y entusiasmo, se apega a sus cosas y afectos.

Los cuatro miserables días que se vive parecen incommensurables, eternos: no se da importancia a su corta duración, se prescinde en una palabra, de nuestra persona, y, casi inconscientemente, se agacha la frente, se doblega el espinazo, y se cumple la misión sobre el mundo.

Aproximadamente, a las veinticuatro horas del fallecimiento, reúne la comitiva enlutada para el traslado del difunto.

Los sacerdotes, con sobrepelliz y casulla, salmodian latínajos y oraciones; el incensario oscila en manos del monaguí-

llo; y un sucristán levanta la cruz, símbolo de religión, fe y calvario.

Mutismo y recogimiento, al principio, posternados ante la guadaña segadora de existencias; luego, menosprecio para con la realidad, murmuración, mofa, con frecuencia, de un acto que parece imponente y trágico.

No es para menos una ceremonia que más es ridícula que lúgubre, y en la que al dolor se lo disfraza con máscara de payaso.

Asoman seis dndos, abatidos y quebrantados por la pena y el insomnio, cargando, sí, señores, nada menos que cargando el pesado cofre del muerto.

Cuando no hay parientes inmediatos, se prestan para esta faena unos cuantos amigos o almas caritativas que, impresionados y sumisos, anhelan solemnizar el espectáculo, en tributo de aprecio para el difunto o su familia.

La suntuosa carroza, halada por dos o tres parejas de caballos, de nada sirve, a no ser para que infunda ostentación y grandeza, un derroche de dinero, un apéndice ineludible y costoso, puesto que hay individuos pacientes y resignados que la sustituyen en el transporte del cadáver.

Estas acémilas humanas están convencidas de la nobleza que significa semejante esfuerzo y sacrificio, y aunque endebles y cansados, rehusan depositar la carga en el empenachado y parsimonioso carruaje.

¡Qué mejores bestias que ellos, que quizá, en esta forma inhumana, están descontando deudas, deberes y obligaciones para aquel que conducen hacia la iglesia y después hasta la tumba!...

Sigue el doble de campanas; el acompañamiento marcha lentamente...

Arriban al templo. Descansa el ataúd sobre un lúgubre y negro catafalco. Se canta el réquiem. Se espera que concluya el rito católico, monótono y largo, que causa fatiga y desaliento entre la paciente concurrencia.

Al fin, al cabo de una hora de paréntesis, vuelve la comitiva a reanudar su camino, con rumbo al cementerio.

¿Cuál la consecuencia de ceremonias tan largas y aburridas? Que los acompañantes, a la postre, en todo piensen menos en el muerto, y vituperen de la vida del prójimo, hagan alarde de ironía, comenten la última aventura y se burlen del entierro.

Hace algunos lustros, todavía era más antihigiénica y duradera la manifestación funeral. Pernoctaba el cadáver en la soledad de alguna nave del templo, alumbrado por cuatro cirios y sobre un andamio enlutado, que semejava un túmulo. A la mañana siguiente, se acordaban nuevamente de él, y asistían con mayores bríos a su conducción hasta la última morada.

Al presente, juzgan que han evolucionado, suavizándose

las costumbres, porque no reposa el cofre, durante una noche, en una iglesia, o porque en las afueras de la población se lo coloca en la carroza, para que sus transportadores no fallezcan también, en su sobrenatural empeño.

Pero nosotros, más sensatos, más humanos, no creemos del mismo modo, y continuamos persuadidos que aún es salvaje, cruel, el traslado en nuestro tiempo, ya que no se ocupa el carro funeral desde la casa del duelo, ya que se compele asistir al prolongado ceremonial religioso, en el templo, y porque a una escena sencilla y triste se la trueca en episodios jocosos y repulsivos.

Estas finales despedidas de la vida son sensacionales espectáculos públicos: paralizan las actividades ciudadanas, y todos concurren o presencian lo que más semeja un festival y un pasatiempo.

El verdadero dolor se pierde tras del llanto insincero y falso.

Muchos de los deudos que se desmayan y se consumen de sufrimiento, con semblantes pálidos y desesperados, son los primeros en danzar sobre las tumbas recientes, que no les resguarda, por el olvido de los herederos y parientes y amigos, ni siquiera una lápida o epitafio de yeso, ya que no sea de mármol, y sólo se sabe que allí descansan los muertos por las iniciales de un nombre que fué, horneado sobre una fecha en el barro reseco que cubre a los ladrillos de una bóveda.

¡Ah, qué ingrata es la humanidad!

Al que muere, tierra encima; que prosiga la fiesta interrumpida por unos momentos; que circulen las monedas que acumuló el difunto, con miles de privaciones, que con ellas se embriaguen y diviertan los explotadores de herencias, los que lograron un matrimonio de negocio, para dorar la holganza y la perversión.

¡Pobres muertos! ¡Séres anónimos después de pocos días, que nada insipan ni ofrecen, sumidos en el abandono y en la nada!...

Y para ello, tantos desvelos de los vivos, rivalidades y contiendas.

Para ello, la pompa vana y costosa de los entierros, tra-cándose hasta en caballos de carga los deudos inconsolables, que luego, como en una comedia, se arrancan los disfraces, y se regresa a la vida sin un tenue recuerdo para la muerte.

Son los hombres puñados de polvo y de indiferencia; moléculas insignificantes lanzadas sobre la tierra.

Vanidades de vanidades.

*
**

LAS VIRGENES

Mujeres jóvenes, capullos de rosa, auroras y ensueños...
Doncellas enigmáticas y seductoras; signos de interrogación en el espacio; manantiales de amor...

Damitas pulcras y remilgadas, que empuñan en la diestra una raqueta de tenis; que se muestran expansivas y machonas, y fuman cigarrillos "egipcios" y de otras marcas; que censuran las antiguallas y proclaman la emancipación del sexo femenino...

Señoritas reservadas y místicas, que asisten al sermón y al trisagio; que son miembros de cofradías y patrocinadoras de fiestas religiosas; orgullosas y fanáticas; fundadoras de sociedades de beneficencia; comentadoras incansables de otras vidas; satélites de la iglesia y del confesonario...

Chiquillas caseras y diligentes, que tienden las camas, espolvoran las estancias, guisan las comidas y zurcen las medias; pero que, como las demás, tienen anhelos indefinidos, ansias vehementes y melancolías incomprensibles...

Bandada de palomas que jngnetean en el viento; perlas, esmeraldas y topacios, regados al azar; enjambre de avejas que buscan y se posan en el cáliz de las flores...

Efluio de alegrías y sonrisas en el amanecer; lagos de nostalgias en los crepúsculos, cuando naufragan ilusiones y esperanzas...

Significando los vaivenes de la moda, ayer vestíanse con la falda corta, alta hasta la rodilla, y, a veces, hasta encima de ella; al sentarse, cruzaban las piernas, y entonces, maliciosamente, lucían los zapatos de raso, las medias de seda, las ligas de colores llamativos, y luego—; oh, descaro!—levés batistas y reconditeces.

Hoy, ha variado el escenario; el traje lo prolongan, encubriendo los íntimos secretos temerariamente exhibidos en la feria pasada; y, en cambio, desaprisionan y libertan a las redondas prominencias del busto, que cantan victoria, como fontanas de vida.

Las vírgenes de los altares—sublimes interpretaciones de la mujer—no son las doncellas que nos ocupan, sino simbólicas madonas del mundo y de los cielos, con niños en los brazos, con semblante protector y maternal, reinas esculpidas por geniales artistas en momentos de exaltación humana y divina.

Estatuas portentosas, a cuyas plantas, Jemandando compasión y auxilio, se postran, alucinadas, las almas femeniles y complicadas, que por no ser de mármol, yeso o madera, vibran, claman, sufren y aman...

Sí, aman, porque las mujeres nacieron para eso, para

amar y reproducirse, y enardecer al hombre, y acompañarlo, y atravesar, unidos, por el calvario mundanal.

Porque, finalmente, toda vida es tragedia, puesto que concluye con la consunción y la muerte.

Hay vislumbres de placer y regocijo, ráfagas de felicidad que dulcifican la existencia, para subyugarnos en la tierra—la guillotina de todos,—y hacernos idólatras de los resplandores del sol y de los fulgores de luna y estrellas, de las brisas del campo o de la turbulencia ciudadana.

Y los destellos de dicha, con frecuencia, encontramos en lo nimio, lo natural y lo sencillo, en seguir el trazo de nuestras inclinaciones, en aprovechar las facultades, en cumplir nuestra fugaz misión sobre la cáscara terrena.

Por eso, es lamentable que las vírgenes florescan y se marchiten, exhalando en vano perfumes seductores y esparciendo pétalos de ambrosía...

Conscrían el sino de ser madres: de niñas, juegan con muñecas, las arrullan y las minan; después, ya en estado de pubertad, prefieren figurillas encargadas a París, que lloran y ríen, y peles grandes, que se enfurruñan y mandan.

Hasta las que profesan en un convento, alejándose, como ellas creen, del mundo y de sus pompas y vanidades, parece que quebrantan su deber, y que no lo suplen con rezos y plegarias, fijo el pensamiento en el más allá, en lo desconocido y misterioso, cuando sus entrañas se hallan estériles e infecundas, cuando sus corazones sienten humanas ternezas, y añoran, decepcionadas y abatidas, el veneno y las dulzuras del paraíso...

¿No es verdad, monjita, la de ojos negros y profundos, que guardan, silenciosos, el espejismo de lo que vieron en días de impercedero recuerdo?...

¿No es verdad, tímida gacela, inocente enclaustrada, la que sumisa e inconsciente traspasó la reja, para luego despertar, sin remedio, ante la advocación del Dios-hombre y del Cristo-rey?...

Vírgenes que han truncado sus destinos, y que acudieron al monasterio como el mejor refugio...

Al no ser que haya vivos que sean muertos, con cuerpos entumecidos y atrofiados, con mentes ofuscadas y exentas de pasiones y rebeldías...

Sólo estas almas, sólo estos cuerpos, merecen un sepulcro en vida, y que se enfríen y vegeten como las rocas...

Las otras vírgenes, tantas y diversas, pugnan por resolver los enigmas individuales, cada una en su esfera, por opuestos caminos, recorriendo las cuentas del rosario, o en baños, té y salones, ataviadas con los últimos caprichos de la moda.

Entre ellas, hay las que esclavizan a Cupido prontamente; y las hay que dejan pasar el amor por sus puertas, pre-

tenciosas y confiadas, esperando apuestos galanes, ricos, sobrios y aristócratas, príncipes y duques, de tierras extrañas, de tiempos mejores, personajes de romance y folletín.

Las hay infortunadas, de una belleza malsana, que enloquece a los hombres, pero alejándolos del vínculo matrimonial, e infundiéndoles pasiones violentas y pasajeras, que dejan indelebles huellas de dolor.

Las hay aquellas que rompen moldes y prejuicios sociales, contrariando la voluntad de los padres, y van, ciega y valerosamente, en pos del sér amado, de cualquier condición y antecedentes, pero presto, antes que la juventud se esfume, aunque sea para después llorar con lágrimas copiosas y amargas, por haber repudiado la bendición y el consejo; o felicitarse por el éxito de la aventura, habiendo hallado un poco de deleite pese a la oposición y orgullo de quienes, en su egoísmo, no recuerdan la mocedad y el impulso de sentimientos y pasiones.

Los patriarcas quieren ricos, nobles, para sus pimpollos primorosos.

Ellos no comprenden el proceso de la raza cósmica de América, la suprema mezcla de todas las castas, y, entre nosotros, disponiendo, cual ingrediente principal, la sangre india del reino de los Incas y la de los negros importados de África...

¿Cuándo y a dónde vinieron las matronas de títulos y abolengo, procedentes de las cortes europeas, para contraer matrimonio con los aventureros y colonizadores que, durante algunos siglos, inundaron la tierra del Nuevo Mundo?...

Si por acaso llegó alguna, siguiendo a su consorte, no fueron muchas; pero, sin embargo, los flamantes nobles juzgan, preponderantes, precisamente que aquella única y remota española fué la antecesora de su familia extraordinaria.

¡Bah! ¡Nobleza de pura sangre real a estas horas, en medio de la amalgama y confusión de razas! ¡Cuando recién está surgiendo la futura copa de hombres nuevos y libres, anhelo de la perfección humana, formada en los extensos dominios de América!...

No hay más nobleza que la del talento y la del corazón.

No hay otra aristocracia que la del dinero: poderosa deidad que alumbra los destinos del mundo.

Para adquirirlo, trabajar, arrancando la sustancia, la riqueza, de estos campos pródigos y exuberantes, codiciados por el extranjero; no aspirar, vergonzosamente, a usurpar el fruto del sudor ajeno, por medio de un enlace de conveniencia y rindiendo culto a la depravación y a la holganza.

Siendo la suerte propicia, mejor; que se presente de frente, con limpieza, para que sirva de escudo de una estirpe fecunda y laboriosa, honra y prez del suelo libertado por Bolívar y Sucre.

Virgenes cuerdas, vírgenes locas, vírgenes a medias, todas, las que fuman, las que rezan, las místicas y profanas, todas decimos, son, para el sexo fuerte, inquietantes criaturas la media naranja, la Eva arrogante y tentadora, con una serpiente enroscada alrededor de sus cuerpos en flor, fuentes de vida, regazos pródigos del licor de los amores...

Pero la virginidad, a semejanza de las frutas, carga y está en sazón durante cierta época, cuando se miran las cosas al través de un prisma celeste o de color de rosa, sin nubes ni tormentas, con la placidez de un ensueño...

En dicho tiempo, hay en el ambiente un hálito de júbilo, y el oído percibe una orquesta de flautas y violines...

Lo sensible es que la primera juventud, la impetuosa y e inconsciencia no duren mucho.

Luego, la realidad y decepción tronchan los tallos prometedores, y las vírgenes se tornan ya sea más locas o más cuerdas, en una atmósfera diferente, densa, prosaica y hostil.

Son los años que van destruyendo hermosuras, y arrugando el cutis terso, y profanando, con golpes estridentes, la armonía y la calma.

¡Qué angustiosa es la espera!

No es posible escoger: bienvenido el primero que se presente.

Y si perdura un vestigio de orgullo, un rezago de ambición, todavía peor, porque es amarga la soledad y es triste examinar la propia tragedia de la vida; hay dolores morales más pungentes que los físicos; hay estertores más crueles que la misma muerte...

Nada bello contiene una lápida que reze así: **Aquí yace una solterona.**

¡Virgen mustia, que no se compadeció de ella misma!...

¿Vino tal vez al mundo para beberse sus lágrimas, aparentando alegría?...

¡Ah, la honra, las conveniencias, la nobleza!...

No sabemos de cuál compadecemos más, si de la damisela que se lanza desenfrenada en medio del arroyo, o de aquella que sufre y calla, que oculta sus ansias, que refréna el corcel que guarda en su pecho, y que termina por domarlo, en una lucha cruel y fatal.

Vidas estériles e incomprendidas, dentro del marco del honor.

Virgenes en quienes no obra un milagro el Espíritu Santo, y cuyas elgias, en consecuencia, no se elevan en los altares, para conceder mercedes y limosnas de amor entre siervos y creyentes.

Es que ya nadie las rinde pleitesía.

¡Pobres vírgenes cuerdas, místicas y santas!

¡Aunque la tranquilidad pregonen, son las más desdichadas de todas las vírgenes!

Aquellas que bailan, juegan tenis o fuman; las casacas y hacendosas; las románticas y vehementes... todas, todas ellas, que ostentan como un tesoro o un anzuelo el misterio de sus vidas.

Pétalos de claveles fragantes y frescos o de rosas ajadas y mustias, signos de interrogación, latentes enigmas y curiosidad del hombre.

¡Virgenes falsas o auténticas, salud!...

*
*
*

EL ORGULLO INCAICO

Ved aquella chiquilla pretensiosa, y a la matrona ensimismada, y al mozo altanero y fatuo.

Miradlos.

¿Quiénes son?

Descendientes de españoles que, en lejanos tiempos, vinieron a América en pos de fortuna; de los aventureros de la época colonial que mezclaron la sangre europea con la india y la negra, esta última importada de África.

Amalgama extraordinaria de diferentes razas, que constituye el fundamento de las actuales generaciones de pobladores del Nuevo Mundo.

Pero, sin percatarse del origen, estos "nobles" se imaginan que son los crisoles de una estirpe; que el apellido, de sonoridad española, es signo de pureza y de histórico abolengo.

Se exhiben parentescos con descubridores de tierras, fundadores de ciudades, funcionarios españoles o próceres de la independencia.

Arboles genealógicos incomprensibles, de ramaje intrincado, y, con frecuencia, bastardo o adulterado.

Historietas caprichosas, recientemente hilvanadas, que como cimicito sólo disponen de un nombre castizo, venido a menos, o de unos cuantos cientos de monedas, apenas suficientes para un sustento mediano.

Sin embargo, ellos aparentan ser los nobles indiscutibles o los acaudalados aristócratas.

Altivos y soberbios, menosprecian a los demás mortales, y nadie existe a la par en grandeza.

Son tan descorteses que un saludo no contestan; sólo tienen una mucca de desdén; se ofenden de una lisonja; se ofuscan, se irritan y se impacientan.

¿Es síntoma de inteligencia o idiotez?...

Es, llanamente, el orgullo del inca que estalla y se subleva; la sangre indígena que se excita en medio de su habitual

apatía; la nostalgia de la soledad; el secreto rencor en contra de los conquistadores.

Otras ocasiones, es la sangre africana la que estalla y odia a castas opuestas, y se ensoberbecce en su despecho e impotencia, y añora la selva, la enervada y el crimen.

El orgullo español es arrogante y viril; el producto del valor, el coraje y el pundonor; fruto de la sagacidad y cultura; no es, no puede ser, el que impulsa a una estúpida vanidad, grosera y torpe.

¡Riámanos de estos "nobles" de nuevo cuño, que juzgan en su ceguera que la nobleza consiste en ser cortos de magín, o en contar con caremidos y repudiados pergaminos, o en ostentar la insignificante riqueza de cuatro reales mal adquiridos o heredados!...

¡Ah!, el club, el casino, los té, los bailes, las beneficencias!...

¡Meros orgullos incaicos o africanos que salen al paso por doquiera, con pretexto, con antifaz de orgullo español, legítimo y noble!...

Vivimos en una etapa de aviación y de radio, cuando comienza a imperar la democracia y nivelación humana.

El clarín que resuena en la Rusia soviética hace repercutir sus ecos por los confines de la tierra.

Los templos se convierten en graneros y escuelas; ruedan despedazados los fetiches religiosos, que esclavizaron por tantos siglos; y se siembra trigo con el importe de cetros y coronas de zares y emperadores.

¿Religión? Ninguna mejor que la de la moral, producto de la ilustración y del adelanto de los pueblos.

"No hagas a tu prójimo lo que no quieras para ti mismo", he ahí la clave del bien y la fuente de la caridad.

Debemos ser misericordiosos, magnánimos y corteses, por íntima convicción, sin destellos de preponderancia infundada e ínfulas de vanidad.

La nobleza que inspira orgullo es la que brota del talento y de la virtud, la que no reconoce orígenes bastardos e inverosímiles.

Amad a vuestros semejantes, porque todos somos hermanos.

En nuestro suelo de América conculgan y se confunden al unísono las castas humanas, y día llegará en que serán nobles aquellos que sientan circular en sus venas la combinación de las sangres, y sus instintos, refinados, respondan al empuje de las múltiples estirpes de todos los tiempos y climas.

Pero, en tanto, es el orgullo incaico y el africano el que abate los destinos del centro y sur de este continente.

Y cuando alguien entre nosotros es déspota, ensimismado y torpe, no hay duda, demuestra ser orgulloso, por su sangre bastarda y primitiva, y no por su ascendencia rebelde y pró-

cera, de antiguos caballeros españoles, compañeros del Cid, de Pizarro y Hernán Cortés.

No vino con Colón aquel orgullo estrafalario de los incas, que inspira el gesto hierático de semblantes hoscos, ni tampoco vino en las caravelas descubridoras la soberbia de los esclavos negros, cuyos sangres se difunden a torrentes, poblando la América de hombres nuevos y razas híbridas, procreadoras, a la postre, de la estirpe igualitaria y uniforme del Nuevo Mundo.

Mas, al presente, es únicamente el orgullo negro e incaico el que caracteriza y ofusca a nuestros "nobles", que ignoran de nobleza; a nuestros ricos, que son pobres; a nuestros aristócratas, que son plebeyos.

*
* *

LA JUSTICIA DE LA IGNORANCIA (*)

REVOLUCION DEL 9 DE JULIO DE 1925

Un buen día triunfó la causa revolucionaria por estos feraces rincones del planeta.

Fué una transformación política incruenta, y por lo mismo que no corrió sangre, las persecuciones eran más encarnizadas y las venganzas más terribles.

A la sangre se la reemplazó con inauditos atropellos, consecuencia de una fácil victoria.

Surgieron repentinamente legiones de "héroes", autores desconocidos del portentoso golpe de estado.

Los militares ocuparon la primera fila, arrogantes y fieros como soldados napoleónicos o prusianos; clamaban por el botín de una guerra imaginaria; esperaban la recompensa por la estupenda hazaña; alejaban a los que por muchos años medraron del erario público, para sustituirlos enseguida.

(*) Este escrito produjo una conmoción extraordinaria entre los oficiales de la guarnición militar de Riobamba, cuando apareció publicado en "El Universo", de Guayaquil. El autor corrió riesgo de ser acometido, ante la susceptibilidad de algunos de ellos. Felizmente, prevaleció el criterio de los ecuanímes, eruditos y sensatos, de los que no desvían una labor honrada, diáfana y viril; de aquellos que no ignoran que los hombres somos meros accidentes de la vida, y que la verdad, la historia, el arte, están por encima de nimiedades. No es culpa de un pintor que en un cuadro haya rostros imperfectos: es la naturaleza, es la realidad. No es la mentira la mejor consejera. Con la honra sólo se adula a quienes carecen de mérito. Las lecciones del pasado constituyen el pedestal para la grandeza futura. No es toda la clase militar la afectada con los desmanes del 9 de Julio, no, es únicamente quien haya delinquido, quien tenga motivo de reproche o remordimiento. El autor no intentó ofender a nadie, sino ser, ante todo, un escritor comprensible, un idólatra de su cometido, un representante digno de su época y de su patria.

Llegó, al fin, la hora ambicionada de zanjar abismos y reparar agravios, para desalojar a los antecesores e imponer el mando de generaciones jóvenes y entusiastas, relegando al olvido y escarnio a decrepitos y viejos gobernantes.

Pero para implantar otros derroteros políticos, sucedieron vacilaciones e incertidumbres, un caos administrativo que duró algunos meses, perpetrando, en aquel lapso de tiempo, descomunales abusos a título de justicia popular, recaída en manos de jefes militares, sargentones aparecidos cuando ya se disipó el peligro y en el instante del saqueo.

Nada se ha dicho todavía sobre éstos actos de barbarie, cuyos episodios si hubiesen sido descritos por un Vicente Blasco Ibáñez, formarían un volumen más sugestivo y ejemplar que "El Militarismo Mejicano".

Tribunales, se llamaban, de Justicia Popular, y eran unas agrupaciones de oficiales que todo lo revisaban y resolvían, sin permitir apelación de ningún género.

¿Para qué otros argumentos, si ellos se consideraban sabios y perfectos; y no habiendo jamás conocido un código, interpretaban todas las leyes?

Juraban mantener el honor y equidad por el puño de la espada, lo más noble y elocuente para un militar.

Sin embargo, mucho se comentó alrededor de la honorabilidad y honradez de los procedimientos de algunos hijos de Marte, que abandonaron su profesión, tracándose, intempestivamente, en árbitros y jueces soberanos.

¿Qué jaetancia y qué ínfulas!...

Por esas calles andaban con aire de Salomones, cuando no con el adusto ceño de Nerón; como bailarinas, colocábanse las manos en la cintura, apuntaban los codos hacia los lados, y, así, hinchaban las capas grises a guisa de globos o carpas, y ellos, introducidos, con puntales, en el centro, se esponjaban, crecían, y no pocos, aunque endeble, desmedrados y raquíticos, cobraban el aspecto de púgiles o boxeadores de categoría máxima.

Sí, señor; esta es la silueta de estos flamantes Licurgos.

Guerra contra los grandes, los ricos y los poderosos, que en otros países serían humildes burgueses, considerando la mediana de nuestros terratenientes y banqueros; odio a los antiguos mandatarios y a los veteranos del ejército; destrucción de velustas normas y costumbres; innovación y novedad; pero, para ello, que huellen los corceles por encima de todo, ciegamente, con ímpetu de aluvión o catarata, sin respetar nada, ni lo bueno, ni lo digno.

Había maldad y corrupción en dondequiera; y, no obstante las víctimas del momento y de errores, atropellos e injusticias, pretendióse arrasar con el vetusto edificio social, sustituyéndolo con un templo de reparación y concordia, después de la borrasca.

¡La intención les valga!...

Pero no eran ellos los hombres que podían realizar, prevalidos de pasiones y fuerza, el milagro eucarístico de la fusión de las almas sobre estas tierras de América.

Y no es posible que afrontando, hiriendo, despotizando, regalando al uno lo que puede pertenecer al otro, saciando venganzas, fomentando rivalidades, sembrando cizaña y descontento, medrando y explotando una situación anormal, se consiga armonía, progreso y paz, que son el resultado de la marcha regular y uniforme de una república.

Entre tantos desaciertos, es posible que por casualidad háyase acertado, una vez en ciento; por lo general, tropelías y desmanes eran el único resultado de semejante ímpetu de reforma, y de sonar, en este suelo, la trompeta del juicio final, con los mismos hombres de censores, siendo tan débiles y pecadores como los acusados, y torvos e inclementes, vengativos e ignorantes, como improvisados mandarines y legisladores, brotados de la nada.

Cual semidioses, se paseaban por este valle de lágrimas; y una turba menesterosa y suplicante les seguía, clamando sanción e igualdad, en espera de un milagro.

Parecían Cristos redivivos, y sus capas, a semejanza de túnicas divinas, atraían a las multitudes irredentas, que querían siquiera tocarlas para que obran algún prodigio, y salvarse de la miseria terrenal, y vengarse del enemigo y conquistar la gloria.

Alentados en el nuevo cometido, fastidiados en la profesión militar, iban por los campos del magisterio y de la ley, repartiendo mercedes, enderezando entreceros, combatiendo follones, cobrando deudas ajenas, cundiendo el pánico y proclamando el dominio de las bayonetas.

Así, en forma inusitada y arbitraria, hicieron "divorciar", rompiendo el vínculo matrimonial sin necesidad de las consabidas tres instancias y sin trámites enojosos, únicamente valiéndose de un escribano o notario para que, atemorizado, extiende en su protocolo un contrato declarando que los esposos, en adelante, hállanse desligados, y señalando las obligaciones pecuniarias y bases del célebre convenio.

—Señor escribano, le ordeno que inmediatamente dé por terminado este vínculo, por medio de un escrito autorizado por usted, y que el marido, puesto que es un pícaro, abone cincuenta suces mensuales a la consorte, y que en caso de falta de pago, convenga en ser reducido a presidio.

Parece una broma, pero más o menos de esta manera se dictaban las salomónicas resoluciones; e ¡infeliz de quien no las acate y se mofe de ellas. ¡Si se oponía el escribano, se gestionaba su inmediato reemplazo o se le aprisionaba. ¡Castigo rápido para tamaña desobediencia! ¡Ellos eran los dueños y árbitros de vidas y haciendas!

Otras veces, no practicando vida matrimonial una pareja de casados, sentenciaban:

—Escuche, sargento, enciérrelos bajo llave, y que no recobren la libertad mientras no se arrullen como palomos y no cumplan con los deberes que se han impuesto.

Cuando llegaban asuntos judiciales demasiado voluminosos e intrincados, expedientes estudiados en las Cortes de Justicia, se exasperaban, como ante un monumento de torpeza, y resolvían el problema con la llama de un fósforo, encendiendo el insustancial e incomprensible proceso, montaña de papel sellado, y disipando los fragmentos y cenizas en el viento, en presencia de los aterrorizados litigantes, que consagraron muchos años y dinero a la causa desaparecida.

—¡Este fin merecen las desatinadas maquinaciones del Poder Judicial!

Embusteros, ruines y astutos, aprovecharon, conquistando las simpatías de estos reformadores todopoderosos, engalanados con charreteras y botones amarillos.

¡Desgraciado de aquel que era buscado de víctima propiciatoria!

Hubo caso en que a un distinguido abogado se le exhibiera al público, desde el balcón de una casa de alto, con estupefactos conceptos de un apóstol de la revolución.

—Hélo aquí, queridos hermanos, lo tenéis a vuestra vista y alcance, él en persona, este leguleyo explotador y expoliador de las clases indefensas; obeso, con la sustancia de sus latrocinios, y por su existencia descausada y muelle; tranquilo, porque nada le remuerde su conciencia, ayesado como es a la calumnia y al crimen.

Después de semejante discurso, ¿qué le restaba a este infeliz? Apretar el gatillo de su revólver y alojar los proyectiles en el cuerpo del detractor. Pero la época era de terror, y ellos, los inventores de la nueva justicia, sabían escabullir el bullo y trasladarse presto a otro lugar, cual fantasmas y duendes, castigadores de la humanidad.

Todos estuvieron en capilla esperando el turno, deudores al fisco, contratistas de obras públicas, concejales, empleados de gobierno, propietarios, rentistas, individuos de vida privada, todos, puesto que había sonado la hora del juicio final, y Jehová se transformó en emisarios de capa y espada, ávidos de ascensos, apasionados, vehementes y ciegos, que acertaban alguna vez y erraban casi siempre, y que eran, por lo general, más malos y perversos que sus perseguidos y juzgados.

—Señor escribano, ya mismo, sin pérdida de un segundo, celebre otra estipulación, por medio de la cual este individuo traspasa el edificio que hasta hoy ha sido de su propiedad a favor del Municipio Cantonal, y el Municipio, en cambio, da por concluidos sus reclamos y desavenencias.

Y no había más, ni protestas ni reclamos, y firmaban el

convenio, humildes y silenciosos, los concejales, recientemente nombrados, y el contratista moroso.

Quizá en esta ocasión se acertó por casualidad o por algún sagaz consejo, porque, imponiendo, se le alivió a un ciudadano de sus compromisos con un Ayuntamiento, que como cuenta con síndico rentado no le importa iniciar disputas y seguir procesos indebidos y arbitrarios.

¡El poder arrollador de la colectividad y de la fuerza!...

Otra ocasión, se presenta un acaudalado propietario, ocultando su riqueza con un traje roído y andrajoso, hasta sin camisa, manifestando ser un profundo psicólogo, que penetra en el fondo de aquellos jueces improvisados, y les persuade con su facha lastimera y su acongojada verbosidad.

Hay un noble, un aristócrata que, engañándole, le ha usurpado varias haciendas, dejándole sumido en la miseria.

Falso. Aquel comprador es un caballero honrado, y su adquisición fué hecha de buena fe; y las varias fincas, no son sino una sola; y el precio del negocio, era equitativo; pero el vendedor estaba arrepentido, creyendo haber verificado una venta barata, y aprovechaba la coyuntura de la Justicia Popular para deshacer su pacto.

Y los militares afrontan el problema, vejan al hidalgo, ultrajan a la sociedad y exigen la disolución del convenio.

— Señor escribano, en su protocolo y con la firma de estos dos contratantes, declare que vuelve el predio a poder del dueño primitivo, y que éste no abonará mejoras, y devolverá el dinero que ha recibido, cuando pueda.

¡Así, se arrancaba el orgullo de los grandes!...

Otro día, un simple oficial, pero el más audaz y abusivo de todos, conduce, como a un corderillo inofensivo, a un ex-funcionario público ante un alcalde, en una escribanía; y a pesar de ser valeroso el compareciente, le obliga a confesar, en un memorable documento, que adeuda no sé cuántos miles de monedas al fisco, señalando un plazo perentorio para el pago.

Revisan adquisiciones de más de treinta años, verificadas en pública subasta, y por el largo tiempo que ha trascurrido, prescritas por la ley; y compelen a los vivos a declarar por los muertos; e inventan, acomodaticios, leyendas y tradiciones.

El prurito es agobiar a los ricos y fuertes, pisotear los abolengos, cundir el miedo y saucir los cimientos de la organización social.

Aterrorizar a nuestros ricos que, por sus reducidas fortunas, serían los pobres de otras tierras, que pasan privaciones y que no conocen de lujos y derroches; que siempre se distinguieron por su laboriosidad e hidalguía; que fueron, cual patriarcas, genitores de proles vigorosas y honradas; y que a sus vástagos, para hacerlos más dignos de la patria, los educaron en países extranjeros, a costa de grandes sacrificios y sinsabores.

Persiguieron, pues, a aquellos serenos varones, ejemplo de la raza, que dejan, a su paso, una estela diáfana y luminosa de abnegación y trabajo.

¡Qué diferencia entre estos padres generosos y magnánimos con esos otros, que aplauden la holganza y la villanía; tahures y degenerados, ineptos para la contienda de la vida; fracasados, merced a la pereza y a los vicios; empobrecidos y maltrechos, insignificantes residuos de la humanidad!

¡Qué diferencia con jueces exaltados, de luengas capas y espada al cinto, que no cursaron otra escuela que la de la traición, y vendieron a sus maestros como Judas lo hizo con Jesucristo; y que medran, sin esfuerzo alguno, del erario nacional; y que, despiadados, vituperan del prójimo, considerándose perfectos en medio de una existencia vacua y estéril!

En tanto, los taimados rebotaban de júbilo; se transformaba todo; habían arribado los nuevos Mesías, y la igualdad iba a imperar; los menesterosos serían los amos, y los señores, los esclavos; el pueblo—¡infeliz pueblo!—recobraría su preeminencia, y vencería con su fuerza, la única potencia que debía regir el mundo.

¿Para qué más trabajo? Los bobos que brinden de comer y fomenten los placeres de los listos, quienes sólo tienen necesidad de proclamar la causa revolucionaria, y mandar, apoderándose del esfuerzo extraño.

Desplegaron la tropa por las plazas de mercado, con la consigna de imponer precios bajos en los víveres y artículos de primera necesidad, para cortar la explotación inmisericorde e interponer un dique a los abusos de comerciantes y productores.

¿Y qué sucedió?

La consecuencia lógica: que los soldados, lanzados a una especie de saqueo, se aprovechaban, patrocinando las compras, por precios irrisorios, a sus mujeres, que luego emprendían en el negocio de reventa, con pingües utilidades; y lo que fue más desastroso y perjudicial, que a los pocos días estaban desolados los mercados y ventas, porque nadie se doblegaba ante el ultraje y la pérdida, y ya no encontrábase ni qué comprar ni qué comer.

Luego, comprendían que estas medidas eran atentatorias y contraproducentes; regresaban a las antiguas costumbres; y con renovado vigor se sustentaba la libertad de transacciones y el fomento de la producción nacional.

¡No era fácil transformar, en un momento, el orden establecido!

Medios bruscos y violentos, sólo traían por consecuencia una reacción contraria y el desprestigio de los apóstoles de la reforma.

Los trámites legales sufrían honda crisis; el Poder Judicial se hallaba en bancarrota.

Hubo un presidente de una Corte Superior que fué invitado a la inauguración de un Tribunal de Justicia, compuesto por tres militares, con el consabido juramento por el puño de la espada; y este ministro de la Corte, en tal oportunidad, se expresó así:

—Me congratulo que al fin haya justicia sobre la tierra. Como que soy abogado y he ejercido las funciones de juez, puédelos atestiguar que las leyes y procedimientos son nulos, que privan los intereses creados, el dinero y las recomendaciones de magnates y autoridades superiores, que son órdenes para nosotros. La ley sólo entorpece, confunde y embrolla; sólo ustedes, ilustres hijos de Marte, pueden enmendar errores y resolver procesos que reposan, olvidados, en los archivos de cortes y juzgados.

Alguien que estuvo también presente en aquella ceremonia, protestó, alegando que ni en la convulsiva época de la Revolución Francesa se registran actos tan atentatorios como los que ejecutaban estos militares, a título de Justicia Popular; que es verdad que en Francia funcionaron unos tribunales de justicia, pero sólo al tratarse de asuntos concernientes con la causa revolucionaria, y nunca para restar influencia al Poder Judicial e inmiscuirse hasta en la vida privada de las familias.

Vana argumentación.

Nadie, sino la cuita y derrota de ellos, era capaz de torcerles el rumbo preconcebido.

Eran los terroristas, por lo mismo que no les costó un sólo disparo el triunfo, y querían, entre los civiles, ciudadanos indefensos, mostrarse temerarios; bravucones, lejos de los combates; guerreros, que embestían a los molinos de viento.

Las calles eran estrechas para dar cabida a algunos de estos reformadores de rostro allanero, capa inflada y andar jaetancioso.

Tenientes y capitanes, dirigentes de la nación, que se eslimaban más que mariscales.

¡ Pobres diablos desconocidos, que expulsaban de sus filas a los jefes veteranos, para usurparles sus sitios y prerrogativas!

¡ Única forma de escalar las alturas militares y políticas, en hora inesperada, sin antecedentes ni méritos que les honre!

Se vanagloriaban de ser autores de la revolución, por haber repudiado al régimen que hace poco defendían, en una voltereta de cuarteles, el preciso instante del premio y de la victoria.

Ignoraban quienes fueron los auténticos gestores de la transformación; aquellos espíritus altivos y rebeldes que, desde el principio, supieron repeler la ofensa y la vergüenza, a raíz del holocausto de Alfaro y sus compañeros, y luego, después del asesinato de Julio Andrade, cuando se entronizó, en

esta república, una era de mercaderes y adláteres del crimen y de la felonía.

No recordaban a quienes esgrimieron la péñola de las reparaciones, a Roberto Andrade, a José María Vargas Vila y a otros que no humillaron su cerviz ante los déspotas, y prepararon, tesoneramente, el término del régimen de origen tétrico y sangriento.

Triunfo barato, presentado por la conciencia pública, como consecuencia de innumerables abusos y degeneramientos, del cual se aprovecharon los más solapados y acomodaticios, en una palabra, los mejores intrigantes y políticos, los que, en dondequiera, gobiernan los pueblos, disfrutando de ajenas campañas y valentías, del triunfo de los demás.

Cada capitán o teniente era un zar, perpetraba tropelías, creaba métodos de administración propios y violentos, convirtiendo el desgraciado país en un verdadero caos.

No se sabía quien mandaba, o, mejor dicho, todos los militares eran presidentes y sultanes; la Junta de Gobierno Provisional, colocada a la cabeza del gobierno, no disponía de autonomía, y sus miembros, ambiciosos, delataban al colega y cada uno pretendía apoderarse del solio vacante...

¡Esta fué la revolución del 9 de Julio de 1925!

Y es preferible que nadie la haya, antes de hoy, definido en la prensa cotidiana, que se la lee y pasa, que es fugaz y se precipita en la nada; es en un libro en donde debe quedar grabado su recuerdo, para que prevalezca en el tiempo y en la historia, y las generaciones futuras y presentes descifren su significado, origen y consecuencias.

Y es la cobardía y servilismo de nuestros intelectuales, indolentes y perezosos, que ha influido en el abandono de estos temas de vital importancia; y que elijan lo amorfo e insustancial, el párrafo de crónica, el artículo desaliñado y fácil, que encomia y adula, o si censura, adopta términos semiobscuros y vagos.

Los apóstoles surgidos con la revuelta, no se entendían entre ellos mismos, pero sí estuvieron acordes en arraigar, por medio del pánico, el imperio de la fuerza bruta.

A un padre de familia que no testó con el beneplácito de los interesados, le sepultaron en una prisión, en tanto no varíe de criterio y modifique las cláusulas del testamento.

Se superaban mutuamente en realizar mayores atropellos; y las víctimas no encontraron otro refugio que la capital de la nación, en donde, residiendo los principales funcionarios, hubo menos desorden y se reprinieron de los desmanes que ciudadieron el miedo en otras partes; en la capital se resolvían asuntos más positivos, relacionados con la forma de encarrillar y apoderarse del poder.

Riobamba, Guayaquil y Cuenca fueron las ciudades más afectadas por el militarismo; y en ellas, por esta causa, reac-

cionaron en contra del movimiento revolucionario los mismos protagonistas de la transformación, presenciando el giro inesperado de los sucesos, y los oficiales que dirigían la política, sin la preparación conveniente, en medio de escombros y de ruinas.

De aquella borrasca e ímpetu bravío, es menester aceptar, citándose a la verdad, que el país obtuvo también ventajas enormes, tales como el derrocamiento de la supremacía bancaria, fundada en el dolo y emisiones de billetes sin respaldo legal, y la reincorporación de los estancos de alcoholes al erario nacional, y el hundimiento, aunque sólo parcial, de los personajes que contribuyeron al desastre social y gubernativo en el régimen pasado.

¡La preponderancia bancaria! ¡He ahí el fantasma! ¡El descrédito de un pueblo! ¡El descontento y malestar de la inmensa mayoría de ciudadanos que, abismados, admiraban y maldecían las improvisadas riquezas y el dominio inconmensurable del dinero, emanado de los bancos con igual facilidad que hojas sueltas y papeles estampados de una imprenta!

Billetes con aspecto de papel moneda, autorizados dizque por gobiernos pervertidos e inconscientes, en asocio con financieros y especuladores, que no reparaban en el martirio de una república al llenar las arcas privadas y al encauzar, a su autojo, la marcha administrativa.

De los conciliábulos bancarios salían los presidentes de la nación, uno tras otro, en desfile interminable, todos adictos a la macabra ley intitulada de la moratoria, o sea, de la inconvenibilidad de los billetes, puesto que el oro era exclusivamente para ellos, los de la encartada, los magnates de la banca, que hicieron un feudo particular de esta sección de América, digna de mejores destinos.

Pero ellos rodaron en el abismo y concluyó su poderío abrumador, no, ciertamente, por obra de los "profetas" de espada y capa, que en este caso fueron meros instrumentos, sino merced al empuje de la opinión pública y de algunos dirigentes de la revolución, honra y prez de una época, que acertaban en el fragor de las pasiones y en un maremagnum y laberinto.

Hombres de clara visión y talento, especialmente civiles, ocuparon cargos públicos en este instante de desconcierto e incertidumbre; sin embargo, se ahogaron en el mar embrevecido de las ambiciones e inconsciencias, fomentadas por los políticos de siempre, de todas las épocas y gobiernos, y por el desprestigio del militarismo, cuya intromisión y desaciertos eran ya insoportables, y habían constituido el disgusto entre ellos mismos, los de botón amarillo, que sentían envidia de la súbita promoción de los compañeros; y, enfatuados y preponderantes, ambicionaban ser los árbitros insustituibles, y en dondequiera imponer ideas absurdas y arbitrarias que, a la postre, se resumían en venganza y odio a toda la humanidad.

El militarismo no acataba el predominio del poder civil, y cada oficial; sin reconocer ningún fuero, formaba una entidad independiente.

Más tarde, ante el peso de culpas y errores, escarnecidos por el populacho y las demás clases sociales, que al comienzo vieron en ellos unos redentores, y luego verdugos y tiranos, se unieron para proclamar la fuerza demoleadora de las bayonetas y defenderse en el caso de un ataque de los extraños, ya sea de parte del elemento civil, vilipendiado e iracundo, o de las lucas del antiguo régimen, que no se resignaban en la derrota y abatimiento.

Habían dos comandos supremos: el de la capital, con el Ministerio de Guerra y sus asambleas militares; y el de Guayaquil, con un oficial fantástico y sobrehumano, que encarnaba la aspiración de la mayoría del ejército y de los ideales revolucionarios.

¿Pero quién era él? Un adalid recientemente descubierto, como casi todos los redentores de aquel tiempo; hurao y visionario; partidario de las victorias despiadadas, pero incruentas, no exponiendo jamás la vida; autor de la justicia rápida y apasionada, mofándose de la ley y favoreciendo al más hipócrita y astuto; comunista, enemigo de la lucha y el esfuerzo; político torpe y nulo, que se dejaba engañar villanamente, como un niño; que sonreía a los unos y a los otros, y exento de una actitud varonil y heroica, esperaba, cual un mahometano, en que se cumpliera su predestinación extraordinaria, de brotar del polvo y de la nada, y arribar, indolentemente, a la cúspide de una nación por obra providencial y milagrosa.

Sacrificio estéril e inútil de cuantos confiaron en él, anhelando un hombre nuevo, un rebelde, un caudillo, del temple guerrero y heroico de aquellos que ya rindieron la jornada de sus existencias, traicionados y sacrificados, dejando un vacío en los anales del valor y de la contienda.

Ni sus nombres obtuvieron inscribirlos en las páginas de nuestra historia aquellos jefes de un día, actores de opereta, que se esfumaron sin legar sino una memoria de fracaso y pusilanimidad, envuelta en un velo de improvisación e incertidumbre.

En parte, la juventud les disculpa; no estaban habituados al mando, dominio de sí mismos; fueron indómitos e irreflexivos; y muchos, aunque bien intencionados, corrían al desastre, atacando a los propios correligionarios, a los autores del golpe de estado, y escuchando, imprevisivos, los consejos de quienes deseaban perderlos, y tornar, lo más pronto, a los antiguos vicios y defectos.

Uno de los solemnes juramentos, entre la gente de sable, consistió en renunciar a las ambiciones personales, a las promesas inmediatas, y no tardaron en quebrantar esta bella e irrisoria promesa, adelantándose cada cual en conseguir gra-

dos superiores, impacientes por llegar a la meta, con saltos rápidos, sin documentación previa y suficiente, para no ser relegados al infortunio y permanecer estacionarios en el escalafón militar.

Fué una revolución sin caudillos, porque tuvieron por sistema abatir a los hombres de pro, despojándoles de mérito; sólo ellos, unidos o separadamente, se juzgaban unos entes sobrenaturales, venidos al mundo como enviados divinos, a redimir o castigar a los demás mortales, hallándose por encima de las humanas flaquezas.

En una ciudad austral hubo un negociante que a más de comprar sombreros de paja toquilla y exportarlos, solía repartir su dinero a mutuo con un interés legal; pero llegó el tiempo de la Justicia Popular, y a sus jueces les pareció un acto cruel y abusivo, una manera de oprimir al pobre y al desvalido, y lo mismo que idearon con los expedientes en otros lugares, incineraron los pagarés, eludiendo de los abonos a los deudores con la desaparición de la única constancia.

Y si algún empleado público no les era simpático, nada más fácil que colocar una escolta en la puerta del edificio a donde tenía que acudir en cumplimiento del deber, y rechazar su presencia y servicios por medio de la fuerza, compeliéndole a la renuncia, y protestando, así, contra la administración de la capital, que no interpretaba el agrado del militarismo seccional y altanero.

Este laberinto, sin una base sólida, era imposible que se mantenga erguido.

El descontento público se exteriorizaba en el odio a la clase militar, que siempre ha sido apreciada y querida bajo estos cielos.

Un oficial había cesado de ser un símbolo de caballería como antaño, y como lo es, felizmente, al presente, disipada la locura y la época caótica y anormal; era un usurpador de todas las facultades y privilegios, que había apocado al derecho y a la justicia; que destruyó, iracundo y ciego, el orden social, para, luego, sentirse impotente en su reconstrucción y pulimiento; fué tan sólo demolidor, y se envaneció sobre sus escombros y cenizas, inepto como creador y arquitecto; inundó de lava volcánica, después de la erupción, los campos fértiles y fecundos, esterilizándolos, propagando terror y pánico; y amedrentados ante tamaña desastre, y alienados entre sus víctimas, se acometían mutuamente, aniquilándose, para que vengan otros individuos, menos apasionados y violentos, a evaporar la tormenta y encauzar la marcha de la nación por nuevos derroteros de progreso y bienestar.

Así como ellos encarecieron a indefensos escribientes de abogados y notarios, calificándoles de tinterillos y rúbulas, de igual modo, por profanadores del templo de la ley, más tarde, muchos de ellos, fueron enjuiciados criminalmente; y perse-

guidos por la justicia, estuvieron prófugos y escondidos; y cual inconsecuentes y detractores de la misma causa que pregonaron, expulsóseles a las desiertas islas del archipiélago de Galápagos, o de Colón, y fuera del país, a que purgen sus culpas y reflexionen en errores y defectos, y mesuren, serenados los ánimos, la profundidad de tropelías y agravios inferidos, despiadada e intencionalmente, a tantos seres inocentes e indefensos, y aunque malos y depravados, pero, por esta propia razón, dignos de lástima.

Con las capas desplegadas y el gesto de profetas, fueron las figuras más singulares y típicas de la revolución incruenta del 9 de Julio de 1925; anticiparon, sin pautas, cordura ni medida, el socialismo y comunismo que, cual fantasmas pavorosos, se destacan en el horizonte de los hombres, y que existieron desde tiempos remotos y primitivos, con aspecto más dulce y atractivo, de máximas y doctrinas morales y religiosas; que algún día quisieramos que no sean una utopía, para que prevalezca la igualdad de fortunas y de castas, siendo esto difícil, por no decir imposible, ya que ninguna persona es igual a otra, física y espiritualmente hablando, no obstante que todos son seres humanos; y habiendos buenos y malos, diligentes y holgazanes, honrados y viles, es absurdo que sea el reparto uniforme y desinteresado.

Lo que sí se puede anhelar, dentro de lo factible, es el perfeccionamiento humano, mediante la ilustración de las masas, para que la caridad, justicia y compasión aumenten y prosperen, y las generaciones futuras sean menos desgraciadas que las actuales, y haya paz y concordia entre las naciones y, más aún, entre los habitantes de una misma fracción del orbe.

La violencia les hurdió a aquellos redentores de espada al cinto, que no la desenvainaron ni siquiera en broma, sin duda pretendiendo probar, de este modo, que eran socialistas de verdad y que amaban al prójimo como si todos fuesen hermanos, y que era un crimen lanzarse a la contienda armada y verter la sangre propia y la de los enemigos.

En forma incruenta, sí que eran audaces y rebeldes y sabían derrocar gobiernos y el edificio social, no mediante la difusión de principios morales y filosóficos, no valiéndose del ejemplo, sino enndiendo el espanto y el rencor.

Y, así, talvez bien intencionados, pero torpes e impotentes, marcharon apresuradamente al fracaso.

Fueron, en síntesis, ambiciosos e impolíticos; ofrendaron, inexpertos, el cetro y el triunfo a los menos pensados, los astutos y los lincees, que se hallan siempre en retaguardia y, no obstante, llegan los primeros.

Fueron los escalones por donde otros ascendieron al poder, regresando al silencio y al olvido de donde provinieron, para deplorar el resto de sus vidas las faltas y precipitaciones juveniles, y maldecir, reservadamente, a quienes se apro-

vecharon de ajenas iniciativas y esfuerzos; a quienes, apaciguado el caos, se constituyeron en amos, y distribuyeron a su albedrío mercedes y recompensas, siendo los árbitros del presupuesto nacional.

Esto, en todas partes y en todos los idiomas, se denomina "política", el arte de gobernar, la sabiduría de adueñarse de las riendas de un estado, el sistema de confundir y anonadar a los adversarios, volviéndoles mansos y amigos, partidarios, los más entusiastas y vehementes, de un régimen al cual repudiaron y combatieron, puesto que todavía no figuraban entre los notables, probos y sagaces conductores de muchedumbres y de la suerte del país.

Los que lucharon con la pluma y la palabra, los auténticos gestores del cambio administrativo, fueron separados de los puestos de confianza, ahuyentando las brumas de la revolución y estrechando las filas de los sucesores, que recelaban de la participación de hombres nuevos y pundonorosos que eran fiscales en vez de ser políticos, y que destruyeron sin saber construir y reedificar, o mejor dicho, que no dispusieron de tiempo para ello, sucumbiendo entre las propias pasiones, y, en especial, por la inconsecuencia de los correligionarios que, fatalmente, no buscaron el eje del movimiento, el cordillo que necesitaban, y la armonía que constituye la estabilidad y la fuerza.

Aquel oficial que encabezó, desde la costa, los primeros síntomas de la transformación, defraudó la aspiración general, y en el momento de prueba, escabulló su persona, débil y temeroso como un recluta que va a la pelea compelido por una orden superior, mas no por su propia iniciativa, valor y conocimiento del ideal que defiende.

Estaban desorientados y recelosos en la Babilonia o torre de Babel que habían inventado.

E iban perdiendo el prestigio e influencia; las Juntas de Gobierno Provisional dominaban por períodos de tiempo cortos; se sucedían en el mando los unos a los otros vertiginosamente, como en una película cinematográfica; la infidelidad y la traición hacían vacilar y caer a quienes parecían los mejor preparados.

Hasta que, cual lógico resultado, establecióse la Dictadura, despejando la nebulosa, poco a poco, del militarismo absorbente y destructor.

Pero la Dictadura, sin duda para poder gobernar, fué, a su vez, inconsecuente con los protagonistas de la revuelta, a los cuales, por lo general, se les negó el apoyo oficial, persiguiéndoles como a los mayores enemigos; y, en cambio, haciendo política, se atrajo a los caídos y a los condicionales, sedientos por saciar odios y venganzas, exterminando, de ser posible, a los hombres que actuaron en los primeros meses de la revolución, y que, según los políticos recientes, debían ser

aplastados y aniquilados, a fin de que no resurgan en lo futuro, haciéndoles sombra en su historia y contrarrestándoles el proyecto de dominio perpetuo y vigoroso poderío.

¡Este fué el premio y galardón para los apóstoles y mártires!

El día en que un grupo de militares eligió al Dictador, se promulgó el decreto por bando en las principales ciudades de la república, y como un escribano, al transmitir la nueva al público, se mostrara incrédulo e irónico en su semblante y en su voz, el poder ejecutivo ordenó enseguida al judicial que cancele el nombramiento del funcionario irrespetuoso y provea el cargo con otro individuo, más suavisado que el anterior.

Algunos ministros de la respectiva Corte Superior rechazaron la intromisión de consignas extrañas dentro de sus dominios inalienables, ya cansados de soportar las arbitrariedades del militarismo; pero este alarde de altivez, bastante tardío, sólo sirvió para apresurarles la renuncia de sus empleos, puesto que la Dictadura deseaba hacerse sentir y le era fácil dictar innumerables resoluciones, variando a cada instante el personal de cortes y ayuntamientos, recordando que nadie estaba seguro en su puesto, si no era adicto al último estado de cosas, y que, finalmente, había un presidente provisional, un hombre que no era anónimo, un mandatario responsable del destino de este jirón de suelo americano.

Y con este episodio bajó el telón de la primera y pintoresca etapa revolucionaria, y sus actores, abatidos y desalentados, se esparcieron camino del infortunio; sólo quedaron, gozando de prerrogativas, algunos de ellos, que voltearon las espaldas a los visionarios y antiguos compañeros, y supieron ser políticos y acomodaticios.

La Dictadura no desmintió su nombre, y fué despótica y avasalladora; emudeció a la prensa; fomentó un socialismo mal entendido; y pretendiendo conjurar la crisis económica, la ahondó, empero de la nueva ley de monedas y de todas las reformas del eminente profesor Kemmerer, de los Estados Unidos.

El país ha sufrido mucho, a semejanza de un enfermo que ingresara en un período de convalecencia demasiado largo, del cual no puede salir, sanándose radicalmente.

Luego, vino la época constitucional que con su Asamblea ad-hoc aprobó los violentos actos de la Dictadura.

Una de las primordiales razones de la postración nacional ha sido la "peste" del cacao, que proviene de causas fatales, diversas de las políticas, y que ha cegado la más importante y positiva fuente de riqueza.

Sin embargo, es evidente que el tiempo, en estos jóvenes fragmentos de tierra americana, marcó siempre una huella de adelanto a su paso, y que la república ha progresado, venciendo obstáculos que parecían insuperables.

Internacionalmente, hallábase aislada durante el dominio del militarismo y de la Dictadura, habiendo después mejorado su condición, pudiéndose vislumbrar una reanudación de relaciones amistosas y diplomáticas con Colombia, y el término del viejo litigio fronterizo con el Perú, aunque, para llegar a estos acuerdos, nuestros políticos e internacionalistas no hayan reparado en consentir la desmembración del territorio legado por nuestros mayores, y estrechar y reducir los límites cada vez más.

Concordia, americanismo y paz, son las presentes divisas, y para conquistarlas, es menester de sacrificios, especialmente de los débiles y pequeños, ya que es sabido que la justicia está generalmente al lado de los grandes y de los fuertes.

Y buscando el desprendimiento y fraternidad, invócase los nombres de nuestros Libertadores: de Bolívar y Sucre.

Lo censurable consiste en que se festeja hasta el centenario de la muerte de estos padres de la independencia; lo de menos son los discursos funerales y el llanto que infunde el dolor; se baila, se bebe y se riega el champán.

Es un velorio prolongado y resurgido, a la costumbre incaica: embriaguez, promiscuidad y amor sobre la tumba de los muertos.

Nuevamente, habremos de exclamar: ¡que la intención les valga! Ojalá las cenizas de Bolívar y Sucre efectúen la fusión de estos jirones americanos, ambicionada por ellos cuando vivían, sin haber logrado realizarla a pesar del sacrificio, del valor y del esfuerzo desplegados en aras de la libertad y del porvenir del suelo humedecido con idéntica sangre.

Los impetuosos militares, de luenga capa y espada virgen, y todos los demás autores de la revolución del 9 de Julio, que contemplan, iracundos o satisfechos, el resultado de su obra.

Y la mayoría de ellos que se persuaden que la corta existencia del hombre, entre nosotros, se caracteriza por la deslealtad, la inconsecuencia y la ingratitud; que la política sólo ofrece decepciones para los bien intencionados, quijotes y visionarios; y que se lucha y se sacrifica para servir de pedestales a que otros escalen el poder.

¡Salud, colegas y hermanos, de la mejorable jornada del año de 1925!

*
* *

LOS PRECURSORES

Marchan siempre adelante, una generación tras otra, dejando como huella la procreación de otros seres humanos; continuadores de la especie, que se parecen a los anteriores y que

vienen sucediéndose desde hace muchos siglos, de una época remota y oscura, desconociendo el origen y el fin, con los ojos vendados por la ignorancia e impulsados por la atracción sexual.

Vidas de lucha y sacrificio, o vidas infructuosas y estériles, que se apagan cual cirios después de una velada, alumbrando en la tierra fugazmente, y luego tornando al polvo o a la nada.

A guisa de pebetes, trasminan el fuego vital a los vástagos, y aunque se extingan, han infundido un renuevo que se prolonga y perdurará.

¡Ah, misteriosa e irrisoria película de cine!

Y cada individuo presenta un caso diferente, un argumento propio e inusitado, no obstante que en los lineamientos todos son idénticos.

Los genitores que ansiaron crear una fortuna y educar a sus retoños, son augustos patriarcas que labraron el porvenir de su estirpe.

Aquellos que vegetaron en la disipación y la pereza, sólo cuidando de satisfacer sus instintos, son cicateros y egoístas y poco les importa la suerte de los demás.

No se comprende a quienes les asista la razón, si a los que contemplan la existencia a través de un prisma de abnegación y seriedad, o a los otros, a los que palpan más de cerca la ingratitude humana y relusan sacrificarse para el bienestar de los que les sucedan, que por lo común no aprecian la generosidad y desprendimiento de sus genitores.

Es la verdad que es más halagüeño sumirse y ofuscarse en cualquier buen propósito, sin cobardías ni prejuicios, antes que anonadarse en medio de la mezquindad y pobreza de espíritu que predomina en el hombre.

Se lucha y se trabaja por un prurito de dignidad y sacrificio, inconscientemente, cuando no es por suma necesidad, puesto que no cabe duda del desdén e inconsecuencia de los que reciben las mercedes y favores en calidad de herencias, juzgando que tal es la obligación de los padres para sus hijos, y que los primeros, por avaros que fueren, no pueden llevarse consigo los tesoros que han acumulado en este mundo.

Los sagaces y filósofos, aspiran a las comodidades, a la moderación, a la decencia, a un término medio placentero y lógico, descuajado de utopías y apasionamientos.

Se toma la vida tal cual es, inevitable y transitoria, llena de vaivenes e incertidumbres.

Ecuanimidad y estoicismo, para oponerse a las adversidades y disfrutar los plácemes, libres de violencias y excesos nocivos.

Porque es evidente que más se goce, más se quebranta y deteriora el organismo humano, que cuando enferma y se debilita enturbia la tranquilidad y cunde el dolor.

A la postre, toda vida, sin excepción, es una tragedia.

¡Qué crueles desenlaces!

Basta que se concluya con la muerte, para que sea sombrío y angustioso el término del hombre.

A cierta edad, decepciones por doquiera; cansancio, abatimiento; sin embargo, hay padres que se aferran a este suelo, empero que han presenciado fenecer todas las ilusiones; y los corazones cesan de latir no tanto por las dolencias físicas, cuanto más por las heridas morales, que son crueles, irreparables, definitivas...

¿Para qué sirvieron trabajo y privaciones? ¿Para qué años cuantos hijos, halago de antaño, reproducción ambiciosa que, más tarde, destríbúense las hijuelas patrimoniales, y, con frecuencia, olvidan, ingratos, a quien supo despejarles de punzantes abrojos los senderos de la vida? ¿Quizá ellos pudieran, holgazanes y viciosos, repetir la hazaña estúpida de sus antecesores, que salidos de la pobreza escalaron la posesión del dinero, merced a una ejemplar pujanza y un cerebro clarividente?

¡Quiá! ¡ Pobres diablos! ¡ Desventurados intrusos y advenedizos! ¡ Buenos son para vanagloriarse y derrochar el caudal acumulado por los otros! ¡ Por aquellos nobles progenitores cuyas muertes son deseadas por algunos, y cuyas tumbas están perdidas en los comentarios! ¡ Por los desaprovechados filósofos, que no supieron para quienes laboraban y padecían!...

Talvez tuvo razón un buen hombre que sintiéndose morir y vislumbrando la desmedida ambición de sus retoños, hubo de exclamar:

—¡ Infructuosa existencia la mía! ¡ Quisiera que todos mis bienes se convirtieran en una píldora, para absorbérme la en este instante y llevármela conmigo!

Este es un exceso de avaricia y egoísmo, a primera impresión; después, recapacitando, se halla fundamento al deplorar el despilfarro que se aicina de un patrimonio que costó una vida de sufrimientos y desvelos, y que va a parar en manos inesperadas e inexcusadas, o a ser perdido en pocos días en el juego, y a fomentar la ruina de los propios vástagos, y a alimentar un enjambre de parásitos y vampiros.

Otros progenitores, en cambio, se expresan de este modo:

—El único ideal que ha impulsado mi vida ha sido la educación de mis hijos y trabajar para ellos. Ya que yo fui pobre, anhelo que ellos sean ricos.

Pensamiento excelso, digno de un padre generoso y magnánimo, que nada pide en bien suyo, y todo lo cede en beneficio de su prole.

Pero los herederos, en su mayor parte, defraudan las aspiraciones de los autores de sus días, porque todo han recibido de ellos menos lo más esencial, una escuela de necesidad

y contienda, de perseverancia y sacrificio, que es la clave de adquirir el dinero en los primeros años, y, así, darse cuenta de lo que vale y significa.

Y considerándose futuros propietarios y acandilados sin el más leve esfuerzo, por obra del destino, son perversos e ingratos con sus ascendientes, y hasta desean que fallezcan, para entrar en goce de las hijuelas o eludir los sinsabores y molestias de atenderlos cuando hallanse achacosos y enfermos.

Si alguna ocasión un padre, demasiado bueno, reparte su hacienda prematuramente, cuando aún le restan unos días de vida, entonces experimenta un gran consuelo, de no verse adulado por interés, y una enorme decepción, de encontrarse solo y abandonado, y de vislumbrar el fin de sus bienes y lo estéril que han sido sus desvelos y abstenciones, y el holocausto de su existencia, intentando asegurar el destino de sus descendientes.

Al quedarle a su lado algún hijo, compasivo y humanitario, como único compañero, debe juzgarse lioso, porque otros en parecidas circunstancias ocurren sus postreros momentos en el mayor desamparo, repudiados y olvidados, con una aureola de mártires, que causa lástima en los extraños, mas no en los parientes inmediatos, sus vástagos, que se encuentran dispersos, disfrutando del sudor ajeno, del calvario del progenitor que expira sumido en ingraticudes y decepciones.

Con semejante antecedente, hay precursores más prácticos, que afrontan heroicamente la lucha por la vida y conquistan fortunas, pero no con el exclusivo propósito de desprendimiento y porvenir de la progeñe, sino para rodearse mientras vivan de comodidades y conveniencias; para gozar en lo posible de bienes y caudales, y desprenderse de ellos, más tarde, al momento culminante de la muerte, sin resistencias ni amarguras, como algo ineludible y fatal, trágico e irreparable, inherente a la humanidad, que inconscientemente nace, florece y sucumbe.

¡Enigmático desfile de generaciones, hacia lo incognoscible!

Hay otros procreadores, más desventurados, que batallaron sin éxito y se debatieron en medio del pauperismo, multiplicando una sucesión de menesterosos, lanzados al mundo y a la existencia irreflexiva y arriesgadamente, para que combatan la miseria palmo a palmo y venzan o perezcan en la demanda.

¡Esto sí que es audacia y valentía!

Amparados de suprema resignación, se hacen sordos y mudos ante el llanto y las congojas de sus hijos, que carecen de pan y abrigo, y que luego se los echa al arroyo a que corran su suerte.

Al fallecer, sólo ofrecen como legado el cortejo de sus

penas, y un nombre, que poco o nada vale y que significa una vida de derrotas y fracasos.

Y hay también padres que a más de la pobreza transmiten sus vicios y dolencias, ofuscados, ignorantes y ciegos, víctimas de sus instintos, sintiéndose complacidos de reproducirse por encima de los obstáculos y del destino, cruel y despiadado.

Parece, con frecuencia, una maldición que el hombre haya de "crecer y multiplicarse", prolongando de esta manera su existencia más allá de la muerte.

Los hijos envejecen a los padres, aunque se los trate con desaire y se los mire con recelo, como a un fardo pesado que es menester conducirlos por el resto de la vida; y es cierto que úche ser así, ya que son retoños de la planta madura, antes de secarse y desaparecer.

En lo general y en lo particular, se heredan los conocimientos, virtudes y defectos; la civilización progresa, y al transcurrir las décadas y los siglos van señalando el vestigio de su travesía, con los descubrimientos e inventos humanos, que son anodinos y sorprendentes.

Hijos ingratos, pródigos o fieles, todos son lo mismo en el problema de la continuación de la especie; a todos, con pocas excepciones, les anima y conmueve iguales instintos y pasiones; y siendo al comienzo simples vástagos o retoños, luego florecen y riegan el polen y fecundizan, para enseguida marchitarse como los padres y los abuelos y los remotos ascendientes cuyo recuerdo se pierde en la noche de los tiempos.

Este individuo, aquella mujer, la humanidad entera, la que vive en esta época, es continuadora y precursora, una ráfaga de vitalidad sobre la tierra, una página en la historia del género humano.

Si se cavilara continuamente en la muerte, nadie pudiera resistir un sino tan fatal, un desenlace tan rápido y vertiginoso, y prevaleciera la anormalidad y la tristeza.

Pero no hay temor: el hombre es inconsciente, absurdo, ilógico; juzga eternos los cuatro días que vive; camina ciego, torpemente, sobre este planeta, dándose de sabio, cuando, en realidad, todo lo ignora y no lo comprende; y se acaba, reduciéndose a polvo, a nada; y forja visiones de ultratumba, sin el menor indicio, auténtico y verdadero, de una supervivencia espiritual; y se reproduce, y feniece, y nuevos retoños ocupan su sitio y lo empujan al olvido.

¿Habrá sanción para los malos y premio para los buenos?...

¡Quién sabe!...

Sobre este suelo, sí, hay remordimiento o satisfacción íntima y propia si la persona tiene un fondo sano, y se respeta a sí mismo y considera a los demás con equidad y justicia.

Pero estos acrisolados sentimientos son raros y pasajeros; por lo común, hay una pugna constante en la humanidad, y se

condemna, se intriga, se odia y se calumnia sin cesar, con una careta de bondad y mansedumbre en los rostros y con los corazones acanallados y endurecidos.

La hipocresía extiende sus tentáculos alrededor de la esfera terrestre.

Hasta la religión misma deja una puerta abierta a la mentira, concediendo licencia de emplearla en caso de imperiosa urgencia, para salvarse; y se abusa de ella, y la falsía es una segunda naturaleza; y pocas veces se desnuda moralmente el hombre y muestra, impúdico, sus llagas, ni ostenta sus virtudes, proclamando la verdad; la verdad, que es algo indefinido y caprichoso, sujeto al diferente criterio de la humanidad.

Y por encima de todo, triunfa la naturaleza con sus leyes implacables; y lo natural, lo corriente, lo usual, lo accquible, es lo que gobierna y perdura.

A la naturaleza volvemos, porque ella es nuestra cuna, regazo y nido; nuestros ingredientes, son de ella; y con ella nos amalgamamos y confundimos; la contemplamos incólume, impertérrita, y aunque creemos dominarla, nos absorbe y nos posee.

Cuatro días, un puñado de horas, divagamos por el orbe, enfatuados y altaneros, desafiando al destino, para luego tornar cohibidos al punto de partida, al polvo, y perdernos en el ocaso de nuestra generación.

Sin darnos cuenta, vendrán nuevas gentes, próximos pobladores del mundo, parecidos a nosotros y a nuestros progenitores y bisabuelos.

La comedia humana se desarrolla incesantemente.

¡Valiente mascarada, cuyo proemio y desenlace se ignora!

¡Y si algo se conjetura y se adivina, es el vasto imperio de nuestra señora la Muerte!...



LOS CREADORES

Dice el Génesis que el mundo se hizo de la nada, con la intervención divina.

—¡Hágase la luz!—y la luz fué hecha.

Los materialistas refutan este origen, opinando que el cosmos infinito, la naturaleza, es creadora y es destructora, principio, causa y fin de todas las cosas.

Luego, los deístas preguntan:

—¿Pero quién es el autor del cosmos?

Los otros aseguran que el universo es eterno; que existió

siempre, que no terminará jamás, que, en un vocablo, el universo es Dios.

Y son así las suposiciones y discusiones de filósofos y teólogos, y estos últimos, cuando se ven perdidos, invocan la fe, que impulsa a aceptar ciegamente los dogmas; y los primeros, entonces, recuerdan a un Santo Tomás, del bando contrario, que en un momento de sapiencia y tratándose de asuntos nimios, había afirmado:

— ¡Ver, para crecer!

Y los unos son ateos, "masones", materialistas, porque no comulgan con la rueda de molino de la fe, y sólo creen en lo que ven o en lo que produce la ciencia; y los otros, son fanáticos, visionarios e ingenuos, ya que dan crédito a la fábula y al embuste, y son débiles para seguir su propio criterio, y acatan, sin reservas, por temor al infierno construido por Dante, los mitos y divagaciones de los pastores del alma y de la conciencia.

Sea de ello lo que fuere, no es oportuno abanderizarse a ninguna hueste polemista y contendora; cada cual haga de su capa un sayo, libre es de abjurar cuantas veces quiera, o afianzarse en sus ideas teosóficas o naturalistas; se difunde el respeto a los credos de los demás, para aspirar a que se veneren los propios; y se requiere la abnegación de un apóstol para ir inculcando máximas de reforma y de luz, en los campos donde ya ha germinado la simiente de antiguos cultivos, y en cuyos dominios, deseando introducir nuevos y mejores productos, habría que talar las selvas seculares de rancias religiones, y asolar, para luego sembrar y erigir sobre escombros y sangre, el edificio social, irreligioso, honesto y humano, a que aspiran las mentes intrépidas y revolucionarias, de generaciones todavía incomprendidas y modernas, que enarbolan estandartes hasta hoy perseguidos y aplastados, pero que ya surgen y triunfan e imperan en algunos puntos de la tierra...

No os asustéis, monjitas temerosas y bellas, postergadas en el banquete de la vida; mausas palomas, enjauladas sin piedad...

No protestéis, austeros o solapados mitrados, que os negáis, por conveniencia, a confirmar vuestras íntimas convicciones, y que en vuestras costumbres privadas no habéis practicado las doctrinas que sustentáis...

Nadie replique sobre estos temas de metafísica, porque no intentamos ahondarlos, sino pasar levemente sobre ellos en introito, y enzarzarnos en otros laberintos, menos intrincados, eso sí, que los anteriores.

Compitiendo con el poder divino, hay hombres-dioses, creadores estupendos: levantan ciudades; conquistan el aire y el éter; dominan la electricidad...

Pero estos son progresos colectivos de varias generacio-

nes, de diferentes países y razas, pertenecientes a la humanidad.

Hay otras victorias, íntimas y privadas, que realzan el mérito de una persona particularmente, y que merecen ser las describa en estímulo de los protagonistas y para que sirvan de norma en lo futuro.

América ha sido un continente virgen, inexplorado y desconocido.

Cuando los europeos descubrieron estas tierras, buscaron la forma de enriquecerse enseguida, y expoliaron a los aborígenes, arrancándoles sus tesoros áureos, y perpetrando, para ello, crímenes, atropellos y desmanes que empañan y amenguan las proezas de la conquista.

Esclavizaron y humillaron a la raza nativa, a los que habían sido los únicos dueños y señores de tan extensas y pródigas comarcas; desde entonces, por varios siglos, ha sido una casta de parias, despojada de cuanto poseía y reducida a la servidumbre.

Así ha sido, y esté estado de postración y aniquilamiento hubiera durado quién sabe cuantos siglos más, al no ser por el avance de la civilización, la fuerza de su empuje, que ha redimido a todos los pueblos, por alejados que estuviesen, y ha obrado el prodigio de libertar a todos los hombres, a los perseguidos por el despotismo, a quienes habían hambre y sed de justicia.

Las leyes fueron siempre nulas y eneficaces, papeles escritos de sarcástico significado, cuando ellas no emanaron de la práctica y de las costumbres de las masas, siendo meros anhelos caritativos y no halagüeñas realidades.

Los que, en verdad, rompieron con las trabas del "concertaje" y rescataron a los indígenas, son los recientes propietarios de parcelas de suelo americano, comprensivos y nobles, generosos y hospitalarios, que desprecian documentos de escaso valor efectivo, en los cuales no interviene el espontáneo asentimiento o buena voluntad de los contratantes; y suelen justipreciar el trabajo del jornalero, y le abonan un salario remunerativo, y le estimulan y le tienden la mano, como a un compañero querido, indispensable en la contienda, con quien se comparte la vida.

Son ellos los creadores de fortunas y dehesas; los que transforman la superficie de la tierra, descenajando bosques, nivelando acequias, arando la costra endurecida, abriendo zanjas y cruzándolas en diferente dirección, construyendo caminos y carreteras, y fundando, en medio de tanta maravilla, el suntuoso caserío de la "hacienda", surgida, cual obra de magia, entre explanadas y roquedos, en desfiladeros y vegas de arroyos y ríos, en donde, hace poco, sólo moraban las fieras y culebras, o eran campos de desolación y tristeza.

¡Estos se llaman hombres! ¡Estos son el orgullo de la estirpe!...

¡Estos, cual dioses, son creadores y redentores!...

Se cuenta de uno de ellos que presentó una solicitud a un banco, concebida en estos términos:

—Pido que se me preste la cantidad de doscientos mil sueres a mutuo, con la hipoteca de un predio que hace cuatro años lo compré en nueve mil sueres, y que, si antes costaba tan poco, hoy vale mucho.

Y que vayan los peritos a conocerlo y avaluarlo, para que les conste de lo que es capaz un individuo intrépido.

Pastizales dilatados y espléndidos, en donde se apacentan más de mil reses; una sementera de patatas con más de mil quintales de siembra; explanadas de cebada y trigo; una peonada adicta, entusiasta y laboriosa; un caserío principesco; y carreteras por doquiera, por las que circulan, en vez de las cabras de otrora, camiones, que conducen los productos a los mercados de la ciudad más inmediata, y tractores que labran la tierra y propulsan las máquinas agrícolas, y hienden el espacio y la soledad con el canto del motor y el humo de la gasolina.

Luego, en la misma diligencia bancaria, se lee un párrafo aparte:

—No quiero este dinero para disiparlo, porque no fumo, ni bebo, ni juego; lo necesito para adquirir otra dehesa, completando su importe, que es el de seiscientos mil sueres.

Así son los titanes, fundadores de fuentes de riqueza, a quienes no les arredra escollos y obstáculos y vencen toda resistencia.

—El dinero hace dinero—comenta el vulgo, la abrumadora mayoría.

Estos seres prosaicos y pusilánimes rehusan ver cómo se derrochan los caudales, los montones de onzas de oro, de las manos de los herederos de cuantiosas fortunas; no les sorprende, y les parece recomendable, que cientos de predios campestres, de calidad fértil y primorosa, favorecidos por la naturaleza, estén casi abandonados, improductivos, y en ellos no se levante una palada de tierra, y no produzcan lo suficiente ni para sus dueños, mucho menos para los demás.

Holgazanes, viciosos, ineptos, ambulan por los centros "sociales", tabernas y calles, aquellos que, en grande o en pequeño, podrían aumentar sus capitales, impulsar sus negocios, cultivar sus parcelas vírgenes, y sentirse dignos de la vida y de su irrisorio calificativo de hombres.

Cobardes, débiles, sucumben al primer embate de la fatalidad, vegetan como desventurados y degeneran cual parásitos y decrepitos.

En ocasiones, se satisfacen con juzgarse ricos, manejando el patrimonio con la intervención ajena, de administrado-

res y empleados, malgastando los ingresos, fruto de la iniciativa de otros, en holgorios y clubs.

No saben lo que cuesta el trabajo, ya que han heredado latifundios, en donde habitan innumerables aborígenes, con la facultad de ocupar, dentro de ciertos límites, las tierras del amo, y, en cambio, laborar para él, por el privilegio de ser el propietario, sin emolumento alguno.

No conocen la obligación de fin de semana y término de mes, cuando los verdaderos luchadores abren su bolsa, y, contentos y optimistas, abonan el esfuerzo de sus servidores, en una inversión remuneratoria y justiciera, esperando que el pródigo suelo, en la próxima cosecha, devuelva el mil por uno; y que los prados, irrigados abundantemente, reverdezcan, y nutran al ganado fino y seleccionado.

Por eso, porque no han producido, ignoran lo que el dinero representa y de donde proviene, y lo consideran útil únicamente para emplearlo en lujos, ostentaciones, comodidades, cuando no es en cosas fútiles y peores.

Ignorantes, desconocen la virtud del oro, factible de lo bueno más que de lo malo.

¡El dinero!

¡Única deidad que al mundo abisma!

¡Palanca de Aristóteles para inclinar una montaña!

¡Principal adorno y cualidad del individuo que lo posee!

La virtud, la inteligencia y la nobleza, tres dones supremos que antes fueron invictos, al presente se postran y se rinden ante el avasallador metal, que impera y domina, no importa el desdén de impotentes y holgazanes, de quienes al trabajo lo califican de suerte y a la perseverancia de bobería, y llaman avaros a los que no son esclavos de sus vicios y no les acompañan a rodar por la pendiente del descrédito y de la ruina.

A los conquistadores de fortunas que han amasado sus capitales tras un bregar constante, les atrae y seduce el hombre laborioso parecido a ellos, que ostenta, cual preciada divisa, el dinero; a los demás, les califican de inferiores, y les devuelven con desprecio el antagonismo de que han sido víctimas.

Ante el concepto de los creadores afortunados y triunfadores, es vituperable la pobreza, madre de todas las decadencias y postraciones; es el peor defecto de una persona, la cual no tiene derecho a ser pobre sino cuando es humilde, y aún así, perentoriamente, hasta que consiga sacudirse de semejante estigma y ascender a las alturas honrosas y ambicionadas.

Quien siendo trabajador y diligente, fracasa, aspira a la conmiseración y lástima, a que se le brinde una nueva oportunidad para que surja; mas no de este modo al que se vanaglorie de mejor título que el del dinero, que no lo hay por lo pronto sobre la superficie de nuestro planeta.

Por otro lado, todo luchador es modesto y humilde; sólo

es orgulloso, con los que se precian de grandes sin serlo, con los fatuos y preponderantes; se hermana con los labriegos, con los desdichados y menesterosos; es caritativo y bueno; es un hombre entero y cabal, que sirve de ejemplo entre cuantos le rodean y le conocen íntimamente, exentos de rivalidades y prejuicios.

Estos creadores de dehesas, cimentadores del patrimonio de sus proles, a veces son malquistos en las comarcas donde desarrollan sus proyectos, porque han aumentado los jornales a los peones, librándoles de la rapiña de los amos al sistema antiguo, que consistía en esclavizarlos por medio de un documento judicial, y sacrificarlos de hambre y necesidad, precipitándolos, luego, en el hurto, para encerrarlos en una cárcel, hasta que abonen, redoblado, comprometiéndose con otro tirano, la suma total del dinero suplido e imaginario, que les hacían cargo, como a deudores y pícaros.

Los nuevos luchadores han abolido el látigo y el terror; sus métodos son pacíficos y humanitarios; son creadores, hombres-dioses, que realizan una misión encumbrada y divina; transforman la costra terrena; haciendo brotar la riqueza, y extienden la protección a los menesterosos, redimiéndolos.

Para ellos vaya, en horabuena, la gratitud de la patria, porque son grandes en medio de tanta miseria y pequeñez; son prototipos del honor y del esfuerzo en las tierras vírgenes de América.

* *

LOS PROTOTIPOS DEL HONOR

Moisés, Zoroastro, Buda y Confucio son las piedras angulares de los códigos de moral y de las religiones.

Luego, vienen Jesús y Mahoma como continuadores y fundadores, a la par, de nuevas etapas mitológicas que han apasionado durante muchos siglos a la humanidad.

Lutero, más tarde, trajo la reforma, y subdividióse el cristianismo en varias sectas.

En su esencia, todas las religiones son excelentes, enroscadoras de la insignia de la moral y del bien.

En la práctica, son adulteradas, y sus apóstoles y secuaces generalmente las adoptan como el mejor sistema de vida; y medran bajo la tutela religiosa, incapaces de la contienda ardua y positiva, lejos del idealismo, la fábula y la fantasía.

En su forma, son sofisticas y visionarias; causa estupor las invenciones sobrenaturales y utópicas que las caracteriza, y para disimularlas se requiere la fe—irreflexión y ceguera,—que anonada la razón, encadena la libertad y esclaviza a los hombres, tornándoles pusilánimes e inconscientes.

La moral basada en la lógica, en el amor al prójimo y a nosotros mismos, es faro luminoso que alumbra los entendimientos, refrena el vicio y el error y conduce por una senda de virtud y perfeccionamiento.

Pero la moral cimentada en castigos y temores ultraterrenos, fué talvez admisible en siglos pasados, cuando imperaba la ignorancia y la civilización no había alcanzado el actual progreso, y era menester sembrar el pánico para reprimir la maldad.

El látigo era más eficaz que el raciocinio de los pensadores.

La liturgia de las ceremonias místicas, por otro lado, ha sido blanda, armoniosa y seductora, adecuada en la facna de hipnotizar y adormecer las almas y las conciencias.

Los tiempos se han eclipsado; el mundo evoluciona; las generaciones de hoy se diferencian de aquellas que se jactaban de sacrificarse por dogmas oscuros; la ciencia abisma, la realidad asombra, y ruedan destrozados los fetiches legendarios y los ídolos de los altares.

La célebre Revolución Francesa, en la cual se proclamó los derechos del hombre y se fundó el gobierno democrático, es insignificante, pequeña, parangonada con esta otra transformación mundial de principios racionales, que la estamos presenciando en sus comienzos, y que después culminará con el apogeo del libre albedrío, de la plena emancipación espiritual, con la real abolición de clases sociales y privilegios de nacimiento, y con el unánime menosprecio a ideas absurdas e irrisorias, fomentadas por las religiones de todos los climas, y que han ofuscado las mentes, haciendo del hombre un sér endeble y mezquino, que estuvo siempre dominado por supersticiones y creencias fabulosas, destructoras de su vigor y que le privaba de una concepción propia y exacta de la existencia.

No es una simple revolución; se asemeja un cataclismo; y no era factible que sea de otro modo, porque no se abate en una hora el edificio que se levantaba del uno al otro extremo del orbe, de polo a polo, y que hunde sus cimientos en los cuatro puntos cardinales.

La única ventaja para aquellos batalladores de la razón, que empuñan la piqueta demolidora, es que sus muros, el material de construcción, no ha sido sólido, y, con facilidad que sorprende, se descascara y desmorona; y después de la hecatómbe, será reducido a un montón de escombros, de donde surgirá con verdadera consistencia el monumento de la sensatez humana.

La educación que se recibe en la niñez perdura a través de la vida. Por eso, no son reformadores completos aquellos rebeldes posteriores, que renegaron, merced a la lógica, al estudio o a la experiencia, los credos de sus mayores, cuyo vestigio se arraiga con fuerza sobrehumana y renacen, confusos y

solapados, de modo repentino, en los momentos de incertidumbre y zozobra.

Por este motivo, quienes aspiran al cambio radical del hombre, inculcan otros conceptos, en escuelas laicas, en las generaciones nuevas, que se emanciparán de la férula de religiones caducas, cuyo recuerdo, según el tiempo corra, volverá a ser mitológico, como algo inherente a viejos y pasados pobladores del mundo, de escasa mentalidad y de inverosímil ilustración.

Refiérese de un niño de trece años educado en esta forma, que indagó respecto a Jesús, el mago de Galilea, que por tantos siglos había sido el emblema del cristianismo; y que luego de ser informado de su vida y milagros, hubo de compadecer a sus antecesores, a la humanidad decrepita y vetusta que aceptó creencias infundadas e irrisorias.

Y hubo menester de que llegase un trastorno necesario, para redimir a los pueblos, borrando las huellas de supersticiones y leyendas, de novelas fantásticas, de suposiciones de provistas de verosimilitud, e ingresar en un período de positivismo, con la práctica evidente de las máximas de caridad y compartiendo el bienestar y la riqueza entre todos; y siendo buenos por la bondad que emana de los corazones, porque así lo exige la moral y el honor, que encaminan y conducen al hombre sobré la tierra.

Y de la antigua concepción religiosa ya ni siquiera queda incólume la idea de Dios, el supremo arquitecto del universo. Puesto que no se ha comprobado su existencia, también debe ser un mito, como los demás misterios y subterfugios de que se han valido, en épocas pretéritas, para explicar, caprichosamente, el origen del cosmos, lo abstracto y lo incongnoscible; para sojuzgar a los hombres, haciéndoles serviles e impotentes, injustos y perversos, visionarios e ignorantes, ciegos contribuyentes de los emisarios religiosos de todos los credos y dogmas, dispersos en nuestro planeta.

No habrá más religión que la del honor, y sus satélites serán probos y buenos, ya que este es su único lema e ideal; y lo serán así, dignos y grandes, por su propia voluntad, sin espejismos mitológicos, sin fantasmagorías, no esperando otra recompensa que la satisfacción individual y el perfeccionamiento, y con el orgullo de la plena conciencia de los actos ejercidos, libres de temores de ultratumba y de fuerzas desconocidas y fatales que gobiernen la humanidad.

La fe, que hasta hoy ha colocado una venda impenetrable, desaparecerá, arrancada por la ciencia, reducida a polvo por las sabias enseñanzas de los que vislumbran un mundo mejor.

Que es difícil la empresa, no hay duda: así lo son las prodigiosas conquistas del hombre; pero se las realiza por encima de enormes obstáculos que parecían insuperables, creando nuevos seres si es preciso; aniquilando, sin tregua; el germen

que fructificó en la tierra, pero que ya es retardatario, innecesario y entorpecedor.

La causa primordial que les desprestigia a las sectas religiosas, es, no cabe réplica, la intransigencia; todas pretenden ser las únicas, perfectas e infalibles; y ello significa una propaganda mercantil, ponderando la supremacía de los artículos propios, repudiando los ajenos, en una pugna constante, en desenfrenada conquista de clientela y mercados que consuman sus productos dogmáticos y espirituales.

Sin embargo, dentro de semejante rivalidad y antagonismo, en Norte América háse difundido el cristianismo, auspiciado por la cultura de la raza anglosajona, que, menos intolerante, respeta, aunque no acate, los diversos principios de sus asociados y conterráneos.

En la América latina el catolicismo ha extendido su imperio, habiendo hallado un medio más propicio, como heredera más próxima de los héroes de las cruzadas y de los terribles jueces de la inquisición.

Europa, Asia y África contemplan de cerca la aptitud rebelde de la vieja Rusia de los zares y de la nueva Rusia de los reformadores y revolucionarios.

Y a flor de piel, ya se siente por doquiera el escozor de los perniciosos fanatismos religiosos, y se busca un lenitivo para las decadencias inveteradas, un específico para las prostraciones humanas.

El remedio; se cree, ya se lo ha encontrado: es el honor, es la moral, que purifican los corazones, que enaltecen a sus prosélitos y que salvan a los pueblos de la ruina y del caos.

El primer momento de la transformación ha constituido un verdadero trastorno o cataclismo.

¿Y de qué otro modo era factible destruir el ergástulo de murallas gigantescas que ha resistido el embate de los siglos?

Pero después de la incertidumbre y peligro, renacerá el orden y la calma, con la actual orientación de las sociedades, con las ambiciones ennoblecidas, con los ánimos serenos y las mentes despejadas.

No hay que temer latrocinios y usurpaciones, porque la riqueza es el justo premio de la laboriosidad y la constancia, de vidas ejemplares de abnegación y lucha, basada en la honradez de procedimientos; y esta forma de adquirir y atesorar ha sido y será siempre sagrada, causará admiración y aplauso, y servirá de estímulo y pauta en lo sucesivo.

Nadie podrá aspirar a enriquecerse por medio del crimen y la holganza, condenando el trabajo a que está destinado el hombre para que sacuda, merced a su esfuerzo, su condición de paria, y ocupe enorgullecido su puesto de semidios en la tierra, de un personaje extraordinario y sublime, creador y destructor, adornado de virtudes y engrandecido por el aprecio de sí mismo.

Los favorecidos económicamente por las religiones, y quienes existen alucinados y en éxtasis perpetuo bajo credos, misterios y decoraciones, no cederán el campo fácilmente; hoy, como en tiempos idos, el sustento corporal es lo primero; hay que comer y hay que vivir, fatalmente; y luego, viene lo demás, el culto, el misticismo, la espiritualidad, el más allá, las quimeras y los ensueños.

Por eso, es menester el fragor de la contienda, el ímpetu de la refriega, el rayo que fulgura y estalla, haciendo vibrar la superficie terráquea.

¡La revolución mundial! ¡La nueva era! ¡El ciclo de la realidad! ¡Los hombres viriles y sabios, que sabiendo labrar el suelo y martillar en el yunque, con músculos retemplados en el sudor cotidiano, llegan a las cátedras, puesto que no ignoran la filosofía del dolor y del amor, y enseñan la práctica de las máximas humanas y positivas, que reparan agravios, nivelan conciencias y voluntades, y protegen caritativas a los desvalidos, a los postergados, a los infelices, a quienes tienen hambre y sed de justicia!

Esto acontece en lucha franca y noble, con las ideas que repercuten cual disparos de cañón, con el verbo fluido y sonoro, que conmueve, apasiona y enternece.

Y las turbas ciegas y enfurecidas, soliviantadas por las elucubraciones de los maestros, a veces son demoleedoras y fecundadoras; y los hombres musculosos y enérgicos, cual faunos mitológicos, buscan la igualdad, y aprisionan en sus robustos brazos a las mujeres aristócratas, endebles y perfumadas, enfermizas y creyentes, para engendrar las generaciones nuevas, vigorosas y sanas, con tendencias libres, conciliadoras y equilibradas.

¿Qué fuera de la humanidad sin la frecuente mezcla de castas, de ideas y sentimientos?

Séres degenerados, empobrecidos y viciosos, en continua promiscuidad, procrearon otros séres parecidos a ellos, y después de poco la idiotez, la cobardía y la debilidad agotaron a los pueblos y los redujeron al aniquilamiento.

Pero la naturaleza encárgase de inyectar sangres vigorosas en las arterias consumidas, produciendo la renovación y reacción humanas, y aparecen, especialmente en América, estirpes de una vitalidad asombrosa, propicias a las grandes empresas y a las reformas admirables.

Y es que se requiere un grado de cultura superior para rendir homenaje a la moral, a la virtud y al honor, que no caben en inteligencias primitivas, en concepciones ninfas, en hombres cobardes y débiles que están acostumbrados a ser buenos sólo por el temor del castigo, sólo por el halago de la recompensa en ultratumba.

En capítulo de muerte, los creyentes en religión hallan un consuelo inefable; y decepcionados de este mundo, esperan in-

gresar en el más allá como en un refugio y en un descanso; y en este trance último y supremo, hay, además, numerosos apóstatas y descreídos que quisieran confortarse con los auxilios místicos, y acariciar alguna esperanza que no la tienen, alguna ilusión que no existe.

Esto significa que estos hombres pertenecen todavía a la época en que nosotros hemos vivido; a este ciclo que ya va pasando.

Todavía los templos no han sido convertidos en graneros, como en Rusia, y los cetros, solios e insignias no han sido reducidos a herramientas de labranza.

Por este concepto, somos retrógrados y antiguos; únicamente palpita en nosotros un germen precursor y benéfico de reforma, que más tarde, habiendo prosperado, será impotente y avasallador.

Entonces, las generaciones futuras, educadas en otros principios y con nuevos sistemas, cuando fallezcan, hallarán el consuelo de la religión del bien y se sentirán complacidas del deber cumplido.

Aquellos seres que aman al prójimo como a sí mismos, y que son nobles y buenos por el placer de serlo, son los **prototipos del honor**, los adalides de la tierra, los que indican otros horizontes y revolucionan el mundo.

*
* *

SIN PADRE

El sol que alumbra y mantiene el yermio de una vida, es, en ciertas ocasiones, el padre, el autor de nuestros días, quien se sacrificó por nosotros, y fué conductor, maestro y amigo.

Aquel que para sus hijos no tuvo sino una sonrisa de amor, de bondad y de perdón.

Aquel que se conmovió ante su prole, y labró su bienestar tras ruda contienda, y supo dignificarla y engrandecerla, por ser éste su único ideal, su gloria.

Y luego murió, rindiendo su tributo al destino, agotado y consumido por el trabajo, prematuramente, pero orgulloso de su obra, complacido de su misión terrena de patriarca y de luchador, de poeta jocundo y de apóstol.

Sí; nos cupo la suerte de tener un progenitor de tal mérito, un creador de fortuna brotado de la pobreza, y un bardo de estro satírico y jocoso, cuyos versos ruedan como una cascada de perlas, sonoros, fluidos y fáciles, y despiertan el júbilo en los corazones, para hacerlos expansivos y alegres y disipar la tristeza y la congoja que desacompanan los latidos.

El genio tutelar que era el compendio de nuestros afectos, en un momento dado, en una hora fatídica é inolvidable, se fué, cerró sus bellos ojos azules, expresivos y seductores, para siempre.

Y nos quedamos deprimidos y solos, huérfanos en medio de los recuerdos, náufragos a merced de las olas bravías, de las tinieblas y del huracán.

Vivíamos contentos y venturosos, emprendedores y resueltos, porque parecíamos eternamente jóvenes e inmortales; había un dique, una valla, que interrumpía la marcha hacia la muerte; y era él, nadie más que él, quien nos amparaba e infundía vigor y empeño, y retenía la esplendidez de nuestra existencia, prolongándola, impidiendo que se amengüe y que se precipite, como ahora, en el término común, en el polvo y en la nada.

Parece que mientras perduran los precursores, los vástagos están protegidos en contra de la adversidad; son ellos como el pararrayo que disminuye la materia eléctrica de que están cargadas las nubes; es razonable que primero deben sucumbir por ser los antecesores, antes que el fruto, los hijos, que son los representantes y continuadores de la especie.

Y cuando ya se abate el roble, y la montaña se doblega y la antena se destroza, el retoño, el fragmento y el destello se confunden, se estremecen y vuelan al abismo, sin trabas de ningún género, envueltos en la vorágine.

El paso está libre, la ruta despejada; ábrese un hoyo en el cementerio que antes no lo habíamos advertido, porque un sauce lo escondía con su ramaje, y ese árbol ya está mustio, y más aún, ha sido talado, arrancado de raíz, y ya su sombra no refresca.

Y el vástago que perdura, al presente ocupa el puesto vacante, va en descubierta, en la fila delantera, en el sitio peligroso, esperando, a su tiempo, perecer, exento de protección, como su abuelo, como su padre, porque así es la vida y el destino es así, y hay una ley inevitable y fatal, y no queda un solo hombre, nadie, de la época preterita, de las generaciones últimas, de la historia de la humanidad.

Nos sucedemos los unos a los otros con una rapidez pasmosa.

Olvidados de la muerte, nos forjamos ilusiones y proyectos que, en realidad, son fugaces.

Sólo de este modo la vida es admisible; de lo contrario, sería un permanente calvario; y la tierra, que es fecunda y próspera, se trocará en un desierto de desolación y lágrimas, sin que en ella floresca la esperanza que alimenta al hombre, alejándole por un instante del dolor, que a la postre le aniquila y aprisiona, siendo entonces la muerte su único descanso.

Una especie de culto idólatra hubimos de tributarle a nuestro padre, conjunto de admiración y gratitud.

Fran idénticos nuestros anhelos, regocijos y cavilaciones; las vicisitudes fueron comunes; participamos en su bregar y disfrutamos de su victoria.

Sus consejos, cimentados en la experiencia, habiendo palpado la miseria, la estrechez de los recursos durante la niñez y lo arduo y necesario que es crearse un patrimonio propio, influyeron en nuestro temperamento de artistas y visionarios, de bohemios y soñadores, haciendo torcer la vocación improductiva hasta hoy en nuestra patria, y seguir por luengos años una senda opuesta, en búsqueda constante del portentoso dinero, con el cual se remueve hasta las entrañas del planeta, y se conquista la independencia entre la cohorte de esclavos, consagrados al ocio y a los empleos políticos y burocráticos.

Hasta para ser artistas en ciertos suelos, es preciso ante todo una libertad económica, ya que el arte, el divino don que emana de las musas, es casi incomprendido, o, mejor dicho, es mal remunerado, y tal vez es menospreciado; y a un artista capaz de grandes concepciones, en vez de brindarle un apoyo práctico y apropiado, se lo empuja hacia la ruina; atrofiando sus facultades, degenerándole, ensalzando sus decadencias, mas nunca las genialidades de su cerebro, perdido entre la maledicencia, el vicio y la canalla.

Y se vuelven infecundos, estériles, cobardes, aquellos que nacieron con aptitudes extraordinarias...

Quien hubiese producido mas docenas de hermosas novelas, se contenta con ser autor de unas cuantas crónicas periodísticas, escritas de balde, que le sirven únicamente para afianzar su prestigio de **intelectual** y conservar por más tiempo el cargo público, cuyo estipendio es insuficiente y mezquino.

Un escritor ha de ser—¡oh, vergüenza!—primeramente un genio, para que sus obras se asemejen a prodigios literarios, dignos de leerse; y luego—¡qué barbaridad!—el autor debe costear las ediciones con su propio peculio, y obséquiar sus producciones a sus amigos, bibliotecas y personajes encumbrados del país, a fin que no se apolillen y pierdan en los escaparates de las librerías, sin que haya una alma piadosa y humanitaria que las compren y las conserven.

Para ser artista y vivir del producto de la inteligencia, hay que emigrar, irse lejos, a la Argentina por ejemplo, en donde—¡qué primor!—se hacen tiradas hasta de cien mil ejemplares de un libro moderno, y después de poco hánse agotado y es menester lanzar al mercado ediciones sucesivas.

La remuneración monetaria es el verdadero estímulo al talento, para que fructifique y sea pródigo y fecundo.

Peró en los tiempos que corren y en el medio en que el destino nos arraigó, es una proeza, una heroicidad, obsequiar al prójimo gratuitamente la sustancia del arte que llevamos en nuestras almas y en las mentes, y lo que es más, el artículo, el

pánfletos y hasta el volumen que surgieron merced al propio esfuerzo y erogación del importe respectivo.

¡Esto, sí, que se llama ser románticos y quijotes; fieles creyentes y adoradores de una inclinación truncada; estetas sublimes espiritual y materialmente; filántropos y redentores!

El placer íntimo de producir una obra intelectual, benéfica para la humanidad, es el supremo aliciente que nos impulsa en esta labor; ni siquiera esperamos en la recompensa de un aplauso, porque sabemos que habitamos en un médano de indiferencia, en una crisis de belleza, cuando ya apagóse la frase rebelde de un Juan Montalvo, quien a su vez expiró en lejanía, en el infortunio, y sólo al cabo de su fallecimiento atrajo sobre su memoria la simpatía y homenaje de sus compatriotas.

Por eso, la admonición paterna; temeroso de un porvenir inseguro, nos condujo por su mismo sendero de lucha tenaz por una emancipación económica; para que después de afianzar el sustento y la independencia en forma varonil, ejemplar y noble, podamos, si así fuese nuestro desco, dedicarnos a manejar la péñola con una altivez desusada y con una experiencia provechosa, encontrada en las enrucijadas de la vida, al fragor del combate y en medio del sudor cotidiano.

También él interrumpió su inclinación de bardo excepcional, epigramático y festivo, obligado por el anhelo de salir de la pobreza, recobrando la libertad.

Y como se compaginaban armónicamente nuestros caracteres, y muy poco discrepábamos en los conceptos, respetándonos mutuamente; y puesto que nos vinculaba, con fuerza sobrehumana, el afecto, la idolatría de dos seres afines, hubimos de sacrificar las ansias errantes, de rodar por el mundo, entregados a la profesión de escritores; acorde con nuestro genio, pero que nos compelió a la separación de ambos, abandonándolo, con la ingratitud a flor de la labios, con un dardo que partía el corazón.

Entonces vibró, cual dulce melodía, el eco de una tácita promesa, esculpida en el éter y en el espacio, a cuyo imán íbamos a permanecer a su lado, fieles y abnegados, solícitos y agradecidos, hasta el momento irreparable, que ya ha llegado, de cerrar sus ojos inefables, estampando en su frente fría un ósculo de adiós, y luego depositando sus despojos mortales en su última morada, y pronunciando, trémulos, el **hasta luego** de despedida que nos acerca a la eternidad.

Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris...

Es un deber adicional que háse cumplido, el más sagrado de todos, el que alivia la pesadumbre y disminuye el remordimiento.

Le hemos acompañado por doquiera, en su vida y en su muerte, contrictos ante su túmulo; prontos a seguir sus huellas, y, como él, caer valerosamente, caer para siempre, acri-

billadas las almas, postrados los cuerpos, con una sonrisa de mansedumbre y resignación, impotentes ante el destino que reduce a escombros, a nada, a polvo, a los hombres más fornidos y emprendedores, que parecían atletas del músculo y del pensamiento, exponentes de vitalidad y energía.

En una lápida marmórea, destinada a su bóveda, mandamos a grabar llenos de justicia y de entusiasmo, de pesar y de orgullo, estas tres sentencias elocuentes:

PADRE EXTRA ORDINARIO

LUCHADOR INVICTO

POETA EXCELSO

La parábola grandilocuente es la que se acostumbra en estas frases lapidarias, en estos tributos póstumos de amor filial; pero en el caso de la remembranza de nuestro padre no son términos vanos, que poco signifiquen; no son meras exaltaciones de cariño, no, pues justiprecian su conducta, su capacidad y su fama, que perdurará en las generaciones presentes de nuestro pueblo, que le estimaron, conociéndole, y luego, cuando la época pase, mientras sus estrofas, joviales y alegres, arranquen sonrisas de los semblantes hoscos y deleiten a sus lectores.

Y fué un precursor extraordinario, porque dióse por entero a su progenie, hasta el punto de trasmitirla su fortuna en vida, volviendo satisfecho a la pobreza primitiva, complacido del bienestar de los suyos, ya que tratándose de sus hijos, era todo clemencia y desprendimiento y no ambicionaba nada para él.

Fué luchador, y luchador invicto, ya que jamás doblegóse ante los insuperables escollos de su camino.

Dificultades, violencias, envidias, emulaciones, oponíanse a su paso, y él, audaz e intrépido, supo vencerlas, enardeciéndose en la disputa.

Brotado de la penuria, estuvo siempre entre los trabajadores, estrechando la mano de los obreros, y fué con ellos humilde y bueno.

Soldado de la democracia, amigo de su pueblo, no se jactó de su alcurnia, de su nobleza, y en sus epigramas, y en sus acciones, fustigó a la preponderancia y vanidad, a quienes alardean de aristócratas y grandes.

A la postre, expiró pobre, habiendo renunciado su riqueza en beneficio de sus hijos; tornó nuevamente, por su voluntad, al punto de partida; quiso saborear la tranquilidad del que no deja tras sí falsía, ambiciones e intereses, del que ya no necesita de bienes ni de fortuna, sintiendo terminada su misión sobre el mundo y contento de su obra.

Y por ende, su numen festivo le acredita de poeta excelso.

El género epigramático, satírico y jocoso es uno de los más complicados y difíciles de la poesía; o hay que ser superlativo en este ramo, o, preferible, no producir una sola rima, para ser una persona cabal y no penetrar en el campo de la ridiculez, la peor desgracia que le puede sobrevenir a un desventurado versificador.

Pero él ha dejado composiciones de un mérito primoroso, en extremo celebradas por cuantos las escucharon recitadas de sus propios labios y aderezadas con risas y graciosos comentarios; y no cabe vacilar, dentro de poco, siendo recopiladas y dadas a luz en un libro, serán una grata sorpresa, una inesperada revelación entre los intelectuales, engrandeciendo la incipiente literatura patria. (*)

Rendido que sea este homenaje postrero, ¿a nosotros qué más nos liga, con lazos insolubles, a este retazo de suelo en donde despertamos a la vida, y después la hemos visto reducida a cenizas, en ruda contienda con elementos antagónicos y hostiles, empero de ser nuestros, y de ser amados en medio de su inelemeñcia?

Mañana, hoy mismo, podemos extender las alas, romper los aires y hacia otros ámbitos y otros cielos disparar el vuelo.

Ya no existe la traba de hilos de seda que nos subyugaba; estamos solos, libres, dueños de nuestro albedrío.

¿Pero esto no es más triste y doloroso? ¿Acaso es más fácil bregar solitarios que apoyados en el báculo que hemos perdido?

Y si nos palpamos destrozados y heridos, ¿será posible recobrar la fortaleza, desafiar temerarios la furia del temporal?

Sí; puesto que algo hemos heredado del ímpetu bravo del titán, del gigante que partió, de aquel batallador que tuvo los arrullos de la paloma y el rugido de los jaguares de la selva americana.

Está cavado el hoyo que habremos de ocupar en el cementerio, es verdad; ya nos espera el turno, no lo ignoramos; sin embargo, nuestro ánimo es sereno, las pulsaciones no decrecen, y si el caso lo apremia, iremos otra vez a la cita del deber, desenvainaremos la espada legendaria, mojaremos la pluma en la tinta roja de las polémicas y en la tinta azulina de la frase florida y bella, y hollaremos otras tierras, apurando consecutivamente la copa áurea de la victoria y el cáliz de la amargura.

Si este es nuestro sino, ¿por qué eludirlo? ¿Por qué detener al corcel en medio de la carrera, y al rayo suspenderlo en el espacio, y al volcán cerrarle su cráter, y a la tórtola destruirle su nido, y al canario impedirle que cante?...

(*) Un volumen de versos, casi todos inéditos, aparecerá en breve, intitulado *Al pie del Chimborazo*, por Ricardo Borja León.

Vayamos por nuestra senda disipando las horas en lo que nos observe y deleite, en esta faena divina—porque es creadora—de urdir una trama, un argumento, e hilvanar vocablos que al leerlos resuenan armónicos y cadenciosos, como las cristalinas y murmurantes aguas de un río serpentino, plateado y espumoso, que desciende de las cuencas de las montañas y va en busca del lecho y de la inmensidad de los mares, para confundirse y perderse; por esta senda de apóstoles y soñadores, en donde la pluma pasa y recorre, hace una tregua y luego prosigue, y traza un sortilegio de mil amores, o rasga un velo de hipocresía, o embiste, con furia ciega, a viejos fetiches, y vierte a seguida una lágrima compasiva por la desgracia de los demás.

¡Así es el mundo!

¡Así es la vida!

Pero cuando el sol tramonta y llega el ocaso; cuando la noche surge entre las sombras y las tinieblas la tierra inundan; y hay un destello muy macilento de opaca luna... entonces las olas de melancolía baten el alma, y se renueva la angustia, letal y trágica, de la hora incierta e indefinida en que él se fué.

El pensamiento perfora lo insondable, se aleja e investiga los arcanos misteriosos e incomprensidos.

¿Habrá un más allá? ¿Sobrevivió a la materia el espíritu de nuestro padre? ¿Nos veremos otra vez?...

Son las preguntas que el hombre se viene haciendo desde remota edad, y hasta hoy, en nuestro siglo, nadie responde con claridad.

Unos afirman, otros lo niegan; todos son bisoños ante lo abstracto.

No obstante, lo cierto es que aunque nosotros todo negamos, y nos parece que nada existe en lo profundo de las nebulras, en el enigma de la ultratumba, en este instante de desconsuelo, como a un madero de salvación, a las creencias de la niñez—portentosas y absurdas—nos abrazamos, retrotrayendo mágicamente los misticismos, los embelcosos, la fantasía esplendorosa...

Y ya quisiéramos para reposo de los corazones, el claustro recóndito y silenciador, donde morasen los peregrinos de un ideal, con la elocuencia de los lirismos, la poesía de los astios, y las visiones asaz caprichosas de una filosofía particular...

A esta águila prepotente que en el pecho anida, se le han roto las alas en este sacrosanto momento de dolor.

Vibraacompañada y piadosa la voz paterna, que deploraba la intransigencia teosófica de nuestra mente, e imploraba, cual merced suprema, que retornáramos a los senderos de la esperanza por donde fueron seres antiguos de nuestra estirpe.

¡Padre misericordioso, amalgama de generosidad y de dulzura!...

No satisfecho con afianzar la prosperidad material, anhelaba también conducir, amonestando suavemente, nuestro espíritu por la ruta que le semejaba mejor, inculcada de padres a hijos desde tiempos pretéritos.

Y como el hombre es mauso y humilde cuando le tratan con amor, poco discutíamos, y éramos parcios, sobrios, respetadores de los principios de todos.

La rebeldía del alma se postraba reverente ante la grandiosidad augusta de quien para nosotros fué prototipo de progenitores.

Jamás la obcecación, el fanatismo, entorpecieron sus facultades, separándole de la contienda varonil; era un creyente cristiano, de ideas amplias y perspectiva inconmensurable, exponente de su época, eslabón del realismo que se avicina y de los dogmas retrospectivos, dentro de un marco de socialismo y de bondad.

La muerte une y separa.

Ante lo irreparable somos pequeños, y doblegamos impotentes la rebeldía de nuestro sér.

Pero es de mañana, y el sol irradia como impasible, como que nada importa el holocausto de la humanidad.

La fecundidad prodigiosa de la tierra borra el desastre de la tormenta, y sobre los escombros renace y fructifica la vitalidad que perdura y se propaga.

Y, cual un prodigio, se atenúa el sufrimiento, hay una pausa, casi un olvido.

Tornamos a la lucha con más denuedo, hasta que nosotros, tocado el turno, también vayamos a sumergirnos en el misterio de lo insondable, en el silencio de un cementerio...

Se acabó de editar este libro
en el año 1931, en los talleres
Artes Gráficas "Senefelder",
de Guayaquil.

INDICE

	PÁG.
A guisa de preámbulo.....	1
Auto-Confesión.....	1X

REBELDIA

	PÁG.
¿Egoísmo o inconsciencia?.....	3
Los mejores patriotas.....	4
El emblema nacional.....	6
Flores de estío.....	7
Del destino del hombre.....	8
Del páramo.....	9
El himno.....	10
La tristeza de las ciudades muertas.....	12
Vanidad de vanidades.....	13
Las añoranzas que matan.....	14
Más alevosa que la copa de beleño.....	14
Ciudades que inventan su historia.....	16
De la quimera espiritual.....	17
El punto vulnerable.....	18
El "poeta" Ribas.....	19
De los mentores.....	20
Del ambiente.....	22
Desconsuelo.....	23
Un año más.....	25
Los gigantes del espacio.....	26
La revancha.....	28
El rebelde.....	30
Los suicidas.....	32
De la péñola y de la espada.....	33
Periodismo.....	34
Añorando antiguos tiempos.....	37
Los rebeldes.....	39
La poetisa inolvidable (I).....	41
El argumento supremo (II).....	43
El principio de la reparación (III).....	46
Unas cuantas flores (IV).....	47

	PÁG.
El alma de las universidades.....	50
La banderola universitaria.....	52
Enmendando una injusticia.....	53
Acotaciones sobre la vida nacional.....	55
¿Por qué se mantiene el embuste?.....	56
La genuina evolución del liberalismo.....	57
El futuro presidente.....	59
La hora del aplanamiento.....	60
El fracaso de la conferencia de Washington..	61
La voz del patriotismo.....	62
El país pide un voto de censura.....	64
Signos de tiempos pretéritos (I)(II)(III)(IV)	65
El mismo compás.....	68
Sonoros vocablos.....	69
Los expertos.....	70
De pie ante cualquier suceso.....	71
Pasiones políticas.....	73
Al Ejército.....	75
Ejército soberano.....	76
Una silueta.....	77
El autobombo.....	79
Los favoritos.....	80
Los híbridos.....	81
El sendo-valiente.....	83
Los incomprensibles.....	85
Los caballeros de la emboscada.....	87
Los señorones de poncho y rebenque.....	89
El éxodo de las muchedumbres.....	92
El término de una ingrata labor.....	93
La eterna mofa.....	94
Ha merecido la protesta.....	96
¡Adelante!.....	97
La danza política.....	98
Socialismo o comunismo.....	99
La continuación en el mando.....	100
El único remedio.....	102
Vaivenes.....	103
Vibraciones.....	105
El clamor de una provincia.....	107
Cada pueblo merece su suerte.....	109
Artimañas.....	110
Elecciones y federalismo.....	111
Farsantes envalentonados.....	113
Protesta conservadora e indignación de los liberales.....	114
El oficialismo: he ahí el enemigo común.....	116
El absolutismo: otro enemigo de la armonía nacional.....	117

El nacionalismo: he ahí la mejor bandera política.....	119
El federalismo: aspiración de muchos ecuatorianos	121
El federalismo: medida salvadora para la provincia del Chimborazo.....	123
Un motivo más...para buscar el federalismo.	125
Menosprecio a los partidos políticos.....	127
Retirarse a tiempo.....	128
El resultado de máximas incomprendidas y procedimientos indecorosos.....	130
¡Consumatum—est!.....	132
El Gobernador novel.....	133
Llorará el poeta una lágrima de amor.....	134
Pequeñas y grandes verdades.....	137
¡Levántate, Lázaro!.....	139
Un banquete que terminó a silletazos.....	141
Riobamba, cuna de liberales y guerreros.....	144
Los nuevos polichinelas.. ..	146
Batalla de Riobamba.....	148
Por nuestro nombre y por nuestra historia..	152
Cuatro palabras más sobre la batalla de Riobamba.....	154
Riobamba fué víctima del terrorismo en el año de 1821.....	156
Anhelos frustrados.....	160
21 de Abril.....	160
Acotación	166
Despojo.....	167
La Historia.....	169
Oscilaciones	172
La fiesta del Trabajo (1º de Mayo).....	175
No es un capricho.....	176
Después de cumplido el deber.....	178
Dos supremas floraciones.....	180
La dama misteriosa.....	182
El corazón manando sangre.....	184
La profunda tristeza de una virgen.....	186
El biplano de la muerte.....	189
Pompas vanas.....	192
Las vírgenes	197
El orgullo incaico.....	201
La justicia de la ignorancia (Revolución del 9 de julio de 1925).....	203
Los precursores.....	217
Los creadores.....	222
Los prototipos del honor.....	227
Sin padre.....	232

ALGUNAS ERRATAS

Pag.	Renglón	Dice:	Digase.
9	23	nuestra	<i>nuestro</i>
37	35	cualquier	<i>cualquier</i>
55	19	imporciales	<i>improrciales</i>
116	40	consecuencia, se confie- san, y, a la postre, ex- piran como unos	<i>aprendida en la niñez, en sus hogares o en los cole- gios, y en</i>
118	45	viaja	<i>viaje</i>
119	14	disciplentes	<i>displicentes</i>
122	33	asasperezas	<i>asperezas</i>
130	32	atravesado	<i>atravesado</i>
137	10	carraje	<i>carraje</i>
153	19	Villagomez	<i>Villagómez</i>
167	29	templo	<i>tiempo</i>
173	18	um	<i>una</i>
214	21	haciendas	<i>habiendo</i>
232	14	impotnente	<i>imponente</i>
233	38	oaros	<i>otros</i>
235	33	la labios	<i>labios</i>
237	17	ceudales	<i>centales</i>